This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

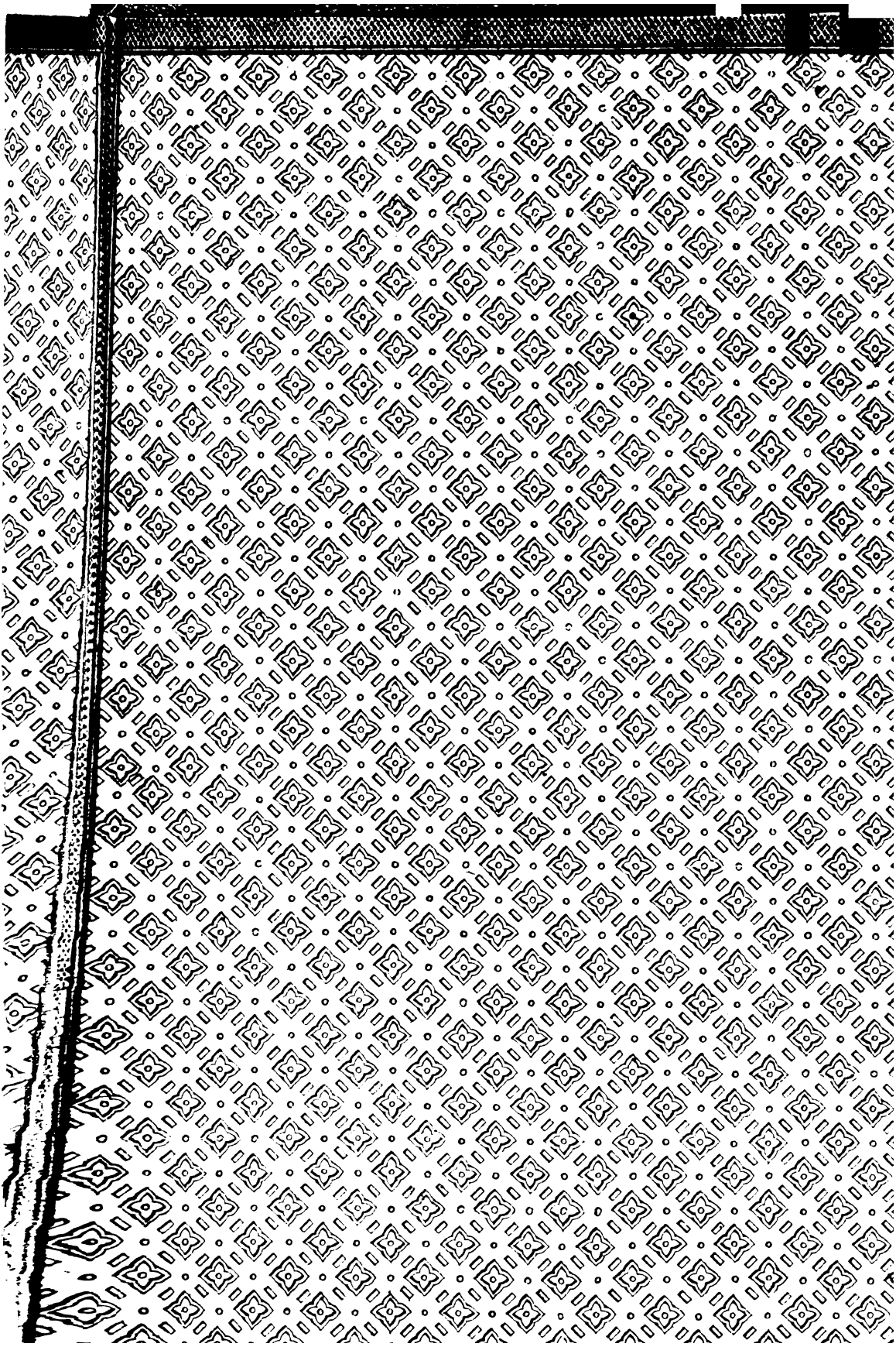
BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA

LIBRARY OF S. GRISWOLD MORLEY

BALLAD COLLECTION.
LIBRARY OF S. GRISWOLD MORLEY

DE JOUR EN JOUR EN APRENANT MOURANT

DE LA
BIBLIOTHÈQUE DE
S. GRISWOLD MORLEY



1.35

S. G. Morley. Oct. 12. 190

CANTARES

POPULARES Y LITERARIOS

BALLAD COLLECTION.
LIBRARY OF S. GRISWOLD MORLEY

BIBLIOTECA UNIVERSAL

CANTARES POPULARES

Y

LITERARIOS

RECOPILADOS

POR D. MELCHOR DE PALÁU

EDICIÓN ILUSTRADA

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1900

.05051484

MAIN

Es propiedad

PQ 6196
C35
1900
MAIN

PRÓLOGO

Se ha dicho de España que es la patria del Romancero; yo me atrevo á añadir algo á ya tan halagüeña frase: á decir que es là patria del Romancero y de los Cantares. Los literatos alemanes, á quienes principalmente se debe la definición primera, quizá no desdeñen la segunda.

El Romancero es el ayer, es la estereotipación de nuestras hazañas, de nuestras leyendas y tradiciones, es el jugo no evaporado de nuestros caballerescos amores; eminentemente objetivo, conserva en sí el encanto de las lejanías, el aparato de la gloria, el nimbo de lo heroico, el dejo atractivo de lo que se va; los Cantares son el hoy, son el siempre, son lo interno, lo sincero, lo pasional. Ayes, quejas, máximas, amenazas, ansias, consejos, burlas, plegarias y exageraciones de un pueblo, constituyen su alma entera, lo revelan tal cual es, con sus animosas virtudes, con sus simpáticos defectos: autobiografía en que las venideras edades estudiarán sus costumbres, su lengua, sus amores, su filosofía y su religiosidad, forman además, y sobre todo, un acervo de encantadoras bellezas, en que la poesía culta puede hallar, y halla, sanos elementos

para su desarrollo, al tiempo que sencillo yugo á fin de que no se aparte de las apacibles sendas de la naturaleza.

Hállase en el Cantar como una concentración de los caracteres y condiciones de las diversas razas que se han sucedido en nuestro suelo y aun mucho de lo que han aportado de lejanos países: no fuera difícil señalar en él la hierática melodía egipcia, la parsimonia fenicia, la nebulosidad septentrional, la caballería normanda, el individualismo godo, el lujo árabe, el reposo semita, la elegancia griega, la dicción latina, y sobre ello, como dominándolo, como unificándolo, el influjo autóctono, el carácter español formado por condensación desde los siglos medios, la belleza del país, la fuerza de los rayos solares encendiendo la sangre directamente y transmitiéndose además por los espumosos productos de la tierra.

Son para Cervantes «agudezas que á modo de blanda espina os atraviesan el alma y como rayo os hieren en ella;» «síntesis de la poesía,» en opinión de Bécquer; «fugitivos rasgos de ingenio y flores silvestres que nacen sin cultivo,» según García Gutiérrez en su discurso de recepción en la Academia Española; «espejos del alma,» al decir del ingenioso autor de *La Primavera y el Estío;* «suspiros rimados,» para Emilia Pardo Bazán; y pueden definirse también «la pasión hecha verbo y vibrando acompasadamente.»

Uno de sus encantos mayores es su naturaleza genuinamente española: no es el *lied* alemán ni el *outa* japonés, aunque algo se les parece. «Palabra muy difícil de verter en nuestro idioma, donde no tiene equivalente,» dice de él Antonio de Latour en la *Revue Britannique* (1), y la eminente escritora antes citada así se expresa en un artículo publicado en la *Revue des Revues* acerca del movimiento literario de nuestra patria: «Recordaré que existe en España una forma poética completamente original, los Cantares. Trátase de coplas de origen popular y de poetas ignorados, tesoro que algunos poetas cultivados han venido á aumentar;» y después de mencionar los que á su juicio han sobresalido en dicho género – lo cual omito, – añade: «Los Cantares, como su nombre indica, se cantan con acompañamiento de guitarra en las fiestas gitanas, mientras rebosa la dorada espuma de la manzanilla en estrechos vasos. La voluptuosa melancolía del Cantar se adapta perfectamente á la música andaluza de los polos, playeras, peteneras y *soleares.* El Cantar es una compensación de la poesía académica y docta, que aún asoma su rugosa faz en concursos y juegos florales, pero cuyo reino, salvo en tales casos, puede darse por definitivamente acabado.»

Llevan, en efecto, los Cantares en sus notas y palabras gérmenes de la tierra en que han nacido: de ahí su marcado carácter regional: ¡qué diferencia entre

(1) Enero de 1867.

una *jota* canfranera, la más brava y ruidosa entre las aragonesas, de corazón de granito como sus enhiestos montes, una movediza *seguidilla*, una *rondeña* viva y apasionada, un lánguido *sortzico*, y una *soleá* entrecortada, inacabable, con arrullos de tórtola y sartas de ayes quejumbrosos!

Y pues es el Cantar genuinamente español, y de ello debemos gloriarnos, no puedo pasar en silencio la pena con que vi que mi docto amigo el agustino P. Blanco García hacía caso omiso de ellos en su notable libro *La Literatura española en el siglo XIX*, mencionándolos ocasionalmente en el capítulo «Traductores é imitadores de Heine,» en vez de dedicarles capítulo aparte.

Sin duda que en los de Ferrán – según propia confesión además, – en los de Dacarrete y en algunos otros de aquella época se siente el influjo del autor del *Intermezzo;* pero quizá, quizá estuviera más en lo cierto quien considerara á Heine imitador de nuestra poesía popular, por la que sentía gran cariño, como lo acredita uno de los títulos dados á sus poesías.

Aunque dicho poeta no hubiese existido, no por eso hubiera dejado de constituirse el género literario principal objeto del presente libro; al contrario, tengo para mí que entonces, ya desde los tiempos primeros, hubieran sido más puros, más castizos, sin el amargor, sin la obscuridad que sabía imprimir á sus composiciones el poeta *francisé*, como Hannequín le llama. Sin conexión ninguna con Heine escribió Trueba los suyos, y los han escrito Ruiz Aguilera, Montoto, Guiteras, Tobar, Casañal y otros.

Por ser el Cantar una de las características de la poesía de este siglo, no debe ser desatendido por quien trace su historia literaria. Podrán en antiguos tiempos Fernán Pérez de Guzmán, Valladares Sotomayor, Torres Villarroel y otros más cercanos haber escrito á modo de cantares, pero no imitando los del pueblo; téngase además en cuenta que el Cantar ha sido una agraciada forma del naturalismo en España, bien distinto del funestamente seguido en otros géneros literarios al influjo de tan fangosa corriente.

Admitido que el pueblo español expresa en cantares sus alegrías y penas, sus enojos y cariños; que por medio de cantares zahiere, aconseja, reza y amenaza, ¿quién le suministra tan vario y adecuado material? ¿Sale de él con la espontaneidad de la silvestre flor, ó lo toma por selección de libros y comedias y en general de la *casa de los hombres* que saben?

Punto es este de importancia literaria y social, acerca del que, antes de dar nuestra humilde opinión, citaremos algunas de respetables hombres de letras.

«El pueblo es un gran poeta – dice Trueba – porque posee el sentimiento, que á mi entender es el alma de la poesía;» y en otro lugar de sus encantadores libros: «Desde mi niñez ha sido mi embeleso la poesía popular; desde mi niñez

han derramado en mi alma inefables delicias esas coplas desaliñadas, pero ingenuas y frescas, y gratas como las alboradas de San Juan, que el pueblo compone y canta para expresar sus alegrías y sus tristezas, sus placeres y sus dolores, sus amores y su fe, su patriotismo y sus glorias.»

El coleccionador de cantares y erudito académico de la Historia D. Emilio Lafuente Alcántara así emite su parecer: «A cada paso llegan á nuestros oídos millares de composiciones bellísimas de *un ingenio desconocido y siempre oculto*, pero el más fecundo de los ingenios, porque se inspira de sus propios sentimientos; *este poeta es el pueblo*, esta poesía *sus cantares.*» El mismo diligente colector añade en otro lugar, que «á cada instante, en fiestas, en serenatas, en romerías, aun en la soledad de los campos, brotan á centenares *de la mente de un inculto labriego* estas breves composiciones, insulsas frecuentemente, llenas á veces de entusiasmo y de poesía, ó del mayor gracejo y chiste; y se oyen una vez para no volverse á oir jamás, conservándose sólo, y corriendo de boca en boca y de pueblo en pueblo, aquellas más conformes con el común sentir, que más se adaptan á situaciones frecuentes, ó que más profunda impresión causan en el ánimo por la verdad de su concepto, por la belleza de su forma, por su oportuno chiste, y á veces por sus extrañas imágenes.»

«En todos tiempos y circunstancias, en cualquier grado de cultura que se halle la sociedad – dice D. Agustín Durán, – es imposible que el común de los que lo constituyen sea de poetas.» «Los cantos populares – añade, - por bárbaros y sencillos que parezcan, siempre se realizan por personas más dotadas de ingenio que el vulgo en general. En todas las sociedades nacientes el poeta se distingue de la multitud, ya que no por la ciencia adquirida, por lo que revela la naturaleza y se desarrolla más ó menos entre ciertos hombres de organización privilegiada.»

D. Manuel Cañete, en el prólogo con que se sirvió honrar la primera colección de mis cantares, tratando magistralmente el asunto, escribe: «¿Y habremos de presumir, por grande que sea la intuición poética del vulgo, que entendimientos sin ningún cultivo produzcan frutos sazonados y saludables, como los cantares sellados con el sello de muy agudo discurso, engalanados con máximas de altísima filosofía, ó enriquecidos con preceptos de la más sana experiencia? ¿Podrán salir á cada paso de la mente de un labriego inculto pensamientos tiernos, profundos, ingeniosos, epigramáticos, ó de cualquiera otra clase, que en los reducidos límites de un corto número de versos sonoros y bien construídos, como destinados al canto, aparezcan completos y expresados castizamente con deleitosa amenidad ó pintoresca energía? ¿Tendremos por único autor de lo que es tan difícil crear, á quien no posee calidad á propósito para

crearlo? Y no se diga que un tosco labriego es tan capaz de sentimientos y pensamientos poéticos como el hombre de mayor ilustración. No se diga que por carecer de cultura conserva intactos el vigor y virginidad nativa de su ingenio, y se halla más en aptitud de dar espontáneamente flores hermosas. Tanto valdría suponer que mientras menos se conozca el arte se está en mejor condición de producir bellos cantos. La facultad poética así puede residir y reside en el hombre culto como en el rudo aldeano. Pero aun concediendo por un instante que éste sobrepuje á aquél en disposición natural para percibir con vehemencia todo género de poesía, siempre nos veremos obligados á reconocer que no es lo mismo sentir poéticamente, que revelar en metros cadenciosos y en lenguaje exacto y expresivo el poético sentimiento que abrigamos en el alma.

»Ni la poesía popular, ni ninguna otra clase de poesía, puede ser fruto espontáneo de la ignorancia y rudeza. Abrojos y cardos, que no rosas y claveles, nacen en los eriales. Por regla general, el *vulgo*, en quien se pretende con avieso espíritu vincular el nombre de *pueblo*, lejos de producir hermosas flores poéticas, vicia y afea las que se apropia engendradas en las casas de los hombres que saben. De esta mala propensión del vulgo hay ejemplos muy antiguos. Citaré uno que me parece curioso, y de quien nos ha conservado memoria el infante D. Juan Manuel.

»Un caballero de Perpiñán, que vivía en tiempos del rey D. Jaime I y era un gran trovador, oyó al pasar por cierta calle que un zapatero se recreaba en decir la mejor y más popular de sus cantigas. Pero la decía tan erradamente en las palabras y en el son, que enojado el poeta descendió del caballo y se sentó junto á él. El zapatero siguió cantando, y cuanto más decía más confundía la cantiga; hasta que indignado el trovador de la torpeza del artesano que tan mal paraba sus versos, tomó unas tijeras é hizo muchas cortaduras en cuantos zapatos encontró á mano. Así vengó en las obras del zapatero la falta de inteligencia con que éste estropeaba la suya. ¡Cuántos zapateros no hay aún como el de Perpiñán, que pasan á los ojos de algunos por poetas populares, y sólo saben echar á perder felices inspiraciones de verdaderos poetas!»

Oigamos lo que dice Selgas: «Todavía es más difícil que el pueblo sea autor de ninguna poesía que esté dentro de las condiciones del arte; en primer lugar, porque el pueblo es multitud y ninguna multitud ha producido jamás ninguna obra de arte; antes por el contrario, lo que suele hacer es destruirlas.

»Hoy mismo se oye al pueblo cantar coplas sin sentido y sin gramática, lo cual prueba que si son obras suyas, no tiene ni gramática ni sentido, y si son obra de otro, al pasar por el pueblo han perdido el sentido y la gramática, como cosas inútiles.

»¿De dónde, pues, se ha sacado que hay poesía popular?

»¿Quiere determinarse con esto esa poesía de expresión sencilla, que tiene por objeto los afectos más comunes, los sentimientos más universales y las más vulgares sentencias?

»Y entonces pregunto yo: ¿Acaso no es esa la fuente de toda poesía?»

Las afirmaciones de ambos ilustres académicos hicieron saltar – como vulgarmente se dice – á Fernán Caballero, para quien «el pueblo inventa más fácilmente que aprende, é improvisa con más gusto y afición que repite.» En una carta autógrafa suya que poseo y que guardo más que oro en paño por referirse á mis modestos Cantares, dice que «no mira mis composiciones como una usurpación, sino como un homenaje á su querida poesía popular, de agua de fuente no destilada, pero por lo mismo más fresca y tranquila.»

¿Puedo atreverme á manifestar mi dictamen después de los tan valiosos que preceden? Pues la ocasión me brinda y casi á ello me obliga, diré que, á mi entender, el verso no es artificial, como no lo es el canto, como no lo es un granate á pesar del paralelismo y brillo de sus caras, sin negar que haya versos, cantos y piedras preciosas artificiales.

De fijo que si se lograra sorprender y poner en nota el lenguaje apasionado de dos amantes, se descubriría una especie de balanceo de ondulaciones regulares, como en los períodos de un orador en el paroxismo de su inspiración.

La poesía es la fiebre de la expresión; como ella, tiene su cadencia; y una de sus formas espontáneas, dentro de los elementos del idioma castellano, es indudablemente el Cantar, que en otro lugar hemos definido: «la pasión hecha verbo y vibrando acompasadamente.»

«Hablar en verso – escribe el malogrado Guyot – es decir: sufro mucho, soy demasiado feliz para expresar en lengua vulgar lo que siento »

Tiene el Cantar la exactitud de la prosa y la armonía del verso; corto como la emoción, que es su causa primera, posee el ritmo natural que la fisiología ha demostrado coexistir con los movimientos supremos, cuando, como en las expansiones del gozo y en los sacudimientos de la ira, nuestros nervios vibran al unísono.

El Cantar tiene música en sí, y aunque lo leamos sin ella, la sentimos vagamente, como cuando se mira un instrumento que ha deleitado repetidas veces nuestros oídos.

Las mentadas vibraciones son en rigor cosmopolitas, pero en cada pueblo han tomado forma diversa en relación con su espíritu y con la lengua traductora.

En la nuestra el verso que mejor se ha prestado á ello ha debido de ser el

octosílabo, «primero que fabricó la poesía castellana – según un entendido escritor, – aunque los antiguos documentos no lo corroboren.» La sencillez de su medida, la ambulante situación de sus acentos, su natural ritmo, el fácil empleo de asonantes, la riqueza de éstos, el ser tránsito de la prosa, y quizá mejor diríamos á la prosa, lo hicieron elemento temprano del cantar y del romance, que en cuanto á la forma puede considerarse su repetición.

El Cantar, por tanto, primer aliento musical y poético de nuestra lengua, puede por su espontaneidad y condiciones señaladas ser hijo del pueblo, y á él son debidos algunos de los que figuran en esta y otras colecciones; pero como la sensibilidad exquisita y el buen gusto – raros entre los individuos de clases elevadas – lo son más entre los que ni la herencia ni la educación han refinado, pocos son, en realidad, los debidos á tal procedencia.

Para demostrar lo burdo del sentir del pueblo no acudiré á dos casos que me refirió el malogrado Bartrina, referentes á dos reos de muerte, para que no diga que se trata de la hez de la plebe; respecto á sentimiento, sabido es el distinto que experimentan - aun la gente del campo – si una desgracia acaece á una bestia de sus establos ó á una persona de su familia, y en lo tocante al gusto debo referir, por mi parte, que, ansioso de recoger cantares, hube de renunciar á pedirlos directamente de los cantadores y ciegos, aunque los hubiese oído bellísimos de su boca al son de la guitarra, pues no me soltaban entonces más que sandeces, creyéndolas extremadas maravillas. Recuerdo que hallándome en Nacimiento, pintoresco pueblo de Almería, hubo de percatarse el *cantaor* de que yo escribía de cuando en cuando sus coplas, y dirigiéndose á mí: «Apunte usted,» me dijo irguiéndose; y aquel hombre, de quien aprendí el estribillo de la seguidilla, que sin él figura en Fernán Caballero, en Lafuente y otras colecciones:

Si las aves de Arabia
viven eternas,
viven porque no saben
lo que son penas;
que si penaran
ya no habría en el mundo
aves de Arabia,

de tan elegante factura, y otras coplas delicadísimas, me soltó con aire de satisfacción la siguiente:

Del Africa vino un mágico
á preguntar el por qué
había tanto perlático;
yo al punto le contesté:
Tu padre fué catredático.

¡Cuántos y cuántos miles de bellísimos cantares no existirían ya si el pueblo fuese verdadero poeta! Véase en contrario apoyo lo limitado de las colecciones, la abundancia de variantes, el paso de unas provincias á otras de los que tienen algún mérito, la rapidez con que ha prohijado los de Ruiz Aguilera, Montoto y otros, según se demuestra en la colección de Rodríguez Marín, que como populares los incluye, ora á sabiendas, ora creyéndolos tales. Reléase el sentido prólogo de Trueba en la segunda edición de su más bella obra, cuando aquellos amantes, «dulce personificación de la poesía,» acuden para expresar su cariño á cantares *ya usados*, lo cual he visto repetidas veces en declaraciones amorosas, demostrándose así la escasez, ya que no la carencia de expresión poética en el pueblo.

¿Quién, por otra parte, reputará populares las siguientes antiguas coplas?

¡Oh loca esperanza vana,
cuántos siglos ha que voy
engañando el día de hoy
esperando el de mañana!

—

En el campo me metí
á lidiar con mi deseo:
conmigo mismo peleo.
Defiéndame Dios de mí.

—

Por entre casos injustos
me han traído mis engaños
donde son los daños daños
y los gustos no son gustos.

¿Cómo no ver la firma de Moreto al pie de

En tanto que el amor dura,
toda locura es fineza;
luego que el olvido empieza,
toda fineza es locura:

la de Calderón en

Pide, si quieres, mi vida,
mas no me pidas mi honor,
que es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios:

la de Lista en la seguidilla tan popular en Sevilla y Cádiz:

Ven hermosa serrana,
ven á mi selva,
que el sol por esos campos
tu rostro quema:
ven y no tardes,
que aquí hay fuentes y sombras
y amor y amante:

omitiendo ejemplos de Montalbán, de Rojas y de poetas vivientes?

No son los cantares, á mi entender, hechos *por* el pueblo, sino *para* el pueblo; éste es crítico más que autor.

Al que objete que su sencillez no es asequible á la gente culta, he de contestarle que no ha estudiado el asunto *sobre el terreno;* antes bien, los poetas nacidos del pueblo (cuya existencia esporádica hemos reconocido) tienen á gala demostrar erudición en sus cantos, y es en ellos abusivo el uso de calificativos sonoros, cuyo sentido no siempre conocen exactamente; mientras que los poetas que llamaremos populares por haber sabido interpretar el común sentir de las gentes, saben despojarse de todo artificio ú ocultarlo cuando menos al producir sus obras.

Ejemplo al canto.

Obligado por mis deberes profesionales á residir una temporada en el Bearne, cuando los estudios de los grandes túneles internacionales, llamaron poderosamente mi atención los cantos populares de aquella histórica comarca francesa. ¡Qué encanto para mí oir en lenguaje parecido al que arrulló mi cuna, cuando al caer de la tarde regresaba fatigado á Bedous ó á algún otro de aquellos hospitalarios pueblecitos, de boca á veces de mis peones ó de un tranquilo rabadán hallado al paso, el allí célebre y melancólico:

La haut les montagnes un pastour malhouroux
assis al pied d'un arbre, bagnat en plours,
somniaba al cambiament de ses amours,

con otros no menos poéticos, no menos arrobadores!

Sin embargo, tales canciones no son – como pudiera creerse á su audición campestre – hijas de ninguno de aquellos incultos boyeros, que como emanadas de su ser las entonan: son de un poeta fino y delicado, de una especie de Alfredo de Musset, de un *sportman*, como diríamos ahora, en cuya vida se cuen-

tan varios extraños desafíos; de Cipriano Despourrins, en fin, *lou plus aimat é lou plus aimistous*, como le llama Navarrot en la tumba que sus admiradores han elevado sobre el cono de ofita en que le complacía pasar horas y más horas en fecunda meditación.

Tales vaguedades al tratarse del origen y evolución de este género poético, y el escaso interés que hasta hace poco han despertado, proceden principalmente de la falta de coleccionadores. Los cantares no han tenido en épocas lejanas un *Cancionero General*, ni un Barcellos, un Baena ó un Colocci; ni en tiempos más dados á la investigación crítica, un Agustín Durán, un Manuel Milá, un marqués de Valmar.

La primera colección que aparece es recentísima; data de 1799, y es debida á D. Juan Antonio Zamacola, quien firmaba con el seudónimo de *Don Preciso*. Fué éste un notario de la villa de Madrid, gran tañedor de guitarra, y publicó, además de nuevas ediciones de la mencionada obra, otra sobre *Tribunales de España* (1) y una *Historia de las naciones bascas de una y otra parte del Pirineo septentrional y costas del mar Cantábrico* (2), en cuyo prólogo anuncia que «si sus desgracias le dexan algún momento de reposo, no tardará en concluir otra obrita jocosa que llevará por título: *Don Preciso en Francia*.»

Tales son los datos que he podido recoger del emigrado vascuence, y siento no sean más, pues le estimo de gran importancia en la historia de los cantares, no sólo como indudable coleccionador, también quizá como autor, aunque no lo declare; véanse sus seguidillas y se notará en ellas una uniformidad de dicción, una exquisitez de pensamiento, una afición al retruécano, que revelan una individualidad ó cuando menos una época.

No así en las coplas para polos y tiranas, donde se reconocen procedencias, gustos y tiempos varios.

Siguen á la colección de *Don Preciso* la de Ataide y Portugal (D. Enrique), que consta de 426 seguidillas y 715 coplas, publicada en Madrid en 1802, nueva edición en 1807, y la anónima de Barcelona, imprenta de Agustín Roca, cuya segunda edición (única que he podido adquirir) es de 1825.

El móvil de los mencionados libros fué la música; en época de boleros, tiranas y polos faltaban asuntos ó se aplicaban mal, y de ahí - como se ve en el discurso que encabeza la colección de *Don Preciso* - la necesidad de divulgar la letra acomodable á la música, y en odio manifiesto al recién importado *bel canto* italiano.

(1) Madrid, hijo de Ibarra, 1806

(2) Auch, 1818.

Transcurren años en silencio; en 1859 el *folk-lorismo* – como diríamos ahora – mueve á Fernán Caballero á publicar un precioso ramillete de *Cuentos y de cantares*, y nuevamente Alemania nos da aviso y se goza con nuestras bellezas literarias publicando en Leipzig (1862) una colección - no exenta de erratas – reunida por D. Tomás Segarra, *español nativo*, según dice la portada, y una nueva edición (1874) de la obra de Fernán arriba mencionada.

Tras las huellas de Cecilia Bohl, el erudito académico de la Historia don Emilio Lafuente Alcántara da á luz en 1865 su *Cancionero popular*, en dos tomos, de seguidillas el uno y de coplas el otro, precedido de un discurso preliminar en que hace gala de sus conocimientos en la materia.

La colección más completa es la del literato sevillano D. Francisco Rodríguez Marín; avalóranla copiosas notas puestas al pie de cada grupo de cantares, llegando á 8174 el número de éstos, incluyendo las *nanas*, ó canciones de cuna, y algunas composiciones de autores modernos, aunque prohijadas por el pueblo y tomadas de sus labios.

La que hoy publicamos no lleva el intento de vencer en número á las anteriores, tarea sumamente fácil tratándose de bienes comunales; la constituyen en primer lugar los cantares que en mi ya larga carrera de ingeniero he recogido al amor de la lumbre unas veces, en medio del campo otras, ya en Castilla, ya en Aragón, ya en Andalucía, ora en Asturias, ora en Cataluña; y en segundo los escogidos de las diversas colecciones publicadas y de otras sin publicar que atentamente se me han facilitado, debiendo mencionar entre éstas – por resultar anterior á la de *Don Preciso* – la del poeta rondeño del siglo XVIII D. Cristóbal Avilés Casco y Castro.

No comienza esta colección – como las de Fernán y de Lafuente – por los cantares religiosos, que, relativamente escasos, son de carácter infantil tocando hasta á lo irrespetuoso y nada tienen de la mística literaria española, sensual, plástica si se quiere, pero admirable por la intensidad de sus sentimientos y delicadeza de su expresión.

Errado camino emprendería quien intentase probar con ello la irreligiosidad de nuestro pueblo: débese el fenómeno al momento de producción del cantar, ordinariamente reflejo de una viva emoción; de ahí que sean notables algunas *saetas* lanzadas al encuentro de un paso en las procesiones de Semana Santa – hechas hasta hace poco á lo vivo en algunos pueblos – y las que se refieren al ferviente culto á la Virgen. De unos y otros presentamos ejemplos en el lugar que corresponde, ofreciendo un grupo de cantares *A la Virgen del Pilar*, tan idolatrada de los aragoneses.

Es el amor el más individual y el más universal á la vez de los sentimientos,

y el que más campea, por tanto, en la musa de los cantares, *presque tous roulent sur l'amour*, dice el escritor francés ya aludido; por los amorosos hemos comenzado nuestra colección, en sus diversas fases de *Piropos y Flores* y *Declaración*, en lo cual sentimos también diferir de García Gutiérrez, que no la reconoce ó admite.

Se ha dedicado un capítulo especial al amor á las madres, tema hermoso y característico de esta clase de poesía popular que algunos poetas literarios han imitado, sobrepujádola en ocasiones.

Entre los sentenciosos y morales son muchos los de gran valía; la ciencia del pueblo es profunda, como fundada en la observación y en la experiencia, y hay ciertamente cantares cuyos versos golpean el ánimo haciéndolo estremecer, tal es el peso y la vibración de la verdad que encierran.

Lo histórico y lo tradicional ha producido sólo toques aislados en esta clase de poesía, lo cual no se explica fácilmente al hojear los nutridos romanceros españoles; débese, á mi ver, á que el Cantar no es narrativo, sino recordatorio de un hecho brillante ó que ha afectado hondamente el ánimo, estrella fugaz que un instante ilumina, no de las que destellan tranquila luz siglos y siglos.

El apego á la comarca, el regionalismo de que tanto ahora se habla, muéstrase evidente y vivo en los cantares.

Camino de Castilla
ya no va nadie,
si no es polvo y arena
que lleva el aire,

he oído en Asturias, y muchos son los de esta índole que se oyen en Aragón, aparte de los que pudiéramos llamar regionales por otro concepto, como el siguiente recogido al son de una jota, orillas del Gállego:

Mi pañuelo y tu pañuelo
son cortados de una pieza;
tú lo llevas en el cuello,
yo lo llevo en la cabeza,

de labios de uno á quien decían por mote *el del Cahiz*, por levantar fácilmente doce fanegas en sus brazos.

Son notables los cantares que se refieren á profesiones ó estados del individuo: ayes escapados á través de las rejas de obscuros calabozos parecen los que á presos hacen referencia; bostezos de hambre y de amor los que entonan los estudiantes; impregnados de nostalgia, mejor dicho, de añoranza, los de los soldados y marineros, afanosos ambos por regresar á sus hogares; temerosos é in-

tencionados los de los mineros, rodeados de riqueza en la más espantable miseria; ternos y bravatas en redondilla los de contrabandistas y jaques, llegando los de éstos más allá de los límites de la exageración, como en el que dice:

Para que no escale el cielo
un *divé* me tiene preso:
me ha dado el mundo por jaula
y la mar por bebedero.

Varia, alegre, satírica, burlona, doblemente intencionada y no siempre tan casta como la supone García Gutiérrez es la musa popular, lo cual se demuestra en la parte última de la colección que lleva por título *Cantares joco-burlescos*, en la que se ha debido suprimir no poco de lo recogido por esos andurriales.

***

Sigue á la colección de cantares populares escogidos – comprendiendo coplas, seguidillas manchegas, seguidillas gitanas, soledades y trobos – la primera colección hecha en España de cantares literarios, la cual demuestra plenamente la existencia y la vitalidad de género tan característico de nuestra literatura.

Tres fases ó épocas señala el erudito D. Agustín Durán en su discurso acerca del *Romancero*, atinentes á dicha poesía: la espontánea, la de los juglares y la erudita y artística, admitiendo coexistencias como el *Poema del Cid* y los *Cantos de Berceo* en tiempos de evidente producción popular.

Los cantares han tenido marcha análoga, aunque con retardo manifiesto.

Dadas su sencillez y brevedad, parece que debiera haber acontecido lo inverso; mas téngase en cuenta que en las sociedades – y claramente lo comprueban las lenguas, que son su expresión – lo real, lo objetivo precede á lo anímico y abstracto. Punto es este que estimo de interés en nuestra historia literaria, acerca del cual espero que personas más entendidas ilustren y quizá modifiquen mi pobre opinión.

Es lo cierto que aquí los *cantaores* y los ciegos han hecho las veces de juglares, y, como ellos, modificado lo existente, creando en ocasiones: Juan Breva, *El Fillo*, Perico *el Ciego* y la de Manzanares lo comprueban, y es lo cierto además que el cantar literario ha nacido y prosperado en la segunda mitad del siglo actual, cuando el romance de igual índole desaparecía con el duque de Rivas y con Zorrilla, quedando hoy sólo los que podemos llamar imitadores de los imitadores.

A pesar del paralelismo que nos hemos complacido en indicar entre el *Romancero*, realizado por gente literata, y el *Cantarero*, de igual origen, existen

diferencias entre ambos muy interesantes y dignas de ser tenidas en cuenta por la crítica.

La época que D. Agustín Durán llama erudita no se presenta en los cantares nacionales. Es el Cantar refractario á la erudición, escollo de las literaturas, que movió á la griega por las sendas de su decadencia.

No contradicen lo expuesto las citas de Venus, Cupido y otras entidades mitológicas: el clasicismo y la ornamentación de jardines las habían hecho populares, como hoy acontece con la Cibeles, punto de comparación que tomar suele la gente de los barrios bajos madrileños.

No cabe decir lo mismo de la combinación artificiosa, mal que los atacó á principios del presente siglo, y del culteranismo trasnochado que á ellos llegó tardíamente, como todo lo que al pueblo llega, haciendo más estrago en las seguidillas, por prestarse su factura y estribillo en mayor grado á la invasión.

Es el Cantar además más austero, más desprovisto de adornos que el romance, donde descripciones y paréntesis caben perfectamente; contados son los adjetivos que emplea, todos ellos de una sencillez primitiva.

No son de temer aquí los desastres ocasionados en algunos géneros literarios por irse alejando el autor del público al cual se dirige; el contacto es constante, inmediato: público y autor se confunden, se reflejan y mutuamente se corrigen.

El romance literario es retrospectivo por su índole; tiene en sí el frío de las tumbas, el polvo de los archivos, hijo de la mente más que del corazón, aparece falto del calor vital y de la independencia de época que avaloran los cantares bien hechos, y por tanto asimilables para el pueblo.

De «empresa difícil, ya que no imposible,» califica García Gutiérrez en su varias veces mentado discurso de recepción en la Academia Española, la imitación de los cantos populares, y, sin embargo, á la sazón (11 de mayo de 1862) ya andaban por esos mundos los cantares de Ferrán (1861) demostrando lo contrario, y, aun sin contar con los de Trueba – muy anteriores, – publicaba Asquerino en *La América* los de Dacarrete y Ventura Ruiz Aguilera, y leía Terencio Thós los suyos en la Academia de Buenas Letras de Barcelona; el empuje estaba dado, la corriente se deslizaba, aunque no muy caudalosa aún, siendo raro que no supiese verla el inspirado autor de *Venganza catalana*, como tampoco más tarde otro académico, D. Francisco de Paula Canalejas, quien al reseñar la literatura contemporánea en el Ateneo (1868), hace mención única de los cantares de Campoamor, de mérito indiscutible, pero eminentemente *campoamorinos*, y alejados por tanto de la levadura popular.

La colección que presentamos, no tan completa como hubiéramos querido,

por impedirlo, aparte de otra razón, el tamaño del libro y la preferencia que en él corresponde á los estimados populares, viene á contradecir la opinión de los que toman al *labriego inculto* por único origen de dicha poesía. Si se exceptúa el grupo final (colocado por exigencias de editor), en todos los demás se hallarán bellezas que no ha desdeñado el pueblo, puesto que los ha hecho suyos, según puede verse en la colección de Rodríguez Marín, de *Demófilo* y otras, y puede oirse dondequiera que una guitarra puntea: flores son de huerto, pero no flores artificiales.

No he sido duro – como han dicho algunos – al tratar en otro lugar (1) de la obra poética de Trueba; parafraseador de cantares, el desconocimiento de éstos – casi total en su tiempo – le dió visos y fama de creador, pero su influencia en promover la afición al género, en hacer descender la poesía del barroco sitial en que se hallaba empingorotada, fué grande y decisiva, y en la historia de los cantares literarios le corresponde, como propagandista, uno de los primeros puestos, no menos que á Bécquer, que tendió hacia ellos por su forma y por su fondo, siendo, en combinación con el pueblo, maestro de algunos de nuestros primeros autores de verdaderos cantares.

Rendido tributo á los precursores, considero que debe ocupar sitio preferente en una colección de cantares literarios Augusto Ferrán – aunque el Padre Blanco y Emilia Pardo Bazán le antepongan otro nombre, – y que han de seguirle Ventura Ruiz Aguilera, Angel Dacarrete, á quien sus contemporáneos no han hecho justicia, Campoamor y otros de más difícil ordenación.

Por lo dicho se ve que soy enemigo de las clasificaciones por orden alfabético de apellidos; la cronología, especialmente en los comienzos; la cantidad de producción y la popularidad adquirida – popularidad no del nombre, sino de la cosa, – son á mi parecer excelentes bases taxonómicas, y á ellas me hubiera atenido á disponer de tiempo y de medios. La falta de noticias bibliográficas, existiendo tan sólo un notable trabajo de Luis Montoto, editado por el marqués de Xerez de los Caballeros en 1892; la necesidad de dar tiempo al tiempo para ver cuáles de los autores están llamados al envidiable lauro de la *popularidad incógnita*, y el mutismo de la crítica en esta clase de obras, negado por algunos hasta el derecho á la vida, dificultan empresa que intento realizar otro día.

A desvanecer tales prejuicios, á facilitar tales estudios se encamina la colección que al público ofrecemos, la cual, por otra parte, es expresiva por sí sola y economiza todos los comentarios que pudiéramos aducir. Sólo diremos que son muchos los cantares inéditos que en ella figuran: Salvador Rueda, Terencio

(1) *Acontecimientos literarios*, 1889.

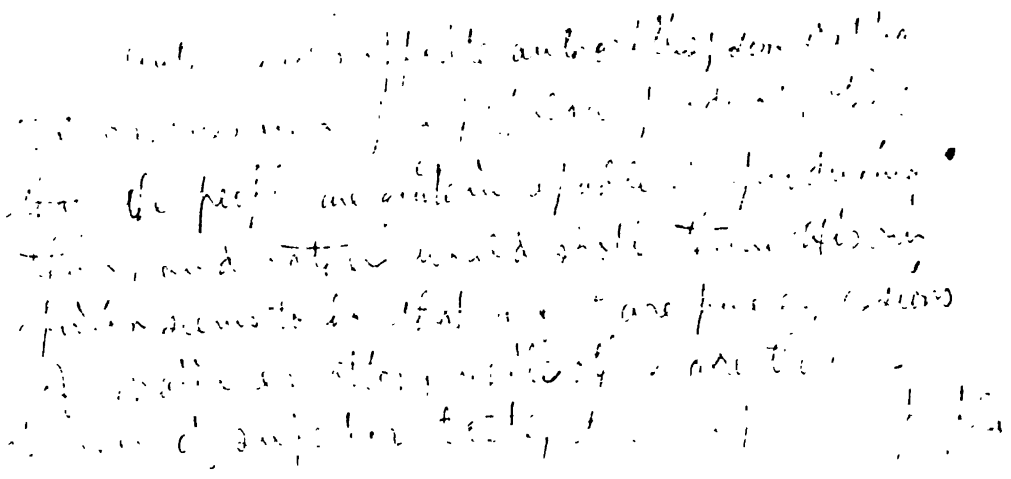
Thós, Angel Avilés, Blanca de los Ríos, Salvador Anaya y otros me han favorecido con nuevos productos de su ingenio al tener noticia del libro que estaba preparando, y los que llevan la firma del gran Zorrilla copia son de un autógrafo que de él poseo, cariñoso regalo del marqués de Valmar, quien se los vió improvisar en una sesión de la Academia Española (1).

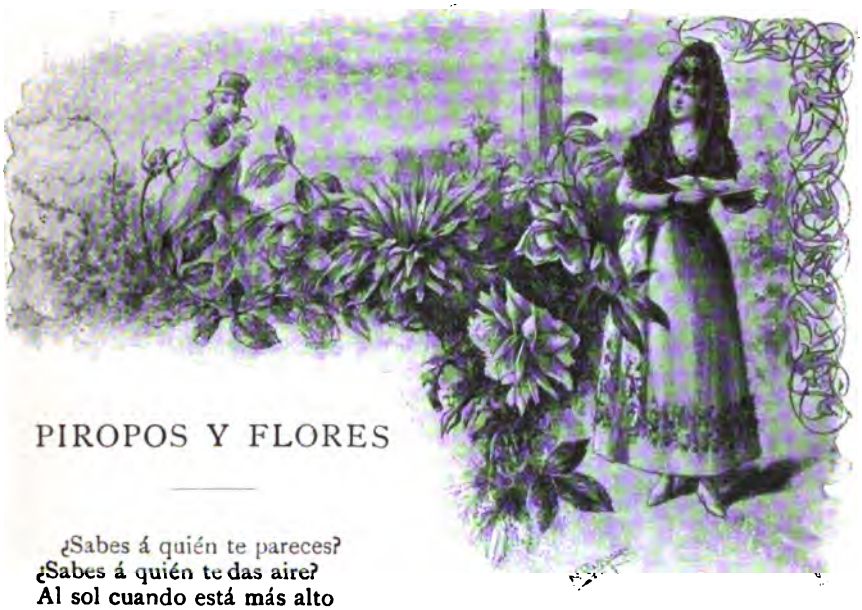
MELCHOR DE PALÁU.

(1) En nuestro deseo de que el presente libro apareciera en las condiciones que por su importancia merece, hemos conseguido reunir en él varios dibujos del inspirado artista sevillano Sr. García Ramos, hechos unos expresamente para esta colección y publicados otros en revistas artísticas, de donde los hemos reproducido.

Por lo que á estos ultimos se refiere, cúmplenos dar las más expresivas gracias al señor don Torcuato Luca de Tena, director-propietario de *Blanco y Negro*, de Madrid, por habernos autorizado para reproducir los que en su revista se publicaron.

Los editores.





PIROPOS Y FLORES

¿Sabes á quién te pareces?
¿Sabes á quién te das aire?
Al sol cuando está más alto
y á la luna cuando sale.

—

Soñé y vi que eras un ángel
que del cielo te escapabas,
y Dios quiso detenerte
y se quedó con las alas.

—

No sé como no florece
la escalera de tu casa,
subiéndola quien la sube,
bajándola quien la baja.

—

Pequeñita y redondita
como grano de cebada;
lo que tienes de pequeña
lo tienes de resalada.

—

Tú eres el clavel de abril
y la rosita de mayo,
la hermosa luna de enero,
que me tienes hechizado.

—

Eres una clavellina
rodeada de claveles:
como eres tan peregrina,
hechizadito me tienes.

Eres la flor de las flores,
eres rosa entre las rosas,
eres la que estimo y amo,
eres tú la más hermosa.

—

Eres más apetecible
que el fresco de la mañana,
y más hermosa y más bella
que rosa de abril temprana.

—

Al verte las flores lloran
cuando entras en tu jardín,
porque las flores quisieran
todas parecerse á ti.

—

A tu puerta llamo puerta,
y á tu ventana ventana,
á tu madre jardinera,
y á ti rosita encarnada.

—

Cuando va mi niña á misa
la iglesia se resplandece,
hasta la hierba que pisa,
si está seca, reverdece.

Un pajarillo alegre
picó en tu boca,
pensando que tus labios
eran dos rosas.

—

Capitanes de guerra
son tus dos labios,
y tus dientes en fila
son los soldados.

—

Sin duda que tu padre
fué confitero,
y te hizo los labios
de caramelo.

—

Tienes una boquita
tan embustera,
que á batalla de besos
me la comiera.

—

Bendita sea tu casa
y el albañil que la hizo,
que por dentro está la gloria
y por fuera el paraíso.

—

Eres tú la que le quitas
el color á la manzana,
y la blancura á la nieve,
y la frescura á las aguas.

—

El día que tú naciste
nacieron todas las flores,
y en la pila del bautismo
cantaban los ruiseñores.

—

Tus cabellos son tales,
hermosa niña,
que me matan de amores,
y al sol de envidia.

—

La nieve por tu cara
pasó diciendo:
como aquí no hago falta,
no me detengo.

—

Es tu cara una rosa
que colorea,
y tu cintura el tallo
que la menea.

¿Para qué vas por lumbre
la calle arriba,
si sale de tu cara
la llama viva?

—

Niña que vas á lavar
al río del Manzanares,
¿para qué quieres jabón
si tus manos son cristales?

—

Es tu pecho una alcobita
hecha con tanto primor,
que me parece á la vista
de la gloria el resplandor.

—

Son tus manos palmas reales,
tus dedos diez azucenas,
tus labios finos corales,
tus dientes menudas perlas.

—

¡Ay, qué dedos para anillos,
qué pecho para un diamante,
qué orejas para zarcillos,
qué niña para un amante!

—

¡Qué manitas para guantes,
para sortijas qué dedos,
qué cuello para collares,
qué boquita para un beso!

—

Eres hermosa y robas
los corazones:
¿dónde pondré yo el mío,
que no lo robes?

—

Ven acá, almacén de gracia
cuerpo de sal y salero,
que eres más agraciadita
que la flor que echa el romero.

—

Eres hermosa en extremo,
tu color no tiene igual,
tu cuerpo se gallardea
como barquilla en el mar.

—

Tienes la cara pecosa
como huevo de perdiz;
en cada peca una rosa,
y en medio una flor de lis.

Tienes pecas en la cara;
pero no te dé cuidado,
que mejor parece el cielo
cuando está más estrellado.

—

Tienes en tu cara pecas,
y en tu garganta lunares,
y en tu pecho más virtudes
que rosas en los rosales.

—

Tiene la prenda que adoro
un lunar en un carrillo,
y en el otro lado tiene
la estrella del cielo empíreo.

—

¿Con qué te lavas la cara,
ojitos de palomita?
¿Con qué te lavas la cara,
que la tienes tan bonita?

—

– ¿Con qué te lavas la cara,
que tan colorada estás?
– Me lavo con agua clara,
y Dios pone lo demás.

—

Parece mi morena,
cuando va á misa,
pajarita de nieve,
que anda y no pisa.

—

Tienes el rostro serio
y el mirar grave,
y en el andar sereno
pareces nave.

—

Prende, cuando se peina
mi dueño hermoso,
en agujas de plata
cabellos de oro.

—

Entre la nieve y la grana
se formaron tus mejillas,
y como la nieve es blanca,
lo encarnado es lo que brilla.

—

Muchas veces estoy viendo
las rosas de tu ventana,
y muchas veces me engaño,
creyendo que son tu cara.

Las rosas y los claveles
se dieron una batalla,
y los claveles ganaron,
porque reinan en tu cara.

Cuando voy al Pirineo
y paso por su espesura,
y veo la blanca nieve,
me acuerdo de tu hermosura.

—

Mira si he corrido tierras,
que he estado en Benamejí;
no he visto cara más bella
que la de este serafín.

—

Tienes en tu cara pecas,
y en tus carrillos colores,
y en tu cuello gargantillas,
y en tu corazón amores.

Hoyos tienes en la cara
de viruelas que te han dado,
en cada hoyo una rosa
y un clavel disciplinado.

—

Dame una clavellina
de tus claveles,
dámela tan hermosa
como tú eres.

—

Del donaire de Filis
y el garabato
dos mil corazoncillos
están colgando.

—

Mariquita María,
la de mi barrio,
hasta el agua bendita
toma con garbo.

—

Así como corre el agua
por debajo de la adelfa,
así corre por tu cara
la gracia de Dios, morena.

—

En enero no hay claveles,
porque los marchita el hielo;
en tu cara los hay siempre,
porque lo permite el cielo.

—

De tu cara sale el sol,
de tu garganta la luna:
morenas he visto yo,
pero como tú ninguna.

—

Con lo blanco de tu cuello,
salada, me cautivaste;
átame con tu cabello
hasta que venga el rescate.

—

Quítate esta mantellina,
que te quiero ver el pelo;
que para ver una imagen
antes se descorre el velo.

—

Eres rubia como el sol,
y en tus cabellos hay fuego
que abrasa los corazones
aunque parezcan de hielo.

Tienes el pelo rubito
de perlas claveteado;
así me tiene á mí
el corazón traspasado.

—

Con esos rizos hermosos
que te cuelgan por la cara,
pareces la Magdalena,
cuando por el mundo andaba.

—

Los cabellos de mi rubia
se los ha robado al sol;
á mí me ha robado el alma,
la vida y el corazón.

—

Esos rizos que te adornan
esa peregrina cara
son flechas con que me has hecho
herida que nunca sana.

—

Con ese pelito rubio
y esa cara tan divina
es usted la encantadora
de toda la estudiantina.

—

Rubita, sol de los soles,
tu cara es una custodia,
y tu pecho la escalera
para subir á la gloria.

—

Eres como el trigo rubio
escogido grano á grano;
eres tú la más hermosa
que mis ojos han mirado.

—

Vivan los cabellos rubios,
vivan los rubios rubiales,
y vivan los de mi niña
que son rubios naturales.

—

Eres más rubia que el sol
y más blanca que la nieve;
eres rosa alejandrina,
que todo el año florece.

—

Los cabellos de las rubias
dicen que tienen veneno:
he de casarme con una,
aunque me mate con ellos.

De tu pelito, rubita,
corté, rubita, un cabello,
é hice una cadenita,
rubita, y me la eché al cuello.

—

Del cabello más sutil
que tienes en tu trenzado
he de hacer una cadena
para traerte á mi lado.

—

Dicen que la reina inglesa
tiene los cabellos rubios;
y yo te digo: princesa,
ningunos como los tuyos.

—

Las estrellas y luceros
que salen por el oriente
los tengo comparaditos
con los rizos de tu frente.

—

Bendita sea la madre
que te parió en este mundo,
para encanto de los hombres,
con ese pelito rubio.

—

Con ese pelito rubio
que te cuelga por la frente
pareces campana de oro
que va llamando á la gente.

—

El que quisiere á una rubia
ha de dormir al sereno,
que no se gana una rubia
con las manos en el seno.

—

Unos dicen que lo blanco
y otros dicen que lo negro;
otros que lo colorado,
yo digo que lo moreno.

—

En la soledad del campo
me puse á considerar
los pesos duros que vale
una morena con sal.

—

Una morena se vende:
dicen los apreciadores
que la sal de una morena
no se paga con doblones

Puede una mujer morena,
con una mirada que eche,
poner á un hombre en la cama
y en un hospital diez meses.

—

Vivan los aires morenos,
vivan los morenos aires,
vivan los de mi morena,
que son como los de nadie.

—

Sosas eran en lo antiguo
todas las aguas del mar,
pero escupió mi morena,
y se volvieron *salás*.

—

El que muere sin probar
el querer de una morena,
se va de este mundo al otro
sin saber lo que es canela.

—

Viva todo lo moreno,
lo moreno amorenado;
lo moreno de tu cara
es lo que más me ha gustado.

—

De los tres colores, madre,
lo moreno es lo bonito;
morenos fueron los clavos
que le pusieron á Cristo.

—

Yo soy blanco, y te diré
la causa de estar moreno:
estoy adorando á un sol
y con sus rayos me quemo.

Todas las morenas son
dulces como el caramelo,
y yo, como soy goloso,
por una morena muero.

—

Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena,
moreno es el bien que adoro,
¡viva la gente morena!

—

Moreno es el bien que adoro,
por eso lo quiero tanto,
porque la tierra morena
se señorea en el campo.

Vale más lo moreno
de mi morena
que toda la blancura
de la azucena.

—

No importa, niña, que seas
morenita de color
si tienes en esa cara
toda la gracia de Dios.

—

En pasando mi morena
tropieza el que va detrás,
que va llenando la calle
de terroncitos de sal.

—

Morenita, morenita,
dame de tu morenura:
más vale de ti la gracia
que de muchas la hermosura

—

Viva todo lo moreno,
lo moreno es lo mejor,
que en el jardín de Cupido
lo moreno es una flor.

—

– Estrella, sol y luna,
sal á la calle.
– Lucero, no me deja
salir mi madre.

—

Estrellas y luceros
van con la luna,
pero como tu cara
no va ninguna.

—

La luna por el cielo
va serenita;
así va por la calle
mi morenita.

—

Morena es la cebada,
moreno el trigo,
moreno es el espejo
en que me miro.

—

Morena tiene que ser
la tierra para claveles
y la mujer para el hombre
morenita que si quieres.

Morena tiene que ser
la tierra para ser buena,
y la mujer para el hombre
también ha de ser morena.

—

Lo moreno lo hizo Dios,
lo blanco lo hizo un platero:
tome lo blanco el que quiera
yo por lo moreno muero.

—

Viva todo lo moreno,
lo moreno de buen aire:
lo digo porque me toca
de lo morenito parte.

—

Es mi amante morenito
como el triguito tremés
que hace el pan obscurito,
gustosito de comer.

—

Yo nací en Sierra Morena
y á una morenita quiero:
lo moreno es de mi gusto,
yo por lo moreno muero.

—

No te quiero por bonita,
que bonita no lo eres;
te quiero por morenita
y por la gracia que tienes.

—

Con la sal que derrama
una morena
se mantiene una blanca
semana y media.
Viva el salero,
viva la sal graciosa
de lo moreno.

—

Mi moreno es tan moreno
que ya parece gitano,
pero tiene á puñadicos
la sal molida en los labios.

—

Los ojos de mi morena
tienen un mirar extraño,
que matan en una hora
más que la muerte en un año.

A todos los ojos negros
los aprisionan mañana:
bien puedes tú, que los tienes,
echar empeño á la Sala.

—

Son tus ojos dos luceros,
tu boca un clavel de mayo,
son tus mejillas dos rosas:
hazme dueño de ese ramo.

—

Los ojos de mi morena
son un tren de artillería,
que nada dejan derecho
cuando hacen la puntería.

—

Tus ojos tienen la culpa,
cuando los flechas, indina,
de que yo tenga este cuerpo
lo mismo que jaletina.

—

Los ojos de mi morena
me parecieron ayer
ese lucero que sale
á eso del amanecer.

—

A la mar, por ser honda,
se van los ríos,
y detrás de tus ojos
se van los míos.

—

Tienes unos ojillos
muy halagüeños,
porque dan esperanzas
y no tormentos.

—

Amarillo es el oro,
blanca la plata,
y pardos son los ojos
que á mí me matan.

—

Para pasear tu calle
no necesito farol;
son tus ojos dos luceros
que relumbran más que el sol.

—

Tus cejas son medias lunas,
tus ojos son dos luceros,
que alumbran de noche y día
mucho más que los del cielo.

Ojos como los tuyos
no van al Prado,
ni tampoco salero
tan resalado.

—

Que Amor busque tus ojos
no es cosa extraña,
pues como ciego, busca
lo que le falta.

—

Tus ojos son ladrones
que roban y hurtan;
tus pestañas el monte
donde se ocultan.

—

A tu cara la llaman
Sierra Morena,
y á tus ojos ladrones
que andan por ella.

—

Con esos ojos gachones,
serrana, con que me miras,
el corazón me lo partes,
y el alma me la lastimas.

—

La luna en el Océano
con sus rayos argentinos
no da tanta luz al mundo
como tus ojos divinos.

—

Son tus ojos dos luceros
puestos en tan alta estima,
que en sólo haberlos mirado
se me ha turbado la vista.

—

A la Sala del crimen
llevé tus ojos,
porque son dos ladrones
facinerosos;
y cuando entraron
se ha quejado el Regente
que le robaron.

—

No hay ojos más hermosos
que son los tuyos,
y más cuando me miras
con disimulo;
y si los pones
un poquito adormidos,
¡caramba, entonces!

Tienes ojos azules,
ojos de gloria,
y los míos te piden
misericordia.

—

Anoche soñaba yo
que dos negros me mataban;
¡y eran tus hermosos ojos,
que enojados me miraban!

—

A la salida de un carmen
unos ojos negros vi;
de quién eran, no lo sé;
que me cautivaron, sí.

—

Ojos morenos del alma,
apacibles y risueños,
desde el día en que los vi,
me estoy muriendo por ellos.

—

Ojos negros y risueños,
boquita de serafín,
estoy soñando contigo
desde el día en que te vi.

—

Toda mi vida en el mar,
no me cautivaron moros,
y una vez que entré en tu casa
me cautivaron tus ojos.

—

Tus ojos me cautivaron,
blanca paloma sin hiel,
tus ojos me cautivaron,
que no los moros de Argel.

—

Tienes unos ojitos
que me los clavas
en el último centro
de mis entrañas.

—

A esos ojillos negros
échales llave,
que me matas con ellos
cuando los abres.

—

Los ojos y los labios
de cierta niña
son los depositarios
del alma mía.

Tienes cierto no sé qué,
que me haces perder el tino
con el mirar halagüeño
de tus ojos peregrinos.

—

Son tus ojos dos cañones
cargados de munición,
y tus palabras son balas
que pasan mi corazón.

—

Son tus ojos dos señores
jueces de chancillería,
los que sentencian el pleito
y á mí me quitan la vida.

—

Salga el sol, si ha de salir,
y si no, que nunca salga,
que para alumbrarme á mí
la luz de tus ojos basta.

—

Para todos en el mundo
sale el sol por la mañana,
para mí sale tan sólo
cuando contemplo tu cara.

—

Con las estrellas del Norte
se guían los marineros;
yo me guío con tus ojos,
que parecen dos luceros.

—

Ojos disimulados
son los mejores,
porque logran á tiempo
las ocasiones.

—

El que estrellas estudia
ve su destino;
y yo estudio tus ojos
por ver el mío.

—

Las estrellas del cielo
no están cabales,
porque están en tu cara
las principales.

—

Las estrellas del cielo
son mil y siete,
con las dos de tu cara
son mil y nueve.

García Ramos dibujó

Esos ojos gachones
con que me miras
infunden en mi pecho
cierta fatiga.

—

¿Qué tienen esos ojos,
dime, alma mía,
que no entiendo si matan
ó si dan vida?

—

Tienes unos ojillos
tan rechuscones,
que con una mirada
matas á un hombre.

—

Si por el mirar matas,
niña, pregunto:
¿dónde vas enterrando
tanto difunto?

—

Tan cautivo me tienen
tus dos luceros,
que aunque busco el rescate
jamás lo encuentro.

—

Manojos de alfileres
son tus pestañas,
cada vez que me miras
todo me clavas.

—

Tus ojos no son ojos,
que son saetas:
cada vez que me miras
me dejas muerta.

—

Cuando Dios creó los cielos
le sobraron dos estrellas
y las puso en tu carita
para alumbrarse con ellas.

—

Pequeñita es la boca,
negros los ojos,
suelto y airoso el talle
de la que adoro.

—

A tus ojos les llaman
Extremadura,
porque son extremados
en hermosura.

Ojos negros son traidores,
los azules embusteros,
los ojos acastañados
son fieles y duraderos.

—

Tienes unos ojitos
adormilados,
que es preciso quererlos
á ojos cerrados.

—

Del cielo de tus ojos
dí una caída,
no puedo levantarme
si no me miras.
Me he levantado,
señal de que tus ojos
me habrán mirado.

—

Sólo tus bellos ojos
hacer pudieron
que algún día mis ojos
quedasen ciegos;
pues ciego vivo,
sé tú, dueño adorado,
mi lazarillo.

—

Son tus ojos dos negros
con arco y flecha,
que aun dormidos disparan
y al pecho aciertan:
dígalo el mío,
que lo mismo fué verte
que hallarse herido.

—

Tus ojos me han rendido,
porque no puedo
resistirme al influjo
de dos luceros:
sólo les pido
que ya que son luceros,
que sean fijos.

—

El objeto adorado
de mis desvelos
son tus ojos divinos,
luz de los cielos;
y brillan tanto,
que me quitan la vista
sin dar quebranto.

Luego que vi tus ojos,
dije á los míos:
ya tenemos al frente
los enemigos;
respondió el alma:
ya nos han sorprendido
las avanzadas.

—

En el anchuroso mar
navegando me perdí,
y con la luz de tus ojos
un puerto de España vi.

—

Tienes unos ojos, niña,
que si los dieras á censo,
no faltara quien te diera
un veinticinco por ciento.

—

Tienes unos ojos, niña,
tan hechos á la humildad,
que cuando vas por la calle,
pareces la Soledad.

—

Todos los aragoneses
han salido de Aragón
en busca de unos ladrones:
morena, tus ojos son.

—

Tus ojos, bella paloma,
llevan pleito con el sol;
porque el sol es uno solo,
tus ojos dos soles son.

—

Tus ojos son de esmeralda
y tu boca de carmín;
son tus mejillas dos rosas
que se comienzan á abrir.

—

Son tus ojos dos espejos;
en ellos me miro yo.
¡No los cierres, que me matas!
¡No los cierres, ábrelos!

—

Tienes unos ojitos
de picaporte,
cada vez que los cierras
siento yo un golpe.
Échales llave,
porque me mortificas
cuando los abres.

La cosa que yo quiero
más que á mi vida
son tus dos ojos negros
que me asesinan:
he de mirarte,
y con tal que me mires
aunque me mates.

—

Es tu cara lo mismo
que luna blanca,
y tus ojos luceros
que la acompañan.

—

Yo no sé lo que tienes
en tus ojuelos,
que cuanto más los miro,
más gana tengo;
porque al mirarlos
bien sé yo lo que siento,
pero lo callo.

—

Yo no sé lo que siento
cuando te miro,
que suspiro y no acierto
por qué suspiro;
y sólo siento
que acá dentro del alma
me dan tormento.

—

Corre al espejo, niña,
mira tus ojos,
que el sol de mediodía
no es más hermoso.
Mucho lo siento,
pues de tus ojos nacen
mis sufrimientos.

—

Tienen tus dulces ojos
tan bellas niñas,
que sólo por mirarlas
perdí las mías;
y no pondero,
que por haberlas visto
quedé yo ciego.

—

Tus ojos son dos tinteros;
tu nariz, pluma cortada;
tus dientes, letra menuda;
tu boca, carta cerrada.

Tienes unos ojos, niña,
más negros que el azabache,
y una carita más blanca
que la leche que mamaste.

—

Unos ojos negros vi,
y dije: ¡válgame el cielo!
¡Tanto luto para mí!
No sé cómo no me muero.

—

Al campo de tu frente
salí á pasear,
me prendieron dos negros
del mismo lugar;
fueron dos negros...,
¡ay Jesús!, niña mía,
tus ojos fueron.

—

Ni son chicos, ni son grandes
los ojos de mi amadora;
son como quesos de Flandes,
que entran dos en cada arroba.

—

Tienes ojos de paloma,
carita de leche y sangre,
y los cabellitos rubios,
como la Virgen del Carmen.

—

Esos ojitos azules
se los has robado al cielo,
y al cielo le darás cuenta
del mal que hiciste con ellos.

—

Los ojos de mi morena
son lo mismo que mis males:
grandes como mis fatigas,
negros como mis pesares.

—

Por la Sierra Morena
vienen bajando
unos ojillos negros
de contrabando.

—

De tus hermosos ojos
no tengo queja,
que ellos quieren mirarme,
tú no los dejas.

Los ojos de mi niña
son de pan tierno,
y los míos de hambre
se están muriendo.

—

Tienes unos ojitos
de alcalde mayor,
que sentencian á muerte
sin apelación.

—

Unos ojillos negros
me han cautivado.
¡Quién dirá que morenos
cautivan blancos!

—

Al mirarme tus ojos,
bajo los míos,
que tus ojos abrasan
más que el estío.

—

Si me miras, me matas;
si no, me muero:
mírame, vida mía,
que morir quiero.

—

Dicen que espinan tus manos:
para mí son amorosas,
más espinan los rosales
y se les cortan las rosas.

—

De los juncos sale el agua,
de los álamos el viento,
y de ti, dama pulida,
memoria y entendimiento.

—

Mozuelas murmuradoras
que todo lo murmuráis,
no murmuréis de esta rosa,
mirad que la deshojáis.

—

Tengo un molino que muele
azúcar, canela y clavo,
lo que mi chiquilla tiene.

—

Mi amante viste á lo majo
y en la cintura se pone
una fajita grosella
que roba los corazones.

Que en el cielo hay ladrones
no dude nadie,
porque á mí me ha robado
la vida un ángel.

—

Aunque seas chiquitita,
á mí no me da cuidado,
porque el árbol chiquitito
cría fruto regalado.

—

Aunque vives en rincón,
no vives arrinconada,
que en los rincones se crían
las mejores ensaladas.

—

De dos hermanas que son
no hay diferencia ninguna:
es la una como el sol,
la otra como la luna.

—

Señor alcalde mayor,
no prenda usté á los ladrones,
porque tiene usté una hija
que roba los corazones.

—

En la corte de Madrid,
salada, vi tu retrato;
era un cuerpo tan gentil,
que hiciera pecar á un santo.

—

En la mar se crían peces,
y en la orilla caracoles,
y en el jardín de mi dama
clavellinas á montones.

—

Eres paloma torcaz
y tórtola en el arrullo,
por dondequiera que vas
no hay salero como el tuyo.

—

¡Salero, viva el salero,
carita de serafín!
¡Cuántas horitas de sueño
tengo perdidas por ti!

—

Salero, viva el salero,
salero, viva la sal,
que tiene usted más salero
que el salero universal.

Vivan las mozas *juncales*,
que se pasean con rumbo,
las que quieren sus amantes
con el salero del mundo.

Eres perla de las perlas,
lucero de los luceros;
eres palma de las palmas,
salero de los saleros.

—

Tienes, niña, en tus labios
dos clavelitos;
échales agua fresca,
que están marchitos;
pero si quieres,
me darás la licencia
de que los riegue.

—

En tu abanico, niña,
quiero pintarte,
para que tu retrato
te dé algún aire;
pues no hay pintor
que dibuje con aire,
gracia y primor.

—

Tienes tal atractivo
con tu modestia,
que todo el que te mira
prendado queda;
y así se advierte
que cuantos te conocen
todos te quieren.

—

El templo de tu imagen
tantos veneran,
que á competencia todos
perfumes queman:
cruzando mares
llegan, pues, á rendirte
sus estandartes.

—

Más hermosa eres que el sol
cuando sus rayos dispara,
más hermosa que la luna
cuando va serena y clara.

—

El sol se quedó eclipsado,
enternecido de amores;
cuando el sol se ha enamorado,
niña, ¿qué serán los hombres?

En la ciudad de Alicante,
niña, me acordé de ti,
que relumbraba una estrella
y se parecía á ti.

—

Las estrellas he contado,
y la del Norte aparté,
y por ser la más hermosa,
contigo la comparé.

—

Eres hermana del sol,
prima hermana de la luna,
sobrina del alabastro,
del alba prima segunda.

—

La luna clara salió,
y viendo que le ganabas,
tras un nublo se metió
corrida y avergonzada.

—

¡Qué linda moza te has hecho,
qué alta y qué gallardona!
El mismo rey coronado
se merece tu persona.

—

Eres reina y más que reina,
en lo dicho me mantengo,
desde la punta del pie
á la punta del cabello.

—

A la luz del cigarro
te vi la cara,
no he visto clavellina
más encarnada.

—

Viva el lujo y quien lo trujo,
y también quien lo mantiene,
y también digo que viva
el salero y quien lo tiene.

—

Cuando en ancas de mi potro
yo te lleve á Gibraltar,
dirán los mozos al verte:
¡ay qué moza tan *salá!*

—

Para guisar esta liebre
sólo me falta la sal:
usted, que de sobra tiene,
¿me la quiere usted prestar?

Eres Valle en lo bonita,
y en lo garbosa Dolores,
y en lo lozana y alegre
eres un ramo de flores.

—

De lo más alto del cielo
cayeron nueve claveles,
tres Anas y tres Marías,
tres pulidas Isabeles.

—

De la raíz de la palma
nacieron las Isabeles,
delgaditas de cintura,
y de corazón alegres.

—

Cuando te pusieron Ana
estaba borracho el cura,
porque debieron ponerte
ramillete de hermosura.

—

Viva todo lo serrano,
que por lo serrano muero,
porque serranito soy
y á una serrana camelo.

—

Vivan los cuerpos *variles*,
viva la murmuración,
y también digo que viva
tu salero, Encarnación.

—

Tienes cuello de marfil,
cinturita de campana;
catorce leguas de aquí
tiene tu hermosura fama.

—

Dicen que la golondrina
tiene la pechuga blanca,
y mi serranilla tiene
la pechuga y la garganta.

—

Con la luz te he comparado,
¡mira qué comparación!,
que sin la luz no se puede
decir la misa mayor.

—

Tan sólo en el mundo hay una
con quien poder compararte,
y la encontré por fortuna
pintada en un estandarte.

Una guinda partida
son tus dos labios,
pintura más galana
que hagan los sabios.

—

Con ese pie pulidito
y ese modito de andar
tiene usted más hombres muertos
que arenas tiene la mar.

—

Con ese delantal blanco
y esas *naguas* de indianilla
el corazón me has robado,
pícara retrecherilla.

—

La campana de la Vela
no tiene tanta balumba
como tienes tú, morena,
con ese cuerpo sandunga.

—

Yo pensé que era la luna
la que estaba en el balcón,
y salió la capitana
de Navarra y Aragón.

—

La luz del amanecer,
al verte, se quedó tibia,
y atrás se quiso volver
porque le has causado envidia.

—

¿Cómo quieres que el sol salga,
si lo tienes en prisiones,
hasta que tú te levantes
y á la ventana te asomes?

—

Por los colores de rosa
que tienes cuando te veo,
por lo mismo, niña hermosa,
en el corazón te llevo.

—

De la rama de un espino
vi yo salir un clavel,
porque le tocó mi niña
con la puntilla del pie.

—

Eres como la avellana,
chiquita y llena de carne,
chiquita y apañadita,
como te quiere tu amante.

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero,
pareces campanillita
hecha á mano de un platero.

—

Échame, niña bonita,
lágrimas en un pañuelo,
y las llevaré á Granada
que las engarce un platero.

—

Tienes una boca, niña,
como un capullo cerrado;
de buena gana lo abriera
con el soplo de mis labios.

—

Los dientes de tu boquita
me tienen cautivo y preso;
en mi vida he visto yo
cadenas hechas de hueso.

—

De todas las de tu calle
eres tú la más hermosa:
¿cómo no pones bandera,
capitana generosa?

—

Quien te dió por nombre Paca
no te supo poner nombre,
que debió de haberte puesto
la perdición de los hombres.

—

María sé que te llamas,
y por apellido Luna:
alúmbrame con tus rayos,
porque está la noche obscura.

—

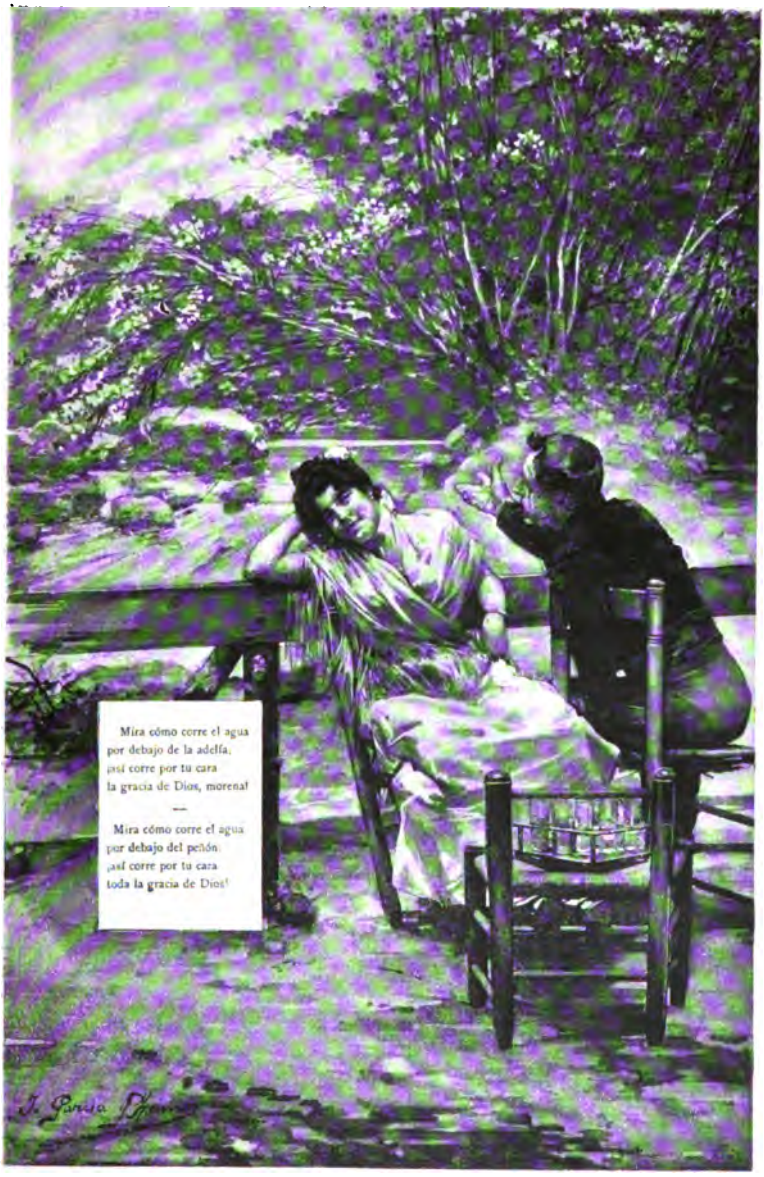
Dolores, flor de las flores,
maravilla de las Indias,
cara de quitapesares,
ramillete de celindas.

—

Hazme, María, una torta,
aunque sea de centeno,
porque en siendo de tu mano,
se volverá trigo bueno.

—

En el vasar hay un vaso,
y en el vaso una bebida,
en la bebida una rosa,
y en la rosa una María.



J. García Ramos, dibujó

Entre los árboles todos
se señorea el laurel,
entre las mujeres Ana,
y entre flores el clavel.

—

Toda la calle Mayor
he venido preguntando
dónde habita la hermosura,
y aquí me han encaminado.

—

Eres delgada de talle,
como junco de ribera:
de las niñas de tu calle
tú te llevas la bandera.

—

Delgadita de cintura,
como junco marinero,
ni eres alta, ni eres baja,
que eres como yo te quiero.

—

Tienes una cinturita
que parece contrabando:
yo, como contrabandista,
por ella vengo penando.

—

Tienes una cinturita
tan delgada, que parece
un clavel en la maceta,
que con el aire se mece.

—

Eres hermosa y tienes
mala fortuna;
¡siempre va la desgracia
con la hermosura!

—

Morenita agraciada,
quítate el manto;
no por ser agraciada
te tapes tanto.

—

Con la luz te comparo,
¡mira qué dicha!
Sin la luz no se puede
celebrar misa.

—

Con la luna de enero
te he comparado,
que es la luna más clara
de todo el año.

Tengo yo comparado,
niña, tu rostro
con la luna de enero
y el sol de agosto.

—

El día que tú naciste
¡qué triste quedara el sol
al ver que otro sol salía
con mucho más resplandor!

—

El naranjo de tu patio,
cuando te acercas á él,
se desprende de sus flores
y te las echa á los pies.

—

Tus colchones son jazmines,
y tus sábanas mosquetas,
azucena tu almohada,
y tú rosa que te acuestas.

—

Rosa, clavellina y dalia
me has parecido al mirarte,
y también me has parecido
perla engastada en diamantes.

—

Eres mosqueta olorosa,
eres el fresco jazmín,
eres la rosa fragante
en la floresta de abril.

—

Eres el mejor clavel
de las orillas del Darro,
que se abrió con el rocío
de las mañanas de mayo.

—

Eres la palma gallarda
y hermosísimo laurel,
eres azucena blanca
y bellísimo clavel.

—

Al pasar por tu puerta
vi pelearse
dos piedras, pretendiendo
que las pisases;
yo dije entonces:
si hacen esto las piedras,
¿qué harán los hombres?

Esos zapatos blancos
que llevas, Juana,
¿cómo con ellos pisas
que no los manchas?
Y ella responde:
es porque voy pisando
los corazones.

—

Ande usted, prenda morena,
cabellos de soberana,
cuerpecito malagueño,
cintura de valenciana.

—

Ande usté, almacén de gracia,
cuerpo de corregidora:
si yo fuera rey de Holanda,
le pusiera una corona.

—

Los ángeles te coronen,
y te lleven á la gloria,
y te pongan á los pies
de la Divina Pastora.

—

No te diré sol ni luna,
pero te diré diamante;
que la luna crece y mengua,
y en ti no cabe menguante.

—

Si la luna no menguara,
te comparara con ella;
pero te compararé
con el sol y las estrellas.

—

Enfrente del sol saliente
tiene mi niña el balcón:
sale el sol, sale mi niña,
salen mi niña y el sol.

—

El marco de tu ventana
todo está lleno de estrellas,
y así que te asomas tú,
sale el sol y se van ellas.

—

Sale el sol por la mañana
y obscurece las estrellas;
y tú obscureces al sol
cuando sales á tu puerta.

Serrana, tu perfección
la dibujé con tal arte,
que la luna se eclipsó
y el sol se paró á mirarte.

—

Si quieres que salga el sol
tres horas antes del día,
vete á la plaza Mayor
y pregunta por María.

—

Si te digo sol, te ofendo;
y si luna, te maltrato;
y si te digo lucero,
me parece que te mato.

—

Te comparo con la luna,
con el sol y los luceros,
y si no fuera pecado,
con la Reina de los cielos.

—

Al sol de los siete soles
y á la luna de Aragón
comparo yo tus colores
cuando sales al balcón.

—

Si el hoyo de tu barba
fuera pilita,
más de cuatro tomaran
agua bendita.

—

Ese lunar que tienes
junto á la boca,
no se lo des á nadie,
que á mí me toca.

—

De marfil torneado
tienes el pecho,
y con venas azules
de trecho en trecho.

—

En el hoyo de tu barba
puse una confitería,
los angelitos del cielo
por caramelos venían.

—

El encarnado clavel
viene publicando agravios,
porque no le han hecho á él
hermoso como tus labios.

Del color y del brillo
de los rubíes
tienes, niña, los labios
cuando te ríes.

—

A tus labios rosados,
divina diosa,
van á buscar almíbar
las mariposas.
Dame licencia
de que gocen los míos
la preferencia.

—

Ole con ole, con ole,
ole con ole, salero,
fatigas me dan de muerte
cuando veo un cuerpo bueno.

—

Ese garbo y hermosura
y ese rostro tan salado
los comparo, vida mía,
con las rositas de mayo

—

Un pajarito de oro
puesto en una verde rama,
mira si será bonito;
pero tu cara le gana.

—

En todo lo que el sol baña
y las estrellas cobijan,
no he visto cara más bella
ni imagen más peregrina.

—

Tienes un hoyo en la barba
que parece una cunita:
¿quieres que me meta en él
y me cantas la nanita?

—

La hermosura de los cielos
cuando Dios la repartió,
no andarías tú muy lejos
cuando tanta te tocó.

—

Eres paloma en lo blanco
y tórtola en el arrullo;
en el mundo no se encuentra
salero como ese tuyo.

Desde que te vi, morena,
al andar, tu lindo pie,
me relamo yo la boca
como si tuviera miel.

—

Eres alta y delgada,
cenceña y lisa,
eres como la vara
de la Justicia.

—

Ya no se llaman dedos
los de tu mano,
que se llaman claveles
de cinco en ramo.

—

Tiene la prenda que adoro
un lunar en un carrillo,
que me tiene prisionero
sin haberme echado grillos

—

Eres la plata labrada,
eres del oro la espuma,
eres la rosa encarnada,
en ti no hay falta ninguna.

—

Eres como la verbena
que sola en el campo nace,
eres como el caramelo
que en la boca se deshace.

—

Siempreviva te diré
y lirio del campo no,
que los lirios se marchitan
y las siemprevivas no.

—

Cuando yo te conosí,
te conosí sembraíta
e rosas pitiminí.

—

No valen lo que tú vales
la blanca flor del almendro,
ni las mañanas de mayo,
ni el prado de rosas lleno.

—

Cuando te pones, morena,
á la puerta de tu calle,
pareces la palma verde
que la bambolea el aire.

¿Sabes con quién te comparo?
Con la que está en la capilla
de la Virgen del Rosario.

—

La iglesia se ilumina
cuando tú entras,
y se llena de flores
donde te sientas.
Ya te saliste
y se quedó la iglesia
solita y triste.

—

Es tanta la claridad
que por tu ventana sale,
que dice la vecindad:
ya da la luna en la calle.

—

Las estrellitas del cielo
están quejosas de Dios,
porque no las ha criado
tan hermosas como vos.

—

Eres águila real
que en el pico llevas flores,
en las alas azucenas
y en el corazón amores.

Su color te dió la rosa,
el cielo su azul turquí,
te dió su talle la palma
y su blancura el jazmín.

—

¿En qué jardín te has criado,
bella maceta de flores,
que no tienes quince años
y cautivas á los hombres?

—

Cuando el poderoso Dios
bajó del cielo á la tierra,
dejó aquí la semillita
para que tú florecieras.

—

La vi por la serranía:
¡pintores no la pintaran,
bonita como venía!

—

Quise retratarte,
pero puso Dios
en ti más belleza
que en mí discreción.

DECLARACIÓN

Desde que te vi te amé,
perdona si no fué antes:
no tienes que perdonar,
que ya te amaba endenantes.

—

Yo no sé lo que siento
cuando te miro,
que suspiro y no acierto
por qué suspiro.

—

Anda, vete de mi reja;
anda, vete retirando,
que mi reja no se ha hecho
reja de confesonario.

—

Aunque te vuelvas culebra
y te vayas á la mar
y te entierres en la arena,
contigo me he de casar.

—

Acá dentro del pecho
tengo un gusano
que me roe, me roe,
de cuando en cuando;
y siento, siento
que acá dentro del alma
me da tormento.

—

Mi corazón se abrasa,
no sale humo;
esto sí que es quemarse
con disimulo.

Desde que te vi, alma mía,
prendadito me quedé,
y más cuando me dijeron
que eras firme en el querer.

—

Limosna á mi pecho
dásela por Dios,
que el pobrecito viene mal herido
del mal del amor.

—

Arrímate á mi querer
como las salamanquesas
se arriman á la pared.

—

Mi corazón dice, dice
que se muere, que se muere,
y yo le digo, le digo
que confiese, que confiese.

—

Si usted me quisiera á mí
como yo la quiero á usted,
nos llamaran á los dos
los amantes de Teruel.

Eres, niña chiquita,
flor de la cera:
¿cómo no he de quererte
si soy abeja?

—

Al demonio del infierno
yo mi alma le daría,
por hablar contigo á solas
siquiera una horita al día.

—

Quisiera ser onza de oro,
mi vida, y tener dos caras
para parecerle bien
á todo el que me mirara.

—

Mañana á la misma hora
pásese usted por aquí,
que á mí me cuesta vergüenza
decir tan pronto que sí.

—

¡Válgame Dios! ¿No conoces
que tengo en ti el amor puesto?
¡Válgame Dios, y qué escaso
eres de conocimiento!

—

Mucho tengo que decirte,
pero lo digo al silencio;
mucho te digo callando,
si tienes entendimiento.

—

Muchos hay que te dirán:
salero, por ti me muero;
¡y yo no te digo nada
y soy el que más te quiero!

—

Como que sale de ti,
pregúntale si me quiere,
y si te dice que no,
dile qué motivos tiene.

—

A mi triste camarada
quiérelo, que bien te quiere:
delante de mí ha jurado,
serrana, que por ti muere.

—

Ole con ole, con ole,
ole de ti para mí,
quiéreme, chatita mía,
como yo te quiero á ti.

Yo no pretendo, serrana,
que me quieras á la fuerza;
pero sí quiero que mires
las penillas que me cuestas.

—

Si me quieres, dímelo,
y si no, dame veneno:
no serás tú la primera
que ha dado muerte á su dueño.

—

Quiéreme y adórame,
que me aborrezcas no quiero,
y si me has de aborrecer,
dame la muerte primero.

—

Desde aquí te estoy mirando
cara á cara y frente á frente,
¡y no te puedo decir
lo que este corazón siente!

—

Considera tú, por ti,
mi alma cómo estaría:
estando enfrente de ti,
quise hablarte y no podía.

—

Hermanita, tú solita
reinas en mi corazón;
si yo en el tuyo reinara,
mi dicha fuera mayor.

—

¡Válgame Dios de los cielos,
qué penosillo es mi mal!
Te estoy queriendo á montones,
y tú no me quieres *ná*.

—

Desde aquella vez primera
que en tu presencia me vi,
el corazón, vida y alma
á tu obediencia rendí.

—

Desde que te vi, rubita,
ese rostro tan sereno,
las alas del corazón
á los pies se me cayeron.

—

Desde que te vi te amé,
desde que te amé me muero,
y si me muero por ti,
dichoso me considero.

Desde que te vi te amé,
pésame que ha sido tarde,
que yo quisiera, bien mío,
desde que nací adorarte.

—

Verte, quererte y amarte,
todo ha sido de improviso;
y no sé qué fué primero,
amarte ó haberte visto.

—

Hermosísima paloma,
cara de cielo español,
con tu mirar retrechero
me robas el corazón.

—

Si tu madre no me quiere,
le echaré una maldición:
que se le pierda su hija
y que me la encuentre yo.

—

Entra corriendo y no temas,
entra y díselo á mi madre,
que no te dirá que no,
que mi corazón lo sabe.

—

A tu madre se lo dije,
á tu padre no me atrevo:
en sabiéndolo tu madre,
tu padre lo sabrá luego.

—

¡Válgame Dios! ¿No conoces
que tengo en ti mi amor puesto?
¡Válgame Dios, y qué falto
eres de conocimiento!

—

Salero, que me miraste;
salero, que te miré;
salero, que me gustaste;
salero, que te gusté.

—

El corazón te daré,
también te daré la vida;
el alma no te la doy,
porque no es tuya ni mía.

—

Te quiero más que á un *divés*,
más que á mi padre y mi madre,
y si no fuera pecado,
más que á la Virgen del Carmen.

Ni tu padre, ni tu madre,
ni el Dios que á ti te crió,
tienen de quererte tanto
como te he querido yo.

Dame, paloma, la mano,
subiré á tu palomar,
que me han dicho que estás sola
y te quiero acompañar.

—

A mi padre y á mi madre
les quiero como es debido;
pero en tocando á mi amante,
pierdo los cinco sentidos.

—

Si me mandaras morir,
al momento me muriera.
¿Qué me mandaras tú á mí,
salero, que yo no hiciera?

De lo que viste la noche,
viste la prenda que estimo;
la noche viste de negro
y mi prenda de lo mismo.

—

Mira si tiene salero
que los limoncitos agrios
por dulces los va vendiendo.

—

Si tu madre te pregunta
que si me quieres á mí,
di con la boca que no,
con el corazón que sí.

—

Esos divinos ojos,
niña morena,
¿quieres que los juguemos
á la rayuela?
Si tú los pierdes,
yo te daré los míos
que por ti mueren.

—

Entra en mi pecho y registra
hasta el último rincón,
y verás cómo tú reinas
donde ninguno reinó.

—

Ven acá, luz de mi cara;
ven aquí, prenda querida:
eres clavel encarnado,
por ti perderé la vida.

—

Yo te quiero como á Dios,
y de eso no hay que admirarse;
á Dios como á Dios le quiero
y á ti como fino amante.

—

Si alguna vez se perdiere
el retrato de tu cara,
búscalo y lo encontrarás
en el fondo de mi alma.

—

Mal haya quien no te quiere,
mal haya quien no te ama,
mal haya quien no se fuere
contigo de buena gana.

—

Es tanto lo que te quiero,
que te quisiera llevar
metido en la faltriquera
como pedazo de pan.

Más te quiero enojada
que placentera,
que haces una enojada
muy hechicera.

—

No tienes tú la culpa,
ni yo te culpo,
de que Dios te haya hecho
tan de mi gusto.

—

Todos los cuerpos chiquitos
los miro con afición,
porque es chiquita la prenda
que adora mi corazón.

—

Digo que no hay en el mundo
hombre que mi gusto tenga,
que estoy queriendo á una niña
más chiquita que una almendra.

—

Quisiera ser por un rato
de tu zarcillo el arete,
para decirte al oído
lo que este corazón siente.

—

A la orilla del mar fuí
y me senté en la ribera,
y empecé á considerar:
¡si esta niña me quisiera!

—

María, no eres María,
que eres ramo de virtud:
á tu puerta hay un enfermo,
dale por Dios la salud.

—

Mariquita, tú solita
reinas en mi corazón.
Si yo reinara en el tuyo,
¡qué dichoso fuera yo!

—

Son tus labios dos cortinas
de tafetán carmesí,
y entre cortina y cortina
estoy esperando el sí.

—

Las estrellas y luceros
todos se rinden al día,
y yo me rindo á tus plantas,
morena del alma mía.

Estudiante quise ser,
y así que vi tu hermosura,
á los infiernos tiré
tintero, papel y pluma.

—

Cuando yo te vi venir,
le dije á mi corazón:
¡qué bonita piedrecita
para dar un tropezón!

—

Compañerilla del alma,
cuando mis ojos te vieron,
se me arrancó el corazón
de fatigas que me dieron.

—

Una mañanita, apenas
salió el sol por el oriente,
me echastes una cadena
con los rizos de tu frente.

—

Desde que te vi, morena,
en la calle de Mesones,
me echastes una cadena
con veinticinco eslabones.

—

Dime, niña, dónde vives,
que te quiero conocer,
y si no tienes amante,
yo te vengo á pretender.

—

El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión,
no fué clavel, sino clavo
que clavó mi corazón.

—

Al alto cielo subí
á preguntar por tu nombre,
y me dijo un serafín
que te llamabas Dolores.

—

María sé que te llamas,
tu apellido no lo sé;
si por la calle te encuentro,
María te llamaré.

—

Pregunté si eres casada,
que tu garbo me embelesa;
el preguntar no es errar,
si la pregunta no es necia.

Como soy forasterito,
á todo el mundo pregunto:
¿quién es esa morenita
que está vestida de luto?

—

¡Tan chiquita y tienes luto!
Dime, ¿quién se te murió?
Si se te ha muerto tu amante
no llores, que aquí estoy yo.

—

Morenita y enlutada,
¡qué bien que te sienta el luto!
Nos casaremos los dos,
y Dios perdone al difunto.

—

Gracias á Dios que he llegado
á declarar mi pasión
á una dama tan hermosa
como los rayos del sol.

—

Eres rosita en capullo,
sin acabar de salir;
si todavía no amas,
ámame primero á mí.

—

¡Ay, qué ventana tan alta!
¡Ay, qué balcón tan dorado!
¡Ay, qué niña tan bonita!
¿Quién será su enamorado?

—

Ya no me alegran á mí
las rosas ni los jardines;
lo que me alegra es tu cara:
dime, niña, ¿dónde vives?

—

Por fuerza me has de querer,
por justicia me has de amar,
cariño me has de tener,
ó el diablo te ha de llevar.

—

Toma, niña, esta naranja:
te la doy porque te quiero;
no la partas con cuchillo,
que mi corazón va dentro.

—

Dicen que lo azul es celos
y lo encarnado alegría;
vístete, niña, de verde,
serás la esperanza mía.

Determínate á quererme,
no me seas temerosa;
de los riesgos que vinieren
te sacaré victoriosa.

—

Palomita amartelada
del palomar de Cupido,
no sientas levantar vuelo
y vente á volar conmigo.

—

Ya se acabaron las chanzas
y entra la formalidad;
si me quieres, yo te quiero,
vamos á ver la verdad.

—

Hasta la última gota
de sangre diera por ti
sólo porque te mantengas
siempre diciendo que sí.

—

Supongo que tú me quieres,
siempre constante serás:
¡Dios nos libre de una vieja
que nos comience á enredar!

—

Sólo te encargo que guardes
el secreto hasta que quiera
darnos el cielo ocasión
de lograr la dicha nuestra.

—

Si viniera San Francisco
á pedirme el corazón,
al santo se lo negara
y á una de su nombre no.

—

Si san Rafael me diera
licencia para quererte,
toda mi vida estuviera
vestida de azul celeste.

—

Le dije: Jilguero mío,
¿qué remedio me darás
para una mujer que quiero
y no la puedo olvidar?

—

El jilguero me responde:
Quiérela tú con firmeza,
porque al fin ella es mujer
y ablandará su dureza.

Tú tienes mi corazón,
el tuyo me lo has de dar,
que el que roba corazones
con el suyo ha de pagar.

—

Si me quieres, dímelo,
y si no, di que me vaya:
no me tengas al sereno,
que no soy cántaro de agua.

—

Yo me llamo *si hay lugar,*
pariente *si hay ocasión,*
primo hermano de *si puedes,*
aguardando el sí ó el no.

—

Te diera, porque me dieras
de tu linda boca el sí,
las alfombras de Turquía
y el oro del Potosí.

—

Haré por ti una fineza,
la que tú por mí no harás;
quererte aunque no me quieras:
¿qué más quieres?, ¿quieres más?

—

Si supiera que por flores
te había de conseguir,
te trajera yo más flores
que tienen mayo y abril.

—

Si usted me quisiera á mí
como yo la quiero á usted,
nos llamaran á los dos
la fundación del querer.

—

Socorro pide en el mar
el marinero perdido,
y yo que estoy en la tierra,
Socorro, Socorro pido.

—

Tengo vergüenza y me callo,
tengo amor y no lo digo;
no sé cómo te dijera:
¿te quieres casar conmigo?

—

Estoy adorando á un sol
y venerando á una imagen,
no siento sino una cosa,
que la quiero y no lo sabe.

Dos corazones heridos
de la misma enfermedad,
ambos se quitan la vida
por no decir la verdad.

—

Las campanas de la iglesia
están doblando por mí:
dime, niña, si me quieres;
resucitaré por ti.

—

Bien sabe Dios que te diera
por ese color moreno
los ojitos de mi cara,
aunque me quedara ciego.

—

Si por hazañas de monta
se pudiera á usted ganar,
tomara yo por asalto
el peñón de Gibraltar.

—

Serrana, tú eres la lima,
y tu padre es el limón,
y tu madre la naranja:
la lima la quiero yo.

—

Por vida de las estrellas
que están en el cielo azul,
que te tengo de querer
aunque no me quieras tú.

—

Desde que te vi te amé,
porque amar y verte, cielo,
bien pudieron ser dos cosas,
pero ninguna primero.

—

Los pensamientos me animan
de querer á esta serrana:
sólo llegaré á sentir
que me deje con la gana.

—

Si me das un ramillete
compuesto con tu cariño,
yo te daré el corazón,
la prenda que más estimo.

—

Viendo que no me querías,
á un arroyuelo bajé;
oí cantar á un jilguero,
con su voz me consolé.

Tantas letras tiene el *sí*
como letras tiene el *no;*
con el *sí* me das la vida,
y la muerte con el *no.*

—

Yo me muero no sé cómo,
y mi mal es no sé qué;
yo sanaré bien sé cuándo,
si me cura quien yo sé.

—

Yo quisiera y no quisiera,
que son cosas diferentes:
quisiera que me quisieras
y quisiera no quererte.

—

Una gotera continua
ablanda un duro peñón:
¡y mis suspiros no pueden
ablandar tu corazón!

—

La pena de un ciego es grande,
que no ve por dónde va;
pero más grande es la mía,
que no sé tu voluntad.

—

Las estrellitas del cielo
cada cual tiene su nombre;
la mía se llama Rita,
la llamo y no me responde.

—

Contigo me dan matraca,
¡ojalá fuera verdad!,
que nunca los rayos caen
donde la tormenta está.

—

Aunque me digas que no,
á tu casa siempre acudo,
que al cabo saca limosna
el pobre que es importuno.

—

Desde Madrid he venido,
pisando espinas y abrojos,
sólo por llegar á verte,
clavellina de mis ojos.

—

Aquí me pongo á cantar
á la sombra de la luna,
por ver si puedo alcanzar
de las dos hermanas una.

La menor no tiene el tiempo,
la mayor pasa la edad;
la de en medio es la que quiero,
si su padre me la da.

—

Te dije si me querías
y me dijiste: veré.
Bastante tiempo has tenido
para tomar parecer.

—

Ya me despido, mi vida,
de tu hermosura y belleza;
para vivir ó morir,
sólo aguardo tu respuesta.

—

Tú eres el juez de mi causa,
y yo soy el delincuente;
acaba de sentenciar
si soy de vida ó de muerte.

—

No te quiero dar el sí
hasta ver cómo te portas,
que no muy lejos de aquí
me han dicho que tienes otra.

—

Si supiera que era yo
la causa de tu tristeza,
dejaría padre y madre
y te amara con firmeza.

—

Si eres galán dulce y fino,
siempre firme en la pasión,
yo hallaré en ti mi destino
y te daré el corazón.

—

Amor, si tú fueras firme
como la palma en verano,
yo te entregara las llaves
de mi pecho soberano.

—

Si tu madre te regaña
porque me piensas querer,
dile que ya no me quieres,
y con eso quedas bien.

Palomita amartelada
dentro de tu palomar,
palomos de lejas tierras
te vienen á visitar.

—

Si duermo, sueño contigo;
si despierto, pienso en ti:
dime, dime, compañero,
qué es lo que te pasa á ti.

—

Más te quieren mis ojos
disimulando,
que otros dándote voces
y alborotando.

—

Serrana, ¿quién te camela?
Dime la verdad, por Dios;
si no te camela nadie,
quiero camelarte yo.

—

Si mi corazón te estorba,
anda, y échalo á la calle,
que se lo coman los perros,
si no lo recoge nadie.

—

No me mires de reojo,
que es mirada de traidor;
mírame así, cara á cara,
que es miradita de amor.

—

Mi corazón á tus pies
lo ves, y no lo levantas:
¡lástima de corazón,
que no duerme ni descansa!

—

Tienes unos ojos, niña,
enseñados á vivir:
cariñosos para todos
y tiranos para mí.

—

Te quiero más que á mi vida
y más que á mi corazón,
y si no fuera pecado
te querría más que á Dios.

FINEZAS
Y JURAMENTOS

Ya viene marzo con flores
y con sus rosas abril,
y mayo con sus claveles
para coronarte á ti.

—

Escúchame, compañera,
que te lo quiero jurar:
primero que yo te olvide,
la tierra me ha de tragar.

—

Cuando vayas á la iglesia
ponte un velito en la cara,
que los santos, con ser santos,
miran dónde estás sentada.

—

Cada vez que paso y veo
que á la ventana no estás,
voy acortando los pasos
por ver si te asomarás.

—

En tu puerta planté un pino
y en tu ventana una parra
porque los rayos del sol
no te dieran en la cara.

—

En tu puerta sembré un guindo
y en tu ventana un manzano
sólo por verte coger
las ramitas con la mano.

En tu puerta puse un guindo,
en tu ventana un cerezo:
por cada guinda un abrazo,
por cada cereza un beso.

—

Es tanto lo que te quiero,
que te quisiera llevar
en las ancas de mi mula
cuando me vuelva al lugar.

—

Dame un poco de agua
fría ó caliente,
no por la sed que tengo,
sino por verte.

—

Aunque tú no me quieras,
tengo el consuelo
de saber que tú sabes
que yo te quiero.

Dame de tus entrañas
todo el cariño,
y acaba de criarme,
que soy muy niño;
y en siendo hombre,
yo te daré el cariño
que corresponde.

—

Es tanto lo que te quiero,
serrana, que te matara
y con sangre de mis venas
luego te resucitara.

—

Dicen que no nos queremos
porque no nos ven hablar:
á tu corazón y al mío
se lo pueden preguntar.

—

Eché un candado en mi pecho
desde que vi tu belleza
porque ninguna entre en él
sin que tú le des licencia.

—

Es tu querer como el viento;
el mío como la piedra,
que no tiene movimiento.

—

¿Para qué, ingrata, quieres
saber mis males?
Con saber que te quiero,
todos los sabes.

—

Hermosura del alma,
vete á una aldea:
ya que yo no te hable,
que no te vea.

—

Por Dios, si no me quieres,
que no me mires:
ya que no me rescates,
no me cautives.

—

Un limón me tiraste
desde la torre:
en el alma me diste,
sangre me corre.

—

Hábito de Dolores
tiene mi dama:
con los siete cuchillos
me parte el alma.

Me han dicho que estás malita,
y á Dios le pido llorando
que me quite la salud
y á ti te la vaya dando.

—

Agua menudita llueve
y correrán las canales:
ábreme la puerta, cielo,
que soy aquel que tú sabes.

—

Si se volvieran luceros
los besitos que te he dado,
pareciera tu carita
un cielecito estrellado.

—

De terciopelo negro
tengo cortinas
para enlutar mi cuarto
si tú me olvidas.

—

Si sientes como siento,
prenda querida,
los tormentos mayores
tienes en vida.

—

Soy peñasco, soy risco,
soy dura piedra;
para todos soy bronce,
para ti cera.

—

Sueño en ti, vida mía,
pero entre sueños
sueño lo que quisiera
no fuera sueño.

—

De mi casita á la tuya,
morena, no hay más que un paso;
desde la tuya á la mía,
¡ay qué camino tan largo!

—

El primer amor que tuve
se me llevó el corazón:
no hay amor como el primero,
que se lleva lo mejor.

¿Qué importa que los labios
amando callen,
cuando amor por los ojos
sabe explicarse?
Porque, en amando,
tienen lengua los ojos
más que los labios.

—

Tus ojos y mis ojos
miran atentos,
y callando se dicen
sus pensamientos.
Cosa es bien rara
que sin hablar se entiendan
nuestras dos almas.

—

Por Dios que disimules
lo que me quieres,
que tú no logras nada
y á mí me pierdes;
porque estas cosas,
en ser comunes, pierden
el ser preciosas.

—

Mi corazón volando
se entró en el tuyo;
se quebraron las alas,
salir no pudo:
y está contento,
como que el pobrecito
se halla en su centro.

—

Bien sabe Dios que te diera
lo que merecido tienes:
una corona imperial
que coronara tus sienes.

—

Si sabes los mandamientos,
el primero es el amar;
es tanto lo que te quiero,
que no te puedo olvidar.

—

Los sacramentos son siete,
y te los vengo á explicar:
escucha con atención,
si me quieres escuchar.

De todos los sacramentos
el primero es el bautismo.
Ya sé que estás bautizada,
podrás casarte conmigo.

Segundo, confirmación.
Te ha confirmado el obispo,
y cada vez que te veo,
yo en tu querer me confirmo.

El tercero, penitencia.
Y por ella el otro día
me han mandado que te olvide,
y no he podido cumplirla.

El cuarto, la comunión.
Recíbela con anhelo;
si estás en gracia de Dios,
seguro tienes el cielo.

El quinto, la extremaunción.
Extremo es lo que te quiero,
y á la hora de mi muerte
serás mi solo consuelo.

El sexto, el sacerdotal.
Sacerdote no he de ser;
hasta la hora de la muerte
seré firme en tu querer.

El séptimo, matrimonio.
Eso vengo yo á buscar,
y aunque tu padre no quiera,
contigo me he de casar.

—

Quiéreme poquito á poco,
salero, no te apresures,
que este cariñito nuestro,
salero, quiero que dure.

—

No me hables de comida,
ni me mientes el comer,
que yo estoy alimentado
tan sólo con tu querer.

—

Cuando me siento á la mesa,
de pensar en ti no como:
tus palabras me alimentan,
tus labios me dan socorro.

—

Con hablarte como y bebo,
y sólo el verte me engorda,
y el día que no te veo
las fatiguillas me ahogan.

Eres para mí el reposo,
eres para mí el recreo,
eres clavel oloroso,
eres el bien que poseo.

—

Por ti me muero de amor,
por ti deliro y suspiro,
por ti se abrasa mi pecho,
por ti muero y por ti vivo.

—

El sol me parece obscuro
y obscura la luna clara,
la música me entristece,
sólo me alegra tu cara.

—

Bien sabe Dios que te quiero
sin interés ni maldad,
y por tus buenas partidas
te tengo de querer más.

—

Si la sangre de mis venas
la hubieras de menester,
bien puedes contar con ella,
que yo me la sacaré.

—

A la soda y la barrilla
les gustan los saladares,
y á ti te place vivir
orillita de los mares.

—

Tus ojos y los míos
se han enredado
cómo las zarzamoras
por los vallados.

—

Mal hizo en tenerte sola
la bendita de tu madre;
angelitos como tú
se deben tener á pares.

—

¡Qué contentita estará
la madre de esa doncella!
Estando el cielo tan alto,
tiene en su casa una estrella.

—

Ayer tarde en el paseo,
niña, de azul te vestiste;
que también hay en la tierra
ángel que de azul se viste.

En el cielo de tu casa
te vi, salada, ayer tarde;
bien puede llamarse cielo,
porque en ella vive un ángel.

—

No llores, ángel humano,
aunque veas que me muero;
porque si te ven llorar,
pensarán que me condeno.

—

Dije que no te quería
y otra vez vuelvo á buscarte
con el corazón partido,
llorando gotas de sangre.

—

Si te he querido de veras,
pregúntaselo á la Virgen
de Consolación de Utrera.

—

Cuando intenté el olvidarte,
se me previno la muerte:
como la vida es amable,
volví de nuevo á quererte.

—

Dime, niña, que me quieres,
antes que de amor me muera,
que en una palabra tuya
cifrada está mi existencia.

—

Cuando mi niña se pone
la saya para ir á misa,
sale el sol y se obscurece,
sale la luna y se eclipsa.

—

A la flor de la violeta
mezclada con el jazmín,
á eso me huele tu cuerpo
cuando estoy cerca de ti.

—

Dicen que no nos queremos,
porque no nos visitamos;
las visitas son de noche
para los enamorados.

—

Fuentecilla cristalina,
agua y río caudaloso,
para dos que bien se quieren,
largos caminos son cortos.

Debajo de tu ventana,
por pintarte á ti, pinté
una rosa catalana
y un clavel aragonés.

—

¡Qué linda clavellinera
que estoy viendo desde aquí!
Como soy forasterito,
¿no hay un clavel para mí?

—

¿En qué jardín te has criado
bella maceta de flores,
que no tienes quince años
y cautivas á los hombres?

—

Alcarraza de tu casa,
chiquilla, quisiera ser
para besarte en los labios
cuando fueras á beber.

—

No sé qué para mí tienes,
que cada vez que te veo
me quedo como San Juan,
señalando con el dedo.

—

Si te ves aborrecida
del galán que te adoraba,
vuelve, vuelve á mi querer,
ovejita descarriada.

—

Suspiros del corazón
salen de mi pecho ardiendo
y se van á aposentar
donde está mi amor durmiendo.

—

De tu corazón al mío
hay una larga cadena
toda llena de suspiros,
de suspiros toda llena.

—

Suspiros, salid, salid,
y trasminad las paredes,
y mirad si está dormida
la reina de las mujeres.

—

Si á media noche sintieres
en tu cara un aire frío,
no te muestres enojada,
que son los suspiros míos.

Vuela, pensamiento mío,
al lecho de mis amores,
y la estancia de su dueño
perfúmala con olores.

Clavellina colorada
nacida en el mes de enero,
¿quién ha visto cortar flores
en el rigor del invierno?

—

Ojos de color de cielo,
azules como los míos,
no perdáis las esperanzas,
que yo no las he perdido.

¿Qué tenías ayer tarde,
amante mío moreno,
que tan aprisa llamabas
á Jesús el Nazareno?

—

Hermoso sol de los soles,
¿en dónde estuviste ayer,
que te buscaron mis ojos
y no te pudieron ver?

—

A San Nicolás me voy,
de San Nicolás me vengo,
á pedirle al santo mío
por una novia que tengo.

—

Fuí anoche á Capuchinos
á rezarle á Cristo un credo;
por decir: «Creo en Dios padre,»
dije: «Creo en la que quiero.»

—

El nombre de mi moreno
eso no lo diré yo,
porque no quiero que sepan
donde tengo mi afición.

—

Enamoradita estoy,
pero no lo sabe nadie:
tengo el amor forastero
y no me ronda la calle.

—

Todos me dicen que tengo
ojitos de religiosa,
y yo digo que los tengo
de casada cariñosa.

—

No soy bonita que asombre,
ni fea que cause miedo:
soy morenita con gracia,
y así me quiere mi dueño.

—

La pimienta es chica y pica
y sazona los guisados,
y tú, como pequeñita,
hasta el alma me has picado.

—

Una rubia como tú
y de tu propio salero
me tiene robada el alma
y el corazón prisionero.

A mí me llaman silencio,
y el silencio es el que vale;
anoche estuve en tu puerta
y no me sintió tu madre.

—

Si en tu casa te regañan,
di á voces que no me quieres:
con esto quedarás bien,
y háblame cuando pudieres.

—

Aunque para mí no seas,
siempre te tendré afición,
porque eres disimulada
cuando llega la ocasión.

—

Anoche me dió la una
platicando con mi amor;
esta noche, si Dios quiere,
me dan lo menos las dos.

—

Me han quitado el ir á misa,
me han quitado el confesar,
me han quitado que te quiera:
¿qué más me pueden quitar?

—

Cuando te encuentro en la calle
la sangre se me rebota,
y se me quiere salir
el corazón por la boca.

—

Cuando te encuentro en la calle
y no me dices adiós,
ni las ánimas benditas
penan tanto como yo.

—

A Jesús triste le rezo,
¿y sabes lo que le pido?
Que el día que tú te mueras
también me muera contigo.

—

Dueño mío, si te vieres
en la presencia de Dios,
le pedirás que me muera,
que sin ti no vivo yo.

—

El día que tú naciste,
aquel día nací yo;
el día que tú te mueras
nos moriremos los dos.

Si con el mirar te ofendo
y con el hablar te agravio,
yo me vendaré los ojos
y me coseré los labios.

—

Si mi Soledad quisiera,
le regalara un pañuelo
con cuatro borlitas de oro
y mi corazón en medio.

—

Al verte llaman la muerte,
y al no verte llaman vida:
más quiero morir y verte,
que no verte y tener vida.

—

Por dondequiera que voy
parece que te voy viendo,
y es la sombra del querer
que me viene persiguiendo.

—

Si yo *abiyelara* el mando
que un *divé* le dió á la muerte,
yo quitara de este mundo
á quien me estorba quererte.

—

Desde tu casa á la iglesia
he de plantar una parra
para que vayas á misa
sin darte el sol en la cara.

—

Al pie de la hierbabuena
cinco claveles te dí,
y eran los cinco sentidos,
serrana, que puse en ti.

—

Yo no sé lo que me has dado
para que tanto te quiera,
que me has hecho que me olvide
de mi familia y mi tierra.

—

A esa niña de mis ojos
no me la pongas delante,
que como la quiero tanto,
el corazón se me parte.

—

Bendita sea la hora
que te comencé á querer,
benditos tu padre y madre,
y tú bendita también.

Como la campana tiene
fundidos siete metales,
así tengo tu cariño
en la masa de la sangre.

—

En el mirar solamente
conocerás que te quiero,
y también conocerás
que quiero hablarte y no puedo.

—

Tus ojitos y los míos
se miran con afición
y parece que se dicen
lo que siente el corazón.

—

Si las piedras de tu calle
se volvieran migueletes,
todos los atropellara
sólo por venir á verte.

—

Al que me estorba quererte
en tu calle mataré;
si al salir ves una cruz,
no preguntes por quién es.

—

Salero, por tu salero
á la mar me arrojaría;
pero por otro salero
en mi casa me estaría

—

Si mi madre fuera mora
y me pariera en Argel,
renegara de Mahoma
sólo por venirte á ver.

—

Al león, con ser león,
dicen que lo rinde el sueño;
y yo, criatura humana,
de pensar en ti no duermo.

—

Si lo que de noche sueño,
de día lo ejecutara,
á la casa de los locos
de seguro me llevaran.

—

Ni comiendo, ni bebiendo,
ni andando, ni trabajando,
tiene mi penita alivio,
sino que te estoy mirando.

Las fatigas de un enfermo
cuando está para morir,
son las que paso, bien mío,
cuando me acuerdo de ti.

—

A los moros que te vayas
á renegar de la fe,
tengo de marchar contigo
á renegar yo también.

—

Más humilde que la tierra
me parió mi madre á mí;
dime, niña, quién te ofende,
verás á un león reñir.

—

Si supiera ó entendiera
que el sol que sale te ofende,
con el sol me peleara
aunque el sol me diera muerte.

—

¿Sabes á lo que me atrevo,
mozuela, por tu querer?
A meterme en los infiernos
y hablar con el Lucifer.

—

Mándame, niña, que vaya
á la gran Constantinopla,
y verás cómo te traigo
del gran turco la corona.

—

Se me oprime el corazón
al ver tu vestido negro,
que la sombra de tu pena
á mí me da sentimiento.

—

¡Mal haya la ropa negra
y el sastre que la cortó,
que mi niña tiene luto
sin haberme muerto yo!

—

Dime por quién tienes luto
para usarlo yo también,
porque tú triste y yo alegre,
eso no parece bien.

—

Cuando te veo con pena,
en mí no cabe alegría,
pues como te quiero tanto,
siento la tuya y la mía.

Si con vender yo mis carnes
le diera alivio á tus penas,
á la voz de un pregonero
por las calles las vendiera.

—

Al que expiró en el madero
le pido de corazón
que no te cases con nadie
hasta que me muera yo.

—

Hasta que vea tu fin
en lo que viene á parar,
ni le doy palabra á nadie,
ni menos me he de casar.

—

Tienes dos corazones,
yo no lo dudo,
porque tienes el mío
dentro del tuyo.

—

Cada vez que te veo,
para mí digo:
á mi prójimo amo
como á mí mismo.

—

Tengo yo mi corazón
tan hechecito á mis mañas,
que le digo «llora» y llora,
que le digo «canta» y canta.

—

Como carnerillo manso
sales al campo á buscarme,
y yo te estoy aguardando,
sangrecilla de mi sangre.

—

Pide á Dios por mi salud,
morena, que si me muero,
la casilla de los locos
ha de ser tu paradero.

—

Compañerita del alma,
arrímate á mi querer,
como las salamanquesas
se arriman á la pared.

—

Mañana voy á cabildo
á ver echar el sorteo,
y si le toca á mi amante,
diré que por él me quedo.

Debajo de tu ventana
me quisieron dar la muerte,
lucero de la mañana,
sólo por venir á verte.

—

Compañerita del alma,
hazme con los ojos señas,
que en algunas ocasiones
los ojos sirven de lengua.

—

Mi amante me dijo anoche
que cantara y no llorara;
que echara penas al aire,
pero que no lo olvidara.

—

Nadie de amor se burle,
y en mí escarmiente,
que amor también se burla
de sus rebeldes;
y yo confieso
que desprecié sus grillos
y ahora los beso.

—

El sol de tu belleza
todo lo alumbra,
menos á mi esperanza,
que deja á obscuras;
y entre tinieblas,
mi amor en tus desdenes
siempre tropieza.

—

Si quieres venirte, vente;
si quieres estarte, estáte;
nos quedaremos á solas,
que tengo que platicarte.

—

Valientemente, muchacha,
Dios te dió sabiduría;
una palabra que hablas
vale por doscientas mías.

—

¡Qué triste y qué pensativa
está la prenda que adoro!
¿Qué cariñito le haré
para quitarle el enojo?

—

Mi morena se ha enojado
porque no le dije adiós.
Adiós, morena del alma;
adiós, morenita, adiós.

Tengo yo mi corazón
hechito cuatro pedazos;
pero me queda el consuelo
que he de morir en tus brazos.

—

¿Sabes por qué no me caso
considerándote á ti?
Porque en viéndome en tus brazos
pienso que me he de morir.

—

Mirando estoy desde aquí
la que tiene que ser mía,
la que tiene que juntar
su carita con la mía.

—

Encimita de tu frente
te lo tengo de escribir:
pondré una *a* y una *m*,
y entre las dos una *i*.

—

¿Cuándo querrá Dios del cielo
que yo te encuentre en la calle
y te diga: Mira, oye,
dónde pusiste la llave?

—

Si con hechizos pudiera
esta noche hablar contigo,
bien sabe Dios que lo hiciera
por dar á mi pena alivio.

—

No sé lo que tiene
la hierbabuena de tu huertecito,
que tan bien me huele.

—

Mi pañuelo y tu pañuelo
son cortados de una pieza:
tú lo llevas en el cuello,
yo lo llevo en la cabeza.

—

Ese querer tuyo y mío
parece que está de Dios;
cuanto más nos lo murmuran,
más nos queremos los dos.

—

Gitana, vamos despacio,
que este camino es muy corto
y yo quiero hacerlo largo.

Mi amor me dice de usted
y yo lo mismo le digo,
y en estando los dos solos,
de tú por tú nos decimos.

—

Ya no se estila decir:
¡viva el oro, viva el oro!,
que sólo se dice ahora:
¡viva la prenda que adoro!

—

Viva Cádiz, viva el Puerto,
viva quien sabe querer,
viva quien pasa en el mundo
penas por una mujer.

—

He estado en el purgatorio
y he visto todas las penas,
y he visto que por querer
ningún alma se condena.

—

Yo quiero bien, y no puedo
decir á quién quiero bien;
tan sólo diré que quiero
sólo por sólo querer.

—

Mis amores son del campo
y no vienen al lugar;
mis suspiros son correos,
que unos vienen y otros van.

—

Del hueso de una aceituna
tengo que hacer una nave
para que vayan y vengan
mis suspiros por el aire.

—

Las estrellas he contado
para ver la que me sigue:
á mí me sigue una estrella
chiquitita, pero firme.

—

Tengo una puñaladita
que me la dió una mujer;
en toda mi vida he visto
puñalada más cruel.

La dulce tiranía
de la hermosura
rinde, triunfa, avasalla,
mas poco dura.
Y es la desgracia
que pasa desde el trono
á ser esclava.

—

Dicen que me has de matar
con un puñal valenciano:
yo te perdono la muerte
si me matas con tu mano.

—

Te quiero más que á la sangre
que me corre por las venas;
el día que no te veo
me ahoga la pena negra.

—

No sé qué estrella es la tuya
que domina sobre mí:
á nadie me he sujetado
y me sujeto ahora á ti.

—

El día que me dijiste
que era tuya el alma mía,
las lágrimas de los ojos
de gozo se me caían.

—

Cuando me dijeron que era
trabajo en balde el quererte,
me pareció que llegaba
el tránsito de mi muerte.

—

Acuérdate que te dí
la llave de mi pechito:
algunos la pretendieron,
y á ti te la dí solito.

—

Si el rey, con ser rey, me diera
escudo, cetro y corona,
no lo apreciara yo tanto
como aprecio tu persona.

—

Dentro de mi pecho tengo
una sala de cristal
y una antesala de oro
donde habita esa deidad.

Desde aquel feliz instante
que alma y vida te rendí,
hice voto de adorarte
y no adorar más que á ti.

—

Aunque soy pequeñita
como un tomillo,
me pretende un muchacho
como un castillo.

—

Por tres cosas te he querido:
por morena, por alegre
y por los ojos dormidos
que aprisionado me tienen.

—

Mis padres dicen que quiera
á una que tenga doblones;
yo no quiero la moneda,
que en ti he puesto mis amores.

—

Los mocitos de mi barrio
dicen que no soy valiente;
contéstales tú, morena,
que me he atrevido á quererte.

—

Entre Úbeda y Baeza
hay un molino que muele
azúcar, canela y clavo,
lo que mi morena tiene.

—

Si queréis saber, señores,
cómo se llama mi majo,
acordaos de aquel ángel
que tiene al diablo debajo.

—

Si queréis saber, señores,
el nombre de mi querido,
acordaos de aquel santo
que lleva un ramo florido.

—

Pepe quiero, Pepe adoro,
Pepe tengo en la memoria;
cada vez que digo «¡Pepe!,»
parece que digo «¡gloria!»

—

La cartilla del amor
la pasé letra por letra,
y así que llegué á la P,
me quedé diciendo: ¡Pepa!

Por una Pepita muero,
Pepita y no de melón,
que es Pepita que yo tengo
dentro de mi corazón.

—

Cada vez que digo ramo
se me alegra el corazón
porque Ramona se llama
la prenda que adoro yo.

—

No salga la luna,
que no tiene á qué:
con los ojitos de mi compañera
yo me alumbraré.

—

San Antonio portugués,
devoto de lo perdido,
mi amante se perdió anoche:
¡buscádmelo, santo mío!

—

Gracias á Dios, madre mía,
que ya pareció el perdido;
nunca se puede perder
pájaro que tiene nido.

—

¡Mira con qué disimulo
te vas esa calle arriba,
sin reparar que te dejas
á una serrana cautiva!

—

La noche que tronó tanto
fuí á buscar á mi novia,
por si se acababa el mundo,
irme arrimando á la gloria.

—

Por el camino real
va una doncellita triste
en busca de sus amores:
no hay mata que no registre.

—

Santa Teresita tiene
la paloma en el oído,
y yo quisiera tener
de mi amante el apellido.

—

A San José pido el ramo,
á San Francisco el cordón,
á Santa Rita la espina,
y á mi amante el corazón.

Mi querer y tu querer
son dos quereres en uno,
y siempre estamos riñendo
por si es mío ó por si es tuyo.

—

Siempre que te vas, me dices:
«Adiós, hasta la primera.»
Como no me dices cuándo,
siempre me dejas con pena.

—

Amor, no digas adiós
cuando por la calle vas,
que parece que me dices:
¡adiós para nunca más!

—

Morena, si bien me quieres,
no se lo digas á nadie,
ponte la mano en el pecho,
dile al corazón que calle.

—

Pensando en ti me dormí,
hermosura de los cielos,
y al despertar me encontré
sin mí, sin ti y sin consuelo.

—

De la uva sale el vino,
de la aceituna el aceite,
y de mi pechito sale
cariño para quererte.

—

Toma este puñal dorado
y ábreme el pecho con él:
por el color de la sangre
verás si te quiero bien.

—

Quitarme de que te quiera
es quitarme la salud,
porque á la chiticallando
mi vida la tienes tú.

—

A la mar van á parar,
María, todos los ríos,
y allí se irán á juntar
tus amores y los míos.

—

Me dices que no me quieres,
y es mentira, que me engañas;
que estoy leyendo en tus ojos
lo que me quiere tu alma.

En los llanos de Motril
me puse á echar un cigarro,
y acordándome de ti,
se me cayó de la mano.

—

Tus bellos ojos matan,
roban, saltean,
y con ser malhechores,
no hay quien los prenda:
porque, homicidas,
jamás rinden sus armas
á la justicia.

—

Si mirando risueña
tus ojos matan,
¿qué será, vida mía,
mirando airada?
Si vibran rayos
tus dos ojos, serenos,
¿qué harán nublados?

—

Hasta el alma me ha llegado
la raiz de tu querer:
si no es verdad lo que digo,
mala *puñalá* me den.

—

Te quiero más que me quieres,
mis obras te lo dirán;
y si no, déjalo al tiempo,
que es padre de la verdad.

—

Te quiero más que me quieres,
en eso no admitas duda;
que una mujer arrestada
no teme cosa ninguna.

—

Te quiero sin que me quieras,
que es verdadero querer;
que querer porque nos quieran
es querer por interés.

—

La fundación del querer
á mí me pueden llamar,
porque he sido en tus amores
la piedra fundamental.

Es tu pelo cadena
de muchas almas,
y cuanto más lo sueltas,
mejor las atas;
y como es de oro,
la prisión no hace mella,
porque da gozo.

—

Dame, niña, tus ojos
por esta noche,
porque quiero con ellos
matar á un hombre:
y no te admire
que te pida unas armas
que tanto rinden.

—

Como tú me llevaras
adonde fueras,
en yendo yo contigo,
mas que no vuelvas.

—

Todas las enfermedades
se me curan si me miras:
sin duda tus ojos son
bálsamo de mis heridas.

—

Tendido sobre una estera,
vestido con la mortaja,
si te viera entrar á ti,
de fe que resucitaba.

—

Es preciso que soñando
te hable con el deseo:
mis fatigas son tan grandes,
que estoy durmiendo y te veo.

—

Todas las horas del día
le estoy pidiendo á Jesús
que por su pasión y muerte
me lleve donde estás tú.

—

Tengo yo mi corazón
más negro que el terciopelo
de ver que no puedo hablarte
todas las horas que quiero.

—

Permita el cielo que un rayo...
Pero no..., ¡detente, lengua!,
que no quiero que por mí
daño á mi amante le venga.

¡Qué triste que va la luna
cuando no lleva lucero!
Así está mi corazón
el día que no te veo.

—

Aquel lucero que sale
por detrás de las cabrillas
es el que á mí me acompaña
cuando voy á verte, niña.

—

Cuando por tu puerta paso
y te veo en la ventana,
se me alegra el corazón
para toda la semana.

—

Si el amor en el mundo
llega á perderse,
se ha de hallar en mi pecho,
que aquí está siempre;
pero está sólo
empleado en la prenda
que firme adoro.

—

Échame una maldición,
una maldición gitana:
que los ángeles me lleven
en procesión á tu cama.

—

Morena, morena eres,
mal haya tu morenura,
que me tienes en la cama
sin frío y con calentura.

—

No desprecies lo moreno,
que vale más que la plata,
porque morenita es
la prenda que á mí me mata.

—

¡Válgame Dios, qué dolores,
qué fatigas y qué penas
pasan á veces los hombres
por una cara morena!

—

En el río la encontré,
asentadita en la arena;
ella no me dijo nada;
yo le dije: abur, morena.

Mira si he corrido tierras,
que he estado en la Gran Turquía:
en ninguna parte vi
morena como la mía.

—

Ay, que se me lleva el aire,
ay, que el aire se me lleva,
ay, que se me lleva el aire,
el aire de mi morena.

—

Tú encendistes el fuego
del pecho mío,
y ahora vas á apagarle
con tus suspiros:
¡válgame el cielo,
y qué poco que entiendes
de estos incendios!

—

Quiero que en mi sepulcro
se pongan cirios,
prendidos en el fuego
de mis suspiros;
y si se apagan,
que acudan á mi pecho
y hallarán llama.

—

El alma me has robado,
dame la tuya,
que el ladrón es preciso
que restituya.

—

Amores, amores tengo,
no los quisiera tener,
que un hombre se pone tonto
en queriendo á una mujer.

—

Si supiera que en el mundo
se vendían corazones,
para mí comprara uno,
porque el mío está en prisiones.

—

– Corazón enamorado,
dime, ¿quién te enamoró?
– Una niña de quince años
que á dieciséis no llegó.

—

Una mora me enamora,
una blanca me da pena,
una descoloridita
me tiene preso en cadena.

Una mora me enamora,
y no es mora de nación;
es mora porque ella mora
dentro de mi corazón.

—

Una morena me mata,
una rubia me hace el hoyo,
y una muchacha de á quince
me saca del purgatorio.

—

Dichoso es aquel que tiene
amores en el lugar,
que yo, que los tengo fuera,
los tengo que ir á buscar.

—

Si porque te quiero, quieres
que yo la muerte reciba,
cúmplase tu voluntad:
muera yo, porque otro viva.

—

No me mates con cuchillo,
que tiene el acero fuerte,
mátame con un suspiro
y te perdono la muerte.

—

Para rey nació David,
para sabio Salomón,
para llorar Jeremías,
y para quererte yo.

—

Todas las mañanas voy
á la orillita del río
á preguntar á sus aguas
si han visto al cariño mío.

—

María del alma mía,
imán de mi corazón,
serafín de mi albedrío
y norte de mi pasión.

—

María, tu enamorado
ronda la calle á deshora,
y de ver que tú no sales,
gotitas de sangre llora.

—

Dame una rosa, María,
y cógela con tu mano,
porque me han dicho que tienes
un rosalito temprano.

Bien de mi vida, María,
consuelo de mi dolor,
flor la más bella y más pura
de un fragantísimo olor.

—

La sirena de la mar
embelesa á quien la oye;
también me embelesa á mí,
María, tu dulce nombre.

—

Todas las aves del mundo
nacieron para volar,
y las manos de María
para coser y bordar.

—

Hágame usté un San Joaquín
que sea de plata fina,
que la prenda que yo adoro
también se llama Joaquina.

—

Tomaré una calavera
y un Santo Cristo de estambre
y me iré á hacer penitencia
con Mariquita del Carmen.

—

San Antonio está en el cielo,
eso no lo ignoro yo,
y también está en la tierra
la Antonia que adoro yo.

—

La estampa de San Antonio
siempre la llevo en el pecho:
cuando me acuerdo de Antonio,
saco la estampa, y la beso.

—

San Antonio lleva el niño,
Santo Domingo la estrella,
y San Juan lleva la palma:
entiéndame quien me entienda.

—

Por un Pepe diera un cuarto,
por un Francisco un doblón,
y por un Antonio diera
alma, vida y corazón.

—

Mucho quiero á San Francisco,
porque tiene cinco llagas;
pero más te quiero á ti,
porque Francisca te llamas.

Pescador soy, señora,
que en la ribera
tiendo al amor las redes
para que muera;
pero es el cuento
que, trocadas las suertes,
caigo yo dentro.

—

Vieron los ojos míos
tu cara bella,
y ahora la tal mirada
cara me cuesta;
pues dijo el alma:
¡qué cara tan divina!,
pero ¡qué cara!

—

Si mil almas tuviera,
te diera juntas:
toma, pues no las tengo,
mil veces una:
que si lo adviertes,
es más que las mil juntas
una mil veces.

—

Ya sabes que estoy á gusto
cuando te tengo á mi vera;
las fatigas de Dios paso
cuando te vas y me dejas.

—

Siéntate á la vera mía,
siquiera por un minuto,
y le darás á mi cuerpo
ese ratillo de gusto.

—

Ya que no te puedo hablar
ponte donde yo te vea;
le daré gusto á mis ojos,
ya que otra cosa no sea.

—

Vale más la bizarría
del galán que me enamora,
que toda la Andalucía
y la vega de Carmona.

—

Muchos hay que no pueden
decir sus penas,
porque al querer decirlas
se ahogan con ellas:
y así las mías
no podrás comprenderlas,
ni yo decirlas.

Cada vez que me miras
y yo te miro,
te digo con los ojos
lo que no digo.
Como no hallo
que tú me correspondas,
te miro y callo.

—

Con un sí de tus labios
mi amor se paga:
mira qué poco pido,
dos letras, nada.
Sé compasiva,
que con un sí tan sólo
me das la vida.

—

Toda mi vida estuviera
preso en la cárcel de amor,
siendo tú la carcelera
y yo el alguacil mayor.

—

Si tu casa fuera cárcel,
y tu cuarto calabozo,
y tus brazos la cadena,
yo prisionero gustoso.

—

Si tu casa fuera iglesia,
y tu cuarto fuera altar,
y tu cama sepultura,
vivo me fuera á enterrar.

—

¡Quién tuviera un cordón de oro
tan largo como esta calle,
para sacar á una niña
del dominio de su padre!

—

Envidia le tengo al oro
que tienes en los zarcillos,
porque siempre está tocando
esos divinos carrillos.

—

¡Ay, quién fuera clavo de oro
donde cuelgas el candil,
para ver tus dos ojitos
cuando te vas á dormir!

—

Aunque tu padre te meta
debajo de los ladrillos,
yo te tengo de sacar
y me he de casar contigo.

Una paloma blanca
como la nieve
me ha picado en el alma,
mucho me duele.

—

Acá dentro del pecho
tengo un gusano,
que me roe, me roe
de cuando en cuando.

—

¿Para qué vas y vienes,
doctor confuso,
si el mal que á mí me aqueja
no sale al pulso?

—

Sin vida tu amor me tiene,
sin salud voy por la tierra:
cuando la Muerte me busque,
sin duda que no me encuentra.

—

Por ti no tengo camisa,
por ti no tengo capote,
por ti no he cantado misa,
por ti no soy sacerdote.

—

Nacen en el campo flores,
nace la perla en el mar,
y tú naciste, bien mío,
para hacerme á mí penar.

—

Tengo pena si te veo,
y si no te veo, doble;
no tengo más alegría
que cuando escucho tu nombre.

—

Al peñón de la Gomera
tu madre quiere llevarme
porque te quiero de veras.
¡Vaya unos motivos grandes!

—

Más veces de ti me acuerdo
que hojas tienen los laureles,
y botes un boticario,
y un escribano papeles.

—

Tengo una pesadumbre
que al alma llega:
viva quien me la ha dado,
aunque yo muera.

Todas las arañas negras
que se salgan de sus nidos
y piquen mi corazón,
si mi querer es fingido.

—

Al principiar á amarte
hice promesa
de olvidar tus amores
cuando fallezca.

—

Dos cosas en el mundo
me harán perderte:
si vivo, un desengaño;
si no, la muerte.

—

No quisiera quererte
con tanto extremo,
y aun me parece poco
lo que te quiero.

—

Hágame usté unos zapatos
con el tacón que levante;
que soy chiquita y no alcanzo
á los brazos de mi amante.

—

Envidia tengo á la tierra,
y también á los gusanos
que te tienen que comer
ese cuerpo tan gitano.

—

Quisiera ser poderoso
y mantenerte en el aire,
y ya que yo no te gozo,
que no te gozara nadie.

—

Si yo fuera basilisco,
con la vista te matara,
y te sacara del mundo
porque nadie te gozara.

—

Cuatro esquinas tiene el horno,
cuatro la panadería,
cuatro pilares la cama
donde duerme el alma mía.

—

Las cortinas de tu cama
son de seda y algodón,
y entre cortina y cortina
descansa mi corazón.

Átame con un cabello
á los bancos de tu cama,
que aunque el cabello se rompa,
seguro está que me vaya.

—

Serrana, dile á tu madre
que si te quiere vender,
en la mano está el dinero
y en la puerta el mercader.

—

Aunque nos vayan celando
por balcones y ventanas,
lograremos nuestro intento;
no tengas pena por nada.

—

Me dicen que si te quiero,
y yo digo que ni verte:
es menester disimulo
por el hablar de las gentes.

—

Más quisiera contigo
vivir en guerra,
que estar en paz con otra
que me quisiera.

—

La primera clavellina
que eche mi clavellinero
se la tengo que poner
á mi amante en el sombrero.

—

Ojos de blanca paloma,
serafín idolatrado,
benditas tus perfecciones,
que me tienen hechizado.

—

Eres el sol que yo adoro
y la luna que venero,
eres cadena de amor
que me tiene prisionero.

—

Las estrellas en el cielo
están alumbrando á Dios,
y tú, como eres mi estrella,
alumbras mi corazón.

—

Toma esa rosa encarnada,
ábrela, que está en capullo,
y verás mi corazón
abrazado con el tuyo.

Debajo de tu ventana
me puse á atar una liga:
quien bien ata, mal desata;
quien bien quiere, tarde olvida.

—

Tengo yo una prima hermana
y la quiero tanto y cuanto,
que la he de llevar á Roma
que la vea el Padre Santo.

—

Sobre gusto no hay disgusto:
yo quiero á aquel caballero
que está vestido de luto;
que á mí me gusta lo negro.

—

Todos me dicen que adoro
un clavel de mal color:
diga el mundo lo que quiera,
á mí me parece un sol.

—

Todo el mundo me da vaya
porque quiero á un hombre chico;
yo digo que por el *aire*
se compran los abanicos.

—

Dicen que mi amante es feo:
para mí es el sol dorado;
en estando yo gustosa,
todo el mundo está pagado.

—

Cuando yo estaba en prisiones,
en lo que me divertía
era en escribir tu nombre
en los ladrillos que había.

—

Cuando voy á la besana,
llevo los bueyes arando,
con la mano en la mancera,
y en ti, serrana, pensando.

—

Al que se muere lo entierran,
dice un antiguo refrán;
á mí, que por ti me muero,
¿no me vendrán á enterrar?

—

Aunque padezca fatigas
y sienta mi corazón,
más quiero en ti la esperanza
que en otra la posesión.

Si las estrellas del cielo
todas se volvieran lanzas
punta abajo para el suelo,
no pierdo las esperanzas.

—

Ya te he dicho que no vayas
á misa donde voy yo:
ni tú rezas, ni yo rezo,
ni estamos con devoción.

—

En mi alma manda Dios,
en mi persona mis padres,
pero en cuanto á mi gustito,
en ese no manda nadie.

—

Mi padre y mi madre son
dueños de lo que yo gano,
pero de mi personita
yo soy el único amo.

—

En el alma te tengo
tan á lo vivo,
que despierto soñando
siempre contigo;
y en despertando,
me digo yo á mí mismo:
vamos soñando.

—

Tu padre y tu madre dicen
que no los dejo dormir;
dentro de la casa tienen
la que no me deja á mí.

—

Estoy durmiendo y soñando
que estás á la vera mía;
despierto, y me hallo sin ti:
vuelvo á la misma fatiga.

—

Jamás pensé, vida mía,
quererte como te quiero;
cuando me voy á acostar,
no puedo cuajar el sueño.

—

Las campanas de maitines
todas las noches las cuento,
y pensando en tu querer
pierdo las horas del sueño.

El día que tronó tanto
me fuí en busca *e* mi novia
por si se acababa *er* mundo
irme arrimando á la gloria.

—

Debajo de tu ventana
tiene la perdíz el nido;
y yo, como perdigón,
al reclamo me he venido.

—

Acábame de decir
que me quede ó que me vaya;
no me tengas al sereno,
que no soy cántaro de água.

J. García Ramos dibujó

¿Hasta cuándo, dueño mío,
me tengo de estar así,
las horitas de la noche
pasándolas sin dormir?

—

Te quiero más que al vivir,
más que á la tierra y al cielo,
más que á mi padre y mi madre,
y más quererte no puedo.

—

Ni tu padre, ni tu madre,
ni los que vayan naciendo
te pueden á ti querer
como yo te estoy queriendo.

—

Ayer en misa mayor
hice un pecado mortal:
puse los ojos en ti
y los quité del altar.

—

Soñé que me querías
la otra mañana,
y soñé al mismo tiempo
que lo soñaba;
que para un triste
aun las dichas soñadas
son imposibles.

—

Cuando paso por tu puerta,
si estás solilla, te hablo;
si acompañadita estás,
agacho la vista y callo.

—

Baja, niña, al cuarto bajo,
hablaremos por la reja
dos palabritas de amor,
sin que lo sepa la vieja.

—

Con mi puro y mi guitarra
me tendrás todas las noches
al frente de tu ventana
antes que suenen las doce.

—

Marinero, boga, boga,
y que vuele la barquilla,
que al otro lado del río
me espera el bien de mi vida.

Cuando te veo venir
hasta el alma se me alegra;
no te salgo á recibir
por causa de malas lenguas.

—

Amor mío, ven temprano,
no me vengas á deshora,
que la vecina de enfrente
es algo murmuradora.

—

Ahí tienes mi corazón,
ábrelo con esa llave,
y verás como allí dentro
sola tu persona cabe.

—

En mi casa me dicen
que si te quiero;
yo digo que ni verte...
¡cuando no puedo!

—

Al cavar mi sepultura,
hallarán mi corazón
con cien cadenas atado
como si fuera un ladrón.

—

Como triste mariposa
camino de noche y día
hasta que los cielos quieran
que te publiquen por mía.

—

La luna se ha parado
en su carrera,
admirada de verte
tan hechicera.

—

Pasionera, pasionera,
disimula tu pasión,
como yo la disimulo
dentro de mi corazón.

—

Mucho te quiero callando,
y tu callar agradezco,
que para un firme querer
no hay cosa como el silencio.

—

Cuando paso por tu puerta
y me miras con desprecio,
me dejas la sangre helada
y el corazón sin consuelo.

Ya sé que por mi querer
tus padres te dan pesares;
quédate con Dios, perlita,
no quiero que tú lo pagues.

—

Quisiera que Dios me diera
un olvidar cariñoso,
que te pudiera olvidar
y tú quedaras gustoso

—

Toma allá mi corazón,
échalo en esa candela;
mas no agarres las cenizas,
que te has de quemar con ellas.

—

Ahí tienes mi corazón
entre dos flechas metido,
y para mayor dolor,
entre cadenas y grillos.

—

¡Quién fuera fino coral,
perla de tu gargantilla,
de tu cintura clavete,
de tu zapato la hebilla!

—

¡Qué consuelo y qué dulzura
será tenerte á mi lado!
¿Cuándo llegará ese día
para mí tan deseado?

—

¿Cuándo querrán Dios del cielo
y la Virgen de allá arriba
que te coja de la mano
y diga: Esta prenda es mía?

—

Cuando paso por tu vera
y me rozas el vestido,
hasta los huesos me tiemblan.

—

El retrato de mi amante
lo llevo siempre en el pecho:
cuando no está junto á mí,
saco el retrato y lo beso.

—

Con esa gorrita negra
me pareces un ladrón,
que aunque no robas á nadie,
me robas el corazón.

Si me volviera paloma,
¡qué gustosa que quedara!
Dentro de tu corazón,
allí mi nido formara.

—

Tengo pleito con mi madre;
si no lo gano, me muero,
porque quiere que me case
con uno que yo no quiero.

—

El sentido se me pierde,
cuando con ella platico,
en ver que tengo una novia
cantadora y con buen pico.

—

Yo no sabía querer,
dueño de mi corazón,
y contigo me enseñé:
ya te puedo dar lección.

—

Si se pudiera escribir
lo que te quiero, morena,
no habría papel bastante
en el reino de Valencia.

—

Si la mar fuera de tinta
y de papel fuera el cielo,
no te pudiera escribir
lo mucho que yo te quiero.

—

Es tanto lo que te quiero,
y lo que te quiero es tanto,
que el día que no te veo
no le rezo á ningún santo.

—

Aunque te subas al cielo
y te sientes junto á Dios,
no te han de querer los santos
como á ti te quiero yo.

—

Aunque te subas al cielo
y te escondas en las nubes,
te tengo de conocer
por el amor que te tuve.

—

Si te veo, me aturrullo,
y si en la calle te encuentro,
hace un movimiento el alma
para salirse del cuerpo.

Cuando te encuentro en la calle,
el sentido se me quita
y me agarro á las paredes
hasta perderte de vista.

—

Si me quieres ver morir
sin calentura y sin mal,
no tienes más que decir
que me quieres olvidar.

—

Anoche soñé un ensueño,
y en el ensueño soñé
que me habías olvidado.
¡Si vieras cuánto lloré!

—

Compañerita del alma,
el sueño no me alimenta:
duermo soñando contigo,
y tu querer me despierta.

—

Si en tu cara sintieres
un aire frío,
son suspiros del alma
que yo te envío:
porque en mi cuarto
suspirando y gimiendo
paso los ratos.

—

No quiero que te vayas,
ni que te quedes,
ni que me dejes sola,
ni que me lleves.
Quiero tan sólo...,
pero no quiero nada,
lo quiero todo.

—

Por tus hermosos ojos
juró la suerte
que á unos daría vida
y á otros la muerte;
¡mas quién creyera
que quien por ellos vive,
por ellos muera!

—

Quisiera verte, bien mío,
treinta días cada mes,
siete días en semana,
cada minuto una vez.

Fatigas me dan de muerte
en no viéndote en un día;
si no te viera en un año,
pienso que me moriría.

—

El día que no te veo,
tengo yo mi corazón
como un jardín sin recreo,
como una flor sin olor.

—

¡Válgame Dios, Padre Adán,
lo que quiero á esta mujer!
El día que no la veo
la retrato en la pared.

—

¡Si supieras cómo estoy
el día que no te veo!
Ni mis ojos tienen luz,
ni mi corazón consuelo.

—

Como barquillo en el mar,
que va pegando vaivenes,
se queda mi corazón
cuando te vas y no vienes.

—

Cuando paso y te miro
á la ventana,
me parece que asoma
ya la mañana.
Te miro, y luego
á la luz de tus ojos
me quedo ciego.

—

Confesé con un fraile,
¡qué bueno era!,
me echó por penitencia
que te quisiera;
y yo te quise,
porque las penitencias
deben cumplirse.

—

El confesor me ha dicho
que no te quiera,
y yo le dije: «Padre,
¡si usted la viera!..»
Después me ha dicho:
«Haces bien en quererla,
que ya la he visto.»

Si me acuesto, pienso en ti;
si me levanto, en ti pienso;
te quisiera preguntar
si te pasa á ti lo *mesmo*.

—

Por tus quereres serrana,
me voy quedando en la espina;
estoy que me lleva el viento
al revolver de una esquina.

—

Si me encuentras en la calle
no me debes conocer,
que estoy hecho un esqueleto
de pensar en tu querer.

—

Como el panal de la cera
tengo yo mi propia carne,
que me ha puesto tu querer
que no me conoce nadie.

—

Suspiritos menuditos
salen de mi pecho triste,
y se meten en el tuyo
como granitos de alpiste.

—

No me mires, que miran
que nos miramos,
miremos la manera
de no mirarnos;
no nos miremos,
y, cuando no nos miren,
nos miraremos.

—

Con los ojos del alma
te estoy mirando,
y con los de la cara
disimulando:
que este es el modo
de que nuestro cariño
se oculte á todos.

Así como el muchacho
que cuando salta,
cuanto más se retira,
mejor avanza;
del mismo modo,
si me retiro, vuelvo
más animoso.

—

La luna solitaria
brilla en el cielo,
como de amor la llama
arde en mi pecho.
La diferencia
es que la luna pasa
y el amor queda.

—

Si se muere el novio mío,
yo me acostaré en su tumba
para que no tenga frío.

—

Permita Dios de los cielos
que te vuelvas á acordar
de la que te quiere tanto
como los peces al mar.

—

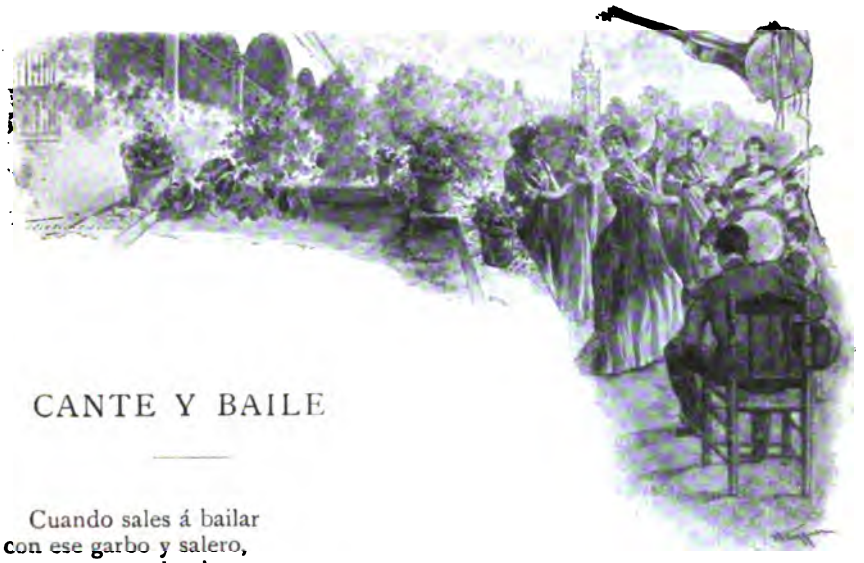
De los huesos de mi cuerpo
tengo de hacer una cruz
y me he de enclavar en ella
pidiendo por tu salud.

—

Me han dicho que estás malita,
chiquilla, y que ya te has muerto:
yo te resucitaré
con el calor de mi cuerpo.

—

Alma y vida te rendí,
y todo por adorarte:
¿qué quieres pedirme á mí
si ya no tengo qué darte?



CANTE Y BAILE

Cuando sales á bailar
con ese garbo y salero,
una campana de plata
pareces de pie en el suelo.

—

La madre que te parió
bien podía parir otra:
la una para el que canta,
la otra para el que toca.

—

La blanca es rayo de luna
y la morena de sol:
quiero luz de noche y día
y me quedo con las dos.

—

¿Cómo quieres que tenga
gusto en el cante,
si la prenda que adoro
no está delante?

—

Esta guitarra que toco
me sirva de sepultura
si á otra quiero más que á ti,
después de la Virgen pura.

—

Quiero cantar ahora
que tengo gana,
por si acaso me toca
llorar mañana.

El cantar es muy propio
de los alegres,
y el que canta tristezas
ya las divierte.

—

Aunque canto á lo gitano,
no soy gitanillo yo;
mas de andar con los gitanos
el canto se me pegó.

—

En la montaña de Jaca
me acordé de ti, salero,
porque me faltó la sal
cuando estaba de ranchero.

—

La guitarra es de caoba
y las cuerdas de marfil:
el que la toca es un ángel,
la que baila un serafín.

—

¡Atención, que ha salido
la reina á bailar!
¡Qué hermoso cuerpo tiene
su real majestad!

El mocito que baila
bien puede decir
que baila con la reina
sin ir á Madrid.

—

Ya está puesta en el baile
la que no quiere
que le digan la reina
de las mujeres;
y yo le digo:
«Reina de las mujeres,
baila conmigo.»

—

Tienes un baile tan chulo
y una vuelta tan galana,
que dejas en ese suelo
pintadita una campana.

—

A la que está bailando
echadle rosas,
porque se lo merece
por buena moza.

—

Zapatéate, serrana,
hazte ese cuerpo pedazos;
que si no tienes dinero,
yo te mercaré zapatos.

—

Pulido bailadorcito,
átate los alpargates,
no vayas á tropezar
y á esa niña me la mates.

—

Bailad, muchachas, bailad
y romped muchos zapatos,
que mañana os casaréis
y lavaréis muchos trapos.

—

La guitarra lo dice,
yo no lo digo,
los dos que están bailando
lo han entendido.

—

Si no fuera mi prima
la que bailara,
no fuera mi boquita
la que cantara.

Señor bailadorcito,
mire usté al hoyo,
que la niña que baila
tiene su novio;
mire usté al suelo,
que la niña que baila
ya tiene dueño.

—

Esos dos que están bailando,
¡qué parejitos que son!
Si yo fuera padre cura,
les diera la bendición.

—

Cuando vayas á la fiesta
y te pongas á bailar,
no me seas retrechera,
que me harás prevaricar.

—

Cuando te veo bailar
con tanta gracia y salero,
digo: ¿Quién se llevará
ese cuerpo sandunguero?

—

Con ese andar tan ligero
y ese modo de bailar
has revuelto á los mozuelos
de todito este lugar.

—

Cuando sales á bailar
con los brazos extendidos,
pareces águila real
cuando sale de su nido.

—

¡Válgame Dios, qué serena
es usted para bailar!
Si para todo es lo mismo,
¡vaya una serenidad!

—

Pulido bailadorcito,
báilala bien, que es mi hermana,
y si no la bailas bien,
saldrá su hermano á bailarla.

—

¿Qué tiene ese bailador
que no menea los brazos
y parece un avión
que le han dado taramazo?

Esa señora que baila
se parece á San Miguel,
y el bailador que la baila
al que está debajo de él.

—

La niña que está bailando
me la comiera yo solo,
y al bailador que la baila
que se lo coman los lobos.

—

La niña que está bailando
parece una altramucera.
¡Altramuces dulces, dulces!
Serrana, ¡quién te comiera!

—

La niña que está bailando
parece una clavellina,
y el bailador que la baila
parece un Juan de las Viñas.

—

Dicen que la reina ha muerto:
todos dicen que es verdad,
y yo digo que es mentira,
porque ha salido á bailar.

—

La bailadora es la luna,
el bailador es el sol;
á los rayos de la luna
me voy arrimando yo.

—

Ya salió mi niña al baile,
ya salió la resalada,
ya salió la que me tiene
todita el alma robada.

—

Entran en esta fiesta
cuatro figuras:
uno canta, dos bailan
y otro murmura.

—

Cuerpo bueno con sandunga,
menéate poco á poco,
que los bienes de fortuna
cuestan mucho y duran poco.

—

Jaléate, cuerpo bueno,
que te vas aniquilando
con la calor del invierno
y los fríos del verano.

La niña que está bailando
parece un pimpollo de oro:
pregúntale, compañero,
si es casada ó tiene novio.

Un clavel y una rosa
están bailando;
la rosa es encarnada
y el clavel blanco:
porque la rosa
cuanto más encarnada,
es más hermosa.

—

La dama que está bailando
se parece á Santa Rita,
y el galán que está cantando
ermitaño de su ermita.

—

Tengo mi pecho de coplas
que parece un avispero:
se empujan unas á otras
por ver cuál sale primero.

Si quieres saber coplas,
vente á mi pecho,
que se ha vuelto poeta
mi pensamiento.

—

Si estuviera cantando
una semana,
una copla dos veces
no la cantara.

—

La guitarra sin la prima
es como un hijo sin madre:
todo el día se le va
suspirando y dando ayes.

—

La guitarra que toco
no tiene prima,
mas tiene los bordones
de plata fina.

—

¡Qué voces tan cariñosas
son las que escucho cantar!
¿Son los ángeles del cielo
ó las sirenas del mar?

—

La primera por el amo,
la segunda por la dueña,
tercera por la criada,
que es la que á mí me da pena.

—

Aunque no canta, aquí viene,
salada, tu enamorado;
aunque no canta, aquí viene,
aquí le tengo á mi lado.

—

Tengo que morir cantando,
ya que llorando nací;
que las penas de este mundo
no todas son para mí.

—

Si supiera que cantando
daba gusto á mi morena,
toda la noche cantara
y á la mañana durmiera.

—

Despierta, calandria hermosa,
que en tu puerta hay un jilguero,
en tu garganta una rosa
y en tu pecho un prisionero.

Ya sé que estás en la cama;
ya sé que no duermes, no;
ya sé que estás escuchando
las coplas que canto yo.

—

Asómate á esa ventana,
niña, si quieres oir
las coplas de un firme amante,
que las canta un serafín.

—

Asómate á esa ventana,
bella dama, y te veremos,
y con la luz de tus ojos
la vihuela templaremos.

—

Asómate á esa ventana,
cara de piñón de oro:
quiero encender un cigarro
en las niñas de tus ojos.

—

Asómate á esa ventana,
hermosísima diadema,
que aunque está la noche obscura,
tú de claridad la llenas.

—

Canta tú y cantaré yo,
pajarito en verde rama;
canta tú y cantaré yo,
cante quien amores ama.

—

Para cantar quiere gana,
para bailar quiere brío,
para tocar la guitarra
quiere tener buen oído.

—

Las cuerdas de mi vihuela
yo te diré cuántas son:
prima, segunda, tercera,
cuarta, quinta y el bordón.

—

Si la gracia me ayudara
como me ayuda el deseo,
á todo el mundo agradara;
pero sin gracia no puedo.

—

Seguidillas manchegas
son las que canto,
porque las de mi tierra
no valen tanto.

Ninguno, por cantar bien,
hable mal de aquel que canta;
unos cantan lo que saben,
y otros saben lo que cantan.

—

Esta noche ha de llover,
que esté raso, que esté nublo;
han de llover buenos palos
en las costillas de alguno.

—

Compañero, canta, canta,
y no le temas á nadie,
que en la punta de mi espada
traigo á la Virgen del Carmen.

—

Canta, compañero, canta,
no temas á los miñones;
si no tienes corazón,
yo tengo corazón doble.

—

Canta, compañero, canta,
y no le temas á nadie,
porque nunca se han escrito
valentías de un cobarde.

—

El mozo que está cantando
no tiene pelo de barba;
pero si se ofrece un lance,
tiene pelos en el alma.

—

Corre, que viene la ronda
y comienza el tiroteo;
yo no lo siento por mí.
sino por mi compañero.

—

Cuatro chavales venimos,
todos sin pelo de barba;
y si hay alguno valiente,
que salga por la guitarra.

—

Voy á cantar las coplas
que me han mandado,
que no quiero que digan:
malo y rogado.

—

Esta noche, si Dios quiere,
yo me voy á divertir
con licencia del alcalde
y de la guardia civil.

Gracias á Dios que he llegado
donde no pensé llegar:
á darte las buenas noches,
paloma, en tu palomar.

—

Gracias á Dios que he llegado
al palacio donde habita
esta paloma zurita,
desvelo de mi cuidado.

—

Asómate á la ventana,
á la que da sobre el río,
manojo de clavellinas
cogidas con el rocío.

—

Asómate á esa ventana,
si te quieres asomar;
ten cuidado no te rompas
ese pecho de cristal.

—

Asómate á esa ventana,
hermosura de la tierra,
y verás en el instante
al sol parar su carrera.

—

El galán que aquí cantare
á la puerta de esta dama,
alce un poquito la voz,
porque está lejos la cama.

—

A mí me tocó la suerte,
como mejor director,
de venir á despertar
del barrio la mejor flor.

—

Si supiera, vida mía,
que me estabas escuchando,
toda la noche estaría
como un ruiseñor cantando.

—

Coplillas y más coplillas,
coplillas he de cantar,
porque tengo un arca llena
y un costal por desatar.

—

En el campo nada importa
cantar bien ó cantar mal;
mas llegando donde hay gente,
cantar bien ó no cantar.

La luna para salir
le pide al cielo licencia,
y para cantar yo aquí
la pido con reverencia.

—

Á la puerta de mi novia
mi compañero cantó;
á la puerta de la suya
es razón que cante yo.

—

Si quieres saber, hermosa,
quién te ha venido á cantar,
un mocito aragonés
que te tiene voluntad.

—

Si tuviera el pecho claro,
te cantara la rondeña;
pero como no lo tengo,
te canto la malagueña.

—

Aquí me tienes penando,
dueño de mi corazón,
pues vengo de contrabando
y no puedo alzar la voz.

—

Ahora sí que canto claro,
que he tomado caramelo,
que me lo dió una gitana
con muchísimo salero.

—

Asómate á esa ventana,
cara de luna redonda,
lucero de la mañana
y espejo de quien te ronda.

—

Asómate á esa ventana,
cara de luna brillante,
que aunque yo no te pretendo,
conmigo viene tu amante.

—

La luna se va, se va,
déjela usted que se vaya:
la luna que á mí me alumbra
está en aquella ventana.

—

Asómate á ese balcón,
asómate, luz divina,
verás con tu respalndor
tu amante que está en la esquina.

Asómate á esa ventana,
si te quieres asomar,
verás tu calle barrida
con la capa de un galán.

—

Asómate á esa ventana,
cara de limón florido,
y échale una bendición
al que ha de ser tu marido.

—

Asómate á ese balcón,
y si no, á la ventanilla,
y si no tienes ventana,
á la puerta, vida mía.

—

Yo no canto porque sé,
ni porque escuchen mi voz;
canto porque no se junte
la pena con el dolor.

—

No canto porque me escuchen,
ni tampoco porque sé;
canto porque soy mandado
y es preciso obedecer.

—

Por la calle abajo viene
una guitarra de plata,
y la prima va diciendo:
«Una morena me mata.»

—

La guitarra es de marfil,
de oro las cuerdas y el puente,
y el tañedor que la tañe,
salada, tu pretendiente.

—

Dame de tu pelo rubio
cuerdas para mi vihuela,
que se me ha roto la prima,
cuarta, segunda y tercera.

—

¿A qué vienen al baile
tantos mirones?
Bailan mozas con mozas
por falta de hombres.

—

Con esta copla y otra
se acaba el baile:
por la puerta, señores,
se va á la calle.

DESPEDIDA

Desde la Cruz de la Legua
volví la cara llorando.
¡Adiós, Málaga la bella,
qué lejos te vas quedando!

—

Adiós, quédate con Dios;
adiós, que el cielo te guarde:
una estrella que te guíe
y un ángel que te acompañe.

—

Dicen que nada cuesta
la despedida.
Dile al que te lo ha dicho
que se despida.

—

Quédate con Dios, salada;
mucho me duele el dejarte;
pero también considero
que siempre no puedo hablarte.

—

Dame un besito, y adiós,
salero, vete á la cama,
que no quiero que por mí
pases frío en la ventana.

—

Quédate con Dios, ventana,
y dile á la que te cierra
que si se acuerda de mí
como yo me acuerdo de ella.

—

Niña, de ti me despido,
que viene la luz del día
y no quiero ver más sol
que el que me quita la vida.

Gracias á Dios que he llegado
á tu puerta, bella Aurora,
que me parece que he echado
en cada paso una hora.

—

Gracias á Dios que he llegado,
gracias á Dios que llegué,
gracias á Dios que he cantado,
gracias á Dios que canté.

—

Ya sé que estás en tu cama,
ya sé que no duermes, no;
ya sé que estás escuchando
las coplas que canto yo.

—

Ya sé que estás en camisa
tras la ventana escuchando
y en un papel escribiendo
las coplas que estoy cantando.

—

Despiértate, noble dama;
despiértate, hermosa niña:
la dama que tiene amores
no debe de estar dormida.

—

Despierta, calandria hermosa,
que en tu puerta hay un jilguero,
en tu garganta una rosa
y en tu pecho un prisionero.

Despierta si estás dormida,
vuélvete del otro lado,
dale un beso á la almohada,
piensa que á mí me lo has dado.

—

Ya tú me habrás conocido
en el eco de mi voz
y dirás desde la cama:
Ese que canta es mi amor.

—

No se asombre usted, señora:
un soldado es el que canta,
con el pan de munición
tiene seca la garganta.

—

Gracias á Dios que he llegado
á la luz de ese farol
para quitarme una espina
que traigo en el corazón.

—

Si supiera que cantando
te había de divertir,
toda la noche cantara
aunque perdiera el dormir.

—

Despierta, doncella hermosa,
de ese sueño tan profundo,
que no es razón que tú duermas
y yo pene por el mundo.

—

Quien la música ha traído
no está aquí ni viene aquí,
pero está tan retirado
como la ropa de mí.

—

La luna para salir
le pide licencia al cielo,
y para cantar aquí
licencia pido primero.

—

Por ser la primera vez
que á tu puerta, niña, canto,
sea en el nombre de Dios
y del Espíritu Santo.

—

A tu puerta estamos cuatro,
todos cuatro te queremos;
sal á la puerta y escoge
y los demás nos iremos.

Dios te dé muy buenas noches,
hermosísimo lucero,
en teniéndolas tú buenas,
yo muy felices las tengo.

—

Cansado de correr vengo
con la mano en la montera
por ver si podía ser
mi coplita la primera.

—

Aunque me voy, no me voy;
aunque me voy, no me ausento;
aunque me voy de palabra,
no me voy de pensamiento.

—

Me despido de tu puerta
como el sol de las paredes,
que por las tardes se va
y por las mañanas vuelve.

—

Adiós, corazón amado;
adiós, palma de hermosura;
adiós, clavel; adiós, rosa;
adiós, hermosa pintura.

—

Adiós, dueño de mi vida;
adiós, hechizo del alma;
adiós, norte de mi amor;
adiós, mar de mi esperanza.

—

Con esta copla, señores,
de mi niña me despido;
que mi madre ya dirá:
¿Dónde estará ese perdido?

—

Señores, *ustés* perdonen
de lo poco y mal cantado,
que soy del oficio nuevo
y no estoy examinado.

—

A la gente de esta casa
Dios les dé salud y vida,
trigo para todo el año:
¡esta sí que es despedida!

—

Del cielo bajará un ángel
con una cruz en la mano,
á acompañar á esta niña,
porque nosotros nos vamos.

J. García Ramos dibujó

Adiós, adiós, que me voy
y no me quisiera ir;
dame los brazos del alma,
que me vengo á despedir.

—

Tengo yo mi corazón
como el de San Agustín,
llorando gotas de sangre
porque me aparto de ti.

Dos amantes se despiden
al pie de una verde oliva;
como la oliva es amarga,
amarga es la despedida.

—

Llorando me dejas
al claro de luna:
por dondequiera que el cielo te guíe
Dios te dé fortuna.

—

Adiós, puente de Tudela,
ya se van los cazadores;
por debajo pasa el agua,
por encima mis amores.

—

Ya se van los quintos, madre,
por la puerta de Alcalá;
ya se van, madre, los quintos:
¡sabe Dios si volverán!

¡Ay, mal haya mi fortuna
y también mi mala suerte!,
que el galán que yo idolatro
quieren que de mí se ausente.

—

Mi corazón pena y muere
en diciendo que te vas;
para que tanto no pene,
dime cuándo volverás.

—

Vámonos, compañeritos,
que las cabrillas van altas,
y la luz del día viene
descubriendo nuestras faltas.

—

Adiós, dueño querido,
prenda adorada,
que aunque de ti me ausento,
vas en el alma.

—

Anda, vete, que es tarde,
moreno mío,
ya sabes con la pena
que te lo digo.

—

En los clavos de tu puerta
se queda mi corazón;
levántate tempranito,
no te lo marchite el sol.

—

La despedida te echo,
no te la quisiera echar:
con lágrimas de mis ojos
queda regado el umbral.

—

Lo último que se pierde
es la esperanza,
y este débil consuelo
á mí me falta,
porque me ausento
para nunca más verte,
querido dueño.

—

La luna se va á poner,
ya hacen sombra los tejados:
¿cómo me despediré
de estos claveles dorados?

Echemos la despedida
al uso de mi lugar:
más vale poquito y bueno,
que no mucho y enfadar.

—

Echemos la despedida,
echémosla muy corteses,
que es hija de buenos padres
y ella bien se lo merece.

—

Te echaré la despedida
de rositas y claveles,
y un ramito de albahaca
para que de mí te acuerdes.

—

Si tuviera una naranja,
contigo la partiría;
pero como no la tengo,
te canto la despedida.

—

Ahí te va la despedida
con corona, ramo y palma;
esta sí que es despedida
de dos amantes del alma.

—

Mis amiguitos me dicen
que no me sé despedir:
adiós, clavel; adiós, rosa;
adios, precioso jazmín.

—

La despedida te doy,
la despedida, y no puedo,
que despedirme de ti
es despedirme del cielo.

—

Adiós, vida de mi vida;
adiós, corazón amado;
adiós, que me voy sin verte,
porque la ausencia ha llegado.

—

Adiós, adorada prenda,
que me vengo á despedir
y las piedras se quebrantan
al ausentarme de ti.

—

El que quiera ver dolores
vaya á la orilla del mar
y verá dos corazones
que se quieren separar.

De todas las despedidas
es la mía la mejor,
porque ninguno te ha dicho:
«Queda con Dios, blanca flor.»

—

De todas las despedidas
es la mía la más alta:
adiós, clavel; adiós, rosa;
adiós, mata de albahaca.

—

Quédate con Dios, salada:
tú te quedas, yo me voy;
el aire que entre en tu cuarto
son suspiros que yo doy.

—

Nunca me digas adiós,
que es una palabra triste:
corazones que se aman,
nunca deben despedirse.

—

Adiós, mi adorado bien,
no me olvides por tu vida,
que yo no te olvidaré
si la muerte no me priva.

—

Adiós, mi estrella y mi gloria:
no pongas en mi lugar
otro galán en memoria,
ni me llegues á olvidar.

—

¡Cuántas veces, vida mía,
te asomarás al balcón
y te quitarás llorando
de ver que no paso yo!

—

Dicen que te vas mañana;
no te vayas hasta el martes,
que tiene mi corazón
muchos consejos que darte.

—

El sábado es esperanza,
el domingo es alegría;
mas el lunes es tristeza,
pues se va la prenda mía.

—

Dicen que te vas el lunes;
vente á mi puerta á embarcar,
mis brazos serán los remos
y mis lágrimas el mar.

Dicen que te vas, te vas,
y muy pronto, dueño mío;
mira, no bebas el agua
de la fuente del Olvido.

—

No estaré jamás sin ti;
que sólo podrá el rigor
separarte de mis ojos,
mas no de mi corazón.

—

Lucero de la mañana,
préstame tu claridad
para seguirle los pasos
á mi amor, que se me va.

—

Echemos la despedida,
echémosla con dolor:
en los hierros de tu reja
se queda mi corazón.

—

Echemos la despedida
al uso de caballeros,
con el sombrero en la mano:
quede usted con Dios, salero.

—

Echemos la despedida
al uso de Barcelona:
la madre que te parió
merece palma y corona.

—

Te echaré la despedida,
como hacen los carreteros,
con la zurriaga en la mano:
quédate con Dios, salero.

Echemos la despedida
con un ramito de nueces,
que la música no ha sido
como tú te la mereces.

—

La despedida te doy,
la despedida voy dando:
esta sí que es despedida,
que me despido cantando.

—

Precipicio cauteloso,
mañana voy de partida:
si la ausencia causa muerte,
¡qué corta será mi vida!

—

Amor mío, si te vas,
en tu ausencia yo me muero;
cuando vuelvas me hallarás
muerto y sin tener consuelo.

—

Si de tu ausencia no muero,
y con ella he de morir,
digan que soy en el mundo
la mujer más infeliz.

—

Si oyes que tocan á muerto,
no preguntes quién murió;
porque, ausente de tu vista,
¿quién puede ser sino yo?

—

Por en medio de esos mares
me voy á buscar la vida;
acuérdate, si no vuelvo,
de quien tanto te quería.

AUSENCIA

Todas las horas del día
le estoy pidiendo á Jesús
que por su pasión y muerte
me lleve donde estás tú.

—

De una hierba me han hablado
que cura males de ausencia:
no quiero hierbas ni flores,
que lo que quiero es que vuelvas.

—

Que me matas, que me matas,
que me muero, que me muero,
con tu ausencia, con tu ausencia,
sin remedio, sin remedio,

—

Disputaban dos sabios
cual es más muerte,
si ser aborrecido
ó estar ausente.

—

El que se va se divierte
con las flores del camino:
y el que queda va diciendo:
«¿Dónde estará el peregrino?»

—

La penilla de no verte
me tiene sobre la arena:
cuando no me he muerto yo,
nadie se muere de pena.

—

Para el dolor de un ausente
no hay alivio ni consuelo,
porque tiene cerca el daño
y muy lejos el remedio.

Si supieras caminar,
corazón, te enviaría
á que fueras á trocar
tristezas por alegrías.

—

Un sabio, que de ausencia
penaba, dijo:
«No encuentro entre lo humano
mayor martirio.»

—

Cuando se arranca una rama
el tronco siente dolor,
las raíces lloran sangre,
de luto viste la flor.

—

En la ausencia se prueba
lo que es cariño,
que aunque un siglo se pase
dura lo fino.

—

Dicen que el águila real
pasa volando los mares.
¡Ay, quién pudiera volar
como las águilas reales!

Más siento la ausencia tuya
que la muerte de mi padre:
por mi padre no lloré,
por ti mis ojos son mares.

—

Pájaro que vas volando
por cima de aquel convento,
toma, llévale estas letras
á mi amor que está allí dentro.

—

Tomé papel, tinta y pluma
para escribirte amoroso,
y en el primer renglón puse:
«Vuela, papel venturoso.»

—

Vuela, papel venturoso,
que á manos de un ángel vas:
no digas que yo te envío,
sino que solo tú vas.

—

Le agarré la mano
y la llevé al muelle:
¡que las olitas del mar la acompañen!,
¡que Dios la consuele!

—

Para placeres tu amor,
para dichas tu presencia,
para tormento tus celos
y para muerte tu ausencia.

—

¡Quién estuviera tan alta
como la estrella del Norte
para ver lo que está haciendo
mi morenito esta noche!

—

Pensamiento que vuelas
más que las aves
llévale este suspiro
á quien ya sabes:
sé mensajero
y dime si suspira
también su pecho.

—

Ausente estoy de tu vista,
mis ojos ya no te ven,
mi corazón se marchita
de pensar en tu querer.

Ni veo, ni respiro,
ni oigo ni siento,
como que está sin alma
todo mi cuerpo;
y ello depende
de ser la ausencia ensayo
para la muerte.

—

Sacan un pez del agua
y al punto es muerto,
porque lo han separado
de su elemento:
yo soy lo mismo
así que me separan
de mi cariño.

—

¿Qué he de hacer sin tu vista,
triste y ausente,
si estaré todo el día
siente que siente,
y hasta que muera
estará el pecho mío
pena que pena?

—

Aunque de ti me aparto,
nunca me ausento,
pues llevo tu retrato
dentro del pecho;
y éste me alienta,
aliviando los males
de larga ausencia.

—

Aunque de ti me ausente,
ten entendido
que te llevo en el pecho
siempre conmigo:
que allá en su centro,
por más que te retires,
siempre te encuentro.

—

Nunca de ti me acuerdo,
dueño querido,
porque aquel que se acuerda
supone olvido;
y yo en mi mente
tengo la imagen tuya
siempre presente.

Camino de la Sierra
van mis suspiros,
derribando carrascas,
robles y pinos.

—

Por papel van suspiros,
por letras ansias,
por sobrescrito penas,
por firma el alma;
y son los celos
los que llevan la carta,
por más ligeros.

—

Una pena te envío,
dueño adorado,
que es la prenda que tengo
más á la mano;
tantas me quedan
que el número compite
con las estrellas.

—

No me mandes papeles,
que no sé leer;
mándame tu persona,
que la quiero ver.

—

¿Cómo quieres que tenga
gusto sin verte,
si eres la que más quiero
y estás ausente?

—

A los santos les pido
que en esta ausencia
á ti te den constancia
y á mí paciencia.

—

No siente el pecho mío
más alegría
que el día que se acuerda
de tu venida.

—

La esperanza de verte
me tiene viva,
que si no, ya tuviera
la tierra encima.

—

Si supiera la pena
que era no verte,
me hubiera resignado
á no quererte.

Por más firmeza que haya
en nobles pechos,
es la ausencia madrastra
de los afectos:
conque los míos
los veo en este lance
casi perdidos.

Las estrellitas del cielo
se visten de azul celeste,
y yo me visto de negro
porque mi amor está ausente.

—

No supe qué era ausencia
hasta no verte,
y ahora digo que quiero
mejor la muerte:
pues en muriendo
se acabarán mis penas
y sufrimientos.

—

Ya no voy ni vengo al muelle,
porque no tengo á quién ver;
que un amante que tenía
tendió la vela y se fué.

Mal haya quien hizo el barco,
y el que lo arrojó á la mar,
y el que cortó la madera,
y el que la mandó cortar.

—

Triste está mi corazón
y no sabe lo que tiene,
que está muy lejos de aquí
el que consolarlo puede.

—

Si mi corazón volara
y fuera donde lo envío,
¡qué bien recibido fuera,
si supieran que era mío!

—

Cuando suspiro ausente,
con tu memoria
encuentran dulce calma
mis penas todas.

—

Anoche fuí al correo,
no tuve carta:
se vistieron de luto
mis esperanzas.

—

Cartas van, cartas vienen
por el correo:
nada me satisface
si no te veo.

—

¡Ojalá no te hablara,
nunca te viera,
ni gozara tu dulce
correspondencia!
Que es menos ansia
carecer de la dicha
que abandonarla.

—

Nunca supe lo mucho
que te quería
hasta que dió la hora
de la partida:
porque se ignora
el valor de los bienes
mientras se gozan.

—

Si rigores de la ausencia
tuvieran fuerza en tu pecho,
ni tú estuvieras sin mí,
ni yo estuviera con ellos.

¿Cómo ha de ser la memoria
el correo en las ausencias,
si no lleva los recados
ni vuelve con las respuestas?

—

Lucero del mes de abril,
estrella del mes de mayo,
di, ¿cómo te va sin mí,
pues yo sin ti no me hallo?

—

Ausente del bien que adoro,
sin esperanza de verle,
no puede haber para mí
más consuelo que la muerte.

—

Con la pena de no verte
estoy viviendo en la tierra,
y cuando yo no me he muerto,
nadie se muere de pena.

—

Estrellita relumbrante,
¿cuándo será tu venida,
que yo te estoy aguardando
para la Pascua florida?

—

Con lo que me consuelo
cuando estoy triste,
es con ver el camino
por donde fuiste.

—

Si me muero en tu ausencia,
será preciso
que los aires se partan
á darte aviso:
porque sin duda
me servirá tu pecho
de sepultura.

—

Ausente de tu vista,
mucho más vivo,
porque cada momento
se me hace un siglo;
pero, mi dueño,
más que vivir ausente,
morirme quiero.

—

Cuando salí de Marbella,
hasta el caballo lloraba,
que me dejé una doncella
que al sol los rayos quitaba.

J. Garcia Ramos dibujó

El día que me aparté
de tu presencia divina,
más lágrimas derramé
que lleva el Guadalmedina.

—

Mi amante cuando se fué
me dijo que no llorara,
que echara penas á un lado,
pero que no le olvidara.

—

Ya tu dueño se ausentó,
te ha dejado sin compaña;
se ha llevado tus sentidos,
las tres potencias del alma

—

Ojos que te vieron ir
por aquellos olivares,
¿cuándo te verán volver
para alivio de mis males?

—

En una cama de ausencia
cayó mala mi esperanza;
lágrimas, tened paciencia,
que el tiempo todo lo alcanza.

—

Marinero, sube al palo
y dile á mi compañera
que si se acuerda de mí
como yo me acuerdo de ella.

—

Ausente del bien que adoro,
¿qué dicha podré tener?
En mí no reina alegría
hasta que lo vuelva á ver.

—

Acaba de dar, acaba,
reloj de la catedral,
que quiero contar las horas
que ausente mi amor está.

—

Si por esos andurriales
te encuentras á mi morena,
dile que estoy trabajando
para sacarla de penas.

—

Se fué mi dueño querido
y solito me ha dejado,
como pajarito triste
de rama en rama volando.

Ausente estoy de tu vista,
pero no del pensamiento,
que con los ojos del alma
te veo á cada momento.

—

¿Qué importa que no te vea,
si yo tengo un gran alivio?
Yo tengo mi corazón
todas las horas contigo.

—

Aún hay autores que dicen:
«Ausencias causan olvido;»
yo estoy ausente y no puedo
olvidarte, dueño mío.

—

El día que te ausentaste
le eché un candado á mi pecho
y á mi corazon le dije:
«Tú quedarás satisfecho.»

—

Hasta el muelle fuí con ella,
en el muelle la dejé;
¡allí fueron los lamentos
cuando de ella me aparté!

—

Dame esa carta, serrana,
que yo se la llevaré
al amante de tu vida
y en su mano la pondré.

—

Pajarito que volando
cruzas el aire ligero,
aquí te estoy aguardando;
que has de ser el mensajero
de un alma que está penando.

Este papel con cuidado
has de llevar en el pico
á mi dueño idolatrado;
y advierte que te suplico
que lo des disimulado.

Y si acaso te dijere:
«¿Quién ha escrito estos renglones?,»
dile que el amante suyo,
que está metido en prisiones.

Firme estoy en tu ausencia,
firme presente,
firme después de muerto,
y firme siempre;
y aunque me olvides,
en todas ocasiones
estoy yo firme.

—

Sólo llevo en mi ausencia
por compañero
el recuerdo terrible
del bien que pierdo.
¡Qué feliz fuera,
si pasadas memorias
borrar pudiera!

—

¡Ay de aquel desterrado
que sin delito
padece en sus tormentos
cruël martirio;
y en tal ausencia
sólo tiene el alivio
cuando se queja!

—

He recibido tu carta
con mucho gusto y placer;
si no me pongo en camino,
no dudes que moriré.

—

Cuando á mis manos llegó
tu carta, dueño querido,
todo el pesar que tenía
se convirtió en regocijo.

—

Nunca supe lo mucho
que te quería
hasta sonar la hora
de tu partida.
Porque se ignora
el valor de los bienes
mientras se gozan.

—

Pensativa en mi cuarto
mil veces digo:
«Ausente de quien amo,
¿cómo es que vivo?»
Porque conserva
el amor esta vida
para más penas.

Orillita de un sauce,
junto á una fuente,
suspiraba un amante
de verse ausente,
y así decía:
«¡Cuándo volveré á verte,
bien de mi vida!»

—

Pajarillo amoroso,
que estás llamando
con tus dulces gorjeos
á mi cuidado,
por Dios te pido
que me digas si sabes
del dueño mío.

—

Dicen que la ausencia es
semejanza de la muerte,
y yo digo que es mentira,
porque te adoro sin verte.

—

Te la escribí con la pluma,
te la noté con el alma,
no preguntes de quién es,
ya sabes cómo se llama.

—

¡Papelito venturoso,
quién fuera dentro de ti
para darle mil abrazos
al ángel que te ha de abrir!

—

Porque mi letra no ves,
piensas què de ti me olvido;
y en el fondo de mi pecho
á cada instante te escribo.

—

Llorando te la escribí,
llorando te la mandé;
las lágrimas de mis ojos
no me la dejaron ver.

—

Una carta tengo escrita,
no tengo quien se la lleve
al amante de mi vida
y en su mano se la entregue.

—

Suspiros que de mí salgan
y otros que de ti saldrán,
si en el camino se encuentran,
¡qué de cosas se dirán!

Se engaña aquel que dice
que el que está ausente
olvida lo pasado
por lo presente.

—

¿Cuál de los dos amantes
tendrá más pena?
¿El que se ausenta libre
ó el que se queda?

—

Se oyeran los suspiros
del que se ausenta,
si no hicieran más eco
los que están cerca.

—

Amor, mientras caminares
caminarán mis suspiros:
dondequiera que te pares
tendrán mis penas alivio.

—

Cuando salí de Sevilla,
volví la cara llorando:
Adiós, tierrecita mía,
¡qué lejos te vas quedando!

—

Me mandastes una carta
con una cintita azul;
no quiero carta ni cinta,
que quiero que vengas tú.

—

Un viudo me considero
porque de ti vivo ausente,
que la ausencia del amor
la comparo con la muerte.

—

Ya los ojitos me duelen
de mirar tanto el camino
por ver si veo venir
el espejo en que me miro.

—

Por aquel camino llano
alcé los ojos por verte:
los tuyos no me miraron.

—

Cuando mi gitano
se apartó de mí,
de las fatiguitas que me dieron, madre,
al suelo caí.

Si con el pensamiento
se caminara,
más de cuatro ratitos
te acompañara.

—

El pañuelo rosado
que tú me diste,
lo desdoblo y lo beso
cuando estoy triste.

—

No estaré jamás sin ti,
que sólo podrá el rigor
separarme de tu vista,
mas no de mi corazón.

—

Deseando estoy, madre,
que llegue el viernes:
es víspera del día
que mi amor viene.

—

Mi amante está de camino,
la Virgen vaya con él,
y le guíe y le acompañe
hasta que le vuelva á ver.

—

Todas las mañanas
me levanto y digo:
«El lucerito que á mí me alumbraba
ya no está conmigo.»

—

Madre, yo me voy con él,
que se ha llevado ese hombre
la raíz de mi querer.

—

Con la pena de no verte,
no sé cómo tengo vida;
pero Dios, con su poder,
me tiene fortalecida.

—

No siente el pecho mío
más alegría
que el día que se acuerda
de tu venida.

—

En la ventana me puse
hasta verte transponer,
y el pañuelo que me diste
en lágrimas lo empapé.

A la Dolorosa
le ayuno los viernes
para que me ponga, compañera mía,
en donde te viere.

—

Si supiera la estrella
que te guiaba,
la metiera en mi pecho,
la venerara.

—

Cuatro son las heridas
que me atormentan:
tu hermosura, tu gracia,
mi amor, tu ausencia;
mira si puedo
vivir con tanta herida
por mucho tiempo.

El día que yo me entere
que el barco está en la bahía,
todas las penas que tengo
se volverán alegrías.

—

Válgame un *divé*, serrana,
lo que me cuesta tu ausencia:
dos años de enfermedad
y tres de convalecencia.

—

El querer que te tengo
parece sombra:
cuanto más apartado,
más cuerpo toma.
La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

CONSTANCIA

Soy castillo en lo alto,
piedra en lo fuerte;
soy constante en amarte,
firme en quererte.
Si tú me amas,
soy constante aunque el mundo
sobre mí caiga.

—

Diez años después de muerto,
la tierra me preguntó
si te había ya olvidado
y yo le dije que no.

—

Todos los caracolillos
que hay á la orilla del mar
me aconsejan que te olvide
y no te puedo olvidar.

—

El confesor me ha dicho
que no te quiera,
y yo le dije: «¡Padre,
si usted la viera!
Es tan bonita,
que á las ánimas muertas
las resucita.»

—

Entre Sevilla y Triana
hay un río caudaloso;
entre dos que bien se quieren
no hay nada dificultoso.

—

Yo te tengo de querer
hasta que la muerte fiera
ponga á mi cuerpo en prisiones
debajito de la tierra.

Fragua, yunque y martillo
rompen los metales;
el juramento que yo á ti te he hecho
no lo rompe nadie.

—

Firmo, confirmo y afirmo,
firmo y confirmo mi fe,
firmo que yo seré firme,
firmo que firme seré.

—

Más allá de la vida
he de quererte:
que amor está en el alma
y ésta no muere.

—

Cuando se quiere de veras
no se mira el qué dirán;
quien tiene fe en el camino
nunca vuelve el paso atrás.

—

Me tiraste de la cuerda
por ver si me blandeaba,
y me encontraste más firme
que el muro de la Giralda.

No tengas pena, morena,
que primero ha de faltar
el sol en Sierra Morena,
que yo olvide tu amistad.

—

De tu querer no me aparto,
aunque puñales me maten
y me lleven entre cuatro.

—

Deja que la gente diga,
deja que la gente hable;
en queriéndonos los dos,
aunque no nos quiera nadie.

—

Te he de seguir queriendo,
aunque me cueste
morir en un madero
públicamente;
que no es afrenta
morir en un madero
por la belleza.

—

Este querer tuyo y mío,
parece que está de Dios,
mientras más nos lo critican,
más nos queremos los dos.

—

Déjales que digan, digan,
y de mí formen historia,
que el que se muere queriendo
se va derecho á la gloria.

—

Todos me dicen que adoro
un clavel de mal color;
diga el mundo lo que quiere,
á mí me parece un sol.

—

Aunque me ves encogida
y que tengo pocos años,
en tocando á la firmeza,
ni la cruz de San Fernando.

—

Soy río que no se enturbia
aunque caiga una tormenta,
y me mantengo más claro
que los caños de la huerta.

—

Juramento tengo hecho
con el Señor de la Sangre
de no olvidar tu querer
hasta que el Señor lo mande.

Al umbral de la puerta
le he preguntado:
«¿Mientras yo he estado ausente
quién ha reinado?»
Me ha respondido
que, en ausencia y presencia,
yo sólo he sido.

—

Amor mío, no pierdas
las esperanzas,
que en el pozo más hondo
la soga alcanza.

—

Las estrellas y luceros
que asoman por el oriente
no tienen tanta firmeza
como yo para quererte.

—

Yo me cojo á las raíces
que están debajo de tierra,
y á las ramas no me cojo
porque el viento se las lleva.

—

El querer es cuesta arriba
y el olvidar cuesta abajo:
quiero subir cuesta arriba
aunque me cueste trabajo.

—

Á mi corazón le han dado
hiel y vinagre á beber,
y con gusto lo ha tomado
por no dejar tu querer.

—

Yo soy como aquel buen viejo
que moritos cautivaron:
por martirios que le dieron,
nunca dejó su *rosario*.

—

Ojos de color de cielo,
azules como los míos,
no perdáis las esperanzas,
que yo no las he perdido.

—

Si quieres que yo te olvide,
pídeselo á Santa Rita,
abogada de imposibles.

—

Primero que yo me aparte
del querer de los Manueles,
han de echar los olivitos
racimos de uvas lairenes.

Si al pie de mi sepultura
me vinieras á llorar,
las cenizas de mi cuerpo
se habían de menear.

—

Échame una penitencia
que yo la pueda cumplir;
pero que llegue á olvidarte,
ya no depende de mí.

—

Cuatro velas encendidas
y un hábito franciscano
necesitaba mi cuerpo
para olvidar á quien amo.

—

Yo le dije á un platero:
«Hazme de plata
una mujer constante
que no sea falsa.»
Y él me responde
que de mujer constante
no tiene molde.

—

Las estrellitas del cielo
se han de caer á millares,
flamenca, porque te olvide,
y esto no lo verá nadie.

—

Aunque pase más fatigas
que clavos tiene una puerta,
yo te tengo de querer;
que el mundo da muchas vueltas.

—

Yo bien fuera constante,
pero me temo
que me tengan por monstruo
los de mi sexo.

—

Ni mi padre, ni mi madre,
ni San Antonio bendito
me pueden á mí quitar
que yo te quiera un poquito.

—

Todo aquel que venga y diga
que te olvide, vida mía;
aquel será mi enemigo
mientras me dure la vida.

Estoy queriendo á un chaval
que á mi padre no le gusta,
y yo digo que el querer
tiene licencia absoluta.

A las plantas de la Virgen
quiero llegar á hacer voto
de no olvidarte en la vida,
ni dejarte á ti por otro.

—

Por darle gusto á mi madre
y á mi corazón dolor,
dije que no te quería,
queriéndote más que á Dios.

—

Aunque en mil años no vuelvas,
yo seré como la mimbre,
que la bambolea el aire,
pero se mantiene firme.

El alma que tengo es tuya
en una conformidad:
que si presente te quiero,
ausente te quiero más.

—

Más firme soy en quererte
que las horas del reloj:
el reloj muda las horas,
pero mi firmeza no.

—

Los árboles de Aranjuez
unidos de siete en siete
no tienen tanta firmeza
como yo para quererte.

—

Soy más firme que un navío
cuando lo están carenando;
mientras más golpes le dan,
más firme se va quedando.

—

Seré para ti más firme
que la Isla de León,
que el año del terremoto
tembló, pero no cayó.

—

Mi corazón en quererte
es un monte de espesura;
mientras más ramas le cortan,
tiene la raíz más dura.

—

Cuanto más hondillo un pozo,
más fresquita sale el agua;
cuanto más retiradito,
más firmes son mis palabras.

—

¿Cómo quieres que te olvide
si has sido mi compañera
y el amor echa raíces
como la planta en la tierra?

—

Por aquellas estrellitas
que están en el cielo azul,
que te tengo de querer
aunque no me quieras tú.

—

Se me puso en la cabeza
que te había de querer,
aunque hubiera más contrarios
que moros hay en Argel.

Si por tu querer me expongo
á riesgo de que me maten,
vaya el mundo enhoramala,
que yo no quiero olvidarte.

—

Por tu querer quebranté
las leyes de la obediencia,
y atrás no me he de volver,
porque me llamo firmeza.

—

Firma tú y firmaré yo,
y se juntarán dos firmas;
veremos cuál de los dos
con más firmeza camina.

—

Aunque me ves niña, tengo
las palabritas muy firmes;
si tus promesas son falsas,
las mías nunca se rinden.

—

Estrellas del alto cielo,
bajad y firmad por mí;
que cumpliré la palabra
que al que está ausente le dí.

—

Tú sola reinas en mí:
te lo dije, y no receles,
porque no ha de reinar nadie,
bien mío, donde tú reines.

—

Soy prisionero de amor
y lo seré mientras viva;
que el prisionero de amor
primero muere que olvida.

—

Desecha todo temor,
vive alegre y placentero;
que el que fué primer amor
siempre ha sido verdadero.

—

Tu querer y mi querer,
tu pensamiento y el mío,
son como el agua del río,
que atrás no puede volver.

—

Dame tu sangre, serrana,
que yo te daré la mía
y haremos una contrata
que dure toda la vida.

Aunque toquen á rebato
las campanas del olvido,
no podré apagar el fuego
que esta gitana ha encendido.

—

Con la sangre de mis venas
te firmara una escritura
de no dejar tu querer
ni en la misma sepultura.

—

Yo no te puedo olvidar,
porque es mi querer muy grande:
yo te tengo á ti metida
en la masa de la sangre.

—

Yo te quiero y te requiero
y te tengo de querer
hasta mudar el pellejo
como San Bartolomé.

—

Yo te tengo de querer
aunque le pese á mi estrella,
aunque contra mí se opongan
aire, fuego, mar y tierra.

—

Aunque las piedras den gritos,
y el sol deje de correr,
y el agua del mar se acabe,
yo te tengo de querer.

—

Mi fortuna ó mi desgracia
hizo que te conociera
para ser esclavo tuyo
todo el tiempo que viviera.

—

Si yo te faltara en algo
de lo que te prometí,
que me vuelva piedra mármol,
mi cuerpo tenga mal fin.

—

Tan imposible lo hallo
el olvidar tu cariño
como llegar á quitarle
á San Antonio su Niño.

—

Permita Dios, si me olvidas,
te trague la mar serena;
y si yo te olvido á ti,
pase por la misma pena.

Yo no sé lo que me has dado,
que no te puedo olvidar;
parece que me has tocado
con la piedrecita imán.

—

Mientras más ausente estoy,
más firme estoy en amar;
la luz del cielo me falte
si yo te llego á olvidar.

—

Tan imposible lo hallo
que tú puedas olvidarme,
como escribir en el agua
y echar una piedra sangre.

—

Primero que yo te olvide,
¡mira qué comparación!,
ha de calentar la luna
y ha de refrescar el sol.

—

No pienses, dueño querido,
que yo te podré olvidar;
lo que en mi pecho se encierra
mis obras te lo dirán.

—

Por darles gusto á mis padres
y á mi corazón pesar,
dije que no te quería,
¡y no te puedo olvidar!

—

Me quieren quitar á mí
el que yo tu cara vea:
por cima de quien lo estorbe
he de hacer una vereda.

—

Mi padre, porque te quiero,
me castiga con rigor:
mucho puede la obediencia,
pero más puede el amor.

—

Una palabra te he dado;
y primero he de morir
y faltarle al sol sus rayos
que dejarla de cumplir.

—

Al pie de la sepultura,
ya para echarme ó no echarme,
no pudo la ingrata muerte
de tu querer apartarme.

Diez años después de muerto
y de gusanos comido,
letreros tendrán mis huesos,
diciendo que te han querido.

—

Al pie del suplicio estuve
con la sentencia leída:
¡si olvidaba tu querer,
me perdonaban la vida!

Y yo le dije al verdugo:
– Compadre, aprieta muy firme,
que olvidar á esa mujer
es una cosa imposible.

—

Hasta la sepulturita
te tengo de estar queriendo,
porque has tenido conmigo
partidas de caballero.

—

Á la sepultura iremos,
tú detrás y yo delante;
yo no me aparto de ti
hasta que Dios nos aparte.

—

Aunque me digan de ti
lo que dicen del demonio,
yo te tengo de querer,
carita de San Antonio.

—

Me dicen que te despida,
no soy de tal parecer;
me daré muerte primero
que tal cosa llegue á hacer.

—

Consejillos que me daban
y cuenta no me tenían,
por un oído me entraban
y por otro me salían.

—

Todos me dicen á mí
que te olvide, que te olvide;
y el olvidarte será
tenerte el amor más firme.

—

Todos los santos del cielo,
ángeles y serafines,
me aconsejan que te deje,
y yo cada vez más firme.

Todo el mundo me aconseja
que deje yo tu amistad;
y yo les digo: – Señores,
¿es envidia ó caridad?

—

Aunque me dieran más palos
que le dan al martinete,
no te tengo de olvidar,
porque es mi gusto quererte.

—

Aunque pase más trabajos
que arenas tienen los ríos
y pinos tienen los montes,
no te he de olvidar, bien mío.

—

Aunque tu querer me mate,
no he de dejar de quererte,
que te quiero con el alma,
y el alma nunca se muere.

—

Todo el mundo en contra mía,
serrana, porque te quiero;
todo el mundo en contra mía,
y yo contra el mundo entero.

—

Sentenciado estoy á muerte
si me ven hablar contigo;
¡mira si te quiero bien
que no le temo al castigo!

—

Si el querer bien es delito,
padre mío, que me prendan
y me lleven á la cárcel,
que en mi querer no hay enmienda.

—

Subí á la sala del Crimen
y le dije al presidente:
– Si el querer es un delito,
que me sentencien á muerte.

—

Porque te quiero me echan
á la garganta un cordel
y á los pies una cadena:
ahora te quiero más bien.

—

Aunque me vea en dos palos,
y un Capuchino á los pies,
y un dogal á la garganta,
yo siempre te he de querer.

Aunque me veas cadáver
á la puerta de una ermita,
á ti no te dé cuidado,
que los muertos resucitan.

—

Aunque te vea difunta,
con cuatro velas ardiendo,
hasta la sepulturita
te tengo que estar queriendo.

—

Dicen que me han de matar
si me ven hablar contigo:
ya le pueden levantar
á la escopeta el gatillo.

—

Mi padre me tiene dicho
que me tiene que sacar
los ojos con que te miro,
y yo que te he de mirar.

—

Ni tu padre, ni tu madre,
ni el que dispone en los cielos,
me apartan de tu querer,
mientras tú me estés queriendo.

—

Aunque todos se opusieran,
contigo me he de casar;
que más estimo mi gusto
que cuanto me puedan dar.

—

Los confesores me dicen
que te olvide, y no lo haré;
los confesores no saben
lo que cuesta un buen querer.

—

Aunque me digan que eres
mujer de mala conducta
y de malos procéderes,
te quiero porque me gustas.

—

Todo el mundo me lo dice
que te deje, que te deje;
y yo le respondo al mundo:
– Con la muerte, con la muerte.

—

Me aconsejan que te olvide,
¡mira qué barbaridad!
¡Como no saben querer,
no saben aconsejar!

Hasta el confesor me ha dicho
que te olvide, y digo yo
que primero olvidaría
la madre que me parió.

—

Los confesores me mandan
que te olvide, Manolillo;
los confesores no saben
lo que vale un buen cariño.

—

Arrepentida me eché
á los pies de un confesor;
me dijo que te olvidara:
como un insulto me dió.

—

El Padre Santo de Roma
me dijo que te olvidara;
yo le dije: – Padre mío,
aunque me recondenara.

—

– Hombre, olvida á esa mujer.
– Padre mío, yo no puedo;
echadme otra penitencia,
que cumplir esa no quiero.

—

El decirme que te olvide
es predicar en desierto,
machacar en hierro frío
y platicar con un muerto.

—

A los presidios de Orán
me llevan porque te olvide:
aunque me lleven á Ceuta
olvidarte es imposible.

—

Corazón de filigrana
embutido en fino acero,
¿cómo quieres que te olvide
si has sido mi amor primero?

—

Tan imposible lo hallo
que te deje de adorar
como tomar un caballo
y pasar con él la mar.

—

Agua me nieguen las fuentes,
el cielo me desampare,
lluevan las plagas de Egipto,
serrana, si te olvidare.

Los cuatro elementos juntos,
agua, tierra, viento y fuego,
no podrán hacer que olvide
lo mucho que yo te quiero.

—

Para olvidar tu querer,
he de ver yo dos señales:
que se caigan las estrellas
y que se sequen los mares.

—

Todo el tiempo de mi vida
amándote pasaré,
y si me olvidas por otro,
en ti y en Dios pensaré.

No pienses que por muerte
he de olvidarte,
porque hasta mis cenizas
han de adorarte.

—

En Dios y en ti pensaré
sin que haya dificultad;
á Dios le amaré por siempre,
y á ti por siempre jamás.

—

Para olvidarte yo á ti
era preciso que hubiera
otra tierra y otro cielo
y otro Dios que dispusiera.

CELOS

—

Con el abaniquito
que te hace aire
estás haciendo señas
á quien ya sabes;
con ese tema,
lo que á ti te da aire
á mí me quema.

—

«¡Yo te adoro!,» una noche
dije dormido,
y desperté celoso
de haberme oído.

—

Te entraste por los ojos
con tal estrago
que, del amor herido,
ciego he quedado;
y si algo veo,
son las dichas en sombra,
claros los celos.

—

Una peseta les mando
á las ánimas benditas
porque no ronde tu casa
aquel que te solicita.

—

Dicen que los celos matan,
yo digo que no es así;
que si los celos mataran,
me hubieran matado á mí.

—

Desempedraré tu calle
y la cubriré de arena,
para mirar las pisadas
de los que rondan tu reja.

Tengo un clavel encarnado
á la sombra y bajo llave,
para que el sol no lo vea
y con mirarlo lo aje.

—

Si yo supiera las piedras
que mi amor pisa en la calle,
las volviera del revés,
que no las pisara nadie.

—

No quiero que hables con nadie
sino con el confesor,
con tu padre y con tu madre,
con tus hermanos y *yo*.

—

Sé que finezas haces
á otro sujeto;
bien puedes, pues he sido
yo tu maestro:
no te equivoques,
y, por costumbre, en ellas
á mí me nombres.

El sarmiento en la lumbre
y el que enamora,
por un lado se encienden,
por otro lloran;
tú eres lo propio:
cuando lloras por verme,
te vas por otro.

—

En tu corazoncito
me diste un cuarto,
y no pude barrerlo
por tanto trasto.
Yo no lo quiero,
á menos que no quites
trastos de en medio.

—

Yo pensé que de tu pecho
yo solo tenía llave;
mas he llegado á entender
que todo el que quiere abre.

—

Que un buen mozo te guste
nadie lo extraña,
que á mí una buena moza
también me agrada;
pero me espanto
de verte enamorada
de un currutaco.

—

En insufrible fuego
de celos ardo;
por eso determino
morir matando;
porque me alivia
ver á la que me mata
también herida.

—

¿Para que me diste el sí,
traidora, teniendo dueño,
si sabes que no se logra
con gusto lo que es ajeno?

—

¿Para qué me andas diciendo
que me quieres y me adoras,
si en volviendo las espaldas
de cualquiera te enamoras?

—

Ingrata, mala mujer,
de Dios te venga el castigo:
si te has de casar con otro,
¿para qué tratas conmigo?

Yo te quise, no pensando
que me habías de olvidar;
tú juegas con dos barajas
y yo con una no más.

—

¿Cómo quieres que una luz
alumbre á dos aposentos?
¿Cómo quieres que yo quiera
dos corazones á un tiempo?

—

Esperando estoy las doce
para salir disfrazada
por ver si hallaré á mi amante
hablando con otra dama.

—

Porque te quiero, te celo;
que si no, no te celara;
que si yo no te quisiera,
aunque el diablo te llevara.

—

Tengo un vestido en el arca,
que tiene cuatro colores:
la ilusión y la esperanza,
los celos y los amores.

—

Mi amor es una viña
donde yo miro
pendientes de una cepa
muchos racimos.
Sepa mi amante
que yo no quiero cepa
tan abundante.

—

Es verdad, lo confieso,
pues lo preguntas,
que tus falsas caricias
ya me disgustan:
porque conozco
que estos mismos halagos
haces á otros.

—

Siempre que de tu vista
me aparto, lloro,
temiendo que mis dichas
las logre otro:
que en mis pesares,
las dichas son ligeras,
largos los males.

La gloria de mirarte
será un infierno,
si se van tus miradas
hacia otro dueño:
que es muy amargo
ver en poder ajeno
bienes logrados.

—

Dices que no la quieres
ni vas á verla;
pero la veredita
no cría hierba.

—

Por esta calle, que es larga,
me tengo que pasear
por darle gusto á una dama,
y á un majito en qué pensar.

—

Si me quieres á mí solo,
seré una muralla firme;
pero si quieres á otro,
seré un rayo para irme.

—

Si es que piensas darme enojos
con esos amores nuevos,
aunque niña y criatura,
no me acobardan los celos.

—

Si usted me quiso de golpe,
yo le quise de quedito;
si usted tiene su pichona,
yo tengo mi pichoncito.

—

Soy constante y soy mudable,
pero con tal distinción:
constante con quien me ama,
y mudable con quien no.

—

Si por beber de una fuente
has dejado secar otra,
olvidar para querer,
esa es ignorancia loca.

—

Si por querer á un paisano
olvidas á un militar,
hazte cuenta que has cambiado
oro fino por metal.

Si todo el mundo corrieras,
fácil te será encontrar
otro amante á quien tú quieras,
mas no que te quiera más.

Quítate de esa ventana,
no me seas ventanera;
que la cuba de buen vino
no necesita bandera.

—

¿De qué te sirve llorar
y dar vueltas como un loco,
si tú te mueres por ella
y ella se muere por otro?

—

Un rayo caiga del cielo
y me parta por mitad
antes de verte, morena,
en manos de otro galán.

Haré un hoyito en la arena
y vivo me enterraré
por no ver en mano ajena
prenda que tanto adoré.

—

Dicen que te casas pronto,
y yo pretendo saber
el cómo, con quién y cuándo,
el cuándo, cómo y con quién.

—

Mi marido es mi marido,
que no es marido de nadie:
la que quisiere marido
vaya á la guerra y lo gane.

—

A servir al rey me voy
con intención de volver,
y si te encuentro casada,
de tu sangre he de beber.

—

Debajo de tu ventana
tengo un puñal escondido
para clavarlo en tu pecho
si no te casas conmigo.

—

De tus finezas hice
los escalones
para subir al trono
de mis amores:
poco han durado,
que en batalla los celos
me han destronado.

—

Yo me embarqué en la nave
de amor tirano;
desembarqué en el puerto
del desengaño;
y estuve amante
en el golfo de celos
para anegarme.

—

Tengo amor, tengo ausencia
y tengo celos,
tengo desconfianza,
pues no te tengo:
si te tuviera,
celos ni otros disgustos
me compitieran.

Más quiero un desengaño
que me confunda,
que no vivir penando
por una duda:
pues mis recelos
hacen de leves dudas
muy graves celos.

—

¿Para qué vienes á verme,
si tienes quien te lo estorbe?
Dale gusto á esa persona
y ten partidas de hombre.

—

De tres colores se viste,
señora, mi corazón:
encarnado, azul y verde,
que son tres flechas de amor.

Encarnado, con que rabio
contra tan duro rigor
desde el punto, niña hermosa,
que en ti puse mi afición.

Azul, que me matan celos
cuando me acuerdo de ti;
te suplico, dueño amado,
tengas compasión de mí.

Y lo verde es esperanza,
porque alcanzarte pretendo;
pues por ti, prenda del alma,
no vivo sino muriendo.

—

– Diga usted, señor platero:
¿cuánta plata es menester
para engarzar unos celos
que me ha dado una mujer?

Y le responde el platero:
– Si esa mujer fuera mía,
yo le engarzara los celos
con palos y mala vida.

—

Bien pareces á todos,
mas, sin dobleces,
que á todos bien parezcas
mal me parece:
¡y á ti, bien mío,
parecer bien á todos
te ha parecido!

Me dicen que á otro quieres,
pero lo dudo,
que mujer tan amante
fingir no pudo;
pero te advierto
que deseo con ansia
saber si es cierto.

—

Más quisiera, bien mío,
verte difunta,
que no que otro mancebo
te llame suya:
que de ese modo,
ya que mía no fueras,
no fueras de otro.

—

Tú quieres á dos juntas
y esto me agravia:
quiéreme á mí solita
ó á mi contraria,
porque más vale
que haya una satisfecha,
que dos con hambre.

—

Yo pensé, dueño mío,
que en tu oratorio
no se daba más culto
que á un santo solo;
pero reparo
que tiene más santitos
que el calendario.

—

Mi amante es muy veleidoso
y no le veo venir:
¡si se estará divertiendo
con flores de otro jardín!

—

El día que yo te vea
hablando con quien tú sabes
te cayó la lotería
de los números cabales.

—

Los celos se parecen
á la pimienta:
siendo poca, da gusto;
si mucha, quema;
y el que es machaca
más bien atiza el fuego
que no le apaga.

Al sol es parecido
quien celos tiene,
que levanta vapores
que lo obscurecen;
y las tormentas
se forman de las nubes
de las sospechas.

—

Al que fuere celoso
cuando hay motivo,
no le llamen celoso,
sino advertido;
porque los celos,
en habiendo motivo,
dejan de serlo.

—

El que ausente idolatra,
siempre los celos
son los procuradores
de sus desvelos:
todo le altera,
y como todo es miedo,
todo es quimera.

—

Pasa el hombre celoso
la vida inquieta
por descubrir la causa
de sus sospechas;
mas no ve el necio
que le mata este mismo
descubrimiento.

—

Los celos sólo sirven
para obligarnos
á que el fuego soplemos
medio apagado:
porque los celos
el amor resucitan
aunque esté muerto.

—

Celos son unos recelos
de la gente enamorada:
si son algo, no son celos;
si son celos, no son nada.

—

Tú no me pagas la casa,
tú no me das de comer:
me vienes pidiendo celos,
¿á fundamento de qué?

Los celos y las olas
del mar son unas,
que parecen montañas
y son espuma:
y olas y celos
se aplacan al instante
que cambia el viento.

—

El que sin causa cela
tal vez consigue
ver que lo imaginado
se verifique,
porque fomenta
la idea del agravio,
que estaba muerta.

—

En los impertinentes
suelen los celos
pasar de imaginados
á verdaderos:
y así no dudo
que las desconfianzas
maten á muchos.

—

El marido á su esposa
no pida celos,
que tal vez obligada
los dará ciertos:
calle y observe,
castigando el delito
cuando le encuentre.

—

Mucho se para en tu puerta
el sereno de tu calle,
yo le diré que se vaya
con la música á otra parte.

—

Los celos no son nada
más que sospechas;
si es algo, no son celos,
son evidencias;
y así el amante
no confunda aprensiones
con realidades.

—

«¿Qué son celos?,» pregunta
un hombre sabio;
y un rústico responde:
«Ama, y sabráslo.»

Yo estoy agonizando,
yo estoy cadáver,
que los pícaros celos
muerto me traen;
porque los celos
matan al que no sabe
vivir sin ellos.

—

Cuando miras á otro
me desbarato
porque con las miradas
se hacen los tratos,
y yo quisiera
que todas las miradas
para mí fueran.

—

Cuando pican los celos,
claro se infiere
que tiene más cariño
quien más los siente.

—

Te diviertes con quien quieres,
luego vienes, me lo niegas,
y quieres con tu saber
hacer á la gente ciega.

—

Si piensas que nada sé,
te advierto que nada ignoro;
que no das paso en la calle
que no me lo cuenten todo.

—

Yo sé los pasos que traes,
aunque me lo niegas siempre;
ándate en ese camino:
cántaro que va á la fuente...

—

Te quiero más que si fueras
hijito de mis entrañas;
pero si quieres á otra,
¿por qué no me desengañas?

—

Tú tienes amor con otra
y quieres amor conmigo;
tú quieres partir amor,
yo no quiero amor partido.

—

Tú tienes amor con otra,
y conmigo las chancitas;
si te quieres divertir,
compra un trompo y una guita.

J. García Ramos dibujó

El verme en paz contigo
ya lo deseo,
porque es muy dura guerra
la de los celos;
y así el dejarte
será el único medio
de hacer las paces.

—

Por no sentir mi dama
tanto mi ausencia,
busca quien la consuele
de su tristeza;
y aunque me escribe,
la que por mí se muere
con otros vive.

—

Al balcón de mis ansias
salgo, luz mía,
pero siempre te miro
por celosía;
y no es impropio,
pues el que tiene celos
es todo ojos.

—

Me preguntó un amigo
lo que eran celos;
no sabe el bien que tiene
con no saberlo.
De buena gana
trocara yo mi ciencia
por su ignorancia.

—

De que todos te quieran
yo no me asusto,
porque quiero que todos
tengan mi gusto;
pero te aviso
que no les correspondas,
que no es preciso.

—

Plato de segunda mesa
nunca en mi vida lo he sido;
si ahora quieres que lo sea,
estás muy mal entendido.

—

Cuando por tu puerta paso,
el corazón se me enluta
de ver que no hay más que un árbol
y hay muchos para la fruta.

Tú desprecias mis trapitos
y te vas con los galones:
¡un remiendo mal pegado
se lleva las atenciones!

—

Si tuviera cristales
tu pecho hermoso,
no viviera este mío
tan receloso.

—

Si quieres que yo te quiera,
sahúmate con romero,
que se te quite el olor
de tus amores primeros

—

En amantes dolencias
suelen los celos
ser á veces sangrías
hechas á tiempo.

—

Te den un tiro y te maten
como sepa que diviertes
á otro gaché con tu cante.

—

Tengo celos del aire
que da en tu cara;
si el aire fuese hombre,
yo le matara.

—

Hasta al agua que bebes
le tengo envidia;
mira si tendré celos
de quien te mira.

—

Considera por ti propia,
si tú me vieras á mí
estar hablando con otra,
qué gracia te hiciera á ti.

—

En el cementerio entré
dando voces como un loco,
y hasta la muerte me dijo
que tú querías á otro.

—

Como pájaro humilde
vengo á tu mano;
me desprecias por otro
que va volando.

Me llaman el celoso,
¡mira qué pena!:
soy labrador y quiero
guardar mi hacienda.

—

Pajarito que lloras
con tus gorjeos
porque en tu pecho sientes
el mal de celos,
no te sonrojes,
que por los celos lloran
también los hombres.

—

Los ojos de mi morena,
Santa Lucía, guardadlos;
y si no son para mí,
venid, cuervos, y sacadlos.

—

Si supiera que algún guapo
pretendía tu salero,
le daba más puñaladas
que estrellitas tiene el cielo.

—

Al amanecer del día
me despido de tu calle;
que la prenda que yo adoro
no quiero que otro la guarde.

—

Todo el mundo me lo dice,
digo que tiene razón:
que hombre que trata con muchas
á ninguna tiene amor.

—

Todo el mundo me lo dice,
yo acredito esta verdad:
en estando un hombre ausente,
otro ocupa su lugar.

—

Causa de mi perdición,
quiero apartarme de ti:
la mujer que quiere á dos
no puede tener buen fin.

—

Yo pensé que era á mí solo,
serrana, á quien tú querías,
¡y te diviertes con otro
todas las horas del día!

En el jardín de mi reina
era jardinero yo,
y en tiempo de coger rosas
otro jardinero entró.

—

Yo te quería á ti sola
y tú querías á dos;
tú querías repicar
y andar en la procesión.

—

Si piensas tú que es ganancia
el tener á muchos ley,
es tan sólo una ignorancia
que las mujeres tenéis.

—

Como estás esta noche
tan celosita,
pareces una rosa
con espinitas.

—

Te quiero, pero quiero
que tú no quieras
á quien te quiere y quiere
que no me quieras.

—

Dame, mi bien, pesares,
dame desvelos,
dame lo que quisieres,
no me des celos.

—

No quiero pedir celos
á mi morena,
porque sintiera mucho
que me los diera.

—

Me han dicho que tú te casas:
así lo dice la gente;
y todo será en un día,
tu casamiento y mi muerte.

Primera amonestación
que en la iglesia se leyere
será el primer parasismo
que á mi corazón le diere.

Segunda amonestación,
pasarás por San Antonio
y les dirás á los frailes
que vengan á darme el óleo.

Última amonestación,
ya me estaré yo muriendo,
y tú estarás con tu novio
echándole mil requiebros.

Aquel día te pondrás
tu gran vestido encarnado,
y á mí me estarán poniendo
un hábito franciscano.

Cuando á ti te estén poniendo
la ropita del baúl,
á mí me estarán poniendo
los pies en el ataúd.

Cuando á ti te estén poniendo
la sortija de brillantes,
á mí me estarán poniendo
cuatro velas por delante.

Te llevarán á la iglesia
la madrina y el padrino,
y á mí me estarán llevando
en hombros de cuatro amigos.

Te llevarán á acostar
con alegría y contento,
y á mí me estarán echando
en la tierra con los muertos.

—

Cada vez que considero
que te has casado por fin,
llamo á la muerte y le digo:
¿Cuándo has de venir por mí?

—

No quiero que á misa vayas,
ni á la ventana te asomes,
ni tomes agua bendita
donde la toman los hombres.

—

En sabiendo tú que estoy
en tierra de Andalucía,
el *gachó* que te camele
bien puede buscar su vida.

—

Por pillar á uno en tu puerta
ando que bebo los vientos:
como lo llegue á pillar,
tienes en tu puerta un muerto.

Si te veo hablar con otro,
te lo juro por Jesús,
que á la puerta de tu casa
tiene de haber una cruz.

—

Si la mujer que camelo,
otro me la camelara,
sacara yo mi cuchillo
y á los pies me lo dejara.

—

¿Para qué pides celos
á tus cuidados,
si has de rabiar con ellos
si llego á darlos?

—

Días ha que lo verde
me da inquietudes,
porque mis esperanzas
se han vuelto azules.

—

Si los hombres se calaran
como se cala un melón,
ya le hubiera yo calado
á mi amante el corazón.

—

El corazón tengo herido
y la sangre la provoco
desde que te vi ayer tarde
pelar la pava con otro.

—

Más quisiera verte, niña,
embarcadita en el mar,
que no pasar por tu puerta
y verte con otro hablar.

—

Quisiera abrir en tu pecho
una pequeña ventana
para ver tu corazón
con quién comunica y trata.

—

No siento que en tu casa
entre ó no entre,
¡que se siente á tu lado
sí que se siente!

—

Yo no sé lo que haga
con unos celos,
que estoy ya para darlos
por no tenerlos.

Yo te quiero y no quiero,
que son dos cosas,
yo te quiero, y no quiero
que hables con otra.

—

Son los celos el tronco
de la firmeza:
no puede querer mucho
quien poco cela.

Si supiera ó entendiera
que otro mozo te procura,
debajo de tu ventana
le abriera su sepultura.

—

La furia de un celoso,
dice Cupido,
no es aborrecimiento,
sino cariño.

QUEJAS

Todavía no soy tuya,
picarillo, ¿y me amenazas?
Mira que tengo en mi huerto
la flor de la calabaza.

—

Ayer al entrar en misa
te vi casada con otro:
¡quiera Dios que á lo pasado
no vuelvas nunca los ojos!

—

En mi juventud jamás
pudo sujetarme el hierro,
mas ahora me sujeta
una mujer con el dedo.

—

Si no me querías,
¿por qué me llamabas?
Para achicharrarme el corazoncito
en vivitas llamas.

—

Tú te fuiste por tu gusto,
nadie te ha echado á la calle:
ahora para hablar conmigo
necesitas memoriales.

—

Fundida como campana
es menester que estuvieras
para que sin recelarme
á tus quereres volviera.

—

Yo ya te voy á dejar,
porque no tengo qué darte:
considera, compañera,
si mis fatigas son grandes.

La maldición que te echo
desde hoy en adelante,
es que el dinero te sobre,
pero que el gusto te falte.

—

Por aquella cruz bendita
que está en aquella pared,
que te has de quedar en blanco
como pliego de papel.

—

Mi corazón enfermó
de la pena que le dieron;
la pena y quien se la dió
la penará en los infiernos.

—

Cuando más firme te quiero,
tú aborreciéndome vas;
ya que así me has olvidado,
como pagas cobrarás.

—

A la mar te pareces
en enojarte,
porque la mar se enoja
sólo del aire.

—

Tienes una carita
de San Antonio,
y una condicioncita
como un demonio.

Acuérdate, mi vida,
cuando algún tiempo
me dijiste llorando:
– Por ti me muero.

—

¡Válgame Dios, mi vida,
qué ingrata que eres!
Mil finezas me has hecho,
y una no quieres.

—

¿Qué te han hecho mis ojos,
que no los miras
con aquel cariñito
que tú solías?

—

Anda y pregúntale á un sabio
cuál de los dos perdió más:
tú perdiste la vergüenza,
yo perdí mi libertad.

—

Tú me dices que soy loco,
yo te confieso que sí;
que si loco no estuviera,
¿cómo te quisiera á ti?

—

Ya no te quiero, no, no;
ya no te quiero, ni verte;
que has de ser mi perdición
y la causa de mi muerte.

—

Tu falsa correspondencia
puso fin á mi alegría.
Es verdad que no te quiero;
no me hables más en tu vida.

—

Porque sabes que te quiero,
tú te haces de rogar:
tanto tiras de la cuerda,
que al fin se vendrá á quebrar.

—

Si me quieres, dímelo,
y si no, desengañarme:
como se mudan los tiempos,
se mudan las voluntades.

—

Ven acá y haremos paces,
que no es razón, vida mía,
que entre dos finos amantes
esté la amistad perdida.

Confieso que eres linda,
mas por lo mismo,
porque el pero no falte,
no tienes juicio;
y así te advierto
que, si eres más juiciosa,
no tendrás pero.

—

Tú me estás dando lugar
á que eche la capa al toro
y que tire de la manta
y que se descubra todo.

—

Tú pensabas engañarme
con palabras melositas;
pero me parió mi madre
más pícara que bonita.

—

Esta gitana está loca,
loca que la van á atar,
que lo que sueña de noche
quiere que salga verdad.

—

Parece que jugamos
al escondite:
te busco y no te encuentro,
corazón triste.

—

La desgracia me sigue,
según voy viendo,
pues cuando yo te busco,
tú vas huyendo.

—

Dime, ¿por qué motivo
de mí te apartas?
Dímelo, dueño mío,
porque me matas.

—

¿De qué sirve el cariño
que yo te tengo,
si tú me pagas siempre
con mil desprecios?

—

Si con hambre castigas
á quien te ama,
advierte que el desmayo
quita la gana.

Tú me das esperanzas,
mas no me dices
el día que mis ansias
serán felices.

—

La cinta que me diste
por esperanza,
tan corta fué, mi dueño,
que no me alcanza.

—

No me trates de burlas,
sino de veras,
pues aquéllas me enojan
y éstas me alegran:
que las mujeres,
si tratan de casarse,
las veras quieren.

—

Si el hablar te costara
tanto trabajo
como el ser generosa,
no hablaras tanto;
pero tú tratas
de ser muy dadivosa
sólo en palabras.

—

Compañera de mi alma,
algún día querrá Dios
que la fortuna se vuelva
y pases por mi dolor.

—

Algún día llorarás
cuando ya no haya remedio:
me verás y te veré...,
pero no nos hablaremos.

—

Ya sé yo que en este mundo
de estorbo te estoy sirviendo:
anda con Dios, compañera,
que ya me echarás de menos.

—

Déjala que vaya y venga
al pilarillo por agua,
que puede ser que algún día,
en el pilarillo caiga.

—

Échale tú á mi caballo
hojitas de limón verde,
que puede ser que algún día,
serrana, de mí te acuerdes.

Es preciso, compañera,
que nuestro querer se acabe;
pongamos tierra por medio
para que la gente no hable.

—

De aquí tengo que ausentarme,
mi querer está en peligro,
raíces va ya criando
como en el suelo el olivo.

—

He sabido ya quien eres,
conque cesen mis pesares;
de mi devoción no esperes
más incienso en tus altares.

—

La camisa de mi cuerpo
pídela y te la daré;
pero no por eso esperes
que te vuelva mi querer.

—

Ya no quiero querer más,
quiero seguir tu opinión,
que un querer con mucho extremo
es causa de perdición.

—

Dicen que tú no me quieres
porque me ves chiquitito:
pues mira, la gente compra
por el aire el abanico.

—

¡Bien me dijeron á mí
que tu querer era vano
y que por fin pasaría
como nube de verano!

—

¿Te acuerdas cuando pusiste
tus manos sobre las mías,
y llorando me dijiste
que nunca me olvidarías?

—

¿Te acuerdas cuando dijiste
en cierta conversación,
que los montes se mudaban,
pero tu firmeza no?

—

¿Te acuerdas que estando un día
en mi pecho reclinado,
de mi corazón sentiste
los golpes acompasados?

Un amor tenía yo
que me decía, llorando,
que nunca me olvidaría,
¡y ya me estaba olvidando!

—

¿De qué te sirve tener
esta cara tan hermosa,
si tiene tu corazón
espinas como la rosa?

—

Acaba de quererme
tarde ó temprano,
no seas como el perro
del hortelano.

—

Morena, tú me matas
con tus rigores;
quieres que paguen justos
por pecadores.

—

Ó finges ó no finges,
tirano dueño:
si finges, acabóse;
si no, acabemos.

—

Una ción componen
tu amor y el mío,
yo con la calentura,
tú con el frío.

—

Camaradita del alma,
usted no sabe querer:
las mujeres se manejan
con la puntilla del pie.

—

El querer que puse en ti
tan firme y tan verdadero,
si lo hubiera puesto en Dios,
hubiera ganado el cielo.

—

Con venderte no me pagas
lo mucho que te he querido,
aunque tu cuerpo valiera
valor de treinta navíos.

—

No quiero que me desgloria,
porque no la he merecido;
lo que quiero es que me pagues
el tiempo que te he querido.

Vamos á ajustar la cuenta
del tiempo que te he querido:
me darás carta de pago
y yo te daré recibo.

—

No tienes que comparar
tu voluntad con la mía,
que es sin fin mi voluntad
y la tuya duró un día.

—

Escribistes en la arena
y firmastes en la mar;
el viento fué tu correo:
¡vaya una seguridad!

—

Aquella firmeza tanta
y aquel ponderar amor,
aquel no vivir sin verme,
¡qué pronto se te acabó!

—

Sólo porque te alivies
pienso ausentarme,
pues sin duda mi vista
causa tus males;
y esto lo infiero
de que á quejarte empiezas
así que llego.

—

Se parece á los olmos
el amor tuyo,
que todo es hojarasca,
pero sin fruto;
y yo no quiero
árbol que no da fruto
para mi huerto.

—

Siempre estás inventando
dos mil embustes,
mas fingir que me quieres
no se te ocurre:
¡buena desgracia
no encontrar quien me quiera
siquiera en chanza!

—

Si olvidarte fuera fácil,
bien te olvidaría yo;
mi corazón gozaría
la libertad que perdió.

Pues los cariños te ofenden,
le pido á Dios de los cielos
que de aquel á quien estimas
tengas que sufrir desprecios.

—

Todo el mundo me lo dice,
que yo me tengo la culpa
de amar á quien no me ama,
buscar á quien no me busca.

—

Es el querer que me tienes
piedra que cae de lo alto,
que en una parte da el golpe
y á mí viene de rechazo.

—

El avefría en el campo
claramente dice: «Nieve;»
y eso lo dice por ti,
sabiendo que á nadie quieres.

—

Esclavo de unos ojos
fuí largo tiempo:
pretendía favores,
logré desprecios;
y en mi desgracia
ni aun me queda el alivio
de la esperanza.

—

Si yo me hubiera sabido
que era tu pecho traidor,
no me hubiera yo embarcado
en tan mala embarcación.

—

Una escopeta en que yo
tenía mi confianza,
al fin me dió gatillazo:
¿qué será las que son falsas?

—

Tengo que hacer un castillo
encima de un alfiler
y ha de tener más firmeza
que ha tenido tu querer.

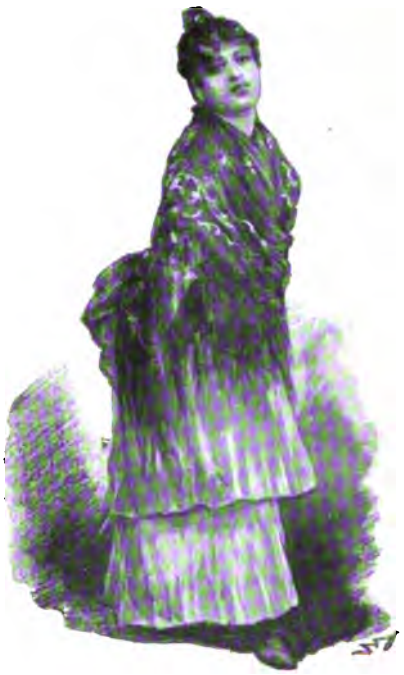
—

De la torre de mis gustos
en lo más alto me vi;
fueron los cimientos falsos,
y en lo profundo caí.

¡Mal haya el amor, mal haya,
y quien del amor se fía,
que puse yo mi querer
en quien no lo merecía!

—

Yo tuve un árbol sembrado
y regado con querer,
y á lo mejor se ha secado:
¡mal haya quien quiere bien!



Me dijiste que era fea;
al espejo me miré:
algún salerillo tengo,
á algún tonto engañaré.

—

Arbolito, te secaste
teniendo el agua en el pie,
en el tronco la firmeza
y en las ramas el querer.

—

Cuando bien te parecí,
¡con qué ojitos me miraste!
¿Quién te ha hablado mal de mí
que tan pronto me olvidaste?

¡Mal haya este pecho tierno
que tanto te ha idolatrado;
mientras más enternecido,
ha sido más despreciado!

—

Te fuiste y me abandonaste
cuando yo más te quería:
no hubieran hecho otro tanto
los moros de Berbería.

—

Dicen que ya no me quieres,
tú me vendrás á buscar
como el agua busca al río
y el río busca á la mar.

—

De enojada y quejosa
tú punto haces;
he de hacer, si me apuras,
punto y aparte:
sufrir no puedo
el paréntesis largo
de tus desprecios.

—

Nuestro trato y cariño
nadie lo entiende;
tú eres *galán fantasma*,
yo *dama duende;*
y estos amores
serán dentro de poco
secreto á voces.

—

¡Ay de mí que te amo!,
¡ay que te quiero!,
¡ay que tú me aborreces!,
¡ay que yo muero!
Reniego en vano
de quien soy, de quien eres
y de mi estado.

—

Yo me enamoré del aire,
del aire de una mujer;
como la mujer es aire,
en el aire me quedé.

—

Corazoncito leal,
bien te lo decía yo
que te habían de olvidar,
y tú decías que no.

Corazón, te lo decía
que vivías engañado,
y vives aborrecido
pudiendo ser estimado.

—

Mi corazón tú lo tienes,
dámelo si no te sirve;
se lo daré á otra paloma
que con su calor lo abrigue.

—

Alza la voz, pregonero,
y di lo que yo dijere:
«¿Quién me compra un corazón
despreciado de mujeres?

»A la una y á las dos,
á las tres, ¡que se remata!
¿Quién me compra un corazón
despreciado de una ingrata?»

—

Tú te ves elevada
y yo abatido,
señal que estuve en alto
cuando he caído;
y espero ver
cómo después alguno
te hace caer.

—

En la escuela de amores
soy principiante;
dame lecciones, niña,
para no amarte:
pues te aseguro
que, como salga de ésta,
seré buen tuno.

—

Yo no puedo negarte
que te he querido:
fué una pasión honesta
y amor novicio:
no he profesado,
que es religión estrecha
la del casado.

—

¿Para qué me dijiste
rosa temprana,
si soy la más tardía
que hay en la rama?

Déjala que cante y ría
y de mis penas se goce,
que puede ser que algún día
lágrimas de sangre llore.

—

Algún día tu caerás
en aquel yerro que hiciste;
cuando quieras no podrás
recobrar lo que perdiste.

—

Con el corazón partido
llorando gotas de sangre,
y arrastrando por los suelos,
has de venir á buscarme.

—

Vestida de negro luto
te he de encontrar en la calle,
y me has de pedir por Dios,
compañera, que te hable.

—

De tu maldita lengua
quiero un guisado,
que tu lengua maldita
me ha deshonrado.

—

Es más grande mi querer
que la voluntad de Dios;
porque Dios no te perdona
lo que te perdono yo.

—

Toma el camino de Roma,
con el Padre Santo habla,
y dile que te perdone
que has querido á dos hermanas.

—

Dios perdona á quien fué causa
de mis trabajos perdidos,
y advierte que con la vara
que mida ha de ser medido.

—

Aunque en una cruz te pongas,
para mí acabaste ya;
porque quisistes á un tiempo
con dos barajas jugar.

—

Eres como la veleta
que está encima de la torre:
viene un viento y otro viento,
y á todos les corresponde.

Tu querer es como el toro,
que adonde lo llaman va;
el mío como la piedra,
donde la ponen se está.

—

Tu querer es como el charco,
el mío como la fuente:
sale el sol, se seca el charco
y la fuente permanece.

—

Tu querer lo he comparado
con los pesos de la carne,
que aunque los den muy corridos,
nunca resultan cabales.

—

Tu querer lo he comparado
con el correo de Vélez,
que en cayendo cuatro gotas,
se le mojan los papeles.

—

Te has vuelto en poco tiempo
tan embustera,
que aunque la verdad busques,
ya no la encuentras:
que es delicada,
y á quien no la respeta
vuelve la cara.

—

Favores y desprecios
no los archivo,
que los doy al instante
que los recibo.
De esta manera
le pago á cada uno
con su moneda.

—

En el jardín de tu pecho
jardinero soy de amor,
y cuando yo le cultivo,
todo el fruto queda en flor.

—

Déjame, prenda, por Dios,
platicar aunque sea pobre;
que un grillo vale dos cuartos,
y con todo, se le oye.

—

Corre, ve y dile á tu madre
que no hable mal de mí,
que pérdidas y ganancias
todas caerán sobre ti.

Contigo, siempre contigo,
contigo y hasta morir;
pero con tu madre no,
porque ha hablado mal de mí.

—

Me han dicho que andas haciendo
pesquisas de mi linaje;
¡como si tú descendieras
de algunos Abencerrajes!

—

Serás dueña de mi vida,
si sabes corresponder;
sólo temo la mudanza,
porque al fin eres mujer.

—

¿Cómo quieres que navegue
un barco que está en la playa?
¿Cómo quieres que yo quiera
un cuerpo que está sin alma?

—

Me solicitas cobarde,
me amas y te retiras;
tiras la piedra y escondes
la mano con que la tiras.

—

Yo no te solicité;
recuerda que me buscaste,
te marchaste por tu gusto,
y volviste sin llamarte.

—

Fuiste mi primer amor,
tú me enseñaste á querer;
no me enseñes á olvidar,
que no lo quiero aprender.

—

Como estoy ciego por ti,
me estás poniendo con maña
tus encantos por delante
para que tropiece y caiga.

—

Si río, me desprecias;
si lloro, cantas;
si canto, no me atiendes;
si te hablo, callas.
¡Dolor funesto!,
¡cada vez el cariño
muda de afectos!

Yo vivo de lo que como,
y bebo lo que me dan;
pero masco algunas cosas
que no las puedo tragar.

—

De la retama la rama,
del saúco la corteza,
no son cosas más amargas
que amor donde no hay firmeza.

—

Entre todos sus vasallos
no ha conocido el amor
mujer más falsa que tú,
ni hombre más firme que yo.

—

Eres una y eres dos,
eres tres y eres cuarenta,
eres iglesia mayor
donde todo el mundo entra.

—

Porque te vi desde lejos,
por eso te quiero tanto;
haces bien en no acercarte:
de cerca pierde lo falso.

—

Una serrana me ha dicho,
de tu misma serranía,
que ningún hombre pequeño
puede hacer buenas partidas.

—

A mí no me queman chispas
de la más ardiente fragua,
las que me queman á mí
son tus partidas serranas.

—

Mientras más caricias me haces,
más en confusión me pones;
porque tus caricias son
vísperas de tus traiciones.

—

Por ser tú tan mirado
quieren casarme:
¡fuego de Dios en hombre
que es tan cobarde!

—

Los martirios que le dieron
los judíos á un *divé*,
esos te mereces tú
porque no sabes querer.

Quiera Dios que en donde pongas
todos tus cinco sentidos
le paguen á tu querer
como tú pagas al mío.

—

¡A qué precio tan costoso
dispones de mi amistad!
Si una hora me das de gusto,
me das ciento de pesar.

—

Compañerilla del alma,
esta gitanilla perra
me trae mortificado
queriendo que no la quiera.

—

Compañerita del alma,
yo no sé por qué motivo
lo hace tan malamente
esta gitana conmigo.

—

A ninguna en este mundo
he querido más que á ti;
que tú no lo reconozcas,
ese es mi mayor sentir.

—

Tu persona no es persona,
tu persona es un castigo,
tu persona no se enmienda,
si no se viene conmigo.

—

Hasta al sabio Salomón
yo le conté tus partidas,
y me respondió llorando:
«No paga ni con la vida.»

—

Como sé que te mudas
á todos aires,
no suspiro, mi vida,
por no mudarte:
que aunque es muy leve,
el aire de un suspiro
mudarte puede.

—

Aquellas palabritas
que me dijiste,
si no fueran falaces,
fueran felices;
y de este modo
no las creo yo tanto,
que no soy tonto.

Ya conozco tus tramas
y tus designios,
pues ya sabes, ingrata,
que por el hilo...
Y no lo extrañes,
pues eres un ovillo
de falsedades.

—

Todas mis esperanzas
olas parecen,
que montes aparentan
y espumas mueren;
y tu inconstancia
es también por las olas
representada.

—

Amor mío, vienes tarde
y luego te vas temprano.
¿De qué me sirven á mí
visitas de cirujano?

—

Toda la noche al sereno
cantando porque te asomes,
y no he podido lograr
que respondas á mis sones.

—

Me dijiste: «Luego bajo,»
y te fuistes á dormir:
te esperé toda la noche,
y no quisiste venir.

—

Resaladita del alma,
anoche en tu puerta estuve,
estabas á la ventana
y no me dijiste: «sube.»

—

¿Constante no te adoré?,
¿y fino no te serví?,
¿no hice cuanto fué tu gusto?
¿Pues por qué me olvidas, di?

—

Yo no sé por qué motivo
me olvidas á sangre fría,
cuando se le toma ley
á un perrillo que se cría.

—

Camaradita del alma,
usted no sabe querer:
por una cosa tan leve
no se olvida á una mujer.

¡Al cabo de tanto tiempo
que mi corazón te amó
has tenido atrevimiento
para decirme que no!

—

¡Ay, por Dios, que eso es matarme,
eso es quitarme la vida,
eso es echarme á la calle
como cosilla perdida!

—

El corazón tengo herido
de una puñalada tuya,
de ver que me has olvidado
sin tener causa ninguna.

—

Por haberte yo querido,
quisiera que te casaras
con otra mejor que yo,
y de mí no te acordaras.

—

Permita Dios que te vea
en un calabozo obscuro,
y que pase por mi mano
todo el alimento tuyo.

—

Aunque pase más fatigas
que clavos tiene una puerta,
anda con Dios, compañero,
que el mundo da muchas vueltas.

—

En el querer no hay venganza,
y te has vengado de mí;
si no hay castigo en la tierra,
del cielo te ha de venir.

—

Quisiera que Dios me oyera,
y que las piedras hablaran,
y que el castigo viniera
como yo lo deseara.

—

Por quererte, mala hembra,
eché mi cuerpo á perder:
el que en mala tierra siembra,
mal fruto puede coger.

—

En los libros del olvido
manda mi Dios que te ponga,
porque tu querer ha sido
como cangilón de noria.

Otras veces mi capote
andaba en el contrabando
arropándote de noche,
¡y ahora me preguntas cuándo!

—

En mi vida solicito
al que de mí se retira;
que he tomado por venganza
olvidar á quien me olvida.

—

Me quisistes y te quise,
me olvidaste y te olvidé:
los dos tuvimos la culpa,
tú primero y yo después.

—

Por querer á un serafín,
olvidé á un hermoso cielo:
dos glorias no puede haber,
volvamos á lo primero.

—

Anda con Dios, mala sangre;
ya se te ha cumplido el gusto
de encontrarme por la calle
todo vestido de luto.

—

Debajo de tu ventana
hay un ramito de olivo,
un manojito de esparto
y un sarmiento florecido.

El esparto es que me aparto,
el olivo que te olvido,
el sarmiento me arrepiento
del tiempo que te he querido.

—

Allá va mi corazón
metido en un azafate:
no me lo niegues, traidora,
que algún día fuí tu amante.

—

Si en el transcurso del tiempo
en la calle me encontrares,
á Dios le pido, alma mía,
que te pares y me hables.

—

Aunque vayas y te bañes
en el agua del romero,
no se te quita la mancha
de los amores primeros.

Anda, vete por el mundo,
hombre que ya me dejaste;
ya no tienes qué pedirme,
ni yo tampoco qué darte.

—

Yo te quiero, tú á mí no;
yo te amo, tú me aborreces;
yo te trato con cariño,
y tú á mí con esquiveces.

—

Te quise porque te vi
y te vi porque Dios quiso,
y al ver cuán poco me quieres,
me pesa de haberte visto.

—

Mi vida la escribiré,
y la llevaré á la imprenta,
y á voces publicaré
lo que tu querer me cuesta.

—

En el fuego en que me abraso
te quisiera ver arder,
para que sepas, ingrata,
lo que cuesta un buen querer.

—

¡Ya no te acuerdas de mí,
corazón de piedra dura,
sabiendo que yo por ti
paso ratos de amargura!

—

Si fueras serrana pura
y tuvieras buena sangre,
te pusieras la mantilla
y vinieras á buscarme.

—

Si de mi cuerpo sacaran
la sangre por cuarterones,
no lo sentiría tanto
como siento tus razones.

—

Yo no sé ya lo que hacerme
atento de tu querer,
si lo deje por la mano
ó si me pierda por él.

—

Yo te iré sobrellevando
hasta que no pueda más;
que muchas gotas de cera
hacen un cirio pascual.

Anda, vete, que no quiero
pasar por ti más fatigas;
te portas como quien eres:
¿qué más quieres que te diga?

—

Si porque te ves querida
me niegas la voluntad,
yo he visto una casa nueva
derribarla un vendaval.

—

Si porque te ves querida,
haces de mí lo que haces,
mira que Dios no es tan viejo,
que todos los años nace.

—

Con cuatro letras vivo,
con cinco muero,
con siete me cautivan,
con doce peno;
y son la causa
amor, celos, finezas,
desconfianza.

—

Tres prodigios muy raros
admiran todos:
tu hermosura es el uno,
mi amor el otro,
y es el tercero,
que tu nieve no pueda
calmar mi fuego.

—

Si quieres que te lo diga,
te lo diré en dos razones:
eres hombre de dos caras
y de malas condiciones.

—

Aunque te pongas en cruz,
no te tengo de creer,
porque ya sé lo que valen
juramentos de mujer.

—

El querer que me tenías
en una rama quedó;
vino un fuerte remolino,
rama y tronco se llevó.

—

Si me quieres escribir,
yo te diré dónde vivo:
en la calle de Firmeza,
donde tú nunca has vivido.

Ya yo no vivo en la calle
donde usted me conoció;
ahora vivo en la plazuela
del Desengaño mayor.

—

Pareces una paloma
cuando por la calle vas;
con el meneo que llevas,
¡á cuántos engañarás!

—

Me quisiste, me amaste,
me has olvidado,
y hoy vienes á buscarme:
¡mujer al cabo!

—

Déjame pasar, que voy
por agua á la mar serena
para lavarme la cara,
que dicen que soy morena.

—

Si quieres que yo te diga
la pura de la verdad,
mucho tienes de bonita,
pero más de vanidad.

—

Eres Ana y eres vana,
eres cardo, eres jazmín,
eres buena y eres mala,
eres diablo y serafín.

—

Eres una alabanciosa
que, cuando vas á comprar,
todo te cuesta más caro
y dices que te lo dan.

—

Tú has hablado mal de mí,
yo de ti no he dicho *nú*,
que las campanillas suenan
según tienen el metal.

—

Eres como la perdiz
que por el pico se pierde,
que te has dejado decir,
salada, que no me quieres.

—

Te quiero, y me aborreces
con tal porfía,
que ni puedo ser de otra,
ni tú ser mía.

Ya está el carro cargado
de tus desprecios,
mira no falte el eje
del sufrimiento.

—

Ya me voy enfadando
de tus quereres,
que hay pocas ocasiones,
y esas las pierdes.

—

¿Para qué me dijiste:
«Toma mi alma,»
si bebes en la fuente
de la inconstancia?

—

Anoche estuve en tu puerta;
tres golpes dí en el candado:
para tener amor, niña,
tienes el sueño pesado.

—

Eres la madre del sueño,
hermosísima María;
siempre que te vengo á ver,
he de encontrarte dormida.

—

Una vez que vengo á verte
al cabo de la semana,
te encuentro triste y llorosa
y me pones mala cara.

—

Me consumo la vida
cuando te miro,
pues te digo, y no entiendes
lo que te digo.

—

El alma ya me duele
de suplicarte
que me des un remedio
para olvidarte.

—

Como ves que yo me esmero
en adorarte y quererte,
por eso, claro lucero,
me pagas tan malamente.

—

Si el querer bien se pagara,
¡cuánto me fueras debiendo!;
pero como no se paga,
ni me debes, ni te debo.

J. Garcia Ramos dibujó

Como sabes, ángel bello,
que yo me muero por ti,
tienes el gusto cifrado
en darme á mí qué sentir.

—

Cual nave combatida
se halla mi pecho,
naufragando en las olas
de tus desprecios,
con la esperanza
que he de llegar al puerto
de la bonanza.

—

Quien hubiese encontrado
una esperanza,
por Dios que me la vuelva,
que me hace falta;
mas... bien mirado,
que se quede con ella
quien la haya hallado.

—

¿Cómo quieres que le diga
á tu madre «madre mía,»
ni á tus hermanas «cuñadas,»
si tú no quieres ser mía?

—

¿Cuándo querrá Dios del cielo
que mis deseos se cumplan?
Según lo que yo voy viendo,
será tarde, mal ó nunca.

—

Cuando te llamo, no vienes;
cuando vienes, no hay lugar;
así se nos pasa el tiempo,
así se nos pasará.

—

Que sí, que no, que sería,
que hoy, que mañana, que ayer,
que ahora, que luego, que cuando...:
¿quién diablos te ha de entender?

—

Estoy predicando en ti
como padre misionero,
y no te puedo traer
á camino verdadero.

—

En el mundo no se ha visto
mujer de mi *caliá;*
que tengo el semblante alegre
y la sangre *achicharrá.*

Toda la noche me tienes
al sereno y al rocío,
y luego por la mañana
me preguntas si he dormido.

—

Si piensas que porque callo
tus sinrazones no entiendo,
advierte que aquel que calla
hablará en llegando el tiempo.

—

Sólo quiero me digas
si te ha quedado
algún triste recuerdo
de lo pasado;
pero me temo
que ya de tu memoria
no serás dueño.

—

En tu corazoncito
me diste un cuarto,
y no pude barrerlo
por tanto trasto.
Yo no lo quiero,
á menos que no quites
trastos de en medio.

—

Para que vuelva á quererte
tú me tienes que traer
escritos de puño y letra
los informes de un *divé.*

—

Mira que poquito á poco
vas pagando lo que debes:
por tus malitas partidas,
nadie en el mundo te quiere

—

Te ha castigado un *divé:*
eso te ha pasado á ti
por no saberme querer.

—

Anda con Dios, amor mío,
que yo sembraré en mi huerto
la semilla del olvido
y la flor del escarmiento.

—

¿Cómo quieres que tenga
finos colores,
si me los van quitando
tus sinrazones?

¡Mal haya la veleta
que el aire mueve!
¡Mal haya quien se fía
de las mujeres!

—

Es doctrina fingida
de aquí adelante
que una cosa produce
su semejante:
pues mi cariño
en tu pecho produce
sólo desvío.

—

¡Ay de mí, que enojada
te considero,
cuando pensé que nunca
se airaba el cielo!

—

Bajo por la calle abajo,
paso por tu puerta y digo:
– Aquí vive la morena
que algún tiempo me ha querido.

—

Cada vez que paso y miro
donde mi amante vivió,
me contento con la jaula,
que el pájaro ya voló.

—

Por agravios que me hagas
de ti no me vengaré,
porque te vale el sagrado
de haberte querido bien.

—

Cuando te encuentro en la calle,
se me alegra el corazón:
donde candela se hizo,
siempre ceniza quedó.

—

Tienes de sol el rostro,
cosa es segura;
pero tienes el alma
como la luna:
y es cosa clara
que, siendo el sol muy fijo,
la luna es varia.

—

Desciendes de mala rama,
no lo puedes remediar:
las mujeres y caballos
por casta se han de buscar.

Del jardín salen las rosas,
de la marina los peces,
de mi corazón traiciones
para ti que las mereces.

—

Dentro de mi pecho tengo
una mesa de cristal
donde juegan á los naipes
mi amor y tu falsedad.

—

Tengo yo un cofrecito
donde ir echando
todas las pesadumbres
que me vas dando;
pero algún día,
si rompo el cofrecito,
será la mía.

—

Tengo en el pecho escritas
tus falsedades,
tengo de publicarlas
aunque te enfades;
pues no creyera
que me hubieses vendido
de esta manera.

—

Si me has dado calabazas,
me las comí con vinagre;
pero los besos y abrazos,
que te los quite tu padre.

—

Te tengo comparadita
con las piedras de la calle,
que las pisa todo el mundo
y no se quejan de nadie.

—

Tienes el amor puesto
con alfileres
y tan pronto me dejas
como me quieres.

—

Dicen que hay damas firmes,
no sé cuál sea,
pues la que me ha tocado
se bambolea.

—

De los hábitos de Judas
he de hacerte un delantal
para que lleves delante
insignias de falsedad.

Con mucho gusto te miro,
con poco gusto me ves;
mira, pues, si hay diferencia
de tu amor á mi querer.

—

Si tienes un corazón,
para amarme, tan de hielo,
acércate, ingrata, al mío
y verás como es de fuego.

—

Mi corazón se derrite
de pena y de sentimiento
de ver que tú no me quieres
tanto como yo te quiero.

—

Ayer tarde me alargaste
por la ventana un limón,
lo partí, y estaba seco:
¿está así tu corazón?

—

Si en tu casa no me quieren,
á ti tampoco en la mía;
nos iremos á una cueva,
como Santa Rosalía.

—

¿De qué le sirve á tu madre
machacar en hierro frío,
si ha de tener á su lado
lo que tiene aborrecido?

—

Se pone tu madre y dice
que se alegra de mi mal;
si la lengua se le balda,
yo también me he de alegrar.

—

Tu gente no está gustosa
de que me quieras á mí;
no es ninguna penitencia
que se tenga de cumplir.

—

Cada cual siente su pena,
yo siento la mía doble:
no me quieren en tu casa,
porque dicen que soy pobre.

—

A la mar tengo de irme
á llorar mi sentimiento,
pues que puse mi querer
en un molino de viento.

Puse al cielo una querella
y respondieron los aires
que mi querer no lo ponga
donde firmeza no halle.

—

Yo no sé qué le dije,
que ella lloraba:
propiedad de mujeres,
llorar por nada.

—

Tienes nubes como el cielo,
mareas como la mar,
mudanzas como los vientos,
y luego te ha de pesar.

—

Deja las expresiones,
muda el concepto,
no des satisfacciones
antes de tiempo.
Mira y discurre:
satisfacción sin tiempo
malicia arguye.

—

Te quise en la creencia
de que tu pecho
de tórtola tenía
los sentimientos;
pero ya miro
que era tu amor el llanto
del cocodrilo.

—

Mal haya quien me dió á mí
tanto amor para quererte,
y ahora para olvidarte
son mis penillas de muerte.

—

Toma, niño, estos dos cuartos
y dile á aquella mujer
que quiero darla un consejo,
porque la he querido bien.

—

Si en adelante no quieres
hacer más caso de mí,
la vida que me has robado
me debes restituir.

—

Aunque ahora me desprecias,
en algún tiempo fuí bueno;
calla tú y callaré yo,
y así los dos callaremos.

Ya yo he caído en desgracia.
¡Paciencia!, ¡cómo ha de ser!
Aunque yo santos pintara,
diablos te han de parecer.

—

Otras veces era yo
en tu casa el más querido,
y ahora por mi desgracia
soy el más aborrecido.

—

Ayer me dijiste que hoy,
hoy me dices que mañana,
y mañana me dirás:
«Ya se me quitó la gana.»

—

Estoy, como San Alejo,
debajo de la escalera
esperando la ocasión,
y la ocasión nunca llega.

—

Yo le he preguntado al Tiempo,
y el Tiempo me contestó:
– Ya vendrá tiempo en que tengas
tiempo, lugar y ocasión.

—

– Dame un besito. – No quiero.
– Dame un abrazo. – Tampoco.
– Dame una puñaladita,
dámela poquito á poco.

—

Siempre me echabas achaques
para no salirme á hablar;
lo que es tiempo te sobraba,
te faltaba voluntad.

—

Tres veces me quisiste,
tres me negaste:
otro San Pedro fuiste,
mas no lloraste.
Llegará ocasión
que quizá cante el gallo
de nuestra pasión.

—

Acuérdate, falsa, ingrata,
del tiempo de cuando entonces
bajabas descalza á abrirme,
¡y ahora no me conoces!

Eres hermosa en extremo,
pero tienes una falta:
que en el campo hay varias flores,
y tú también eres varia.

—

Si querrá Dios que concibas
el desdén con que me tratas:
con tus ojos me cautivas
y con tus obras me matas.

—

Las sombras que me dices
que te desvelan,
serán de tus mudanzas
las consecuencias:
porque es muy propio
en todos los culpados
fingir enojos.

—

Me han dicho que tú has dicho
que soy mudable:
si yo soy la veleta,
tú eres el aire:
que la veleta,
si el aire no la mueve,
siempre está quieta.

—

Me llamas á la reja
para decirme
que la mujer es varia
y el hombre firme;
por el contrario,
la mujer es muy firme
y el hombre vario.

—

Es tu baile tan lindo,
que me embelesa:
si esto hacen las mudanzas,
¿qué harán firmezas?
Mas no te admire,
que sólo en las mudanzas
eres tú firme.

—

Hazme, mi bien, desdenes,
que todo el tiempo
que se tarda la dicha
vive el deseo,
y en mi amor noble
suponen esperanzas
más que favores.

Algún día era yo rey
y ahora soy un mal vasallo;
pudiendo yo gobernar,
me están á mí gobernando.

—

Me has dicho que me quieres,
dueño del alma;
dímelo con las obras,
no con palabras.

—

Como la lejía turbia
es, mozuela, tu amistad,
que nunca puede salir
á puerto de claridad.

—

Puse al cielo una querella
y respondieron los aires
que mi querer no lo ponga
donde firmeza no halle.

—

Tienes cara de buen mozo,
cuerpo de corregidor;
pero tienes una falta:
que eres falso en el amor.

—

Me dijistes «¡agua va!»
al tiempo que me la echaste:
anda con Dios, picarona,
que bien que me remojaste.

—

Al principio de quererte,
quien te conoce me dijo
que de ti no me fiara,
que eres falsa en el cariño.

—

Tu querer ya pongo en duda,
porque me vienes haciendo
las apariencias de Judas.

—

Soy más leal que el caballo,
más humilde que la tierra,
más carnicero que el lobo:
trátame, pues, con cautela.

—

Mi corazón es leal
para la persona tuya;
el tuyo para mí no,
que siempre va con segundas.

Dueño mío, no jures,
que te condenas:
si tienes otra dama,
¿por qué lo niegas?

—

A tu querer lo comparo
con la torre de Babel,
que subió más de cien millas
y al fin se vino á caer.

—

Se parece tu cariño,
muchacha, á la golondrina:
viene por la primavera
y al invierno se retira.

—

Yo te quise una semana,
no sabiendo, flamenquita,
la leña que tú quemabas.

—

Yo soy aquel que murió
y he vuelto á resucitar,
y en el cementerio supe
quién me quiso bien y mal.

—

Cuando en la calle te encuentro,
te hago la ceremonia
como si estuvieses muerto.

—

Yo estaba queriendo á un hombre
un punto menos que á Dios:
hizo una mala partida,
de juro que no hace dos.

—

Este querer que te tengo
es una locura grande:
yo de ti no saco nada,
lo que saco es condenarme.

—

Tú me estás dando lugar
á que eche la capa al toro,
y que tire de la manta,
y que se descubra todo.

—

Tu querer y mi querer,
aunque los rieguen con llanto,
no pueden prevalecer.

—

Siempre mercándote peines
y siempre despeinadita;
gitana, di lo que tienes.

Eso no lo manda Dios:
que tú te comas la carne
y que roa el hueso yo.

—

Te enojas cuando te miro;
si no te miro, te ofendes:
de parte de Dios te digo
que me digas lo que quieres.

—

Yo te estoy queriendo á ti
con el más grande silencio,
y tú me vas pregonando
como aquel que vende lienzo.

—

No te afanes, compañera,
por sacar fruto de mí,
que al árbol que no se riega
se le seca la raíz.

—

Como los torillos bravos
tienes, gitana, el arranque:
sólo te acuerdas de mí
cuando me tienes delante.

—

Si el querer que puse en ti
lo hubiese puesto en un perro,
se viniera tras de mí.

—

El sereno de mi calle
me quiere quitar la novia;
ya se lo diré esta noche
con el chuzo y las pistolas.

—

Serrana, si tú me quieres
y me tienes voluntad,
al gachón que te camele
dile que no vuelva más.

—

Si quieres que yo te quiera,
has de olvidar á quien amas;
que sopitas añadidas
las como de mala gana.

—

Por Dios te pido, bien mío,
que cuando con otra estés,
no le hagas los cariños
que á mí me sueles hacer.

Ven acá, falsa y refalsa,
falsa, te vuelvo á decir:
el día que me vendiste
¿cuánto te dieron por mí?

—

El que te quiero soy yo,
y el que te lleva en el pecho;
pero no quiero que quieras
á ese que yo me sospecho.

—

En tu casa y con idea
entra y sale cierto amigo:
¿cómo quieres que yo crea
que nada tiene contigo?

—

¿Qué tenías ayer tarde,
que en la ventana llorabas?
¿Te había dicho que no
aquel que en la esquina estaba?

—

No siento haber perdido
tanto una alhaja,
como que ya no brille
como brillaba:
que en otra mano
el color de sus perlas
está empañado.

—

Si á otro, cuando me quieres,
la mano das,
cuando ya no me quieras,
¿qué le darás?
Mas no lo digas,
que yo estaba creyendo
que eras más fina.

—

Todas mis esperanzas
se me han frustrado,
pues te he visto esta tarde
con otro al lado:
yo te observaba,
pero tú no atendías
á mis miradas.

—

Todas cuantas finezas
haces conmigo
son prolijos ensayos
de otro cariño;
y yo no quiero
vestirme con alhaja
que es de otro dueño.

Si supiera ó entendiera
que á otro quieres más que á mí,
de puñaladas le diera
y al rey me fuera á servir.

—

Lloro entre los halagos
de una esperanza,
y como es hembra, tengo
desconfianza:
pues en las hembras
se encuentran más mudanzas
que en las estrellas.

—

He de hacer un castillo
con cuatro torres:
esperanza, firmeza,
celos y amores;
y por remate
he de poner la estatua
de un firme amante.

—

Ven acá, mala gitana,
¿qué es lo que quieres de mí,
si ando pidiendo limosna
porque no te falte á ti?

—

Si tienes quejas de mí,
mátame, si te parece;
pero no vuelvas la cara
cuando en la calle me encuentres.

—

—Tienes, niña, una mañita,
que te la vengo á reñir:
que te quitas de la puerta
en cuanto me ves venir.

—Si has notado que me quito,
yo nó me quito por ti,
sino por tus amiguitos,
que no tengan qué decir.

—Ya mis amigos lo saben
que yo adoro tu persona;
que tú te estés en la puerta
es para mí una corona.

—

Olvidé padre y madre
por ir contigo,
y me dejaste sola
por el camino.

No serás tú el primer hombre,
ni yo la primer mujer,
que se quieran y se olviden
y se vuelvan á querer.

—

Piedra fuí, perdí mi centro,
y me tiraron al mar;
mas con la fuerza del tiempo
mi centro volví á buscar.

—

Está mi amor tan gachón,
que lo tengo comparado
con los niños en la escuela,
que siempre están enojados.

—

Dime, ¿no eres tú mi bien?,
¿no eres tú mi cielecito?
Dime, ¿qué te he hecho yo,
que estás tan enojadito?

—

Por Dios te pido, mi bien,
que no me propongas medio:
ó mátame de una vez,
ó haz por mudar ese genio.

—

Si mi corazón pudiera
hablar con tu corazón,
en breve rato te diera
de todo satisfacción.

—

Tú y yo nos parecemos
mucho á la nieve,
tú en lo blanca y lo fría,
yo en deshacerme.

—

El jardín de mis gustos
se ha marchitado
con la fuerza del hielo
que tú has sembrado.

—

Corazones partidos
yo no los quiero,
que cuando doy el mío,
lo doy entero.

—

Corazón de leona
tienes á veces:
aunque me ves que lloro,
no te enterneces.

¿Qué haré yo con contarte
todas mis penas,
si aunque tú las escuches,
no las remedias?

—

Cuando te veo con pena,
te digo: «Bien empleado;
que no has querido tomar
los consejos que te he dado.»

—

Anda, vete, pero advierte
que si para mí hay castigo,
también para ti le habrá
más riguroso que el mío.

—

Si te adoro, me olvidas;
si hablo, te enojas;
si callo, te entristeces;
si me voy, lloras.
¡Oh amor supremo,
todo eres tú distancias,
todo tú extremos!

—

Si te busco, te ausentas;
si te hallo, riñes;
si te riño, te alegras;
si bailo, gimes.
¡Terribles ansias!
¿Quién hallará firmezas
donde hay mudanzas?

—

Si soy fino, tú ingrata;
si amante, esquiva;
si rendido, soberbia;
si humilde, altiva;
si fiel, tú falsa;
si soy tierno, tú dura;
si firme, varia.

—

Tus ojos y los míos
se miran y hablan,
pero los corazones
no se declaran;
mas te prevengo
que si tú no te explicas,
yo no te entiendo.

—

Yo soy serranita buena
por todos cuatro costados:
si tengo malas partidas,
de ti se me habrán pegado.

Tan fácil es ver un hombre
que tenga buenas partidas,
como el hacer un bautizo
en tierra de morería.

—

De tu ventana á la mía
me tirastes un limón:
el limón cayó en el suelo,
el agrio en mi corazón.

—

Dentro de mi pecho tengo
dos escaleras de vidrio;
por una baja el amor,
por otra sube el olvido.

—

En medio de mis fatigas
una maldición te eché:
– La sal no te llegue al agua,
si olvidas á tu querer.

—

No me seas retrechera,
que te habré de comparar
con el reloj de Pamplona,
que apunta, pero no da.

—

Si me pagas con desdenes,
seré como el ruiseñor,
que me pondré entre las hojas
á llorar mi perdición.

—

Permita Dios de los cielos
que como me matas mueras,
y que te vean mis ojos
querer sin que á ti te quieran.

—

Dime ya si me quieres
ó si me engañas,
porque no me alimento
con esperanzas:
maduran tarde,
y entretanto yo puedo
morirme de hambre.

—

Vivo con la esperanza
de un desengaño,
pero el tiempo se pasa
y aún no le hallo;
y si esto dura,
aún peor que la herida
será la cura.

Se ha marchitado el árbol
de mi esperanza:
un traidor le ha cortado
sus verdes ramas;
pero él no advierte
que, mudando terreno,
mejor florece.

—

Si mi amante fuera amante
que me supiera estimar,
tengo yo para mi amante
un corazón muy leal.

—

La hierbabuena se cría
en la corriente del agua.
¿Para qué me quieres hoy,
si me has de olvidar mañana?

—

Si me has de olvidar mañana,
olvídame luego al punto,
porque yo quiero que sea
el llanto sobre el difunto.

—

No sé cómo tienes manos
para lavarte la cara
ni peinarte los cabellos,
sabiendo lo que me pasa.

—

Que quiera el que disfruta
no es cosa nueva;
el quererte sin verte
sí que es fineza;
porque hoy en día
la mudanza en ausentes
es ley precisa.

—

A la luna parece,
Laura, tu afecto,
que tiene mil mudanzas
y mil aspectos;
sé luna llena.
y deja los menguantes,
porque te afean.

—

Anda, ve y dile al maestro,
al que te enseñó á querer,
que te vuelva tu dinero,
porque no te enseñó bien.

Te has hecho, vida mía,
tan miserable,
que niegas que te quiero
por no pagarme;
pero esta deuda
te perdono gustoso
como me quieras.

—

¿Cómo quieres que te tenga
una firme voluntad,
si eres venta de camino,
que á todos posada das?

—

Compadécete de mí,
que tienes el corazón
más duro que las columnas
del templo de Salomón.

—

Tengo pasadas por ti
más penas y más fatigas
que pasan los marineros
en el Callao de Lima.

—

Por ti no tengo sosiego,
por ti no duermo ni como,
y aunque ves que estoy muriendo,
te desentiendes de todo.

—

La guitarra y la escopeta
las acabo de vender;
de todo tiene la culpa
el querer á esa mujer.

—

No me mates quejosa,
mátame bella,
que, armada de hermosura,
sobra la queja;
y es suficiente
para que tú me mates
sólo yo verte.

—

De los cuatro elementos
tres me acompañan:
ardo, suspiro, lloro...,
tierra me falta.
¡Ay, dueño ingrato,
la tierra que me falta
vas preparando!

Agua tengo en los ojos,
sangre en los labios,
y el corazón herido
de tus agravios;
pero la cura
ha de ser á tu costa,
si este mal dura.

—

Siempre al tercero día
vienes á verme:
dime si son tercianas
lo que padeces;
pues manifiestos
los males, ya se curan
con más acierto.

—

A mí no me gustan plantas,
mozo bueno, escuche usted:
lo que me gustan son obras.
y esas no las tiene usté.

—

Una palabra me diste
que nunca me cumplirás;
yo sí cumpliré la mía
de no olvidarte jamás.

—

Aunque en una cruz te pongas
vestido de Nazareno
y las tres caídas des,
en tus palabras no creo.

—

La palabra que me diste
á la orilla de la fuente,
como fué cerca del agua
se la llevó la corriente.

—

La vara de San José
todos los años florece:
la palabra de los hombres
en nada se le parece.

—

Algún día, algún día
fuí yo tu amante,
y ahora me voy quedando
de sobrestante.

—

¡Mal haya el gitanillo
que culpa tiene
de no ser yo la reina
de las mujeres!

Si me quieres de balde,
toda soy tuya,
pero por el dinero,
cosa ninguna.

—

El amor todo lo puede,
dice un refrán, y es así;
tú me dices que no puedes,
luego no hay amor en ti.

—

Si estás en la puerta, cierras;
si en la ventana, te escondes;
dime qué te he hecho yo,
que tan mal me correspondes.

—

Toda la noche me tienes
en conversaciones varias,
y luego al amanecer,
con un suspiro me engañas.

—

La guitarra sin prima
suena quejosa,
como estoy yo contigo
por cierta cosa.

—

El alma tengo llena
de confusiones
desde que me dijiste
ciertas razones.

—

Por entre espinas y abrojos
descalzo me atrevo á entrar
sólo por quitarte enojos
y volver á tu amistad.

—

Hasta los árboles sienten
que se les caiga la hoja:
¿cómo quieres que no sienta,
morena, cuando te enojas?

—

Por aquella cruz bendita
que hay en aquel campanario,
que me vuelvas á querer,
que con otra no me apaño.

—

Hasta el corazón me duele
de rogarte con la paz;
pero tú quieres la guerra,
y luego te ha de pesar.

Yo no sé lo que tú tienes,
ni si te han dado consejos;
que no encuentro tu querer
como estaba de primero.

—

Del cielo caiga una piedra
que pese cien mil quintales
y le rompa la cabeza
á quien quiebra voluntades.

—

Ya vienen las aguas turbias,
mañana se aclararán:
el amor que ha sido firme
á su tiempo volverá.

—

Dicen que la mar es grande
y caben muchos navíos,
¡y en ese pecho no puede
caber un recuerdo mío!

—

Válganme las tres Marías
y el Cristo del Gran Poder:
¡tanto como me querías,
y ya no me puedes ver!

—

Quise bien y aborrecí,
que no es delito en quien ama;
que cuando yo aborrecí,
más que aborrecido estaba.

—

Cuando hables de mi persona,
no digas que me has querido;
di que fué un capricho sólo
que los dos hemos tenido.

—

Compañerilla del alma,
por la salud de tu madre,
lo que pasó entre los dos
no se lo cuentes á nadie.

—

No me mires, que me matas,
con esos ojos tan tristes,
porque se me representa
el mal pago que me diste.

—

Como la memoria es frágil,
no recuerdo si te quise;
pero recuerdo, serrana,
el mal pago que me diste.

En busca de firmezas
mi amor andaba,
y encontró un desengaño
que no buscaba.

—

Eres mujer, y fueras
materia rara,
si firmeza en tu pecho
mi fe encontrara.

—

Si compras el sombrero,
cómpralo fino,
y ponle galón falso,
como tú has sido.

—

Si quieres que te quiera,
dame fianza,
pues de ti no me fío,
que eres muy falsa.

—

Si quieres que te quiera,
dame primero
fianzas con que pueda
pedirte luego.

—

Muchachos, apedreadme;
salid, perros, y mordedme,
que una niña de esta calle
me ha dicho que no me quiere.

—

A todos les da claveles
la morena de la plaza,
á todos les da claveles,
y á mí me da calabazas.

—

La flor de la calabaza
es una maldita flor
que se la dan á los hombres
á la mejor ocasión.

—

Las calabazas de mayo
dicen que son las tempranas,
y yo se las di á mi amante
en abril una mañana.

—

Si me diste calabazas,
me las comí con pan tierno;
más quiero las calabazas
que una mujer sin gobierno.

Por la calle venden juicio;
di á tu madre que te compre,
porque más falta te hace
que á una ventana los goznes.

—

Mi padre y mi madre son
los dueños de mi persona;
si te he dado calabazas,
amante mío, perdona.

—

Porque anoche no vine,
te has ofendido;
ya no siento yo tanto
no haber venido:
pues satisfecho
de que tú lo sentiste,
menos lo siento.

—

No dupliques los males
á mis fatigas,
que está de más la muerte
donde no hay vida.

No me mires de lado,
que es de traidores;
mírame cara á cara,
que es de señores.

—

Me puse á ahondar un pozo
con mucho gusto y placer:
salióme amarguilla el agua,
le eché tierra y lo cegué.

—

Si oyes doblar las campanas,
no preguntes quien ha muerto,
que á ti te lo ha de decir
tu propio remordimiento.

—

Por consejos que me han dado
no me han podido vencer,
y tú con uno tan sólo
te apartas de mi querer.

—

Si supieras mi dolor,
mi sentimiento y mi pena,
tú me pusieras cariño
por muy ingrata que fueras.

DESDENES

Todas las mañanas voy
á misa á San Agustín,
á darle gracias al santo
que me ha librado de ti.

—

La muerte pediré á voces
si á curarme vienes tú:
de ti no quiero la gloria,
cuanto menos la salud.

—

Tú vienes de mala rama,
no lo puedes remediar,
nacida en malos pañales,
hecha en pecado mortal.

—

No tengo nada tuyo:
si lo tuviera,
á la lumbre lo echara
para que ardiera.

—

¡Anda, loca, y ten talento,
que estás oliendo á pañales
y ya quieres casamiento!

—

Permita Dios que te veas
en un calabozo obscuro,
y que pase por mis manos
todo el alimento tuyo.

—

Mal tiro le den, que muera,
á aquel que tuvo la culpa
de que tú me aborrecieras.

Anda, no presumas tanto,
que otras, mejores que tú,
quedan para vestir santos.

—

Permita Dios de los cielos
que, cuando vuelva á quererte,
se me salten los ojillos
de un dolor de clavo fuerte.

—

Satisfacciones me pides,
yo no te las quiero dar;
que darte satisfacciones
es volver á la amistad.

—

Si piensas darme pesares
con decir que tienes otra,
yo tengo para ganarte
caballo, malilla y sota.

—

Si piensas que con halagos
me derrito como cera,
soy yo de tal calidad
que el mismo fuego me hiela.

Tus ojos para soles
son muy pequeños;
para estrellas son grandes,
serán luceros.
¡Ay, que te quise!
Como no fué de veras,
no te lo dije.

—

Mi madre me aconseja
que yo te ame,
y yo, que no me gustas
digo á mi madre;
que es fuerte empeño
el querer que yo quiera
lo que no quiero.

—

Nada de cuanto digas
quiero creerte,
que una vez engañado,
lo seré siempre:
llama á otra puerta,
porque la de mi casa
cerrada queda.

—

Tienes el amor trompero,
como se suele decir;
cuantas veo, tantas quiero...
No me engañarás á mí.

—

Eres como el gallo inglés,
que á todos les haces cara,
y á mí no me la has de hacer,
porque te conozco, pava.

—

Poco me importan á mí
tu amor ó tu malquerencia;
porque el que está sin pecado,
no teme la penitencia.

—

Haz cuenta que me morí
y estuvistes en mi entierro,
que me vistes enterrar
y asististes á mi duelo.

—

Anda, vete, que no quiero
pasar por ti más fatigas;
si digo que no te quiero,
¿qué más quieres que te diga?

Anda, que ya no te quiero,
que ya se me fué el amor;
ya te barrí con la escoba
dentro de mi corazón.

—

Dices que no me quieres
porque soy sordo;
yo tampoco te quiero
por lo que oigo:
porque soy ciego;
pues tampoco me gustas
por lo que veo.

—

Llámame como quieras,
llámame ingrato,
pero déjame libre
de tus enfados;
pues lo que quiero
es no volver á verte
ni aun desde lejos.

—

Tu genio impertinente
se me resiste;
yo no sé quién aguante
siempre á una chinche;
porque mi genio
prefiere á lluvias mansas
un aguacero.

—

Ya no me queman á mí
las llamas de tu candela,
que lo que ha sido y no es,
como si en la vida fuera.

—

Ya no quiero más pan tuyo,
que me amarga la corteza;
ni conversación contigo:
la que he tenido me pesa.

—

Ya te he dicho, compañera,
no vengas en busca mía,
que va mucha diferencia
de tu persona á la mía.

—

Acaba de partir nueces
y echa las piedras al río:
lo que ha sido y ya no es,
como si no hubiera sido.

Quítate de mi presencia,
que no te quiero mirar,
que te tengo aborrecido
como al pecado mortal.

—

Algún día lloraba
tus esquiveces,
hoy de que otros las lloren
estoy alegre:
que en este mundo
suelen llorar los otros,
si ríen unos.

—

El amor que tú me diste
lo metí en un agujero,
y lo tapé con estopa,
y luego le pegué fuego.

—

Coge la rama de un roble
y tírala á mi tejado;
cuando la rama eche flores,
te daré entonces la mano.

—

Una silla en mi casa
no te la niego;
pero te desengaño
que no te quiero.

—

Algún día te quise
porque no supe
del pie que cojeabas,
ni tus embustes;
mas ya te entiendo;
no serás tú la maula
que me dé celos.

—

Los amores se me han ido,
la causa yo no la sé;
piensan que me han agraviado,
y me han hecho gran merced.

—

Cuando me dieron la nueva
de que tú no me querías,
se me quedó el corazón...
lo mismo que lo tenía.

—

Cuando me dieron la nueva
de que tú no me querías,
hasta el gato de mi casa
me miraba y se reía.

Gitanilla como yo
no la tienes de encontrar
aunque gitana se vuelva
todita la cristiandad.

—

¡Cuántas veces pasarás
por donde yo esté enterrado,
y ni siquiera dirás:
¡que Dios te haya perdonado!

Recuerdo que fuí tu novia,
te casaste y no conmigo:
siempre que me encuentras, lloras;
siempre que te encuentro, río.

—

Tú pensarás que me has hecho
agravio con enojarte;
y me has hecho un beneficio
que no sé con qué pagarte.

—

¿Fuiste tú la que dijiste
ayer en el lavadero
que te casabas conmigo?
Eso será si yo quiero.

—

Dueño mío, este es mi genio,
yo no me muero por ti.
que en otro papel más fino
me enseñaron á escribir.

Parece que me miras:
¿quieres comprarme?
No tienes tú dinero
para pagarme.

—

Si piensas que te quiero,
mal has pensado;
porque tengo yo un gusto
muy delicado.

—

Si piensas que en ti pienso,
mal has pensado;
tengo mi pensamiento
por otro lado.

—

Tan ofendida me tienes
con obras y con palabras,
que aunque difunto te viera,
ni agua bendita te echara.

—

Tantas hojas como tiene
la alameda de Genil,
tantos demonios te lleven
cuando te acuerdes de mí.

—

Dicen que usted no me quiere,
se me dan tres caracoles;
más arriba ó más abajo,
me están queriendo á montones.

—

Dicen que usted no me quiere;
á mí no me da cuidado;
mañana me pongo luto
de tafetán encarnado.

—

Pensaba la muy tontona,
pensaba que lloraría:
no sabe que en la taberna
venden cañas de alegría.

—

Tienes de caballero
tan sólo el nombre,
pues no lo manifiestas
en tus acciones:
y es vana cosa
tener buenos dictados
y malas obras.

¿Qué cuidado le da al rey
de que se muera un soldado?
Lo mismo que me da á mí
de que me hayas olvidado.

—

Anda diciendo tu madre
que te mereces la reina;
anda, ve y dile á ese trapo
que vaya á Madrid por ella.

—

Niña de los veinte novios,
que con ninguno te casas,
si te guardas para un rey,
cuatro tiene la baraja.

—

Oyendo falsedades
vine á quererte,
pero has dado, amiguita,
con quien te entiende.
¡Ay que no es nada!,
¡con lo que se nos viene
la buena maula!

—

Si no me correspondes,
no correspondo;
mala cara me pones,
mala te pongo;
con tal despejo,
que si tú me la pegas,
yo te la pego.

—

Si, porque yo te quiero,
tú te imaginas
que has de jugar conmigo...,
naranjas chinas:
no hay que dudarlo,
porque tú muy bien sabes
que soy naranjo.

—

Yo tengo sal, aunque poca,
pero has de saber, y escucha,
que la gasto con quien quiero,
con personas que me gustan.

—

Deja de escandalizar
la calle con tus paseos,
que los suspiros que das
ni los oigo, ni los creo.

Me quisiste, me olvidaste
y me volviste á querer:
zapato que yo desecho,
no me lo vuelvo á poner.

—

Zapato que yo desecho
y lo tiro al muladar,
que otro venga y se lo ponga
¿qué cuidado se me da?

—

De la lechuga romana
el cogollo me comí;
que otros se coman las hojas,
¿qué cuidado me da á mí?

—

Aunque te vea con otra,
no se me alborota el pecho,
que se han de tomar las cosas
conforme son los sujetos.

—

El que logra su intento
nada apetece,
luego toma el camino
que le parece.

—

Dicen que me quieres dar
solimán para que muera;
yo sé quien está pidiendo
que á ti te trague la tierra.

—

Hubo un tiempo, vida mía,
que era mi alegría el verte:
ahora se me da un cuarto
que te encuentre ó no te encuentre.

—

Niña de los veinte novios,
y conmigo veintiuno;
si todos son como yo,
nunca has tenido ninguno.

—

Compañerilla del alma,
de mí no tengas recelo,
que me tienes tan seguro
como el agua en un harnero.

—

Cuando yo te quise á ti,
no estaba yo en mi sentido;
porque si lo hubiera estado,
otra cosa hubiera sido.

Si piensas que yo te quiero
porque te miro y me río,
soy un poquillo burlona,
y tú no lo has conocido.

—

Si piensas que yo te quiero,
porque te miro á la cara,
es como el que va á la feria
á ver y no comprar nada.

—

Si piensas que en tu ausencia
me pongo triste,
para suplir tu falta
tengo yo quince.

—

Supuesto que no quieres
nada conmigo,
cuando te pareciere
toma el camino.

—

Que tienes muchos majos
dicen que dices;
mira, cuando reclames,
no halles perdices.

—

Anda y dile á tu madre
que te empapele,
que la que te quería
ya no te quiere.

—

Cuando paso por tu puerta
compro pan y voy comiendo,
porque no diga tu madre
que de verte me mantengo.

—

Anda diciendo tu madre
que yo á ti te he entretenido,
y te tengo yo apuntada
en el libro del olvido.

—

Acuérdome de un tiempo
que en ti vivía,
y por ti hago memoria
que me moría:
no hay bien estable;
sépase que no hay cosa
que no se pase.

De las dichas que hallaba
mi cautiverio,
ahora que estoy libre
ya no me acuerdo;
que aquellas dichas,
por ser hijas de un ciego,
no tienen vista.

—

Del templo de Cupido
fuí yo devota,
y el santo que adoraba
se fué con otra:
no me da pena,
que ya tengo otro santo
que más me quiera.

—

Hoy que ya sin cadenas
libre respiro,
la libertad disfruto
de mi albedrío;
y estoy contento
de verme tan distante
del cautiverio.

—

A la sierra me he de ir
á buscar una morena,
que las chicas de mi pueblo
ninguna me da ya pena.

—

Eres avellana vana,
eres almendro sin flor,
eres rosa sin capullo,
eres clavel sin olor.

—

Debajo de tu ventana
me encontré un pañuelo azul
con un letrero que dice:
¡qué poco me gustas tú!

—

Me llamaste «mi blanca»
por hacer burla;
morenita soy, majo,
pero no tuya.

—

Si piensas que por ti son
los colores que me salen,
en mi vida me enamoro
de un hombre que poco vale.

Que tenga la boca grande,
ó tenga la boca chica,
¿si no has de ser mi marido,
á qué me tomas medida?

—

Pensabas que te quería,
y era por entretenerme;
mientras otro me salía,
me servías de juguete.

—

¡Qué bien te habrás divertido
en el tiempo de mi ausencia!
Yo también hice lo mismo
por descargar tu conciencia.

—

Échale trigo á la era
y conmigo no platiques,
que tengo yo quien me quiera
desde el día que te fuiste.

—

Dígale usted al mozo
que está en la esquina,
si tiene calentura,
que tome quina.

—

Dicen que no me quieres,
ya me has querido:
váyase lo ganado
por lo perdido.

—

Es cierto que te he querido,
que te he querido y te quiero;
pero casarme contigo,
no lo permitan los cielos.

—

Otros más altos que tú,
pajarillos de más cuenta,
me están mirando á la cara
para ver si estoy contenta.

—

Por mirarte, algún día
suspiros daba,
y ahora por no verte
vuelvo la cara.

—

Ya se acabó aquel tiempo
(¡todo se acaba!)
que sólo con mirarte
me alimentaba.

J. García Ramos dibujó

Se pensaba el mozo vano
que yo por él me moría;
desde que no hablo con él,
se me ha alargado la vida.

—

¿Qué cuidado me da á mí
que pases y no me hables,
si sabes que yo no como
con buenos días de nadie?

—

Yo como y bebo sin ti,
tu querer no me hace falta;
ni el mundo se encierra en ti,
ni los hombres se rematan.

—

Anda con Dios, bien te logres,
no te quiero mal ninguno:
hora de salud no tengas
mientras vivas en el mundo.

—

Una caña de pescar
tengo para mi consuelo:
si un amante se me va,
otro queda en el anzuelo.

—

Toda la calle á lo largo
la he sembrado de melones:
me han salido calabazas
para darlas á los hombres.

—

Piensas que me vuelven loca
tus patillas y cuchillo,
y yo no quiero galanes
que escupen por el colmillo.

—

Como no tengo fines
particulares,
no siento que te enojes,
ni que te enfades.

—

El amor que te tengo
y el que me tienes,
puestos en la balanza,
ni van ni vienen.

—

El amor que te tuve
fué de bayeta;
se le ha caído el pelo;
ya no calienta.

Si la ocasión se presenta
de verte en alguna parte,
te he de volver las espaldas,
me he de marchar sin hablarte.

—

Si te mueres, lloraré
por la falta que me haces,
y otro en tu lugar pondré,
que todo lo nuevo place.

—

Si piensas que han de volver
las nueces al cantarillo,
á ti se te fué el amor,
á mí el amor y el cariño.

—

Si me quieren, sé querer;
si me olvidan, olvidar;
si me desprecian, desprecio,
porque este es mi natural.

—

Si vienes, bien te recibo,
y si no, no me haces falta:
has de saber, dueño mío,
que yo no contemplo gaitas.

—

Te pones por todas partes
á publicar que te quiero,
y hasta al santo de tu nombre
aborrecido lo tengo.

—

Aunque en una cruz te pongas,
para mí acabaste ya
por haber querido á un tiempo
con dos barajas jugar.

—

El querer que puse en ti
un cuervo se lo llevó,
y en medio de aquellos mares
abrió el pico y lo soltó.

—

El querer que te tenía
era poco y se me fué;
y como vino San Juan,
á otra parte lo mudé.

—

Algún día te quería
y ahora ya no te quiero,
porque he encontrado paloma
que remonta más el vuelo.

Que te quise, cierto fué;
que te olvidé, no es mentira:
que en los árboles las hojas
no duran toda la vida.

—

Una vez tuve una novia
y ella pretendió dejarme,
y yo tomé pan con tiempo
antes que me diera hambre.

—

Anda, vete, no te quiero,
que ya me cansé de amarte,
que eres farol encendido
que alumbras á todas partes.

—

Pensabas tú que tenías
el pájaro de la cola,
y luego que se te ha ido,
te has quedado como boba.

—

De San Juan quiero la palma,
de Santiago la cruz:
de tu cuerpo, compañera,
no quiero ni la salud.

—

Cuando quise, no quisiste;
ahora que quieres, no quiero;
pasa tú la vida triste,
que yo la pasé priñero.

—

Aunque tu padre me diera
la mula y el carretón,
no me casara contigo
por tu mala condición.

—

Tus malas intenciones
bien las conozco:
á un santo desnudaste
por vestir otro;
pero te digo
que el que tú desnudaste
ya está vestido.

—

Desde que usted se pasea
por las calles del lugar,
está perdida la venta
de las cañas de pescar.

Aunque seas buena moza,
no te lo presumas tanto,
que también las buenas mozas
se suelen quedar en blanco.

—

Compañerita del alma,
¿por dónde la llevas tú?
Yo camino por la arena,
y tú por el cielo azul.

—

El zapato tengo roto,
¿con qué lo remendaré?
Con picos de malas lenguas
que dicen lo que no es.

—

Merecía esta serrana
que la fundieran de nuevo,
como funden las campanas.

—

Siendo tan buena moza,
no te has casado;
algún pero en el arca
tendrás guardado;
pero que es pero,
pero que no es de Ronda,
yo no lo quiero.

—

Al balcón del desprecio
sola me asomo,
al ver lo bien que pago
lo mal que cobro:
que si cobrara,
al balcón del desprecio
no me asomara.

—

Como el rostro disfrazas
con mil colores,
mis ojos al mirarte
te desconocen;
vuelve á tu tono,
y deja á la vergüenza
salir al rostro.

—

Anda diciendo tu madre
que yo contigo no igualo:
esto será en el dinero,
porque en la sangre te gano.

—

Tengo yo para un sujeto
la cajita y los blandones,
cirios y acompañamiento.

Me han dicho que estás mala,
Dios te levante...
de la cama á la caja
para enterrarte.

—

Cuervos te saquen los ojos,
y águilas el corazón,
y serpientes las entrañas,
por tu mala condición.

—

Que se piquen de gangrena
la boca con que me ofendes,
la mano con que me pegas.

—

Permita Dios que te veas
aborrecida y queriendo,
y que las penas te roan
las entrañas de tu cuerpo.

—

La maldita lengua
que de mí murmura,
yo la cogiera por en medio, en medio,
la dejara muda.

—

Escuche usted, buena moza,
no me gaste *fantesía,*
que el carro de la basura
también gasta campanillas.

—

No te pongas tan alta,
que no eres reina;
yo me atrevo á alcanzarte
sin escalera.

—

Anda y dile á quien te quiere
que por mí esté descuidado,
pero que tenga la pena
de comer de mi sobrado.

—

Como mi amor desprecias,
yo marcho en posta
á dar estas noticias
á doña Otra;
que es el remedio
con que presto se curan
tales desprecios.

—

Tú tienes muy poca sal:
anda y vete á la salina,
que te la acaben de echar.

Si tu madre tiene *usía,*
anda y ve y dile á tu madre
que yo me llamo Rosquillas
y me estoy muriendo de hambre.

—

Tienes mucha *fantesía:*
¡si parece que has pisado
la flor de la tontería!

—

A qué tienes esos ojos
siempre á la tierra mirando:
si eres capaz de sacarle
los dientes á un ahorcado.

—

Ayer tarde vi vender
en la plazuela Real
la palabrilla de un hombre:
¡nadie la quiso comprar!

—

San Juan con una concha
bautizó á Cristo;
yo, con las que tú tienes,
me desbautizo:
sigue tu trama,
que si tú tienes conchas,
yo tengo escamas.

—

Tienes tanto atractivo,
tanta hermosura,
que para no quererte
no hallo disculpa;
mas me detiene
el temor de llevarme
gato por liebre.

—

¿Qué importa que yo queme
en tus altares
más incienso que llanto
dan mis pesares,
si allá en tu templo
el último que llega
quema el incienso?

—

San Antonio me perdone
por lo que voy á decir:
que ninguno de su nombre
nunca me ha gustado á mí.

Sentido vienen vendiendo,
tu madre que te lo compre,
porque te hace mucha falta,
como á una puerta los goznes.

—

Si me diste calabazas,
me las comí con pan tierno:
mejor quiero calabazas
que una mujer sin gobierno.

—

Al principio de quererte
estaba ciego y no *vía:*
ya se me quitó la venda
que en los ojillos tenía.

—

Me llamaste «mi cuñada,»
pensando que ya lo era:
no me siento yo en tablado
de tan endeble madera.

—

Por dondequiera que voy
me dicen que yo soy tuyo:
¿qué cadena me has echado
que me tienes tan seguro?

—

El quererte yo á ti, sí;
y el tomar, cuanto me dieres:
pero casarme contigo,
créelo cuando lo vieres.

—

Tonta tú, tonta tu madre,
tontas tu abuela y tu tía:
¿cómo quieres que te quiera
si eres de la Tontería?

—

Entre la hija y la madre
están echando unas cuentas,
las mismas que no les salen.

—

No vengas en busca mía,
que va mucha diferencia
de tu persona á la mía.

—

Me han dicho que estás sembrando
calabazas para mí:
yo las tengo ya con flores,
adelante te cogí.

Gastas mucha *jantesía*
y te tienes de quedar
señalando con el dedo
como se quedó San Juan.

—

Quisiera ser basilisco,
por horas y por momentos,
matar á quien yo quisiera,
y descansara mi cuerpo.

—

A aquel que tuvo la culpa,
madre, de mi perdición,
á cachitos se le caigan
las alas del corazón.

—

Tierra, ¿por qué no te abres
y te sales de tu centro
y tragas á esa mujer
de tan malos sentimientos?

—

Dicen que por el pelo
tienes amores:
echa el pelo en la olla,
verás qué comes.

—

En medio del corazón
un navajazo te dieron:
mira si lo tienes duro
cuando rechazó el acero.

—

Permita Dios que te veas
sacando agüita de un pozo
y con el cubo no puedas.

—

No te extiendas, verdolaga,
arrecógete un poquito,
que no es la huerta tan grande,
ni el hortelano tan rico.

—

Vestida de negro luto
te he de ver por esas calles,
y te has de hincar de rodillas
para que me ponga á hablarte.

—

Al barquillo que en la mar
está pegando vaivenes
tengo yo comparadita
la voluntad que me tienes.

Te he comparado, niña,
con un pimiento,
que nadie ve las pipas
si no está abierto.

—

He sabido ya quién eres,
conque cesen mis pesares:
de mi devoción no esperes
más incienso en tus altares.

—

No quiero comer contigo
gallinas ni pavos reales;
quiero pan de munición
con persona que me agrade.

—

No quiero que tú me quieras,
que yo quien me quiera tengo,
y de tu vida y milagros
muy largas noticias tengo.

—

Aunque me ves tan chiquita,
huérfana de padre y madre,
no se cría esta lechuga
para tan flojo vinagre.

—

Yo me enamoré de noche
y la luna me engañó:
otra vez que me enamore,
será de día y con sol.

—

Dicen que tú no me quieres,
porque no tengo qué dar;
cásate con el reloj,
que á todas las horas da.

—

El amor y el interés
salieron al campo un día;
pudo más el interés
que el amor que me tenías.

—

Por interés del dinero
te fuiste de la cabeza;
dijiste que eras gitana,
te volviste montañesa.

—

Aunque me ves tan bajito
y tú tan alta te ves,
no pienses que soy escoba
que conmigo has de barrer.

Un día, por verte,
dinero yo daba;
compañerita, ahora por no verte
vuelvo yo la cara.

—

Lo mismito que los perros
que andan sueltos por la calle
buscando huesos que tiran,
has de andar tú por buscarme.

—

Eres como el atambor,
que mete mucho ruido,
y si se mira por dentro,
se encuentra que está vacío.

—

Del clavel que me distes
anacarado,
toma tú las cenizas,
que lo he quemado.

—

Si esta mujer no me quiere,
¿qué hago yo con afligirme?
¡A mí no me ha de faltar
otra con quien divertirme!

—

Anda, vete enhoramala,
y en tu cara te lo digo:
que eres tú muy poca cosa
para casarte conmigo.

—

Se puso tu madre y dijo
que la reina para ti:
anda, ve y dile á tu madre
que la reina está en Madrid.

—

Dueño mío, este es mi genio:
yo no me muero por nadie:
si vienes, bien te recibo;
y si te vas, buen viaje.

—

Me han dicho que tienes, niña,
catorce novios contados:
conmigo no cuentes ya,
que tengo el hato aviado.

—

¡De qué te sirve tener
bastón de quiquiricaña,
si te dicen las mozuelas:
– Buen mozo, pero no apaña!

Se puso tu madre y dijo
que eras tú mejor que yo.
¿En qué libro lo ha leído
ó en qué sueño lo ensoñó?

—

La primer vez que te vi
me pareciste muy guapa;
mas luego me pareciste
un saco lleno de paja.

Eres alta como un huevo,
derecha como una hoz,
blanca como el azabache:
¡buenas noches nos dé Dios!

—

Eres alta como un sapo
y rubia como un caldero;
ojos de garza pelada
y escapada del infierno.

AMARGURAS Y PENAS

Las sábanas de mi cama
todas las noches las lavo
con lágrimas de mis ojos,
al ver que me has olvidado.

—

El viento barre las nubes
y vuelve la claridad:
el nublado de mis penas
con ningún viento se va.

—

Yo no soy, no, quien he sido,
no soy quien solía ser:
soy un cuadro de tristeza,
arrimado á una pared.

—

Ya no hacen las golondrinas
sus nidos en mi portal:
¡era preciso que fuese
completa mi soledad!

—

Si las piedras de tu calle
tuvieran conocimiento,
sólo de verme pasar
lloraran de sentimiento.

—

Una tórtola te traigo,
de su nido la cogí:
por ella llora su madre
como yo lloro por ti.

—

¡Cuándo querrán Dios del cielo
y la Vigen del Pilar
que tu ropita y la mía
vayan juntas á lavar!

Desde que te conocí
estoy sufriendo trabajo,
que me ha puesto tu querer
como vela boca abajo.

—

Ven que te diga el oído
las cosas que me suceden:
estoy enfermo del alma
y el médico no lo entiende.

—

Ni en el sueño halla reposo
este pobrecito cuerpo,
que la pena que le roe
no descansa ni un momento.

—

Ya se acabó aquel tiempo,
triste corazón,
que esperabas la noche
para ver el sol.

—

Cualesquiera que me vea
dirá que no tengo pena,
y tengo mi corazón
como una bayeta negra.

En medio de mis fatigas,
por querer, quise dormirme;
que el que vive como yo
cuando duerme es cuando vive.

—

Al pie del almendro estuve
y no le cogí la flor,
y así que me retiré,
otro llegó y la cogió.

—

¡Ay soledad, soledad,
soledad en la cañada!
La mujer es la que pierde,
que el hombre no pierde nada.

—

Si piensas que duermo, velo
y me suelo despertar;
sobre la cama me siento
y te comienzo á llamar.

—

Pájaro que vas volando
y en el pico llevas hilo,
dámelo para coser
mi corazón, que está herido.

—

Me dicen que soy hermosa;
mas me retiro del mundo,
que tengo mi corazón
dentro del pecho difunto.

—

Más quisiera que al principio
me hubieras aborrecido,
que no verme aprisionado
de un bien que lloro perdido.

—

Es un fuego de alquitrán
este en que me estoy ardiendo,
que más se aviva la llama
mientras más lágrimas vierto.

—

¡Válgame Dios de los cielos,
qué desgraciado nací!
En la pila del bautismo
faltó la sal para mí.

—

¡Válgame Dios de los cielos,
qué grande es la pena mía!
Que me he caído en un pozo
y no encuentro la salida.

Rosa me puso mi madre
para ser más desgraciada,
que no hay rosa en el rosal
que no muera deshojada.

—

«Si no me quieres, me mato,»
dicen unos ojos negros;
y dicen unos azules:
«Si no me quieres, me muero.»

—

Aguarda, caminante,
detén el paso,
y enjuga de mis ojos
el triste llanto:
porque aquí yace
la fúnebre esperanza
de un triste amante.

—

Corazón desdichado,
tú no estás bueno,
que suspiras, te agitas
y tienes miedo:
sé más constante,
que el mal que estás sufriendo
no es incurable.

—

Porque quiero, bien mío,
de amores muero,
mas las ansias que sufro
no es porque quiero:
que entre mis penas,
si quisiera yo esto,
¿qué más quisiera?

—

¡Oh cruël, rigurosa
fortuna mía!,
¿cuándo de ser humana
llegará el día?
¿Cuándo tu rueda
parará la inconstancia
de su carrera?

—

A la mar fuera y me echara,
pero ¿qué dirá la gente?
Que vivo desesperado
y ando buscando la muerte.

—

El sueño tengo perdido
y no sé dónde buscarlo;
lo buscaré en el olvido...,
y el olvido ¿dónde hallarlo?

Vámonos de aquí, que corre
la mala fortuna nuestra:
ayer se cayó la torre,
mañana caerá la iglesia.

—

Tengo una pena conmigo
y una congoja mortal:
me encuentro con dos caminos,
sin saber por cuál tomar.

—

Te lo juro por mi madre,
que si tú caes malita
te doy caldo de mis carnes.

—

De la raíz del querer
salió mi madre gitana;
y yo, como soy su hijo,
salí de la misma rama.

—

En un cuartito los dos,
veneno que tú me dieras,
veneno tomara yo.

—

¡Qué amarillita que estás
y qué llenita de ojeras!
Yo te volveré á querer,
que no quiero que te mueras.

—

Del Padre Santo de Roma
espero la excomunión,
porque sabe que yo he dicho
que te quiero más que á Dios.

—

Parece que te han sembrado:
vas derramando mosquetas
y claveles encarnados.

—

¡Quién lo había de decir
que una cosita tan dulce
tuviera amarguito el fin!

—

¡Desgraciado el arbolito
que solo en el campo nace!
Todas las aves del mundo
contra sus ramas combaten.

—

Le dije al carrero,
con mucho dolor,
que me la arropara la mi compañera
con un cobertor.

A los árboles blandec,
á un toro bravo lo amanso,
¡y á ti, flamenca, no puedo!

—

¡Ay, pobre corazón mío!
Por más golpes que recibe,
nunca se da por vencido.

—

Cada día me parece
que no puedo sufrir más,
y cada día me trae
un aumento de pesar.

—

¡Qué más quieres que te diga,
si el corazón por la boca
se me sale de fatiga!

—

¡Ay de mí, que triste estoy
y triste siempre estaré!
¡Yo nací para estar triste,
y triste me moriré!

—

Con el dolor que yo vivo
es imposible vivir;
si el mundo no da otra vuelta,
dará de mi vida fin.

—

Siempre que miro al cangrejo,
me pongo á considerar
que se parece á mis dichas,
que caminan hacia atrás.

—

Dicen que tras la alegría
suele venir el dolor;
yo conozco los dolores,
pero la alegría no.

—

De dolor y sentimiento
dicen que no muere nadie.
Yo me tengo de morir
por ver si se muere alguien.

—

Siempre que miro hacia el cielo
las lágrimas se me saltan:
no sé de qué ni por qué...,
pero lloro con el alma.

—

Todo el día estoy tranquilo,
y en llegando la oración,
una piedra de molino
parece mi corazón.

Voy á la fuente y bebo,
no la aminoro,
que aumenta su corriente
con lo que lloro.

—

En un pozo muy profundo
de penas estoy nadando,
y yo solo me confundo
de ver lo que estoy pasando.

—

Más valiera que mi madre,
al punto que me parió,
me hubiera dado la muerte,
y no padeciera yo.

—

Mil delicias amantes
logré algún tiempo,
y ahora sólo pesares
son los que tengo:
amor tirano,
hazme otra vez presentes
tiempos pasados.

—

Cuando del bien no supe,
viví contento;
hoy que sé dónde mora,
por él me muero;
y en tal conflicto,
voluntad y memoria
son mi cuchillo.

—

Amor, ya te conozco,
déjame quieta,
que estoy desengañada
de tus promesas:
marcha á otra parte,
que acá ya conocemos
lo que tú vales.

—

Hoy se hacen las exequias
de una esperanza
que murió cuando menos
ella pensaba;
y en este entierro
su mismo desengaño
sirve de duelo.

—

Aquel que tiene la culpa
de que yo fatigas pasè
se vea en Argel cautivo
sin tener ningún rescate.

La piedra, con ser la piedra,
al golpe del eslabón
echa lágrimas de fuego:
¡qué será mi corazón!

—

A un Santo Cristo de acero
le hice yo que llorara;
cuando de acero lloró,
¿qué fuera de carne humana?

—

¿A qué santo llamaré
para aliviar esta pena
que me ahoga la garganta
cual si fuera una cadena?

—

Si las aves de Arabia
viven eternas,
viven porque no saben
lo que son penas;
que si penaran,
ya no habría en el mundo
aves de Arabia.

—

Fueron mis esperanzas
flores de almendro,
que nacieron temprano,
se helaron presto.

—

Corazón, que tu alivio
penando encuentras,
si en la pena descansas,
¿de qué te quejas?

—

Aunque me ves que canto,
canta la boca,
que en mi corazón tengo
pena, y no poca.

—

¿Cómo quieres que tenga
gusto y contento?
Tres días de casada,
mi amante muerto.

—

Penita sobre penita,
sobre penita más pena:
vengan, vengan sobre mí,
que yo soy la madre de ellas.

Estoy tan hecho á la pena
que me sirve de compaña,
que el día que no la tengo
me parece cosa extraña.

—

Quien canta, su mal espanta,
y aquel que llora lo aumenta:
yo canto por divertir
el dolor que me atormenta.

—

Triste estoy de verte triste:
alégrate, vida mía;
que algún día querrá Dios
que tengamos alegría.

—

¡Ay de mí, que siendo niña,
le dí palabra á un mancebo,
y por temor á mi padre
á cumplirla no me atrevo!

—

Empecemos, corazón,
á padecer y penar,
pues adoro un imposible
que no he de poder lograr.

—

Un imposible me mata,
por un imposible muero;
imposible es alcanzar
el imposible que quiero.

—

Compañerita del alma,
¡qué penas que pasa aquel
que tiene el agua en los labios
y no la puede beber!

—

Soy pájaro que en el agua
tengo el alimento mío;
me estoy muriendo de sed,
siendo del agua nacido.

—

Dentro de mi pecho tengo
una penilla mortal,
porque quiero á una rubita
y no me la quieren dar.

—

Aunque tengo mal color,
no te pienses cosa mala;
son penas del corazón,
que me salen á la cara.

No sé cómo no estoy loco
con esta pena que tengo,
que me ha puesto tu querer
tonto, sordo, mudo y ciego.

No sé qué tienen las flores
que están en el campo santo,
que cuando las mueve el viento
parece que están llorando.

—

¿No hay quien me ayude á una pena
pagándole su jornal?
Como mi pena es tan grande,
nadie me quiere ayudar.

—

¿Qué saco yo de quererte,
ni vivir por ti penando,
si tú no puedes ser mía
como Dios no haga un milagro?

¿Qué importa que tú me quieras
y que yo te quiera á ti,
si lo que yo solicito
no lo puedo conseguir?

—

Deja de cantar, jilguero,
que me estás atormentando;
que es mucha pena en un triste
oir cantar y estar llorando.

—

Estoy pasando más penas
por tu cara morenita,
que pasó aquel ermitaño
que se le quemó la ermita.

—

Tengo yo mi corazón
moradito como el lirio,
negrito como el carbón.

—

Los ojillos de mi cara
se han secado de llorar,
porque el hombre que ellos quieren
les ha pagado muy mal.

—

¿De qué te sirve llorar
si no tienes quién te oiga,
si el que te pudiera oir
está gozando la gloria?

—

Cuando me siento en la cama,
lágrimas como garbanzos
se me ruedan por la cara.

—

A aquella torre más alta
me tengo de ir á llorar,
porque escuche mis tormentos
aquel que en el cielo está.

—

Todo aquel que dice ¡ay!
es seña que le ha dolido:
¡ay!, ¡ay!, ¡cuántos ayes da
el corazoncito mío!

—

Tengo una pena, una pena,
que si esta pena me dura,
ya me pueden disponer
la caja y la sepultura.

A mi triste corazón
las fatiguillas le ahogan,
y no tiene más descanso
que el rato que por ti llora.

—

Cualesquiera que me mire,
dirá que no tengo penas:
por Jesús de los Milagros,
que ya no puedo con ellas.

—

Todo el día estoy tranquilo,
y en llegando á la oración,
una piedra de molino
parece mi corazón.

—

Aquel que tenga penillas
venga á ajuntarse conmigo,
á ver si llorando sangre
tenemos algún alivio.

—

Cuando paso por tu puerta
y no me dices «adiós,»
ni las ánimas benditas
pasan las penas que yo.

—

Por dondequiera que voy,
parece que te estoy viendo;
son las sombras del querer,
que me vienen persiguiendo.

—

Alegría cuando vienes,
tristeza cuando te vas,
siempre está mi corazón
en un continuo penar.

—

Quien cante teniendo penas
como las que tengo yo,
bien es menester que tenga
cerdas en el corazón.

—

Tengo yo una queja
de los altos cielos,
como sin frío ni calenturita
yo me estoy muriendo.

—

Tengo una pena, una pena,
que casi puedo decir
que yo no tengo la pena;
la pena me tiene á mí.

Sin querer pisé una flor
que en su sepultura estaba,
y de la flor salió un ¡ay!
que se me clavó en el alma.

—

Estoy pasando por ti
más penas y más trabajos
que pasó Aquel que está arriba
el tiempo que estuvo abajo.

—

Con mirar aquel sauce
que está en el río,
comprenderás la pena
del pecho mío:
pues aquel sauce
está cerca y no goza
de sus cristales.

—

¡Mal haya la ropa negra
y el sastre que la cortó,
que está mi niña de luto
sin haberme muerto yo!

—

Dicen que en tu sepultura
ha nacido un pensamiento;
lo sembró mi desventura,
nació con mi sentimiento
y crece con mi amargura.

—

Yo no sé por dónde
ni por dónde no,
se me ha liado una soga al cuerpo
sin saberlo yo.

—

Al hombre que está queriendo,
hasta de noche en la cama
el querer le quita el sueño.

—

He estado en el Purgatorio
y he visto lo que son penas,
y sé que por querer bien
ningún alma se condena.

—

Navegaba viento en popa
la nave de mi esperanza,
pero trocándose el aire,
con el desaire naufraga.

¡Ay de mí, que me han quitado
una rosa, siendo mía,
y la veo en otras manos
marchita y descolorida!

—

Nacimos para querernos,
con mala estrella nacimos;
ni tú puedes olvidarme,
ni yo olvidarte consigo.

—

Quisiera verte y no verte,
quisiera hablarte y no hablarte,
quisiera no conocerte,
para poder olvidarte.

—

Más quisiera haberme muerto
que no haberte conocido,
y no reinara la pena
que está reinando conmigo.

—

Más valiera que mis ojos
nunca te hubieran mirado,
y con eso no viviera
en sino tan desgraciado.

—

¡Más quisiera haber nacido
árbol silvestre en el campo,
que no haberte conocido
para sentir ahora tanto!

—

No me digas que te olvide,
que me lo dices llorando;
toma tú misma el consejo
y podrás venir á darlo.

—

Lo que me da más gusto
me da más pena,
de tormento me sirve
lo que me alegra.

—

¿Quién ha visto en el mundo
querer un ciego
la causa de su daño
para remedio?

—

Por causa de malas lenguas
que hablan lo que no es,
tengo mi fama perdida:
¡cuándo la recobraré!

¡Puñaladas en mi puerta!
¡Cielos!, ¡qué sucede aquí!
Dos hombres se están matando:
¿madre, si será por mí?

—

El corazón dió un suspiro
y el alma le dijo: - Cesa;
no suspires, corazón,
que nadie de ti se acuerda.

—

¿Qué me importa que florezca
el árbol de mi esperanza,
si se marchitan las flores
y jamás el fruto cuaja?

—

¡En qué confusión me hallo,
triste, sin saber qué hacer!
Aborrecerlo..., no puedo;
amarlo..., no puede ser.

—

Ya mi mal no tiene cura
como del cielo no venga,
que me ha puesto tu querer
que me va á tragar la tierra.

—

¿De qué sirve que yo quiera
disimular mi dolor,
si en los ojos y en la cara
llevo escrita la pasión?

—

Yo pensé que el querer bien
era cosa de juguete;
y se pasa pena negra
queriéndose firmemente.

—

Yo pensé que un querer bien
era fácil de olvidar;
y es callejón tan estrecho
que el que entra no sale más.

—

Santa Teresa en la cueva
de cilicios se vistió;
y yo tengo que vestirme
de los cilicios de amor.

—

Las penas que por ti paso
no se pueden numerar;
dame veneno en un vaso
y acábame de matar.

De pura bayeta negra
mi cuerpo se ha de vestir;
que este es el propio vestido
de aquel que sabe sentir.

—

Soy el herido sin sangre,
soy el muerto sin acero,
soy el que penando vivo,
soy el que penando muero.

—

Tengo el corazón más duro
que las piedras de la calle,
y son tan grandes mis penas,
que llora gotas de sangre.

—

En lo profundo del mar
voy á sepultar mi pena,
porque mi pena es tan grande
que ya no cabe en la tierra.

—

Lágrimas pedí á una fuente
para llorar mi tormento,
porque es tan grande mi pena,
que ya ni lágrimas tengo.

—

Suspirando descansa
cierto afligido,
y el descanso le dura
lo que el suspiro.

—

Ya se siente mi pecho
tan oprimido,
que le falta el aliento
para el suspiro.

—

Dando tristes suspiros
de sentimiento,
anegada en mi llanto
vivo muriendo.

—

Corazón, no suspires;
alma, no sientas;
memoria, no te acuerdes
de quien te acuerdas.

—

Dicen que sueño es muerte,
mas yo lo niego,
pues cuando duermo, vivo;
cuando no, muero.

El corazón de mi amante
lo van á sacramentar,
y el mío se está muriendo
de la misma enfermedad.

—

El cenador de mi huerto
lleno está de mustias flores:
venid, muchachas, y ved
la imagen de mis amores.

—

Yo soy una triste losa,
testigo de todo luto;
tú serás juez de mi causa
y de mi muerte verdugo.

—

Ya mi muerte decretada
te dije con sentimiento;
la súplica es excusada,
porque me muero contento.

—

Gitana, si oyes doblar,
no preguntes quién ha muerto,
que ha sido mi corazón
de penilla y sentimiento.

—

Dile al sacristán que doble
y ponga negras cortinas,
porque ya murió aquel hombre
que rondaba tus esquinas.

—

Despierta y oirás el tiro,
porque me van á matar;
siéntate luego en la cama
y comiénzame á llorar.

—

¡Válgame San Sebastián,
patrón de Villamartín!
Todas las penas se acaban,
la mía no tiene fin.

—

Angustia, pena, pesar,
un terrible sentimiento
en mí reina sin parar,
y ya me falta el aliento.

—

Mi pensamiento al humo
se le parece,
porque al paso que sube
se desvanece.

¡Cuántas y cuántas veces
mi pensamiento
sale á buscar alivio
y halla tormento!

—

Si las penas mataran,
ya no existiera,
y así vivo diciendo:
– Me matan penas.

—

¡Cómo quieres que el Guadiela
en el invierno se seque!
¡Cómo quieres que yo olvide
á quien he querido siempre!

—

Tuviste la mala sangre
de llevarme al hospital:
si muero sin que te vea,
un *divé* te cobrará.

—

Triste el corazón se queja
y yo le pregunto triste:
«Corazón, ¿por qué te has muerto?,»
y él responde: «Porque quise.»

—

Una soledad deseo
para aliviar mis fatigas,
y allí regarán mis ojos
plantas y flores marchitas.

—

Si quieres cambiar, cambiemos
corazones á llorar:
dame el tuyo y toma el mío,
veremos quién llora más.

—

Anda, ve á Santa María
y encomiéndate á un *divé*,
que el que no pasa fatigas
no sabe lo que es querer.

—

Desde que paso tu calle
enamorado de ti,
están llorando las piedras
de verme llorar á mí.

—

¡Desgraciado labrador
que siembra y no coge trigo!
Más desgraciado soy yo,
que no puedo hablar contigo.

Tengo pasadas más penas
desde que te conocí,
que pasó la Magdalena
cuando se fué á convertir.

—

Este vivir no es vivir:
¡verte y no poderte hablar!,
esto, mi bien, es morir:
¿para qué tanto penar?

—

¡Válgame Dios de los cielos,
qué desgraciado he nacido:
para todos sale el sol.
y para mí no ha salido!

—

De chiquita ya lloraba
y de grande también lloro:
cuando chiquita por teta,
y ahora por el bien que adoro.

—

Retírate al campo y llora,
que bien tienes que llorar;
que eres muy niña y no sabes
quién te quiere bien ó mal.

—

Sola soy, sola nací,
sola me parió mi madre,
sola tengo de morir,
¡la Soledad me acompañe!

—

Soy una pobre doncella
que no me meto con nadie,
y por una mala lengua
tengo mi honor en el aire.

—

Ni contigo ni sin ti
tienen mis males remedio;
contigo... porque me matas,
y sin ti... porque me muero.

—

La pena y la que no es pena,
todo es pena para mí:
ayer penaba por verte,
hoy peno porque te vi.

—

Compañerita del alma,
¿qué quieres que yo te diga?
Que con penillas me acuesto,
me levanto con penillas.

Ya te he dicho, compañera,
no me vengas á buscar;
déjame solo en mi casa
con mi bien ó con mi mal.

—

Un corazón de madera
tengo que mandar hacer,
que ni sienta, ni padezca,
ni sepa lo que es querer.

—

Tú penar y yo penar,
todo es penar, vida mía;
las penas se acabarán
y tendremos alegría.

—

Tengo una pena, una pena,
tengo un dolor, un dolor,
tengo un clavo remachado
en mitad del corazón.

—

Más agua lloran mis ojos,
que derrama una tormenta;
los suspiros no los digo
porque he perdido la cuenta.

—

Soñé que contigo estaba
en la iglesia ante un altar,
y el cura nos bendecía:
¡esto sí que fué soñar!

—

Ya has logrado, fortuna,
todo tu anhelo,
abatiendo mis dichas
del cielo al suelo.

—

A tal extremo he llegado,
que estimo que me aborrezcas
por ver si mi amor consigue
satisfacerse de penas.

—

Tus lágrimas me aseguran,
tus regalos me entretienen,
tus favores me confían
y tus celos me enloquecen.

—

Engañado el pensamiento,
miento por ver si consigo:
sigo aplicando remedios,
medios no los facilito.

J. García Ramos dibujó

Por la Carmelita hermosa,
que no me des qué sentir;
que tu querer será causa
de dar á mi cuerpo fin.

—

Niña mía, no más penas,
mira que no soy de bronce;
que una piedra se quebranta
á fuerza de darle golpes.

—

¿Hasta cuándo, vida mía,
tengo de vivir penando?
Las horitas de la noche
me las paso suspirando.

—

¿Dónde estás, prenda querida,
cielo de mis pensamientos,
en dónde estás, que no escuchas
mis suspiros y lamentos?

—

Entre la hostia y el cáliz
á mi Dios se lo pedí,
que no te maten las penas
que me están matando á mí.

—

Si lágrimas fueran piedras,
las que por ti he derramado,
un fuerte castillo hiciera
en medio del mar salado.

—

Compañera de mi vida,
ya no me conocerás,
que acaba más una pena
que una larga enfermedad.

—

¡Oh mal haya, mal haya
mi cobardía;
que por ser yo cobarde
no eres tú mía!

—

No me mates, no me mates,
déjame que viva, viva;
déjame que pase, pase,
en este mundo fatigas.

—

En tu maceta sembré
la semilla del encanto:
con lágrimas la regué:
¡mal haya quien quiere tanto!

A aquel que tiene fatigas
se le conoce en la cara:
á mí me están ahogando
y no me conoces nada.

—

En medio de mis fatigas
el morirme estoy sintiendo
por no dejar en el mundo
persona que estoy queriendo.

—

Ya para mí las glorias
en este mundo
se volvieron pavesa,
ceniza y humo:
siendo tan cierto,
que aumenta más mis penas
el pensamiento.

—

Tengo yo un cofre lleno
de penas y ansias,
de ocasiones perdidas,
tiempo y palabras:
que la fortuna
tan sólo me enriquece
de desventuras.

—

La calle está regada:
dicen que han sido
lágrimas de un amante
que han despedido;
y él se consuela
con mirar las ventanas
de su morena.

—

Yo me enamoré, pensando
que el amor era ligero:
no vi carga más pesada
ni que más me quite el sueño.

—

Yo me metí en el querer,
muchachito criatura;
cuando vine á abrir los ojos
me encontré en la sepultura.

—

Mal haya el amor, mal haya,
y quien me lo dió á entender;
que habiendo nacido libre,
yo mismo me cautivé.

A mi corazón prendieron
y á la cárcel lo llevaron,
y sin delito ninguno
á muerte lo sentenciaron.

—

Corazón, ¿dónde me llevas
que no te puedo seguir?
¡Ten cuidado no te metas
donde no puedas salir!

—

Mi corazón dió un suspiro,
y el alma le preguntó:
– Corazón, ¿por qué suspiras?
– Alma, porque tengo amor.

—

«¡Válgame Dios del cielo,
dijo una niña,
lo que descansa un alma
cuando suspira!»

—

¡Válgame Dios de los cielos,
qué penoso que es mi mal!
Suspirando tengo alivio,
¡y no puedo suspirar!

—

¿Cómo quieres que yo salga
al campo de la alegría,
si se marchitan las flores
al ver esta pena mía?

—

¡Oh cristalina corriente,
que vas á buscar tu centro!,
llévate á un hombre infeliz
que vive, pero muriendo.

—

De llorar me quedé ciego
cuando supe que era muerta:
¡de qué me sirven los ojos
si no he de volver á verla!

—

¡Anda con Dios, fortunilla,
que por fin me la pegastes!
¡A la mejor ocasión
te fuistes y me dejastes!

—

Ya no vivo yo con gusto,
ya mi suerte se trocó;
quien perdió lo que bien quiso,
cuanto hay que perder perdió.

¡Virgen del Carmen, valedme,
que yo me muero de pena;
que perdí las esperanzas,
como aquel que se condena!

—

Doblen, doblen las campanas
y que toquen á silencio;
vistan las flores de luto,
que mi corazón ha muerto.

—

La alegría en mí no reina,
muerto tengo el corazón:
¡Madre mía del Amparo,
valedme en esta ocasión!

—

Si no fuera por las gentes,
me vestiría de luto,
porque tengo el corazón
dentro del pecho difunto.

—

A orillas del mar me siento
á recorrer mi memoria,
y al acordarme de ti
sangre mis ojitos lloran.

—

De pena y de sentimiento
no me trato con las gentes,
en los rincones me meto
y á voces llamo á la muerte.

—

Yo no sé lo que me pasa,
ni tampoco lo que quiero:
digo y no sé lo que digo,
siento y no sé lo que siento.

—

¿Qué importa que mis amigos
me saquen á divertir,
si en volviendo yo á mi casa
vuelvo de nuevo á sentir?

—

El día paso con pena
y la noche con dolor;
suspirando me anochece,
llorando me sale el sol.

—

La soledad me acompaña,
la música me entristece,
aborreciendo la vida,
apeteciendo la muerte.

Todas las penas del mundo
no igualan con esta mía,
que se me pasa llorando
toda la flor de mi vida.

—

Las penas que estoy sufriendo
me están tirando á ahogar,
las unas sobre las otras,
como las olas del mar.

—

A aquel pajarito, madre,
que canta en el limón verde,
su tiempo le ha de llegar,
que él esté triste y yo alegre.

—

Yo me arrimé á un pino verde
por ver si me consolaba,
y el pino, como era verde,
de verme llorar lloraba.

—

¿No hay quién me pegue un tirillo
que me parta el corazón?
Que estoy viviendo en el mundo
con muchísimo dolor.

—

Acaba, penita, acaba,
dame muerte de una vez;
que con la muerte se acaba
la pena y el padecer.

—

Horitas tengo en el día
de sentimiento y de pena;
si me viniera la muerte,
por Dios que no lo sintiera.

—

¡Cuántas personillas grandes
viene la muerte y se lleva,
y á mí no quiere llevarme,
que se lo pido de veras!

—

Nadie se acerque á mi cama,
que estoy malito de pena,
y á quien muere de este mal
hasta la ropa le quema.

—

No te aflijas, corazón,
y cese ya tu quebranto,
que vendrá un tiempo mejor
y se acabará tu llanto.

Se acabará mi querer,
se acabará mi llorar,
se acabará mi tormento,
y todo se acabará.

—

Me han dicho que estás malita
y que te sangran mañana:
á ti te sangran del pie
y á mí me sangran del alma.

—

¿Quién ha sido el cirujano
que te ha mandado sangrar?
¿Siendo tú un ángel humano,
qué sangre tienes de dar?

—

En el carro de los muertos
ha pasado por aquí;
llevaba la mano fuera...,
¡por eso la conocí!

—

Los pajarillos y yo
nos levantamos á un tiempo,
ellos á cantar al alba,
yo á llorar mi sentimiento.

—

¿Qué importa que la calandria,
el ruiseñor y el jilguero
canten para divertirme,
si en mí no cabe consuelo?

—

Ni la tortolilla triste,
ni el canario más sonoro,
ni la fuente cristalina
llorarán como yo lloro.

—

Calla, ruiseñor, no cantes,
acompaña mi dolor:
que no es razón que tú cantes,
estando tan triste yo.

—

Yo pensé que con el tiempo
mis penas se acabarían,
y se me van aumentando
como las horas del día.

—

En la soledad del campo
me puse á llorar mis penas,
y fué tan grande mi llanto,
que florecieron las hierbas.

A una piedra de la calle
le contaba mi dolor;
¡mira lo que le diría,
que la piedra se partió!

—

Me puse á llorar mis penas
en un monte de espesura,
y se secaron las ramas,
quedando las raíces puras.

—

Ayer tarde fuí al campo
á llorar por mi sentir,
y á un árbol que me escuchaba
se le secó la raíz.

—

A orillas del mar me siento,
á voces llamo á quien amo,
y como no me responde,
muchas lágrimas derramo.

—

¡Ay, pobrecito de mí,
que echo suspiros al aire!
¡Ay que se los lleva el viento
y no me responde nadie!

—

Olvidé á Dios por quererte,
por ti la gloria perdí...,
y ahora me vengo á quedar
sin Dios, sin gloria y sin ti.

—

Suspiros, ¿por qué queréis
salir del corazón triste,
si sabéis que adonde vais
nunca jamás os reciben?

—

Quise bien, fuí aborrecido;
adoré, fuí despreciado;
me lamenté, no fuí oído;
porfié, no fuí escuchado.

—

Entre fatigas y luchas
mi alma es la que batalla:
como son mis penas muchas,
mi amor lo sufre y lo calla.

—

Desde que aquella morena
me dió penillas tan grandes,
nadie quiero que me quiera,
ni quiero querer á nadie.

A llorar mi triste suerte
en la cama me senté,
considerando tan lejos
lo que tan cerca soñé.

—

Yo subí como la hiedra
hasta el último elemento,
y luego volví á bajar
como la piedra á su centro.

—

Tengo un vestido de penas
con mangas de sentimiento,
y los faralares son
penillas que trae el tiempo.

—

Tengo una pena conmigo
que á nadie se la diré,
en el fondo de mi pecho
su sepulcro labraré.

—

Dentro de mi pecho tengo
una arquita con dos llaves,
y en ella tengo metidas
cositas que nadie sabe.

—

No hay corazón como el mío,
que calle y sienta su pena:
corazón que siente y calla,
no se encuentra dondequiera.

—

«Canta, mi vida, canta,
que con el eco
diviertes la memoria
y el pensamiento:»
esto decía
un amante del alma
que yo tenía.

—

Entre las sombras tristes
de obscura noche
busca mi triste pecho
quien le devore;
pero mi suerte,
por no darme consuelo,
no halla la muerte.

—

El corazón se me parte
de dolor y sentimiento
de ver que estás en el mundo
y ya para mí te has muerto.

Un suspiro me ofende
y otro me alivia,
pero no es favorable
la alternativa:
pues los que ofenden
son más que los que alivian
mi triste suerte.

—

Dejadme, pensamientillos,
no me estéis atormentando:
si la quise ó no la quise,
no me lo estéis recordando.

—

Por Dios te lo pido, niña,
y te lo pido llorando,
que no le cuentes á nadie
lo que á mí me está pasando.

—

Si mi corazón tuviera
vidrieras de cristal,
te asomaras, y lo vieras
con cuánta penilla está.

—

¡Válgame Dios de los cielos,
Virgen del mayor dolor!
¡Como una bayeta negra
tengo yo mi corazón!

—

Al infierno parecen
mis pensamientos
en el atormentarme
y en ser eternos.

—

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva á dar la vida.

—

No me digas que me vaya;
por Dios no me digas «vete;»
porque se me representan
las fatigas de la muerte.

—

El amor me persigue
con tal porfía,
que á millones las penas
me las envía.

Fuí jilguero desgraciado
que, apenas salí del nido,
me cogieron los muchachos:
por dos cuartos fuí vendido.

—

De mi ventana á la tuya
hay una larga cadena,
toda llena de suspiros,
toda de suspiros llena.

—

¡Ay que la enterraron
con la mano fuera!
Como era la pobre tan desgraciadita,
faltóle la tierra.

—

Vivo solito en el mundo
y de mí nadie se acuerda;
busco en los árboles sombra,
y los árboles se secan.

—

Los ojitos de mi cara,
¿quién me los quiere comprar?
Los vendo por traicioneros,
porque publican mi mal.

—

Llorad, llorad, ojos míos;
llorad si tenéis por qué;
que no es vergüenza en un hombre
llorar por una mujer.

—

Yo conocí quien tenía
un pajarito en la mano,
y por querer tener otro,
se le escaparon entrambos.

—

La que tiene un pajarito
en la mano y se le va,
si le ha tomado cariño,
¡qué triste se quedará!

—

Cuando muera, por letrero
me pondrás en el sepulcro:
«Aquí yace un desdichado
que de veras querer supo.»

—

Si el campo santo visitas,
pronto me hallarás allí,
y habrá en mi losa un letrero
que sólo diga: «¡Ay de mí!»

Si vas á mi sepultura,
pon un pie en la losa y di:
«Aquí yace un desdichado
que murió de amor por mí.»

—

Ya se murió mi marido,
ya se murió mi consuelo,
ya no tengo quien me diga:
«Ojillos de terciopelo.»

—

Sufro, siento, padezco,
suspiro y lloro,
tengo amor, y con esto
lo digo todo:
porque el que adora
sufre, siente, padece,
suspira y llora.

—

Ojos míos, lloremos,
que es el arbitrio
que les queda á los tristes
para su alivio:
lloremos tanto,
que se aneguen mis ansias
en vuestro llanto.

—

En el duro tormento
que te acongoja,
tú lloras sin consuelo,
pero al fin lloras:
¡ay desgraciado
del que llorar no puede
y está penando!

—

Un jilguerillo llora,
y así le digo:
«¿Tú también tienes penas?
Llora conmigo:
fiel compañero,
tú al fin tendrás alivio,
si hallas tu dueño.»

—

Es mi pena tan fuerte,
mi mal tan grave,
que acabaré la vida
sin que esto acabe:
curar podría,
si no fuese veneno
la medicina.

Para aliviar mis penas
yo necesito,
á cambio de memorias,
comprar olvidos:
que la memoria
no importa que se pierda,
cuando no importa.

—

Yo pienso que las dichas
se han escondido,
por no dar en el caso
de dar conmigo:
con las desdichas
tropiezo á cada paso
y á cada esquina.

—

Los ojitos de mi cara,
¿quién los compra, que los vendo?
Tan pobre me voy quedando
que hasta los ojitos vendo.

—

Cada vez que paso y miro
la puerta del hospital,
le digo á mi cuerpecito:
– Aquí vendrás á parar.

—

Cada vez que paso y miro
la puerta del campo santo,
le digo á mi cuerpecillo:
– Aquí tendrás tu descanso.

—

Yo no deseo la muerte,
porque es pecado mortal;
pero sé que hasta que muera
descanso no he de encontrar.

—

Hasta la cama en que duermo
se queja de mi dolor:
cuando la cama lo siente,
¡qué será mi corazón!

—

Sombra le pedí á una fuente,
agua le pedí á un olivo;
que me ha puesto tu querer
que no sé lo que me digo.

—

Dicen que la mar divierte,
que quita pena y fatiga;
yo me arrimaré á una fuente
por ver si el agua me anima.

Pienso, y no sé lo que pienso;
pienso, y no soy desgraciado:
pienso que siempre la soga
quiebra por lo más delgado.

—

Chiquilla, ¡cómo me has puesto!
Con un alfiler de á ochavo
se puede pasar mi cuerpo.

—

De llorar tengo canales,
viendo que por ti he perdido
á mi padre y á mi madre.

—

Cualquiera que me mirase,
dirá que no tengo penas,
y tengo mi corazón
como una bayeta negra.

—

Como una morcilla negra
tengo yo mi corazón:
serranilla, si lo vieras,
te había de dar dolor.

—

Comunícame tu pena,
yo te diré mi dolor,
que penas comunicadas,
penas con alivio son.

—

Dentro de mi corazón
tengo yo una llaga viva
que me ha hecho tu querer
de pasar puras fatigas.

—

Te pido por los cordeles
que tiene mi Dios al cuello,
que no me des más penillas,
que ya no tiene remedio.

—

Por aquella cruz bendita
que en Capuchinos está,
que no me des más penitas,
que no las puedo llevar.

—

Soñé la dicha de hallarme
en los brazos de mi dueño,
y al despertar sin la dicha,
hallé que la dicha es sueño.

Soñaba yo que tenía
contento mi corazón;
pero ¿es verdad, madre mía,
que los sueños sueños son?

—

Por culpa de malas lenguas
perdí la prenda que amaba:
si me la encuentro en la calle,
ni me mira ni me habla.

—

Ya te he dicho, corazón,
segunda y tercera vez,
que no llames á esa puerta,
que no te han de responder.

—

Ya no tengo yo en mi pecho
paciencia para sufrir;
siempre me estoy acordando
de quien se olvida de mí.

—

Tres días ha que no como
más que lágrimas y pan:
estos son los alimentos
que tus amores me dan.

—

Nadie se duela de mí,
solo mis tormentos pase;
que el que busca el mal por sí,
á nadie debe quejarse.

—

Ya no me asomo á la reja
que me solía asomar,
que me asomo á una ventana
que cae á la soledad.

—

Salí al campo y le conté
á una rama mi sentir;
de la pena que sintió
se le secó la raíz.

—

Dos cosas en el mundo
me harán perderte:
si vivo, el desengaño;
si no, la muerte.

—

Cuando yo más la quería,
se me volvieron pesares
los gustitos que tenía.

Ojitos míos, llorad;
lágrimas, tened paciencia;
que el que nace desgraciado,
desde pequeñito empieza.

—

Andaba muy poco á poco
mi pobrecito caballo
porque le pesaban mucho
los pesares de su amo.

Del pino que derribé
la tarde que ella moría,
hice la cruz de la tumba
donde reposa mi niña.

—

Alegrías no las quiero
de esas que á todos alegran;
yo quiero las alegrías
que al mismo tiempo dan pena.

MÁXIMAS

Y

CONSEJOS AMATORIOS

No vayas á la tienda
del dios Cupido,
que por cualquiera cosa
lleva un sentido.
No entres en ella,
que se te irán los ojos
tras de sus prendas.

—

Es amor una araña
que, con cautela,
en un rincón del alma
forma su tela;
con tal sigilo,
que ningún sabio pudo
cortar el hilo.

—

Hay quereres de despecho,
hay quereres de ilusiones,
hay quereres que se alquilan
como las habitaciones.

—

Un corazón sin amor
es una planta sin fruto:
el infeliz que no quiere
¡para qué vive en el mundo!

—

El pimiento ha de ser verde
y el tomate colorado,
la berenjena espinosa,
y los amores callados.

El amor es como un árbol
que sólo tiene una rama,
que para subir á él
es menester que otro caiga.

—

Ninguno cante victoria
aunque en el estribo esté,
que muchos en el estribo
se suelen quedar á pie.

—

Hasta la leña en el monte
tiene su separación:
una sirve para santos
y otra para hacer carbón.

—

Suerte negra, suerte perra
la suerte de la mujer,
que lo que el alma le pide
se lo prohibe el deber.

—

El amor de los hombres
es como el vaso,
que al menor movimiento
se hace pedazos:
y es evidente
que el más fino se quiebra
más fácilmente.

Cuatro *eses* componen
amor perfecto:
ser solícito, sabio,
solo y secreto.

—

Las mujeres y cuerdas
de la guitarra
es menester talento
para templarlas:
flojas no suenan,
y suelen saltar muchas
si las aprietan.

—

Las mujeres al mundo
perdido tienen,
y los hombres al mundo
y á las mujeres:
y de este modo,
hombres, mujeres, mundo,
perdido todo.

—

Es la mujer conjunto
de malo y bueno,
en su postrera obra
Dios echó el resto;
nadie la gana
cuando es la mujer buena,
ni cuando es mala.

—

Es el amor, señores,
como el cigarro:
nadie lo deja, y todos
quieren dejarlo;
y el que lo deja,
es para volver luego
con mayor fuerza.

—

Es amor un embuste
tan bien dispuesto,
que le hacen las mujeres
tener por cierto;
y con engaños
tienen á muchos hombres
embolismados.

—

Lo mismo que las sombras
son las mujeres:
huyen del que las sigue,
y al que huye quieren.

Amores son monedas
imaginarias,
que aunque no las ve nadie
todos las pasan;
de tal manera,
que el comercio se hace
con ofrecerlas.

—

De cera son las puertas
de los amores,
cuenta que á la salida
ya son de bronce;
y que á la entrada
suelen estar abiertas,
después cerradas.

—

Nace amor de la vista,
crece del trato,
se alimenta de celos,
muere de agravios:
el que lo dude;
que sufra lo que sufro,
luego lo apure.

—

No te cases con viejo
por la moneda:
la moneda se gasta
y el viejo queda.

—

¿Te quieres poner conmigo?,
le dijo el tiempo al querer:
esa soberbia que gastas
yo te la castigaré.

—

De lo profundo del mar
suspiraba una ballena,
y en el suspiro decía:
«Quien tiene amor, tiene penas.»

—

La cadena del amor
llévala contigo un año
y verás qué peso tiene
el que vive enamorado.

—

La cadena del amor
tiene fuertes eslabones,
y aquel que en ella se mete
tarde sale de prisiones.

Es amor como el pleitista
cuando dinero no tiene:
ni el escribano le escucha,
ni el abogado le atiende.

—

Compañero, si te casas,
busca una mujer morena,
que entre las blancas y rubias
de ciento sale una buena.

—

Es el amor, señores,
una carcoma,
que se va apoderando
de la persona.

—

No te fíes de ojos negros,
que ojos negros son traidores:
unos ojos negros fueron
causa de mis perdiciones.

—

Ojos verdes son la mar,
ojos azules el cielo,
ojos garzos purgatorio,
ojos negros el infierno.

—

Más la quiero pobre y fea
que bonita y con dinero:
la pobre me mira á mí,
y la bonita al espejo.

—

Lástima les tengo yo
á toditas las mujeres:
cuanto más bonitas son,
más mala fortuna tienen.

—

Yo no sé quién se fía
de la esperanza:
basta que sea hembra
para ser falsa.

—

Esperanza consuela,
posesión cansa,
apetecer desvela,
no lograr mata.

—

Memoria que en el tiempo
de los desvíos
se acuerda de la dicha,
dobla el martirio.

¡Qué gustosa va un alma
cuando la llevan
desde las falsedades
á las finezas!

—

Querer por sólo querer,
sin esperanza de premio,
es un querer desdichado,
pero es querer verdadero.

—

Es de tal modo el amor
y son sus efectos tales,
que lo declaran los ojos
aunque la boca lo calle.

—

El dinero y los amores
no pueden estar cubiertos:
el dinero, porque suena;
los amores, por inquietos.

—

Piensan los enamorados,
piensan y no piensan bien,
piensan que nadie los mira
y todo el mundo los ve.

—

Es una gloria el querer
cuando es querer deseado,
y en llegándose á perder,
es un infierno abreviado.

—

Entre la tierra y el cielo
se oyó una voz por el aire:
«Quien quiera vivir tranquilo
no ponga su amor en nadie.»

—

El tiempo con el querer
hicieron una contrata,
y lo que el querer dispone
el tiempo lo desbarata.

—

Es el amor un niño
que, cuando nace,
con poquito que coma
se satisface;
pero en creciendo,
cuanto más le van dando,
más va queriendo.

Yo me acerqué á una fragua,
dije al herrero:
«Hágame usté un amante
de fino acero;»
y él me responde:
«¿Cómo puede ser fino
si ha de ser hombre?»

—

El amor ha de ser uno,
eso bien lo sabéis vos;
no tiene amor con ninguno
la mujer que quiere á dos.

—

Nace la perla en el mar,
en los jardines la flor,
entre riscos el diamante,
entre amantes el amor.

—

Las fatigas de la muerte
grandes fatiguillas son;
pero con las del querer
no tienen comparación.

—

No hay amor como el primero,
y los demás son fingidos;
el primer amor que tuve
se llevó el corazón mío.

—

No hay amante sin amante,
no hay amor sin pena fuerte,
no hay firmeza sin amor,
ni vida sin tener muerte.

—

Dícese que nos queremos;
yo no sé si desearlo:
la risa de amor es dulce,
pero su llanto es amargo.

—

Al amor lo pintan niño,
y á la firmeza mujer;
entre una mujer y un niño,
¿qué amor firme puede haber?

—

Son las mujeres feas
piedra en la calle,
donde muchos tropiezan,
ninguno cae.
Si ella es bonita,
aunque el hombre sea firme,
se precipita.

La que es fea es discreta,
la necia hermosa,
cada una sirve siempre
para su cosa.
Gusto completo
la fea dará al alma,
la hermosa al cuerpo.

—

Quien ama correspondido
no deje de recelarse,
que son los días de gusto
vísperas de los pesares.

—

Amor, no pongas amor
donde no hay correspondencia;
mira que te quedarás
á la luna de Valencia.

—

¿Cuál será el dolor más fuerte
ó la pena más sensible,
el batallar con la muerte
ó el querer un imposible?

—

En contiendas amorosas
aconseja cierto autor
herrar ó quitar el banco;
y yo sigo su opinión.

—

Quien diga que ha enamorado
sin sufrir ni padecer,
ó siempre ha sido muy necio,
ó nunca ha querido bien.

—

Quien diga que los amantes
están divertidos siempre,
no debió de tener celos,
ni estuvo jamás ausente.

—

Dicen algunos autores
que la ausencia causa olvido;
eso lo dirán los necios
que amores no hayan tenido.

—

Es lo esquivo en la dama
como lo bello,
una espuela que aguija
más el deseo:
pues siempre han sido
los desdenes la causa
para el cariño.

Tiene, como el diamante,
la dama bella
valor, brillo, hermosura,
fondo y firmeza;
y si es constante,
no hay tesoro en el mundo
que se le iguale.

—

Á mujer que sale mala
no reñirle, ni pegarle;
la cabra que tira al monte
no hay cabrero que la guarde.

—

Dice el sabio Salomón
que el que engaña á una doncella
no tiene perdón de Dios
si no se casa con ella.

—

La mujer que á un hombre adora
por su gusto solamente,
los intereses desprecia
aunque ricos la cortejen.

—

En tu vida te enamores
de mozo que no ha rondado,
que el que no ronda de mozo,
ronda después de casado.

—

En ningún hombre casado
pongas nunca tu querer,
porque al fin y á la partida
se lo lleva su mujer.

—

Nace amor como planta
en el corazón,
el cariño la riega,
la seca el rigor;
y si se arraiga,
se arranca, al apartarle,
parte del alma.

—

En la cárcel del alma
amor se encierra,
causa cuidados preso,
y al salir pena:
porque quien ama
le da, siempre que olvida,
tormento al alma.

Los síntomas que indican
dolor tan grave
son un fuego que hiela
y un hielo que arde:
mal que recrea,
tormento que da gusto,
gloria que es pena.

—

Apetece tres cosas
el amor ciego,
que es el tener constancia,
valor y tiempo;
pero si falta
cualquiera de estas cosas,
amor es rabia.

—

No vayas solita al campo
cuando sople el aire recio,
porque las niñas son flores
que hasta las deshoja el viento.

—

No te enamores, mozuela,
de pájaro volantón,
que anda de olivo en olivo
buscando la mejor flor.

—

Si los hombres se calaran
como se cala el melón,
más de cuatro muchachitas
no vivieran con dolor.

—

Ninguna, por ser bonita,
á ningún galán desprecie,
que un cordón de oro torcido
da una vuelta y se destuerce.

—

No viváis, hermosuras,
tan confiadas,
que es la misma belleza
quien más os daña;
ni en esquiveces
os confiéis tampoco,
que hay quien las vence.

—

La dama, por esquiva,
no hay que dejarla,
que en el hierro más duro
más se machaca;
y golpe á golpe
aun la piedra más dura
blanda se pone.

Ya no hay Padre Santo en Roma,
ni en España cristiandad,
ni en las mujeres firmeza,
ni en los hombres lealtad.

—

Es la mujer en rigor
como manjar con veneno,
que lo dulce está por fuera
y lo amargo está por dentro.

—

Son las hembras arcas nuevas
con su cerraja y su llave;
por fuera están muy bonitas,
y por dentro... ¡Dios lo sabe!

—

Si la mar fuera de tinta
y el cielo fuera papel,
no se pudiera escribir
lo falsa que es la mujer.

—

Si la mar fuera de tinta
y el cielo de papel doble,
no se pudiera escribir
lo falsos que son los hombres.

—

La mujer que encuentre un hombre
fino, constante y leal,
llévelo por cosa rara
á la Historia Natural.

—

No te fíes de los hombres
aunque digan: «Bien te quiero;»
que en volviendo las espaldas,
si te he visto, no me acuerdo.

—

La mujer y la nave
son parecidas
en que con sólo el viento
las dos se guían:
y si tropiezan,
también son semejantes
en que se estrellan.

—

Son los hombres tan vanos
como las cañas,
y se ponen tan huecos
cuando los aman:
por inconstantes
ceden, como las cañas,
á cualquier aire.

La mujer es una nave
que á todo el mundo atropella;
muy poco del mundo sabe
aquel que se embarca en ella.

—

Comparadilla la tengo
la mujer con la tormenta;
después que pierden á un hombre,
luego le dan la contenta.

—

Como maestra en amores,
pondré un letrero en mi escuela:
«Nadie se fíe de hombres,
porque á lo mejor la pegan.»

—

Si de mujeres te prendas,
darás fin á tu caudal;
no hay cosa que valga menos,
ni cosa que cueste más.

—

Cuando un hombre está queriendo,
solicita y galantea;
y así que logra su intento,
aborrece, olvida y niega.

—

Cuando intentan las mujeres
conquistar algún galán,
humildes se manifiestan;
pero después... ¡Dios dirá!

—

¡Qué triste que va la luna
y el lucero en su compañía!
¡Qué triste se queda un hombre
cuando una mujer lo engaña!

—

De sepulcro en sepulcro
voy preguntando
cuál es el primer hombre
que murió amando.
Me dijo uno:
«Mujeres, á millares;
hombre, ninguno.»

—

Es la mujer lo mismo
que leña verde:
resiste, gime, llora
y al fin se enciende.
Luego, encendida,
ni resiste, ni llora:
sólo suspira.

Como encuentres un hombre
sin un defecto,
ven á darme el aviso,
que aquí te espero;
pero me marcho,
porque ya es obra larga
la que te encargo.

—

El que suspira piensa
que así descansa,
y si es de amor, aviva
mejor la llama:
se inflama el pecho,
y cuanto más suspira,
toma más cuerpo.

—

En suspiros no fíes,
que no es prudente
fiarse de una cosa
que es aire leve;
yo he conocido
amantes que han durado
lo que el suspiro.

—

Cuando el suspiro es aire
y amor es fuego,
lo reprimo en el alma
por no encenderlo:
porque esta llama,
una vez encendida,
tarde se apaga.

—

Si un afligido pecho
no suspirara,
el rigor de su pena
lo devorara:
que los suspiros
no son la menor parte
para el alivio.

—

Jugadores y amantes
son gente rara,
pues nunca están contentos
con lo que ganan:
riñen si pierden,
y si alguna vez ganan,
ganar más quieren.

¡Qué bien se aman los novios
cuando hacen ambo!;
mas cuando ya hacen terno
les lleva el diablo:
¡extraño juego,
donde con más guarismos
se gana menos!

—

Para olvidar amando
no hay otro medio
que nuevo amor, ó puesta
tierra por medio:
que estando ausente,
se olvida lo pasado
por lo presente.

—

Caminaba la ausencia
por un camino,
y el olvido seguía
sus pasos mismos:
que es consiguiente
que el olvido á la ausencia
la siga siempre.

—

Todo aquel que ama mucho
vivirá poco;
pero aunque mucho viva,
se le hará un soplo:
favorecido,
las horas son minutos,
horas los siglos.

—

Todos dicen que aman,
todos que adoran,
pero todos olvidan
cuando no logran;
y en tal mudanza,
los hombres y mujeres
todos se igualan.

—

Quien desconfía agravia
al dueño amado,
pero muchos se pierden
desconfiados.
No descuidarse,
que tal vez el más listo
suele engañarse.

Si la pasión te ciega,
mira primero
dónde pones los ojos,
no llores luego:
los ojos abre,
mira que cuando acuerdes
ya será tarde.

—

El que quisiere, amando,
vivir sin pena,
debe tomar el tiempo
conforme venga:
quiera querido,
y cuando le desprecien,
haga lo mismo.

—

Si las mujeres tuvieran
la libertad de los hombres,
á los caminos salieran
á robar los corazones.

—

El amor que siente el hombre
es como la leña verde,
que llena la casa de humo
y luego desaparece.

—

El amor de las mujeres
es como día nublado,
que tiene más pareceres
que leyes un abogado.

—

El amor de las mujeres
suele ser como el del perro,
que aunque le sacudan palos,
nunca desampara al dueño.

—

A la mujer la comparo
con el águila real;
en acercándose á ella,
ella se remonta más.

—

Las mujeres son ladronas
que les quitan á los hombres
la luz del entendimiento,
aunque la razón les sobre.

—

La palabra de los hombres
es como la caña vana,
que de lo que dicen hoy
ya no se acuerdan mañana.

Como el amor te tome
muy de su cuenta,
despedirte ya puedes
de la prudencia:
porque es un loco,
y en entrando en la casa
lo enreda todo.

—

El carácter del hombre,
si bien se advierte,
no es el que manifiesta
cuando pretende:
que, en tales casos,
el soberbio es humilde
y el necio sabio.

—

Aunque me digan la fea,
no me tengo de enfadar,
porque siempre la más fea
se lleva el mejor galán.

—

Todo el hombre que no cae
á los primeros revuelos,
en llegando á veinticinco
necesita lazo nuevo.

—

Todo el que quiere casarse
ajusta la cuenta alegre;
luego, después de casado,
la repasa y no la entiende.

—

Perlita, cásate á gusto,
que tus padres morirán;
no vendrán del otro mundo
á ver si lo pasas mal.

—

Cásate, bella madama,
y te dirán parabienes,
y luego irás á comer
á tu casa, si la tienes.

—

Cásate, Juan, en domingo,
lunes estarás casado,
y el martes preguntarás
dónde dan el pan fiado.

—

No quieras casa caída,
ni paredes derrumbadas,
ni casamiento á disgusto:
donde no hay gusto, no hay nada.

El hombre que se casa
por el dinero
no mira la cadena
que se echa al cuello:
que mujer rica
es bruto que no sufre
freno ni brida.

La que hiciere almoneda
de sus favores,
mire que ha de fiarlos
al que los compre:
porque el secreto
ha de correr de cuenta
del pregonero.

«Si no me quieres, me mato,»
dicen unos ojos negros;
y dicen unos azules:
«Si no me quieres, me muero.»

—

Cuando dos quieren á una
y los dos están presentes,
el uno cierra los ojos
y el otro aprieta los dientes.

—

Cuando uno quiere á una
y esta una no le quiere,
es lo mismo que si un calvo
se encuentra en la calle un peine.

—

Cuando en la calle se encuentran
personas que se han querido,
ó se les muda el color,
ó se les quita el sentido.

—

¿Qué harán dos que amando se hallan
heridos de una centella?
Ella de vergüenza calla,
y él calla de temor de ella.

Anoche soñé un ensueño,
que yo tengo por verdad:
en estando un hombre ausente,
otro ocupa su lugar.

—

El que se retira y vuelve
no tiene ningún delito,
que el águila se remonta
y vuelve á su mismo sitio.

—

El amor que se va y vuelve
lo tengo yo comparado
con los niños de la escuela,
que siempre van disgustados.

—

¡Qué bien dijo aquel que dijo,
quejándose de los celos:
—No hay cosa para el olvido
que otro amor, ó tierra en medio!

—

Al que lo quieren de balde
no venga pidiendo celos,
que harto favor se le hace
con quererlo pelo á pelo.

Amor resucitado
yo no lo quiero,
porque siempre á mortaja
me estará oliendo;
y yo me asusto
con las cosas que vienen
del otro mundo.

—

Una me dijo que sí,
otra me dijo que no;
la del sí quería ella,
la del no quería yo.

—

Cuando se ve que van juntos
una mujer con un hombre,
les han de achacar aquello
que cada cual se supone.

—

Compadre que á su comadre
no le dice adónde va,
no es compadre ni es comadre,
ni se tienen voluntad.

—

Una mujer fué la causa
de la perdición primera:
no hay perdición en el mundo
que por mujeres no venga.

—

Quien se fíe de las hembras
y en sus halagos creyere,
si no se ahorcase á sí mismo,
será porque ellas lo hicieren.

—

No te fíes de los hombres
aunque lloren á tus plantas,
que son como los pepinos,
que vienen á temporadas.

—

No te fíes de los hombres
que tienen poca firmeza
y se mudan la camisa
lo mismo que las culebras

—

No te fíes de mujeres
aunque las veas llorar,
que con sus lágrimas riegan
las calabazas que dan.

Al hombre falso y sin ley
trátalo con segundilla;
por si acaso te echa el rey,
juégale tú la malilla.

—

El que de una dama bella
quisiera ser bien querido,
que haga poco caso de ella,
que yo lo tengo advertido.

—

Más quisiera en una plaza
á un toro bravo esperar,
que no á una mujer que diga:
¿qué cuidado se me da?

—

La que quiere ser amada
sin tener correspondencia,
quiere conservar el fuego
sin la pensión de echar leña.

—

La niña que tiene uno
y pretende tener dos,
se quedará sin ninguno,
que así lo dispone Dios.

—

La dama que quiere á dos
no es tonta, que es advertida:
si una vela se le apaga,
otra le queda encendida.

—

La mujer que se enamora
de la ropa y no del hombre,
no tiene vergüenza en cara,
porque la ropa se rompe.

—

Si, á pesar de desdenes,
dura el afecto,
pasión es incurable
y amor perfecto.

—

Quien ama y no se explica,
sin duda es muerto;
pues sabiendo la causa,
calla el remedio.

—

No fíes en amores,
que es desvarío
tener seguridades
de otro albedrío.

No por antecedentes
amor infieras,
que suelen salir falsas
las consecuencias.

—

Si acaso saber quieres
si dos se aman,
repara si se miran
más que se hablan.

—

No quiero amor con casada,
que me ha dicho una viuda
que á quien de ajeno se viste
en la calle lo desnudan.

—

No quiero más amistades,
quiero seguir mi opinión,
que de pasión con extremos
resulta una perdición.

—

Si se te apaga el cigarro,
no lo vuelvas á encender;
si te despide la novia,
no la vuelvas á querer.

—

No te enamores, serrana,
de niño de poca edad,
que como le falta el tiempo,
le falta la voluntad.

—

No te enamores, mi niña,
de mocito forastero,
que en volviendo las espaldas,
si te he visto, no me acuerdo.

—

No elijas mujer ni tela
á la luz artificial,
porque la una y la otra
grandes chascos suelen dar.

—

Es amor una senda
tan sin camino,
que el que va más derecho
va más perdido.

—

El amor es un fuego
cuya materia,
cuanto más se consume,
más se fomenta.

A los hombres de ahora
quererlos poco,
y en ese poco tiempo
volverlos locos:
porque los hombres,
en viéndose queridos,
no corresponden.

—

Nadie de amor se burle,
y en mí escarmiente,
porque el amor se burla
de sus rebeldes;
que yo me acuerdo
que desprecié sus grillos
y ahora los beso.

—

El más sabio se atribula;
quien tiene razón, la pierde;
prevarica del sentido
aquel que quiere y no puede.

—

Es tanto lo que apasiona
una muchacha bonita,
que al hombre de más valor
el corazón le palpita.

—

No creas en ofertas
de los amantes,
que son como en borrasca
los navegantes;
dan mil palabras,
y las olvidan luego
que desembarcan.

—

Huye de amor, si quieres
tener sosiego:
mira que son pesados
todos sus juegos;
y si te coge,
nunca podrás librarte
de sus prisiones.

—

Llora, gime, suspira,
siente, y al cabo
lo que logra un amante
son desengaños:
que al menor soplo
se convierten en humo
de amor los logros.

Nadie se ponga á querer,
que el querer quita el sentido:
lo digo por experiencia,
porque á mí me ha sucedido.

—

Los amantes parecen
á los ladrones,
que buscan á escondidas
las ocasiones.

—

Cuando dos se quieren bien,
con los ojos se saludan;
que también los ojos hablan
cuando la lengua está muda.

—

A toda mujer que vieres
amarilla y con ojeras,
no le preguntes qué tiene,
porque es que quiere de veras.

—

A aquel que quiere de veras
un tiro le habían de dar;
ni come, ni bebe á gusto,
ni lo dejan sosegar.

—

Una vela se consume
á fuerza de mucho arder;
así se consume un hombre
al lado de una mujer.

—

Esperar y no venir,
querer y que no lo quieran,
acostarse y no dormir,
¿cuál será la mayor pena?

—

A la luz de la razón
he venido á conocer
que son fatigas de muerte
el querer y no poder.

—

Es amor una rueda
que nunca para;
á unos los sube mucho
y á otros los baja.
Tengan cuidado,
porque tiene esta rueda
muchos rodando.

Amor es una escuela
de desengaños,
que en ella siempre aprenden
aun los más sabios;
pero aunque aprendan,
ciegos en sus pasiones,
nunca escarmientan.

—

«Amor es un enredo,»
dicen los sabios;
pero yo veo á muchos
muy enredados:
de lo que infiero
que son muy dulces lazos
los de este enredo.

—

Yo le he preguntado á un sabio
cómo se olvida un querer;
el sabio me ha contestado:
«No hay cosa como no ver.»

—

Las suelen llamar flacas
á las mujeres;
más flacos son los hombres,
que ellas los vencen:
y á vencer una
no bastan muchos hombres
si ella no gusta.

—

La que fíe de un hombre
debe primero
hacer de él experiencias
un siglo entero:
y aun puede al cabo
que el que parezca bueno
le salga malo.

—

Que los tiempos se mudan,
dicen, y mienten;
los tiempos no se mudan,
que son las gentes:
y esta sentencia
les comprende á los hombres
más que á las hembras.

—

Pedernal que no echa lumbre
y cuchillo que no corta,
y el amor que no es constante,
que se pierdan poco importa.

Amor con amor se paga,
y con otra cosa no;
lo que no tuviere cuenta,
olvidarlo es lo mejor.

—

Pasan las dichas del mundo,
pasa la vida y el tiempo;
lo que no pasa jamás
es el amor verdadero.

—

Amores de largo tiempo
¡qué malos de olvidar son,
porque han echado raíces
en medio del corazón!

—

Una pena quita pena,
un dolor quita dolor,
un clavo saca otro clavo,
pero amor no quita amor.

—

No ama mucho quien lo dice,
sino quien mucho padece,
porque amor sin penas y obras
de amor sólo el nombre tiene.

—

Desde aquel primer instante
que abre el corazón sus puertas,
aunque las burle un amante,
las suele tener abiertas.

—

Alza la voz, pregonero,
y en el primer renglón di:
«No hay plazo que no se cumpla,
ni amor que no tenga fin»

—

Aquel si viene ó no viene,
aquel si sale ó no sale,
en los amores no tiene
contento que se le iguale.

—

Amantes que siempre riñen
y que jamás escarmientan,
en llegando á conformarse,
¡Dios nos la depare buena!

—

Los amantes y la luna
son en todo semejantes:
entran en cuarto creciente,
salen en cuarto menguante.

Yo crié en mi rebaño
mansa cordera,
que de tanto mimarla
se volvió fiera:
que las mujeres,
á fuerza de mimarlas,
fieras se vuelven.

—

Quien cariño en mujeres
pusiere loco,
pierde mujer, cariño,
lo pierde todo:
que las mujeres,
mientras más las queremos,
menos nos quieren.

—

Quien camina de prisa,
poco adelanta,
que nada se hace bueno
con prisa tanta:
pues se ha notado
que el que va más de prisa,
va más despacio.

—

Si enfermedades llamas
á mis consejos,
la salud que tú tienes
tener no quiero:
cura tus males
con lo mismo que llamas
enfermedades.

—

Colíganse por plantar
un ambicioso proyecto
las dos potencias mayores,
voluntad y entendimiento.

—

La naturaleza humana,
según por sus hijos veo,
creó gigante el deseo
y la posesión enana.

—

La misma resistencia
la mujer tiene
que una gasa prendida
con alfileres.

—

Píldoras y verdades,
cuando no agradan,
se doran; que con oro
todo se traga.

Mañanita de San Juan
cuajan la almendra y la nuez:
también cuajan los amores
cuando dos se quieren bien.

—

De los sabios de este mundo
aquel que supiere más
mételo tú en el querer,
lo verás prevaricar.

—

Conocí á un hombre de bien,
tan cabal como el reloj,
que se metió en el querer
y en un hospital murió.

—

Las mujeres y el vino
son semejantes:
con el aire solano
suelen picarse;
aunque se hallan
muchas que á todos aires
están picadas.

—

Si en los hombres no hubiera
extravagancias,
las feas vivirían
sin esperanza.

—

Todo hombre que se casa
se parece al caracol,
que se echa la casa á cuestas
con más fatigas que Dios.

—

Es amor un comercio
de tantas quiebras,
que en él aquel que gana
perdido queda;
y al fin y al cabo,
si hay alguna ganancia,
la lleva el diablo.

—

Aunque amor es oficio,
no tiene examen,
porque viejos y niños
todos lo saben;
y en sus talleres
las mejores lecciones
dan las mujeres.

Es el amor pescado,
y en su comida
encuentran los amantes
muchas espinas;
pero las pasan
por los dulces bocados
que á veces hallan.

—

Ya no son los amores
como eran antes,
que eran adoraciones
de los amantes:
porque las damas
pasaron de divinas
á ser humanas.

—

Es el amor un bicho
que, cuando pica,
no se encuentra remedio
ni en la botica;
porque sus males,
si el cura no los cura,
son incurables.

—

Es el amor un monte
muy elevado,
y á la cumbre se sube
con gran trabajo;
y estando arriba,
es peligrosa y fácil
cualquier caída.

—

El amor es una cosa,
¡Dios nos libre y Dios nos guarde!,
que hace perder los sentidos
al que los tiene cabales.

—

El amor es un bichito
que por los ojos se mete,
y en llegando al corazón,
da fatiguillas de muerte.

—

El amor es como el niño,
que se enoja y tira el pan,
y en haciéndole cariños,
calla y lo vuelve á tomar.

—

Entra el amor por los ojos,
se deposita en el pecho,
le alimentan los oídos
y le matan los desprecios.

J. García Ramos dibujó

Nace amor como una planta
en amante corazón,
lo alimenta la esperanza,
después lo seca el rigor.

—

Los primeros amores
son los que privan,
aunque algunos autores
lo contradigan.

—

La pasión oprimida
es como el rayo:
cuanta más resistencia,
mayor estrago.

—

Amores escondidos
por tiempo largo,
si en tragedia no acaban,
será milagro.

—

Entre ceniza envuelta
la lumbre vive:
cuanto más retirado,
amor más firme.

—

Carbón que ha sido lumbre
tengo entendido
que luego, á poco soplo,
queda encendido.

—

¿De qué sirve la riña
de dos amantes,
cuando están reventando
por hacer paces?

—

Las palabras amorosas
son las cuentas de un collar:
en saliendo la primera,
salen todas las demás.

—

La mujer que sale mala,
ni reñirle ni pegarle;
agarrarla de la mano
y llevársela á su madre.

—

A aquella mujer que quiere
mandar más que su marido,
Santo Cristo del garrote,
leña del Verbo divino.

Los primeros amores
no sé qué tienen;
se meten en el alma,
salir no pueden.

—

La que con muchos trata
y es retrechera,
quedará para tía
aunque no quiera:
cuadre ó no cuadre,
sólo si fuera monja
le dirán madre.

—

El médico me receta,
viendo que es mi mal de amor:
onza y media de escarmiento,
y de desengaño dos.

—

Yo le pregunté á un casado:
-- Casado, ¿cómo te va?
Y él me respondió: – Soltero,
cásate tú y lo verás.

—

Si fueres á buscar novia,
que no sea en romería,
sino en casa de su padre,
con ropita de aquel día.

—

¿Fuiste tú la que dijiste
que no te casabas nunca?
No hay San Martín que no llegue,
ni plazo que no se cumpla.

—

Cásate y tendrás mujer,
si es bonita, que guardar;
si es fea, que aborrecer;
si es rica, que contentar;
si es pobre, que mantener.

—

Aprovecha el tiempo, niña,
y no juegues con la suerte;
que la vejez viene luego,
y luego viene la muerte.

—

Con su capa el torero
maneja el bicho,
y la mujer al hombre
con su abanico.

Cupido, como niño,
hizo diabluras,
y ahora todos pagamos
sus travesuras.

—

No la busques bonita,
porque á lo hermoso,
como á la miel las moscas,
rondan golosos;
y algunas veces
pueden pegarse algunos
que te la peguen.

—

No te cases, no te cases,
mantente siempre mocita,
que la rosa en el rosal
siempre está coloradita.

—

La fundación del querer
no tiene comparación;
que le parece al que ama
que lo suyo es lo mejor.

—

El amor del forastero
es como la golondrina,
que así que llega el verano
á su tierra se encamina.

—

Todos quieren á la Antonia;
Antonia no quiere á nadie;
á lo mejor quedará
como el pájaro en el aire.

—

No quiero que me dé nadie
valía de un alfiler,
porque todo en este mundo
se da por el interés.

—

Porfía, y conseguirás
del amor lo que quisieres;
no son duros pedernales
los pechos de las mujeres.

—

Quien ganar solicite
de amor la palma,
gaste poco cariño,
buenas palabras;
porque las hembras,
más que cariño, quieren
palabras buenas.

Se levanta el rey furioso,
toma la pluma y escribe,
y en el primer renglón pone:
«Quien tiene amores no vive.»

—

Dejad llorar á las nubes,
dejad alumbrar al sol,
dejad al viejo quejarse
y al mozo gozar su amor.

—

Todas las mañanas voy
á preguntarle al romero
si el mal de amor tiene cura,
porque yo de amores muero.

—

El mal de amor tiene cura
en sabiéndolo curar,
en queriendo ó no queriendo
olvidar ó no olvidar.

—

Al hombre que se enamora
y tiene poca prudencia
le vienen luego á dejar
á la luna de Valencia.

—

Por más que reine el cariño,
en llegándose á perder,
no es fácil que se recobre
si Dios no pone el poder.

—

El amor es un pleito;
pero en su audiencia
las mujeres son parte,
y ellas sentencian;
y aunque lo ganen,
condenados en costas
los hombres salen.

—

El que fuere majo y pobre
no busque mujer bonita,
porque en medio de sus gustos
viene el rico y se la quita.

—

El amor que se oculta
bajo el silencio,
hace mayor estrago
dentro del pecho;
porque sus llamas,
como no hallan salida,
queman el alma.

MADRES É HIJOS

Déjame rezar un Credo
en aquesta losa fría
donde descansan los restos
de la pobre madre mía.

—

Cuando murióse mi madre,
yo los ojos le cerré,
y la pobre, agradecida,
lloró por última vez.

—

Tengo un bello pajarito
que canta mejor que un ángel;
es una cuna su jaula,
y llama á mi esposa «madre.»

—

A los niños que duermen
Dios les bendice,
y á aquellos que son malos
les da lombrices.

—

Mi niño se va á dormir,
¡ojalá fuera verdad
y le durara el sueñito
tres días como á San Juan.!

—

Duérmete, niño chiquito,
duérmete y no llores más,
que se irán los angelitos
para no verte llorar.

—

Ya se me murió mi madre,
ya quedó el mundo vacío;
por eso va el viento lleno
de los suspiritos míos.

«No hay ninguna mujer buena,»
iba á decir ayer tarde:
de pronto volví los ojos
y vi venir á mi madre.

—

No llores, que es tontería:
nunca pasé yo una pena
mientras mi madre vivía.

—

El hombre que no se aflige
cuando llora una mujer,
ni ha conocido á su madre,
ni sabe lo que es querer.

—

¿Cómo quieres que tenga
gusto y contento;?
Casadita de un año,
mi niño muerto.

—

La mano me duele
de tanto llamar,
y me ha respondido la madre del alma
á la *madrugá*.

¡Ay soledad, soledad,
soledad triste de mí;
no tengo padre ni madre,
ni quien se acuerde de mí!

—

Ya se me murió mi madre;
ya no tengo quien me diga:
– Hijito, que Dios te ampare.

El rosal cría la rosa,
la clavellina el clavel,
la madre cría á su hija
y no sabe para quién.

—

Con sentimiento lloraba
buscando la madre mía:
¿dónde volveré á encontrar
madre como la perdida?

—

A mí no me quiere nadie:
las madres son las que quieren,
y se me murió mi madre.

—

Se murió la madre mía;
ya no hay en el mundo madres:
¡madre la que yo tenía!

—

Cuando te veo llorando,
me dan ganas de reir:
quien tiene madre y se queja
no es hombre, que es un mandil.

No me llores, que es tontuna:
ninguno pasa trabajos
mientras su madre le dura.

—

Hay dos cosas en el mundo
que no pueden olvidarse:
el primer amor del alma
y el cariño de una madre.

—

Dos besos tengo en el alma,
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te dí.

—

Salí al campo y le recé
á la *Soléá* una salve,
y luego la encomendé
por el alma de mi madre.

—

Si los muertos revivieran
á fuerza de valentías,
levantara yo á mi padre
aunque perdiese la vida.

—

Penas *tié* mi *mare,*
penas tengo yo
y las que más siento *son las e mi mare,*
que las mías no.

—

Comparito mío,
diga usté á madre
que por los ojitos que en la cara tiene
no me desampare.

—

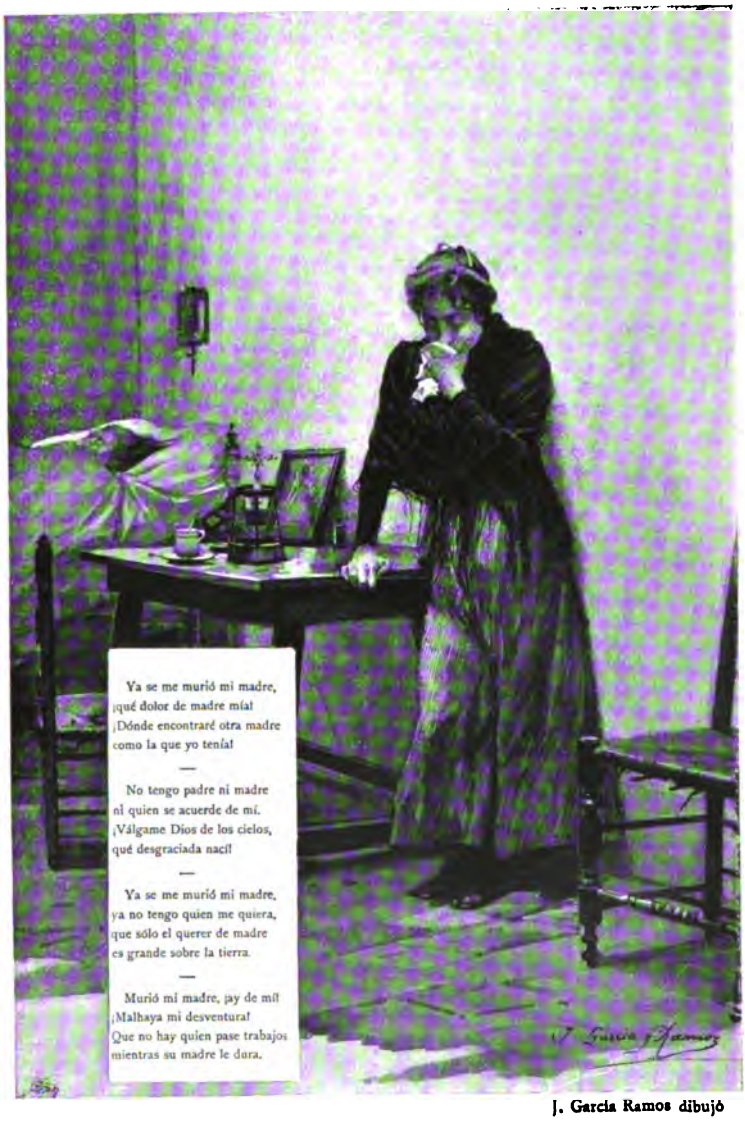
No tengo padre ni madre,
¿á quién me arrimaré yo?
Me arrimaré á un arbolito
que eche fruto y no eche flor.

—

Ya se me murió mi madre,
y una camisa que tengo
no tengo quien me la lave.

—

Tos los cementerios
los traigo yo *andaos:*
la *seportorita* de mi pobre *mare*
yo no la he *jayao.*



J. García Ramos dibujó

Si supiera *er* sitio
aonde la enterraron,
yo sacaría *tos* sus *güesesitos*
para embalsamarlos.

—

En Puerta de Tierra,
en aquel rincón
están los huesos de la madrecita.
de mi corazón.

—

Maresita mía,
¡qué buena gitana!,
de un *peasito* de pan que tenía,
la mitad me daba.

—

Si cual tengo padre
tuviera yo madre,
no andarían esos hermanitos
sin calor de nadie.

—

Si la madrecita mía
levantara la cabeza,
viera lo que estoy pasando
de fatigas y de penas.

—

Quien tiene madre y se queja,
no debe escucharle nadie,
que no hay pena sin consuelo
para aquel que tiene madre.

—

Dos cosas grandes tenemos,
y fuera de ellas no hay más:
una madre aquí en la tierra
y un Dios en la eternidad.

—

Ya murió la que yo amaba,
ya murió la madre mía:
quien pierde el amor de madre,
pierde todo en esta vida.

—

¡Jesús, qué fatigas tengo!
La madre de mis entrañas
de pena se está muriendo.

—

Queditos los golpes,
queditos, por Dios,
porque está mala la madre de mi alma,
de mi corazón.

Estos sí que son tormentos:
mi padre malo en la cama,
mi hermano mayor se ha muerto.

—

Lo pedí llorando,
¡oh Virgen del Carmen!
la *salusita* que á mí me sobra
dádsela á mi padre.

—

Diga *usté* á mi madre
si no echa de menos
aquel hijo suyo de las sus entrañas
cuando está comiendo.

—

El cielo vistió de luto,
la tierra se echó á temblar,
porque se ha muerto mi madre
y no la vuelvo á ver más.

—

Deja que la bese,
déjamela ver
á mi madrecita, madrecita mía,
por última vez.

—

En el Hospital
me dijo mi madre:
«Ahí te quedan dos hermanos chicos,
no los desampares.»

—

Jincarse e rolyas,
que ya viene Dios:
va á recibirlo la madre de mi alma,
de mi corazón.

—

N' el hospitalito
á manita *erecha*
ayí tenía la *madrita* mía
la camita *jecha*.

—

Me dijo mi *mare*
con los *brazo ar cueyo:*
«Ahí te *quean* esos chorrecitos,
que mires por *eyos*.»

—

Yo preso en la trena,
malita mi madre:
el que hiciere caridad por ella,
que Dios se lo pague.

Por ver á mi madre diera
un dedito de la mano,
el que más falta me hiciera.

—

Sin querer pisé una flor
que en su sepultura estaba,
y de la flor salió un ¡ay!,
que se me clavó en el alma.

—

Aquel lucerito, madre,
que va detrás de la luna,
es el que á mí me acompaña
la noche que voy de tuna.

—

En la tumba de una madre
no hay una flor que seque
mientras exista un buen hijo
que con su llanto la riegue.

—

Se alberga en mi calabozo
una mariposa blanca:
es el alma de mi madre
que viene á enjugar mis lágrimas.

—

Ya no se acuerda mi madre
de la vida que me dió,
que me la encuentro en la calle
y no me dice ni «adiós.»

—

Si la madre de mi alma
viera lo que estoy pasando,
con lágrimas de sus ojos
las calles fuera regando.

—

Todito te lo consiento
menos faltar á mi madre,
que una madre no se encuentra
y á ti te encontré en la calle.

—

Cada vez que me acuerdo
de aquellos besos de la madre mía,
loquito me vuelvo.

—

Anda y déjame llorar,
que se me ha muerto mi madre
por toda la eternidad.

Aquel que no tenga madre,
que no pare de llorar:
para llorarla son pocas
las gotitas de la mar.

—

La Vigen de Regla,
ya se lo he rogado,
que me libre un hermanito mío
de salir soldado.

—

Cuando se murió mi madre,
grandes penitas pasé:
con lágrimas de mis ojos
su sepultura regué.

—

Sepurtorerito,
toma esa *monea*,
ábreme la fosa donde está mi *mare pa* que yo la vea.

—

Yo me asomo á la muralla
y á voces llamo á mi madre:
viendo que no me responde,
llamo á la Virgen del Carmen.

—

Doblan las campanas,
doblan con dolor,
como que se ha muerto hoy la madre mía
de mi corazón.

—

Un beso di en una tumba
y la tumba se movió:
era que allí dentro estaba
la madre que me parió.

—

Ya mi padre se murió,
soy hijo y debo llorar:
un bien como el que he perdido
no lo volveré á encontrar.

—

Hermanita de mi vida,
padre y madre se murieron:
ya nos quedamos los dos
á la clemencia del cielo.

RELIGIOSOS

En Belén tocan á fuego,
del portal salen las llamas,
porque dicen que ha nacido
el Redentor de las almas.

—

Por divino adoro á Dios,
y lo admiro por perfecto,
por bondadoso le amo,
por justiciero le temo.

—

Yo no le temo á la muerte
aunque la encuentre en la calle,
que sin licencia de Dios
la muerte no mata á nadie.

—

Yo no le temo á la muerte,
que morir es natural:
lo que temo es á la cuenta
que á mi Dios tengo que dar.

¿Quieres vivir sin afanes?
Deja la bola rodar,
que lo que fuere de Dios
á la mano se vendrá.

—

Tienes la cara alegre,
difunta el alma,
porque no te confiesas
como Dios manda.

—

Sufre con ánimo igual,
alma, lo que más lastima,
que la más áspera lima
limpia mejor el metal.

—

Para bailes y fiestas
siempre estás lista,
pero muy perezosa
para ir á misa:
¡fuerte desgracia
es dejarlo que anima
por lo que mata!

—

Clérigos y confesores,
obispos y cardenales,
en el tribunal de Dios
todos seremos iguales.

—

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo.

—

Acuérdate, pecador,
que tu vida es una luz
y que te puedes morir
antes de decir «¡Jesús!»

Desde el día en que nacemos,
á la muerte caminamos;
no hay cosa que más se olvide
y que más cierta tengamos.

—

Ya me están amortajando,
ya para mí llegó el fin:
me están ajustando cuenta
de todo mi mal vivir.

—

Dicen que la golondrina
tiene la pechuga blanca,
y yo digo que María
fué concebida sin mancha.

—

Mi madre con gran ternura
me pregunta que á quién quiero;
yo le digo:—Madre mía,
á la Reina de los cielos.

—

Pajarita de las nieves
que vas al monte Calvario,
llévale ese ramillete
á la Virgen del Rosario.

—

La Virgen de los Dolores
quiere mucho á los Manueles,
porque se llama su Hijo
Manolito de los Reyes.

—

¡Ay Virgen de los Remedios,
Madre de los afligidos,
los trigos se van secando,
manda tu santo rocío!

—

Dicen que me han de matar
y me han de llevar al campo:
¡Virgen de la Soledad,
tapadme con vuestro manto!

—

Allá en el río Jordán
bautizaron á una dama
y le pusieron por nombre
María, la flor de España.

—

Hermosa como ninguna,
Purísima Concepción,
á los pies tienes la luna,
sobre la cabeza el sol.

San Antonio bendito,
ramo de flores,
á las descoloridas
dales colores.

—

La primera verbena
que Dios envía
es la de San Antonio
de la Florida.

—

Aunque te llamen María,
nunca lo tengas á menos,
porque María se llama
la que es Reina de los cielos.

—

Bendita seas, María,
porque tú bendita eres
en el cielo y en la tierra
y entre todas las mujeres.

—

Eres de la mar Estrella,
del cielo divina Escala,
Emperatriz de los cielos,
de los hombres Abogada.

—

¡Viva el coro celestial,
viva Dios, que lo mantiene,
viva la Virgen María,
que es Reina de las mujeres!

—

En lo más alto del cielo
se pasea una Doncella,
que se llama Encarnación
porque Dios encarnó en ella.

—

San José tenía celos
del preñado de María,
y en el vientre de su Madre
el Niño se sonreía.

—

La Virgen va caminando
por los montes de Judea,
Santa Isabel la recibe
en su casa placentera.

—

San José mira á la Virgen,
la Virgen á San José,
el Niño mira á los dos
y se sonríen los tres.

Bendita la Virgen pura,
que es relicario de amor,
porque lleva en sus entrañas
tan soberano Señor.

—

Santa Ana parió á la Virgen,
Santa Isabel á San Juan,
y la Virgen parió á Cristo
la noche de Navidad.

—

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

—

Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir,
que está la Virgen de parto
y á las doce ha de parir.

—

Esta noche ha de nacer
Manolito de Jesús,
para morir por el hombre
enclavado en una cruz.

—

La Virgen iba á Belén,
le dió el parto en el camino,
y entre la mula y el buey
nació el Cordero divino.

—

En un portalito obscuro,
llenito de telarañas,
entre la mula y el buey
nació el Redentor de almas.

—

Nochebuena y paridita
pocas la suelen tener:
la Virgen la tuvo buena,
Nochebuena y varón fué.

—

Esta noche nace el Niño
entre la paja y el hielo:
¡quién pudiera, Niño mío,
vestirte de terciopelo!

—

En el portal de Belén
nació un clavel encarnado,
que por redimir al mundo
se ha vuelto lirio morado.

Esta noche no dormimos,
que es la santa Nochebuena
y tenemos que llevarle
á María la enhorabuena.

—

Este rey niño, Jesús,
de los cielos baja acá,
siendo su real comitiva
María y José no más.

La Virgen se está peinando
al pie de Sierra Morena:
los cabellos son de oro
y las manos de azucenas.

—

Por los campos del Oriente
sale, dando envidia al sol,
la más bella criatura
que de mujeres nació.

—

A las doce de una noche
que más feliz no se vió,
nació en un Avemaría,
sin romper el alba, el Sol.

De la sacristía sale
un clérigo revestido
á darle la enhorabuena
al Niño recién nacido.

—

En el portal de Belén
hay estrellas, sol y luna:
la Virgen y San José,
y el Niño que está en la cuna.

—

Un pastor comiendo sopas
en el aire divisó
un ángel que le decía:
«Ya ha nacido el Redentor.»

—

Pastores, venid, venid,
veréis lo que no habéis visto,
en el portal de Belén
el nacimiento de Cristo.

—

Los pastores daban saltos
y bailaban de contento,
al par que los angelitos
tocaban los instrumentos.

—

Los pastores que supieron
que el Niño estaba en Belén
se dejaron las ovejas
y apretaron á correr.

—

Un pastor que por correr
se le cayó la montera,
en medio de aquellos campos
enseñó la calavera.

—

Los pastores y zagalas
caminan hacia el portal,
llevando llenos de frutas
los cestos y el delantal.

—

Los pastores que supieron
que el Niño ha nacido ya,
al momento le cubrieron
de flores todo el portal.

—

Los pastores que supieron
que el Niño comía uvas,
hubo pastor que le trajo
cien canastos de granuja.

Los pastores de Belén
todos juntos van por leña
para calentar al Niño
que nació la Nochebuena.

—

Los pastores no son hombres,
que son ángeles del cielo,
que en el parto de la Virgen
ellos fueron los primeros.

—

A Belén tengo que ir
aunque me riña mi amo,
que yo también quiero ver
á ese Niño soberano.

—

¡Ay, ay, ay, qué niño tan rubio!,
¡ay, ay, ay, qué gordito está!,
¡ay, ay, ay, qué madre que tiene!
Carrasclás, carrasclás, carrasclás

—

Todos le llevan al Niño,
yo no tengo qué llevarle;
las alas del corazón,
que le sirvan de pañales.

—

Todos le llevan al Niño,
yo también le llevaré
una torta de manteca
y un jarro de blanca miel.

—

Tomad ese capillito,
hecho de flores está,
para abrigar la cabeza
de ese Niño celestial.

—

Una pandereta suena,
yo no sé por dónde va,
camina para Belén
hasta llegar al portal.

—

Al ruïdo que llevaba,
el Santo José salió:
«No me despertéis al Niño,
que ahora poco se durmió.

»Lo ha dormido entre sus brazos
aquella que lo parió,
y su canto era tan dulce,
que pudo dormir á Dios »

Un soldadito ha llegado:
como el orbe goza paz,
se queda de centinela
á la puerta del portal.

—

La Virgen está lavando
y tendiendo en el romero,
los angelitos cantando,
y el romero floreciendo.

—

La Virgen quiso sentarse
al abrigo de un olivo,
y las hojas se volvieron
á ver al recién nacido.

—

Duérmete, Niño de cuna,
mientras voy por los pañales,
que están tendidos en rosas
y lavados en cristales.

—

La Virgen va caminando,
va caminando solita,
y no lleva más compaña
que el Niño de la manita.

—

En el portal de Belén
gitanillas han entrado,
y al Niño recién nacido
las mantillas le han robado.

—

Una gitana se acerca
al pie de la Virgen pura;
hincó la rodilla en tierra
y le dijo la ventura.

«Madre del Amor hermoso,
así le dice á María,
á Egipto irás con el Niño,
y José en tu compañía.

»Saldrás á la media noche,
ocultando al Sol divino;
pasaréis muchos trabajos
durante todo el camino.

»Os irá bien con mi gente,
os tratarán con cariño;
los ídolos, cuando entréis,
caerán al suelo rendidos.»

Mirando al Niño divino,
le decía enternecida:
«¡Cuánto tienes que pasar,
lucerito de mi vida!»

»La cabeza de este Niño,
tan hermosa y agraciada,
luego la hemos de ver
con espinas traspasada.

»Las manitas de este Niño,
tan blancas y torneadas,
luego las hemos de ver
en una cruz enclavadas.

»Los piececitos del Niño,
tan chicos y sonrosados,
luego los hemos de ver
con un clavo taladrados.

»Andarás de monte en monte
haciendo mil maravillas;
en uno sudarás sangre,
en otro darás la vida.

»Morirás en vera cruz
levantada en el Calvario,
que á tanto te obligará
ese tu amor extremado.

»La más cruël de tus penas,
te la predigo con llanto,
será que en tus redimidos,
Señor, hallarás ingratos.»

—

De Oriente salen tres reyes
para adorar al Dios niño;
una estrella los guiaba
para seguir su camino.

—

Quien quisiese comprar pan
más blanco que la azucena,
en el portal de Belén
la Virgen es panadera.

—

Cuando la Virgen fué á misa
al templo de Salomón,
el vestido que llevaba
era de rayos de sol.

San José era carpintero,
y la Vigen costurera,
y el Niño labra la cruz,
porque ha de morir en ella.

—

El Niño de María
no tiene cuna;
su padre es carpintero
y le hará una.

—

Manuel se llama Cristo,
¡qué dulce nombre!
¡Dichoso el que naciendo
Manuel le ponen!

—

José carpinterito,
me hueles á serrín,
á serrín de los cielos
me hueles tú á mí.

—

No hay hombre como Manuel,
ni mujer como María,
amor como amor de madre,
ni luz como la del día.

—

Mucho quiero á la Virgen
de los Dolores,
consuelo de los tristes
y de los pobres.

—

En lo alto del cielo
suenan clarines,
coronando á María
los serafines.

—

Los que van al rosario
no tienen frío,
que la Virgen María
les da su abrigo.

—

Los sacerdotes en misa
dicen: «Santo, santo, santo;»
los ángeles en el cielo
repiten el mismo canto.

—

Los sacerdotes en misa
dicen: *Ite, missa est;*
los ángeles en el cielo
dicen: *Deo gratias, amen.*

Si las ánimas benditas
fueran á pedir limosna,
hasta los reyes les dieran
los cetros y las coronas.

—

Si te quemas una mano,
¿qué dolor no pasarás?
Acuérdate de las ánimas
que en el Purgatorio están.

—

A las ánimas benditas
nadie les cierre la puerta;
con decirles que perdonen,
van las ánimas contentas.

—

A San Antonio le pido
que me dé conformidad,
que los bienes de este mundo
Dios los quita y Dios los da.

—

Labrador perezoso,
vístete aprisa,
que después del rosario
saldrá la misa.

—

Virgen de la Cabeza,
la morenita,
en el cerro más alto
tienes la ermita.

—

Virgen de la Foncalda,
¿cómo estáis sola,
entre montes y peñas,
como pastora?

—

Virgen de Consolación,
que estáis en ese castillo,
¡oh, quién tuviera su alma
donde vos tenéis el Niño!

¿Qué es aquello que reluce
por cima del Sacramento?
Será la Virgen María
que va por agua á los cielos.

—

Hermosa Virgen del Carmen,
vente conmigo á vivir,
mientras que los albañiles
componen tu camarín.

J. Garcia Ramos dibujó

La Virgen de Covadonga
tiene escalera de piedra;
bien la pudiera tener
de plata, si la quisiera.

—

Mientras que Anás preguntaba
á Jesús por su doctrina,
San Pedro á la lumbre estaba
entre muchos que allí había;
le conoció una criada
y le dijo: «Tú eres Pedro,
de la compaña de Cristo.
— Que yo me caiga aquí muerto
si á ese hombre nunca le he visto.»

—

Si San Pedro no negara
á Cristo como negó,
otro gallo le cantara
mejor que el que le cantó.

—

Míralo, por allí viene
el mejor de los nacidos,
atado de pies y manos,
con el cuerpo denegrido.

—

Ya vienen las tres Marías
con tres cálices de plata,
arrecogiendo la sangre
que Jesucristo derrama.

—

En el patio de Caifás
dijo nuestro amado Bien:
«Llorad por vuestros pecados,
hijas de Jerusalén.»

—

En la calle de Amargura
Cristo á su Madre encontró;
no se pudieron hablar
de sentimiento y dolor.

—

¿Qué es aquello que reluce
en aquel monte florido?
Es Jesús de Nazareth,
que con la cruz se ha caído.

—

Ya murió mi Padre amado,
ya murió mi Redentor;
ya murió, en la cruz clavado,
mi Dios, mi Padre y mi Amor.

El sol se vistió de luto
y la luna se eclipsó,
las piedras se quebrantaron
cuando el Señor expiró.

—

La tierra sintió su muerte
y los cielos se nublaron,
las sepulturas se abrieron,
los muertos resucitaron.

—

Es tan estrecha la cama
donde Jesucristo duerme,
que por no caber en ella,
un pie sobre el otro tiene.

—

En el monte Calvario
las golondrinas
le quitaron á Cristo
cientos de espinas;
los jilgueritos
á Cristo le arrancaron
los tres clavitos.

—

Alza los ojos y mira
ese Señor soberano:
si quieres arrepentirte,
el remedio está en tu mano.

—

Viva la Cruz, y viva
quien la venera;
viva el manso Cordero
que muere en ella.

—

No volvamos á ofender
á Cristo crucificado,
á Aquel que por nuestro ser
es tanto lo que ha pasado.

—

Anoche en el Sagrario
vi un Hombre muerto,
coronado de espinas
y el pecho abierto;
y al lado estaba
una Mújer divina
que lo adoraba.

—

Jueves Santo murió Cristo,
el Viernes se hizo el entierro,
Sábado resucitó,
Domingo subió á los cielos.

En el portal de Belén
hay una piedra redonda,
donde Cristo puso el pie
para subir á la Gloria.

—

En abril llueve bastante,
las aguas no son dañinas,
que las manda el Criador
para que salga la espiga.

—

El primer día de mayo,
en punto de mediodía,
á visitar los sembrados
salen Jesús y María.

Se paran de trecho en trecho,
les echan su bendición,
mandan que corran los vientos
para dar la granazón.

—

En llegando el mes de junio
me da mi Dios la licencia
para que pueda segar
de los campos la cosecha.

—

Por la voluntad divina,
la que á todos nos mantiene,
y la ayuda de los hombres,
son recogidas las mieses.

—

Al pie de Sierra-Nevada
tengo de hacer un convento,
todo de piedra labrada,
para el Santo Sacramento.

—

Todos los santos son buenos
y San Juan es el mejor,
porque ése tuvo la dicha
de bautizar al Señor.

—

San Francisco es más que Dios,
en cuanto á las llagas, digo,
que al santo se las dió Dios,
y á Dios se las dió un judío.

—

Los profetas y patriarcas
y los mártires queremos,
que son nuestros protectores
y de Dios los mensajeros.

– ¿Qué tienes con San Antonio.
que tanto te acuerdas de él?
– San Antonio está en el cielo,
¡quién estuviera con él!

—

Válganme San Agustín,
Santa Rita y Santa Clara,
y también válgame Aquel
que con el dedo señala.

—

El Sagrario está abierto,
vamos llegando,
que la mesa está puesta,
Dios convidando.

—

¿Quién sería la madre
que parió á Judas?
¡Qué hijos tan indignos
paren algunas.

—

A la Virgen del Carmen
quiero y adoro,
porque saca las almas
del Purgatorio.

—

Si fueres á confesar,
desamínate primero,
que confesión sin *desamen*
es leña para el infierno.

—

Si te vas á confesar,
no dejes ningún pecado,
que harás mala confesión
y morirás condenado.

—

Hazte guerra y tendrás paz,
ciega y hallarás la luz;
quieres Gloria, ama la Cruz;
sé sencillo y reinarás.

—

Nacer sin querer nacer,
sin quererlo padecer,
vivir sin querer vivir,
morir sin querer morir,
todos estamos sujetos,
porque Aquel que nos crió,
tan sólo para salvarnos
libre albedrío nos dió.

VIRGEN DEL PILAR

La Virgen del Pilar lleva
encima de su corona
dos claveles encarnados
del Padre Santo de Roma.

—

No hayas miedo que te arranquen
del altar donde te has puesto,
que tu pilar *tié* raíces
hasta debajo del Ebro.

—

Hoy salimos de parranda
los mozos de Zaragoza,
y á Ti cantamos primero
porque eres la mejor moza.

—

Ayer mi novia me dijo
antes de irnos á casar:
«¿Sabes de quién tengo celos?
De la Virgen del Pilar.»

—

Es la Virgen del Pilar
un tantico presumida:
para mirarse en el Ebro
tiene su templo en la orilla.

—

A la cabecera tengo
una Virgen del Pilar,
á la que yo me encomiendo
cuando estás en alta mar.

De las aguas de la tierra
la mejor es la del Ebro,
y la Virgen del Pilar
la mejor Virgen del cielo.

—

A la Virgen del Pilar
le he pedido que me quieras:
ya que no lo hagas por mí,
hazlo siquiera por Ella.

—

Aunque vengan más franceses
que arenas tiene la mar,
no han de entrar en Zaragoza
por la Virgen del Pilar.

—

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

—

Me enamoré de una moza,
buena, hermosa y muy formal;
pero le dí calabazas
por no llamarse Pilar.

—

Virgen del Pilar bendita,
que estás mirando la huerta,
no permitas que perdamos
la cosecha que nos resta.

¿Qué es aquello que reluce
encima del campanar?
¿Es estrella ó es lucero
ó es la Virgen del Pilar?

—

Ya bajamos de Torrero
de tomar la sanjuanada
y á la Virgen del Pilar
le vamos á dar las gracias.

—

Virgen del Pilar hermosa,
¿qué has hecho, que te has dormido,
que han entrado los franceses
por la puerta del Portillo?

—

A la Virgen del Pilar
le he pedido en su capilla
que socorra á los soldados
que se marchan á Melilla.

—

Morena es la Virgen de Arcos,
morena la *Magalena*,
morena la del Pilar,
¡viva la gente morena!

—

Cuando un forastero llega
Zaragoza á visitar,
lo primerico que ve
es la Virgen del Pilar.

—

No importa que Madrid sea
de España la capital,
si en Zaragoza tenemos
á la Virgen del Pilar.

—

Si Zaragoza tuviera
el Ebro canalizado,
con la Virgen del Pilar,
¡qué país más envidiado!

—

A la imagen que más quiero
la llevo en el corazón:
es la Virgen del Pilar,
la Patrona de Aragón.

—

El que haya visto la Mina
y los Arcos de Teruel
y la Virgen del Pilar,
ya no tiene más que ver.

Dentro de mi pecho traigo
un recuerdo que guardar,
una estampa muy bonica
de la Virgen del Pilar.

—

Por el Ebro abajo va
una lancha cañonera
y la Virgen del Pilar
es la primera artillera.

—

Desde el monte de Torrero
tiran bombas y *mengranas*,
y la Virgen del Pilar
con su manto las apara.

—

En Huesca está San Lorenzo
en Cartás San Nicolás,
en Madrid está la corte
y en Zaragoza el Pilar.

—

Virgen del Pilar hermosa,
no temas á los tiranos
mientras haya en Zaragoza
pechos de zaragozanos.

—

A la guerra me voy, madre,
con intención de volver,
que á la Virgen del Pilar
tenemos que defender.

—

En un relicario hermoso
te quisiera retratar,
para llevarte en mi pecho
como Virgen del Pilar.

—

Te quisiera comparar..
pero no, que me condeno,
con la Virgen del Pilar;
eres un poquito menos.

—

Adiós, Zaragoza noble;
adiós, pulido arrabal;
adiós, Cristo de la Seo;
adiós, Virgen del Pilar.

—

Todos los aragoneses
llevan al pecho colgada
la imagen de su Patrona
con una cinta morada.

De una Pilar fuí nacido,
por una Pilar me muero,
y la Virgen del Pilar
es la Virgen que más quiero.

—

A la Virgen del Pilar
le pido de corazón
mitigue tanta desgracia
como acosa á la nación.

—

La cama de mi morena
no necesita guardián,
que á la cabecera tiene
una Virgen del Pilar.

—

Aunque te llamen morena,
chiquia, no te sepa malo,
que la Virgen del Pilar
es morena y la adoramos.

—

De las flores de Aragón
no hay ninguna que le iguale
á la Virgen del Pilar,
Patrona que mucho vale.

—

Como brilla el arco iris
después de la tempestad,
así brilla en Zaragoza
nuestra Virgen del Pilar.

—

En Tudela de Navarra
tengo mis amores, madre,
y á la Virgen del Pilar
le digo que me los guarde.

—

Si te vas de Zaragoza,
¿qué sentirás más dejar,
al Santo Cristo de la Seo
ó á la Virgen del Pilar?

—

A las orillas del Ebro
vive una zaragozana:
si la quieres conocer,
Virgen del Pilar se llama.

—

Virgen del Pilar hermosa,
amparo de presidiarios,
ampárame á mí que voy
á presidio por doce años.

Si la Virgen del Pilar
no fuera tan milagrosa,
estarían los franchutes
paseando por Zaragoza.

Si se cayera el pilar
donde está la Virgencica,
otro igual de corazones
en Aragón le alzarían.

—

Al aragonés valiente,
con su Virgen del Pilar,
ni le hacen miedo las balas
ni volver la cara atrás.

—

Ya no vivo en la *Andaquilla,*
ni el *Carrel* ni el Arrabal:
vivo y lloro en la capilla
de la Virgen del Pilar.

Por el centro de una nube
vinistes á Zaragoza,
y por eso te llamamos
Virgen del Pilar hermosa.

—

Todo el orgullo andaluz
puesto en la Giralda está,
y el orgullo de Aragón
en la Virgen del Pilar.

—

En las orillas del Ebro
hay una iglesia inmortal
porque en ella se venera
á la Virgen del Pilar.

Se despide la rondalla
al estilo de Aragón:
«A la Virgen del Pilar
me llevo en el corazón.»

—

Morena es la Virgen de Arcos,
morena la del Pilar;
para morena y con gracia,
la Virgen del Tremedal.

—

A la Virgen del Pilar
le estoy pidiendo de veras
que me quite este querer
que les tengo á las mozuelas.

SENTENCIOSOS
Y
MORALES

—

Más vale saber que haber,
dice la común sentencia;
que el pobre puede ser rico
y el rico no compra ciencia.

—

Al alma del negocio
va todo el mundo;
al negocio del alma
no va ninguno.

—

Estoy tan bien con mi mal
desde que perdí mi bien,
que el mal me parece bien
y el bien me parece mal.

—

Nada en este mundo dura,
se acaban bienes y males,
y una triste sepultura
á todos nos hace iguales.

—

Aquel que tiene tres viñas
y el tiempo le quita dos,
que se contente con una
y le dé gracias á Dios.

—

Vi que un sabio se moría
y á su cama me acerqué;
me dijo: «Pierdo la *vía*
porque lo quiere un *Divé:*
no vale sabiduría.»

La ciencia calificada
sólo al hombre en gracia cabe;
que al final de la jornada,
sólo el que se salva sabe.

—

Sufre, si quieres gozar;
baja, si quieres subir;
pierde, si quieres ganar;
muere, si quieres vivir.

—

Todo lo vence el amor,
todo lo alcanza el dinero,
todo acaba con la muerte,
todo lo consume el tiempo.

—

Las cuatro más necesarias
urgencias del hombre son,
á mi corto parecer:
hambre, sueño, sed y amor.

—

Ninguno cante victoria
aunque en el estribo esté,
que muchos en el estribo
se suelen quedar á pie.

—

Muchos hay que se figuran
tener la sartén del mango,
y cuanto más se aseguran
llevan mejor sartenazo.

Dale la mano al caído
y ayúdale á levantar,
mira que estás en el mundo
y algún día tú caerás.

—

Con los de malas costumbres
nunca trato has de tener,
que un hombre malo y vicioso
á ciento suele perder.

—

Hablas muy mal de lo bueno
y Dios te ha de castigar;
cuando hablas mal de lo bueno,
de lo malo ¿qué será?

—

Más mata una mala lengua
que las manos del verdugo;
el verdugo mata á un hombre,
y una mala lengua á muchos.

—

A ti te lo digo, espada;
entiéndelo tú, rodela;
el hombre que ha de ser hombre
no ha de ser largo de lengua.

—

Por cosas de este mundo
nunca te apures,
que no hay bien que no acabe,
ni mal que dure.

—

Las glorias de este mundo
son transitorias,
pues duran mientras pasan
por la memoria.

—

En tu vida de nadie
dádivas tomes,
y con eso te excusas
de obligaciones.

—

En mi casa hay un libro,
dice la letra:
«En cuidados ajenos
nadie se meta.»

—

«A rey muerto, rey puesto,»
dice mi madre;
no pases, hija mía,
penas por nadie.

No adelantes el discurso
sino para pensar bien,
porque á veces discurrimos
lo que no ha sido ni es.

—

¡Has dejado que tu padre
ande pidiendo limosna!
Esa mancha no se quita
ni con agua de Colonia.

—

Tú merecías que Dios,
por su providencia justa,
no te dejara llegar
á la edad de que te burlas.

—

Nunca pidas, nunca debas,
nunca á nadie le hagas mal,
siempre mira, siempre calla,
y las gracias me darás.

—

Nadie murmure de nadie,
que somos de carne humana
y no hay pellejo de aceite
que no tenga su botana.

—

Nunca acostumbres tu cuerpo
á lo que no es menester,
porque es una enfermedad
cada vicio que le des.

—

El que no tiene *parné*,
con el viento es comparado;
que nadie se arrima á él,
no le pegue un resfriado.

—

– Hombre pobre, ¿quién te ha muerto?
– La propia necesidad;
que es capaz un hombre pobre
de apestar una ciudad.

—

Todo lo puede el dinero,
porque es mucho su poder;
ningún hombre jornalero
puede guardar la mujer.

—

Ya no puede un hombre pobre
tener la mujer bonita,
que como le falta el cobre,
viene el rico y se la quita.

Tanto valor tiene el pobre
como el que tiene caudal;
¡á cuántos ricos se han visto
de puerta en puerta llegar!

—

Cuando se emborracha un pobre,
todos dicen: «¡borrachón!»
Cuando se emborracha un rico:
«¡qué alegrito va el señor.»

—

Al empezar el diluvio
andaban todos alegres,
diciéndose unos á otros:
«¡qué buen año será este!»

—

Entre mi oficial y yo
hicimos este retablo:
si está bueno, lo hice yo,
y mi oficial, si está malo.

—

En la mar hay mil peligros,
en la tierra mil tropiezos,
y en la vida de los hombres
se juntan todos los riesgos.

—

Sabemos que en el mundo
jamás se encuentran
el gusto y el contento
cual se desean;
y es nuestro daño
que aun seguimos al mundo
con tanto engaño.

—

Aquel que se pasa al moro
por su propia voluntad
y no procura rescate,
es que quiso renegar.

—

¡Ay!, ¡desgraciado de aquel
que pone su cara en tierra;
que el que queda por acá,
tarde ó temprano se alegra!

—

Nadie descubra su pecho
por dar alivio á su pena;
que el que su pecho descubre,
por su boca se condena.

El secreto de tu pecho
no se lo digas á nadie,
mejor te lo guardará
aquel que no te lo sabe.

—

Amiga, la más amiga,
la más amiga la pega;
no hay más amigo que Dios
y un duro en la faltriquera.

A todo el que trabaja,
premiar es fuerza;
pero muchos trabajan
y no los premian;
y es su tormento
ver premiar á otros muchos
sin merecerlo.

—

Nace con la esperanza
nuevo deseo,
pues se acrecienta el daño
con el remedio:
remedio pronto
sana en parte al enfermo
si no en el todo.

Se dice comúnmente
que una esperanza
posesión suele hacerse,
bien cultivada;
pero yo he visto
floridas esperanzas
que se han perdido.

—

En el campo del mundo
flor es el alma,
que alimenta el rocío
de la esperanza:
espera, niña,
conservarás el alma
siempre tranquila.

—

Tendrás muchos amigos,
si gastas oro;
pero si no lo gastas,
andarás solo.

—

Nada contiene el mundo
que sea durable,
excepto la inconstancia,
que es la constante:
sigue esta regla,
y no hallarás errada
jamás tu cuenta.

—

Mira que el tiempo corre
rápidamente,
y que el tiempo pasado
ya no le tienes;
y así aprovecha
las horas, los instantes
del que te queda.

—

Aquel que empieza una obra
razón será que la acabe,
para que nunca se diga
que la dejó por cobarde.

—

Fortuna te dé Dios, hijo,
que el saber poco te basta.
¿De qué te sirve el saber,
si la fortuna te falta?

—

Logra el tonto por influjo
lo que al sabio no le dan,
que el premio y las buenas mozas
siempre se destinan mal.

Fuentecilla, no corras
tan fugitiva:
cuanto más te apresures,
más te aniquilas,
pues no reparas
que tu vida la dejas
desamparada.

—

No hay cosa en este mundo
que no se mude:
el que hoy está abatido,
mañana sube;
que la fortuna,
como viene de prisa,
pronto se muda.

—

Estás lleno de bienes,
pero te falta
saber distribuirlos
como Dios manda;
porque Él los pone
en manos de los ricos
para los pobres.

—

¿Para qué quieres bienes
si no los gastas?
Mira que hay muchos pobres
que los aguardan:
abre tus cofres,
y no guardes serpientes
que te devoren.

—

La conversación del necio
es el martirio del sabio;
mas como el número es corto,
pocos hay martirizados.

—

Con saber y no tener
no prevalece ninguno;
que lo que le sobra al sabio
son muchos días de ayuno.

—

El tiempo y el desengaño
son dos amigos leales,
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.

—

Grande tontería es
ponerle calas á un muerto,
machacar en hierro frío
y predicar en desierto.

Más vale estarse quieto
sin hacer nada,
que ocuparse en las cosas
cuando son malas;
que la pereza
tan sólo en este caso
parece buena.

—

Quien por estarse ocioso
pide limosna,
debe restituirla,
porque la roba;
pues deben todos
procurarse el sustento
sudando el rostro.

—

No fíes en señores
por su grandeza,
que también los más grandes
tienen flaquezas;
pues en sus males
hace naturaleza
todos iguales.

—

Todo aquel que no pone
freno á la lengua,
no extrañe las desgracias
que le sucedan;
pues las palabras
no pueden recogerse
ya pronunciadas.

—

El que sincero alaba
las obras buenas,
en cierto modo tiene
su parte en ellas;
porque consigue,
de quien oye aplaudirlas,
que las imite.

—

Aquel que más alto sube,
más grande porrazo da:
¡mira la puente de Arcos
en lo que vino á parar!

—

Nadie diga en este mundo:
«De esta agua no beberé;»
por muy turbia que la vea,
le puede apretar la sed.

El que presume de honra
es porque carece de ella,
aquel que no tiene capa
se acuerda de Grazalema.

—

Males que el tiempo acarrea,
¡quién pudiera penetrarlos
para poner el remedio
antes que llegara el daño!

—

Es sombra lo pasado,
niebla el futuro,
relámpago el presente...,
la vida es humo.
Si bien se advierte,
no hay cierto en este mundo
más que la muerte.

—

Que en el mundo hay placeres,
bien lo concibo;
mas también que á la vuelta
lo venden tinto.
No es cosa extraña,
pues todos nuestros gustos
caros se pagan.

—

Todo aquel que de sabio
tiene el aprecio,
sabio será, si sabe
fingirse necio.

—

Compañerito del alma,
¿sabe usted lo que yo digo?
Que el que no sabe leer,
¿para qué quiere los libros?

—

Aquel que nunca fué cosa
y que cosa llegó á ser,
quiere ser tan grande cosa,
que no hay cosa como él.

—

Deja correr el caballo,
no le tires de la rienda,
que puede ser que algún día
quieras correrlo y no puedas.

—

Ya mi caballo no anda,
ya mi caballo paró;
todo para en este mundo,
y también pararé yo.

Las tertulias, que eran antes
pasatiempo regular,
son hoy alcahuetería
y ocasión de murmurar.

—

La fortuna no envidies
de quien se eleva,
pues siempre las alturas
son más expuestas;
y en tal peligro,
la más leve caída
va al precipicio.

—

Deja los precipicios
por donde andas,
mira que es más segura
la tierra llana:
deja tropiezos,
para no arrepentirte
fuera de tiempo.

—

Las torres elevadas
son muy expuestas
á sufrir los efectos
de las tormentas;
porque los rayos
buscan los edificios
más elevados.

—

No te presumas sabio
porque lees mucho,
pues esto sirve poco
sin otro estudio;
que en la lectura
ves la conciencia de otro,
mas no la tuya.

—

Sólo los necios viven
muy confiados,
que el que es discreto, siempre
va con cuidado:
ten, pues, sabido
que todo el que confía
se ve perdido.

—

El amante es como el niño,
que se enoja y tira el pan,
y en haciéndole un cariño,
se lo come y pide más.

Que mucho hayas llamado,
lo dificulto,
pues pobre porfiado
saca mendrugo;
y si te cansas,
de conseguirlo pierdes
las esperanzas.

—

El que siendo dichoso
deja de serlo,
en su misma memoria
lleva el tormento;
porque su pena,
al querer olvidarla,
más se le acuerda.

—

Si la memoria pierdes
cuando estás alto,
haces ver que no vales
lo que has logrado.
¡Fortuna loca,
siempre eres enemiga
de la memoria!

—

Tendrás, si feliz fueres,
amigos muchos;
pero en los contratiempos
no hallarás uno;
porque sus miras
son el coger las rosas
sin las espinas.

—

Amigos en el nombre
se encuentran muchos;
mas de los verdaderos
casi ninguno.
¡Fuerte desgracia
es vivir sin saberse
con quién se trata!

—

Cántaro que á la fuente
va y viene mucho,
que salga con victoria,
lo dificulto.

—

El que siembra alcachofas,
espinas coge;
el que cría colmenas,
la miel se come.

La vecina de enfrente
mira mi casa;
pero no ve la suya
que se le abrasa.

—

No hay tormento más grande
que la memoria,
porque pone presentes
pasadas glorias.

—

La esperanza es un árbol
el más frondoso,
y de sus bellas ramas
dependen todos.

—

Arbol que no da fruto,
fuera al instante,
que suelen sus raíces
causar mil males.

—

Di al tiempo lo que callas,
que es el que sólo,
cuando no dice nada,
lo dice todo;
y se ha notado
que hasta males ocultos
se han declarado.

—

Más reservado tienes
lo que no has dicho,
que aquello que confías
al más amigo;
que los secretos,
cuando se comunican,
no son ya nuestros.

—

Dios nos libre de chismes
y horas menguadas,
pero principalmente
del agua mansa;
cuyos estragos
son más irremediables,
cuanto más tardos.

—

Tus pies son muy ligeros
para la bulla,
y tus dedos muy torpes
para la aguja.
¡Fuerte desgracia
es tener ligereza
mal colocada!

No dejes la inocencia,
que es buena amiga;
pues echarás de menos
su compañía.

—

Muchos dan en escollos
insuperables,
porque osados emprenden
lo que no saben;
mas no me admira,
pues la ignorancia es madre
de la osadía.

—

El vivir muchos años
todos pretenden,
pero pasar por viejo
ninguno quiere.

—

Si un matrimonio riñe,
no metas paces;
el que arma la pendencia,
que la desarme;
que en tales riñas,
con lo que al uno amansas,
al otro irritas.

—

Por el sonoro canto
de tantas aves,
prefiero yo estos bosques
á las ciudades;
porque en aquestas,
los cantos se oyen sólo
de la sirena.

—

Si el amigo te oculta
tus propias faltas,
más vale el enemigo
que te las tacha:
que éste te enmienda,
y aquél disimulando
te las aumenta.

—

Nunca compres mula coja
pensando que sanará;
pues si las sanas cojean,
las cojas ¿qué es lo que harán?

—

No te fíes de consejos,
aunque te los quieran dar;
guíate de lo que salga
de tu propio natural.

El que hace una promesa
tenga presente
que ha de cumplir sin falta
lo que promete;
que tanto obliga,
que hasta los enemigos
deben cumplirla.

—

Cuando ofertas te hagan,
acude luego,
porque muchos ofrecen
de cumplimiento;
y un desengaño
importa, si lo adviertes,
más que un regalo.

—

Vicios hay en el hombre
de gran tamaño,
pero el peor de todos
es ser ingrato;
que hasta las fieras
reconocen la mano
que las sustenta.

—

No corran tus acciones
tras de la fama,
deja que ésta las busque
para ensalzarlas;
porque es bien cierto
que quien mendiga aplausos,
coge desprecios.

—

Un pretendiente en la corte,
y en Valencia un estudiante,
y un cómico en la cuaresma,
son las tres necesidades.

—

Un estudiante sin capa,
un cómico sin funciones,
una muchacha sin novio,
todas son cavilaciones.

—

Un loquito del hospicio
me dijo en cierta ocasión:
«Ni son todos los que están,
ni están todos los que son.»

—

De las potencias del alma
la memoria es la más cruel,
pues me causa el mayor mal,
recordando el mayor bien.

El feliz y el desdichado
suspiran con diferencia:
uno publica sus glorias
y otro publica sus penas.

—

Si los honores mudan
nuestras costumbres,
váyanse los honores,
vengan virtudes;
porque sin ellas,
las pompas de este mundo
son muy funestas.

—

Desde que el mundo es mundo,
si bien lo observas,
no hallarás nuevo vicio,
ni virtud nueva;
que en todos tiempos
ha habido muchos malos
y muchos buenos.

—

Nadie diga: «bien estoy;»
porque yo he solido estar
en casa de balconaje
y ahora vivo en un solar.

—

Hasta la leña en el bosque
tiene su separación:
una sirve para santos
y otra para hacer carbón.

—

Desgraciado el arbolito
que solo en el campo nace:
todos los aires del mundo
contra sus ramas combaten.

—

Trata á la gente humilde
con cortesía,
que la humildad merece
ser atendida:
en ello ganas,
porque nada te cuesta
y ella te ensalza.

—

Al hombre los trabajos
le hacen humilde;
mas las prosperidades
siempre le engríen;
pues la riqueza
rara vez se separa
de la soberbia.

La libertad y salud
son prendas de gran valía,
ninguno las reconoce
hasta que las ve perdidas.

—

Como las esperanzas
son los laureles,
que sin dar fruto á nadie,
siempre están verdes.

—

El honor y los ojos
bien se parecen,
pues con cualquiera sombra
se les ofende;
y así advertida,
si el honor guardar quieres,
guarda la vista.

—

En ajenos negocios
nunca te mezcles,
si tus obligaciones
no lo exigieren;
porque es un necio
el que olvida los suyos
por los ajenos.

—

A las prontas promesas
andan unidas
dos mil dificultades
para cumplirlas:
sé contenido,
y ve si lo que ofreces
puedes cumplirlo.

—

Más bien en las acciones
que en las palabras
se descubre lo oculto
que hay en el alma;
y así no fíes
de ofertas que con obras
no se confirmen.

—

Halagos excesivos
en quien te trata,
son señales bien fijas
de que te engaña;
pues siempre lleva
la intención de burlarse
de tu inocencia.

Cuando pides limosna
molestas tanto,
que la gana me quitas
de darte un cuarto:
marcha á otra parte,
porque al pobre y soberbio
no hay quien le aguante.

—

Rodando va el dinero,
pero de modo
que, como va de prisa,
se escapa pronto;
y en ocasiones,
muchos echan la mano,
caen y no cogen.

—

Cercado de miserias
un avariento,
sus desventuras llora
sobre el talego;
porque no tiene
valor para pedirle
que le remedie.

—

No arrojes la cadena
de tus deberes,
pues aunque pese mucho,
llevarla puedes;
y si lo miras,
hallarás que no pesa
lo que imaginas.

—

Si cuesta repugnancia
ser obediente,
como obediente seas,
mérito tienes;
que es cosa cierta
que el mérito se alcanza
con la obediencia.

—

Si quieres que viva mucho,
pídele á Dios que me muera;
porque siempre vive mucho
á quien la muerte desean.

—

En la puerta de un molino
me puse á considerar
las vueltas que ha dado el mundo
y las que tiene que dar.

Para escusar errores,
a mejor regla
es consultar las cosas
con la prudencia;
porque es muy docta
y jamas aconseja
lo que no importa.

—

Para que tus acciones
todas sean buenas,
procura bien pensarlas
antes de hacerlas;
y así consigues
evitar el motivo
de arrepentirte.

—

Al que se ve colmado
de conveniencias,
las ajenas desgracias
poco le inquietan;
porque es muy cierto
que el harto no se acuerda
del que está hambriento.

—

La embriaguez en los ricos
solo es jaqueca,
y el vahído en los pobres
es borrachera;
que en estos tiempos
gradúan las acciones
por los sujetos.

—

Piedra que ha sido rodada
no es buena para cimiento,
que suele desmoronarse
con la frescura del tiempo.

—

Busca el pobre su acomodo,
busca el borracho el cristal,
el jugador el tesoro,
y el ladrón dónde robar.

—

Toma el huevo de una hora,
el pan de aquel mismo día,
el vino que tenga un año,
y algo menos la gallina.

—

Estamos en un mundillo
tan lleno de indignidad,
que no tenemos más honra
que la que nos quieren dar.

A las bestias del campo
les cuento lo que me pasa,
porque no encuentro en el mundo
persona de confianza.

—

Si porque me ves caído,
me señalas con el dedo,
no atiendas a lo que soy,
sino á lo que fuí primero.

—

No hay quien levante al caído,
ni quien la mano le dé,
que como lo ven caído,
todos le dan con el pie.

—

Al rico que á los pobres
los favorece,
no le falta socorro
cuando padece;
que en este mundo,
quien lo ajeno pretenda,
dé antes lo suyo.

—

Espera de tus hijos,
cuando seas viejo,
lo mismo que á tus padres
les hayas hecho:
porque esta deuda
los hijos dejan siempre
bien satisfecha.

—

Jamás tú te disculpes
si no te culpan,
pues das de culpa indicio
con tu disculpa;
que la inocencia,
ella misma, aun callando,
se manifiesta.

—

Nunca podrás vengarte
de tu enemigo,
porque el mayor que tienes
eres tú mismo;
pues es notorio
que la venganza es hija
del amor propio.

—

A mi corazón lo eché
á pedir por esas calles,
y como lo ven tan pobre,
limosna no le da nadie.

La lumbre y las discordias
son dos hermanas
que, si á encenderse llegan,
tarde se apagan;
y así es preciso,
para evitar el fuego,
sufrir el frío.

—

Si el fuego de tu casa
toma más cuerpo,
cuando apagarlo quieras
no tendrás tiempo;
y así es preciso
apagar los carbones
medio encendidos.

—

Si en el mundo no hubiera
quien observara,
más de cuatro personas
no se enmendaran;
que muchos temen
más el juicio del mundo
que el de la muerte.

—

Sé modesta, si aspiras,
niña, á casarte,
no sólo en la conducta,
sino en el traje;
que por la muestra
el género se infiere
que hay en la tienda.

—

Cuando camina un feliz,
se adorna con aparato
toda la tierra de flores
y todo el cielo de raso.

—

En el cielo manda Dios,
los diablos en el infierno,
y en este pícaro mundo
el que manda es el dinero.

—

Cuando tenía dinero,
me llamaban don Tomás;
ahora que no lo tengo,
me llaman Tomás no más.

—

¡Mal haya sea el dinero,
en apartando las cruces,
que el que dinero no tiene
en ninguna parte luce!

Hombre pobre huele á muerto,
á la hoyanca con él;
que el que no tiene pesetas,
requiescat in pace, amén.

—

Considera, considera,
y siempre considerando:
los mayores imposibles
se suelen vencer callando.

—

Las malas compañías
son una peste,
que sólo con el trato
se pega siempre:
huye, pues, de ellas,
que es el único medio
de precaverlas.

—

Más importa del sabio
tan sólo un día,
que del simple y el necio
toda la vida;
porque más vale
que muchas piedras falsas
solo un diamante.

—

El hombre más dichoso
que hay en el mundo,
es el que no desea
bienes algunos;
pues todos ellos,
si cuesta el adquirirlos,
duele el perderlos.

—

Los pobres más hambrientos
son los más ricos,
porque todo lo comen
con apetito:
no así los grandes,
que aunque todo les sobra,
les falta el hambre.

—

La ciruela y la mujer
tienen una misma falta;
no cogiéndolas á tiempo,
ciruela y mujer se pasan.

—

Yo tengo comparadita
la mujer con el caballo,
que es menester buen jinete
para quitarle resabios.

Gran fortuna no quieras
en esta vida,
porque en ella los ojos
pone la envidia:
huye de honores,
si quieres vivir libre
de emulaciones.

—

Molino que estás moliendo
el trigo con tanto afán,
¡tú estás haciendo la harina
y otros se comen el pan!

—

Lo que no tiene el hombre
siempre desea;
pero así que lo logra
ya lo desprecia:
esto ver hace
que los bienes terrenos
no satisfacen.

—

Unos quieren y piden
lo que otros pierden;
pero ninguno alcanza
lo que pretende;
que como es aire,
se huye de entre las manos
y se deshace.

—

No hay más amigo que Dios,
como es claro y evidente;
el más amigo es traidor,
y el más verdadero miente.

—

A mi amigo lo llevé
á casa de la que amaba,
y luego á los pocos días
mi amigo á mí me llevaba.

—

Ya pasaste el creciente,
como la luna:
ahora estás en el lleno
de la fortuna;
vete con tiento;
cuidado que al menguante
no mude el tiempo.

Los años y las mudanzas
dejan á muchos sujetos:
á unos, calvos de cabeza;
y á otros, calvos de dinero.

—

Las desgracias que sufres
no las extrañes,
que componen la vida
bienes y males:
ya has disfrutado
del buen tiempo, ahora resta
sufrir el malo.

—

Si piensas de aburrido
desesperarte,
sabe que te acreditas
de muy cobarde;
que está lo fuerte
en sufrir las desgracias
con rostro alegre.

—

Por grande que sea una viña
y mucho fruto que dé,
en teniendo muchos amos,
á poco podrán caber.

—

Los pleitos y las sangrías
lo mismo vienen á ser:
evítalos cuanto puedas,
si no quieres padecer.

—

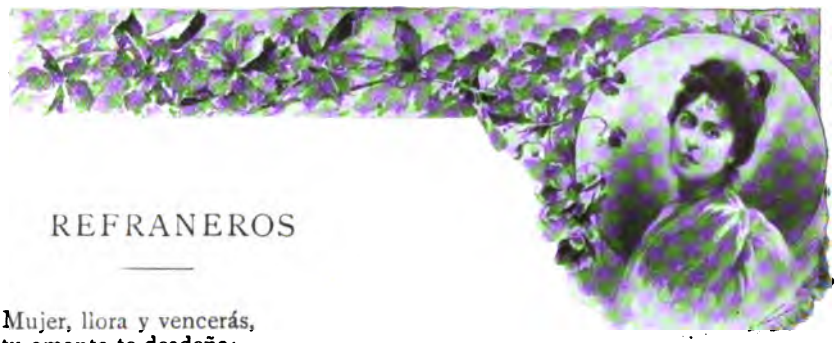
Más mata una mala lengua
que las manos del verdugo,
que el verdugo mata á un hombre
y una mala lengua á muchos.

—

Quien de alpargatas se fía
y á mujeres hace caso,
no tendrá nunca dinero
y siempre andará descalzo.

—

Agüita que se derrama
nadie puede recoger
ni humo que va por el aire,
ni el honor de la mujer.



REFRANEROS

Mujer, llora y vencerás,
si tu amante te desdeña;
que hay un adagio que dice:
«lágrimas quebrantan peñas.»

—

Por querer á otro consorte
te olvidaste de mi amor:
no es urbanidad sublime
«desnudar á un santo por...»

—

De ser firme y muy constante
me hicistes un juramento;
pero de ti no me fío,
que dicen «quien hizo un cesto...»

—

Por todas sus propiedades
peligras si no te dejas,
porque todas las mujeres
dicen que «cuanto más viejas...»

—

Bien sé que otro amante tienes
más propio á tu natural;
pero tiene un no sé qué,
que dice: «tal para cual.»

—

Algún día querrá Dios
que alguno de sí te arroje
y te digas á ti misma:
«quien bien tiene y mal escoge...»

—

Yo sé los pasos que traes,
tu boca á mí me desmiente;
ándate en ese camino:
«cántaro que va á la fuente..»

—

Bien sé que vas á funciones,
te aseguro que lo siento,
porque suelen decir muchos
que «siempre á río revuelto...»

Porque te quiero, mi gente
está con notable pena,
y con sobrada razón
me dicen que «cada oveja...»

—

Sin que puedas agraviarte,
me he de olvidar de tu amor
para que pueda decir:
«la gala del nadador...»

—

Sé con quién vas de paseo
y quién tu persona manda,
sin llegar á conocer
que «quien entre lobos anda...»

—

Señora, mis tristes quejas
á tu ingratitud reclaman:
óyelas con atención,
que «cuando los mudos hablan...»

—

Mis amigos me desprecian
porque me ven abatido;
«todo el mundo corta leña
del árbol que se ha caído.»

—

Me han dicho que no me quieres,
no me da pena maldita;
«que la mancha de la mora
con otra verde se quita.»

—

«Pierde el perro y pierde el pan,
quien da pan á perro ajeno;»
yo á ti no te he dado pan,
por no perder más que el perro.

Aborreciste á otro
para quererme,
también te será fácil
aborrecerme;
que siempre en esto
de aquel refrán me valgo:
«Quien hace un cesto...»

—

Mi moreno me dejó,
pensando que lo sintiera;
otro ocupa su lugar:
«No hay mal que por bien no venga.»

—

En este mundo redondo,
«quien mal anda, mal acaba;»
y en casa del jabonero,
quien no se cae, resbala.

—

Desde que te estoy queriendo
me están dando calenturas,
y luego dirá el refrán
que «el amor todo lo cura.»

—

Nadie murmure de nadie,
que somos de carne humana,
y «no hay pellejo de vino
que no tenga su botana.»

—

En la puerta de tu casa
tengo escrito con mi sangre:
«No hay plazo que no se cumpla,
ni deuda que no se pague.»

—

«De dos que se quieren bien,
con uno que coma basta,»
y que sea la mujer,
por ser la parte más flaca.

—

Yo crié un cuervo chiquito
con intención que volara;
pero luego me sacó
los ojillos de la cara.

—

Por ti y por mí lo dijeron,
que «al cabo los años mil,
van otra vez las agüitas
por donde solían ir.»

La mujer que con muchos
la pava pela,
pasa la vida alegre,
y al fin se queda...

—

Por el punto se guardan
muchas doncellas;
pero perdiendo el punto,
van de carrera:
las que las ven
dicen: «quien hace un cesto...,»
ya entiende usted.

—

No blasones, ingrata,
de amor sincero;
pues sabes que «los niños
con cualquier juego...»

—

Mi amor no se complace
sólo con verte;
que hay un refrán que dice
que «quien más tiene...»

—

Bien puedes estar tranquila,
que yo la corrí de mozo;
ya sabes lo que se dice:
«carrera que no da el potro...»

—

Aunque más me acaricias,
no me convenzo;
que hay un refrán que dice,
que «al perro viejo...»

—

A todos los pretendes
con rostro afable,
y así se verifica
que «á buena hambre...»

—

No podrás con desvíos
borrar mi afición:
tú alevosa, yo fino,
«cada loco con...»

—

Si entiendes que son ganancias
el tener á muchos ley,
mira que son ignorancias;
pues dime, «¿adónde irá el buey?..»

En tu vida te enamores
de mozos aragoneses,
que son como las nogueras:
«mucho ruido y pocas nueces.»

—

Mis amigos me desprecian
porque me ven abatido;
«¡todo el mundo corta leña
del árbol que está caído!»

—

Ni tú comes ni yo como,
todo el día estás rabiando,
así es que haces el oficio
de «el perro del hortelano.»

—

Aunque me digas que no,
á tu casa siempre acudo,
que al cabo «saca limosna
el pobre que es importuno.»

—

«Tienes el amor trompero,»
como se suele decir:
«cuantas veo, tantas quiero...»
No me engañarás á mí.

—

Aunque más expresiones
hagan contigo,
no te fíes, mi vida,
que «el más amigo...»

—

De todas mis pretensiones
nada sacaré yo al fin,
y si con nada las pagas,
diré, que «á gente ruïn...»

—

Tú quieres que yo te quiera,
no lo haré, que he recordado
aquel adagio que dice,
niña, que «el gato escaldado...»

—

En la isla de León
se pesca con hilo y caña:
«por la boca muere el pez,»
cuenta con lo que se habla.

—

Quien mal masca, mal digiere;
quien mal habla, mal persuade;
quien mal tose, mal escupe;
quien mal concibe, mal pare.

Yo me retiro, señora,
de este tu esquivo desdén:
anda por donde quisieres,
que á bien que «ojos que no ven...»

—

Fino fué mi cariño,
falso fué tu amor;
bien dicen que «la soga
siempre quiebra por...»

Mi padre me pega palos
y mi madre me pellizca,
y al son de los palos digo:
«sarna con gusto no pica.»

—

De que tengo que olvidarte
es lo que á ti te desvela;
no vives muy engañada,
que «siempre aquel que recela...»

—

Por Dios te digo, señora,
que mitigues este ardor
y se cumpla aquel adagio
que dice: «amor con amor...»

MARINEROS

Estrella clara y serena
que á los marinerós guías
desde que se hace de noche
hasta que se hace de día.

—

El que no sepa rezar,
que vaya por esos mares,
y verá qué pronto aprende
sin enseñárselo nadie.

—

¡Mar funesta, mar funesta,
cuánto tragas, fiera mar!;
otra mar podría hacerse
con lo que has hecho llorar.

—

Marinero, sube al palo
y dile á la madre mía
que si se acuerda de un hijo
que en la marina tenía.

—

Es el mayor sentimiento
que un hombre puede pasar,
el estar enamorado
y tener que ir á la mar.

—

Marinero es el que canta,
marinero es el que toca,
marinerito ha de ser
aquel que bese mi boca.

—

Marinero soy, señora,
en el gorro llevo el ancla,
y en perdiéndose el barquillo
doy fondo con mi esperanza.

—

¡Con qué pena vivirá
la mujer del marinero,
que al pie del palo mayor
tiene pagado el entierro!

—

Para los marineritos
se crían las buenas mozas;
para la gente del campo
las calabazas pecosas.

Un carpintero me quiere,
un sastre me solicita,
y un marinero ha de ser
dueño de mi personita.

—

Morenita resalada
me llaman los marineros;
otra vez que me lo llamen
me tengo de ir con ellos.

—

Un marinerito, madre,
me tiene robada el alma;
si no me caso con él,
muero moza y llevo palma.

—

Al marinero en el mar
nunca le falta una pena;
ya se le rompe el timón,
ó se le rifa la vela.

—

En el mar hay una torre
y en la torre una ventana,
y en la ventana una niña
que á los marineros llama.

—

Marinero es mi amante
de agua salada,
porque los de agua dulce
no valen nada.

—

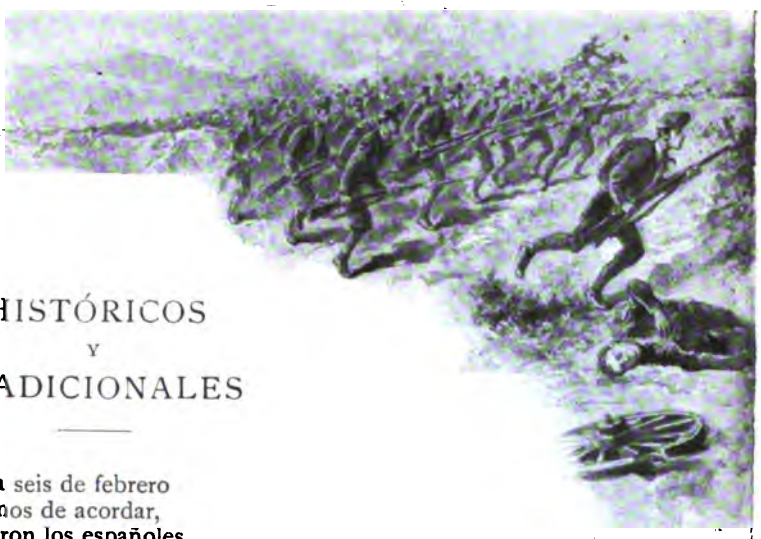
Marinero es mi amante,
mucho lo siento;
que andan por esos mares
mis pensamientos.

—

Si te haces marinero
con intención de dejarme,
permita el divino cielo
que el agua del mar te falte.

—

El buque que en lontananza
se ve cruzando la mar,
lleva á bordo mi esperanza;
mas no viene, que se va.



HISTÓRICOS
Y
TRADICIONALES

Del día seis de febrero
nos tenemos de acordar,
que entraron los españoles
en la plaza de Tetuán.

—

La reina doña Isabel
puso sus tiros en Baza,
y yo los he puesto en ti,
porque me haces mucha gracia.

—

Como al marqués de Villena
te tiene de suceder;
que se picó en la redoma
y no le valió el saber.

—

Calle de la Balconada
mataron á un Arzobispo
por celos de una Madama.

—

En los arcos de Toledo
han hecho una cárcel nueva
para los enamorados
que dan palabra y la niegan.

—

Bien puedes, majito mío,
sacarme depositada,
porque mis padres no quieren
verme contigo casada.

—

Si la Inquisición supiera
lo mucho que te he querido,
castigaran á mi cuerpo
como si fuera un judío.

Cuando Felipe Quinto
montó á caballo,
la Reina de los cielos
le dió la mano:
«Toma esta rosa,
toma, Felipe Quinto,
para tu esposa.»

—

Felipe Quinto murió,
que también los reyes mueren;
con los cetros y coronas
también la muerte se atreve.

—

La mar cubierta de sangre,
los montes echando humo,
el inglés tirando bombas,
y España rumbo que rumbo.

—

Un navarro en Roncesvalles
á un francés así decía:
«Tú tienes muy buenas tropas,
yo tengo muy malas tripas.»

—

Napoleón subió al cielo
á pedirle á Dios la España,
y le respondió San Pedro:
«¿Quieres que te rompa el alma?»

Los rusos, vienen por tierra,
los ingleses por el agua;
y yo, que soy español,
me estoy tumbado en la cama.

Al pie de Sierra Bullones
una morita decía:
«Ya viene la flor de España;
ya dió fin la morería.»

—

Doblan las campanas
con bien triste son;
como mataron á Riego el valiente,
¡miren qué dolor!

Ciento cincuenta cartuchos
tengo yo en mi cartuchera,
para matar las facciones
que defienden á Cabrera.

—

De las costillas de un moro
me atrevo á formar un puente
para que pase la España
y su ejército valiente.

—

¡Centinela, centinela,
centinela del Serrallo,
alerta, alerta, que vienen
los moritos de á caballo!

—

Preso al moro me llevaron,
y al subir por la escalera,
volví la carita á España
para despedirme de ella.

—

¿Quién me compra una chinela
del hermano del Sultán,
que se le cayó al salir
huyendo de Tetüán?

—

¿De qué le sirve á Marruecos
tener bombas y cañones,
si han perdido á Tetuán
después de Sierra Bullones?

—

Permita Dios que te veas
como se vió Novaliches
en el Puente de Alcolea.

—

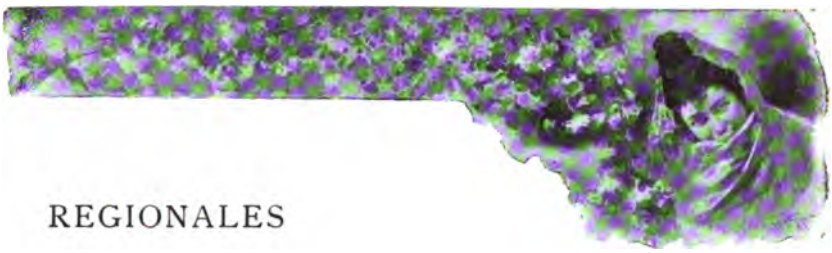
¡Monte Jurra, Monte Jurra,
quién te ha visto y quién te ve:
ayer boinas coloradas,
hoy gorritas de cuartel!

—

A veintitrés de Mayo
se casó el rey
con su primita hermana,
¡miren qué ley!

—

La Habana se va á perder,
la culpa tiene el dinero;
los negros se vuelven blancos,
y los blancos aduaneros.



REGIONALES
Y
LOCALES

Entre la tierra y el cielo
no hay mujeres con más sal
que las mujeres de España
con la mantilla *terciá*.

—

Camino de Castilla
ya no va nadie,
si no es polvo y arena
que lleva el aire.

—

Más valiera á un hombre ser
ladrón en Sierra Morena,
que no venir á tener
amores en tierra ajena.

—

Yo me ausenté de mi patria,
¡qué dolor de patria mía!
¿Dónde está el árbol mejor
que en la tierra en que se cría?

—

Aragonesa es la luna,
aragonés es el sol,
aragonés es mi amante
y aragonesita yo.

—

Castellano, castellano,
no te vuelvas á Castilla,
que tienes en Aragón
quien te quiere y quien te estima.

—

No soy criada en la Mancha,
no soy manchega;
soy criada y nacida
en las arenas.

A las Indias van los hombres,
á las Indias por ganar:
las Indias aquí las tienen
si quisieran trabajar.

—

Por esos aires subía
un serafín de los cielos,
y al ver esta tierra, dijo:
«No subo, que aquí me quedo.»

—

Si me pierdo, que me busquen
en el sol del Mediodía,
donde lo moreno nace
y donde la sal se cría.

—

Si vas á Calatayud,
pregunta por la Dolores,
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores.

—

Sevilla del alma mía,
Sevilla de mi consuelo,
¡quién estuviera en Sevilla
más que durmiese en el suelo!

—

La torre de Sevilla
se está cayendo,
Santas Justa y Rufina
la están teniendo.
Mira, Rufina,
mira no se te caiga
la torre encima.

—

En Sevilla las campanas
ya no tocan á los muertos,
porque á la señora Infanta
le da mucho sentimiento.

Llevan las sevillanas
en la mantilla
un letrero que dice
«¡viva Sevilla!»

—

Al Cristo de Zalamea
una lámpara le alumbra,
que untándose con su aceite
todos los males se curan.

—

Sevilla para el regalo,
Madrid para la grandeza,
para tropas Barcelona,
para jardines Valencia.

—

Campana la de Toledo,
catedral la de León,
reloj el de Benavente,
y rollo el de Villalón.

—

No se ha podido saber,
ni se sabrá á punto fijo,
los borricos que hay en Rota,
porque llega á lo infinito.

—

Cuatro cosas tiene Ceuta
que no las tiene Madrid:
el Bonito, la Caballa,
el Hacho y el Rebellín.

—

A San Roque lo comparo
con el revés de una taza;
todas son cuestas arriba
hasta llegar á la plaza.

—

A Ronda, que es tierra honda
y es tierra de regadío;
vámonos, serrana, á Ronda,
que en Ronda tengo yo un tío.

—

Si yo tuviera un ochavo,
te comprara medio Rute,
y las huertas de la Granja,
y los cortijos del duque.

—

Antequera está en un hoyo
y Molina entre olivares,
y la triste de Pedrera
no tiene más que una calle.

En Málaga está la planta,
en Antequera el rosal,
y en Archidona la rosa
que me tengo de llevar.

—

En Granada están las flores,
en Motril las malas lenguas,
y en llegando á la Alpujarra...,
¡viva la gente morena!

—

En Cádiz tengo la muerte,
en Sevilla la mortaja,
y en la isla de León
me están haciendo la caja.

—

Viva Cádiz porque tiene
las murallas hacia el mar,
y cañones apuntando
al peñón de Gibraltar.

—

Viva Cádiz porque tiene
las murallas á la mar;
vivan los cuerpos bonitos,
vivan las hembras *saládas*.

—

¡Viva Cádiz, viva el puerto!,
¡vivan las hembras y el vino!,
¡y vivan los mozos buenos
que andan por esos caminos!

—

Quiero entrar y no me dejan,
quiero salir y no puedo;
Cádiz no se llama Cádiz,
que se llama susto y miedo.

—

Cádiz no se llama Cádiz,
que se llama relicario,
porque tiene por Patrona
á la Virgen del Rosario.

—

Tienen las malagueñitas
la sal de Dios en los labios,
y en la punta de la lengua
azúcar, canela y clavo.

—

Malaguilla, Malaguilla,
el rey te quiere vender;
el que á Malaguilla compre,
dineros ha de tener.

Adiós Málaga la bella,
tierra donde yo nací;
para todos fuiste madre,
y madrastra para mí.

—

Adiós, Málaga la bella,
la tierra de los encantos;
el que te llegare á ver
tiene que pensar cien años.

—

Adiós, Málaga la bella,
á popa te voy mirando,
con el trinquete á la vela
y la verga mareando.

—

Málaga tiene un castillo,
Granada tiene su Alhambra,
y Zaragoza su Coso,
y el Coso zaragozanas.

—

Yo voy á Guadix por peras,
á Sevilla por manzanas,
á las Indias por dinero,
y á la sierra por serranas.

—

Por las calles de Madrid
se pasea un valenciano
con un clavel en la boca
y una rosa en cada mano.

—

Venga el gallego á segar,
miserable jornalero;
que los hombres de Castilla
tienen el trabajo á menos.

—

En Madrid, con ser Madrid,
se levantan de mañana,
y comen si tienen qué,
y almuerzan si tienen gana.

—

En teniendo el castellano
vino, ajos, trigo y cebada,
no deja la plaza en julio,
ni en el enero la capa.

—

En Málaga venden uvas,
en Torremolinos peros,
en la Pizarra naranjas
y en Almojía sombreros.

De Torrox la caña dulce
y de Nerja las batatas,
de Vélez el boquerón,
de Málaga las muchachas.

—

Málaga tiene la fama
de las muchachas bonitas,
y no es tan fiero el león
como las gentes lo pintan.

Si no es tan fiero el león
como las gentes lo pintan,
Málaga tiene muchachas
que á los hombres dan penitas.

—

Málaga tiene la fama
del vino y del aguardiente,
de las muchachas bonitas
y de los hombres valientes.

—

Málaga, fuerte muralla
que contiene el mar soberbio,
el mejor puerto de mar
que tiene el rey en su reino.

—

Málaga está en cuatro barrios,
y en medio está la ciudad,
y ninguno me ha gustado
como el de la Trinidad.

—

En Málaga los serenos
van diciendo por la calle:
«Duerma quien tuviere sueño,
que yo no despierto á nadie.»

—

En Málaga no hay sereno
y está bien dispuesto así:
el que quiera madrugar,
que no se acueste á dormir.

—

En Málaga me embarqué
en un casco de cebolla,
y vine á desembarcar
en la puerta de mi novia.

—

El castillo Gibralfaro
se está muriendo de risa
de ver á las malagueñas
con peineta y sin camisa.

Una vez que me arresté
á saber lo que era mundo,
en el barrio del Perchel
me la jugaron de puño.

—

La malagueñita nueva
ha venido de Madrid,
desde Madrid vino á Cádiz
y desde Cádiz aquí.

—

Tres cosas tiene Granada
que no las tiene Madrid:
el Zacatín y la Alhambra
y la puente de Genil.

—

A la entrada de Granada,
calle de los Herradores,
está la Virgen del Triunfo,
con veinticinco faroles.

—

Fuí al Triunfo y le recé
á la Virgen una Salve,
y luego la encomendé
por el alma de quien sabes.

—

A los Cármenes del Darro
me tengo de ir á vivir,
porque dicen que se goza
la gloria antes de morir.

—

Vámonos al Avellano
á beber agua fresquita,
porque dicen que allí está
la flor de la canelita.

—

¡Qué buena noche que hace
para ir al Aljibillo
con una buena guitarra
y tres pares de palillos!

—

Fuente de los veinte caños,
donde tanto se murmura,
¿has oído si me quiere
la sobrinica del cura?

—

Arbolicos de la vega,
molinicos del paseo,
haced que no me oiga el padre
de la niña que yo quiero.

En la plaza de Santiago
tiene un mercado Daroca,
y una fuente donde abrasan
los corazones sus mozas.

—

Como aquel hombre de piedra
que en la Trinidad está,
quiero que te vuelvas tú
si no dices la verdad.

—

En la plaza de San Pedro
se crían los ababoles:
en la plaza de Santiago
unas chicas como soles.

—

Sabrás que vengo de Dílar,
y te traigo un estadal
y unos garbanzos tostados...,
pero no los probarás.

—

Yo tenía unos amores
de pepitas de melón,
y vino un aire solano
y se los llevó á Albuñol.

—

El sacristán de Albolote
y el cura de Maracena
iban cantando y diciendo:
«Dios nos la depare buena.»

—

Mira si he corrido tierras,
cuando he estado en la Raijana,
en el barranco del Negro
y en la ramblita del Agua.

—

En Oliar y Fregenite,
Alcázar y Torviscón:
en estos cuatro lugares
tengo yo mi corazón.

—

Buena vega tiene Lújar,
y buen zacatín Rubite,
y buenas muchachas rubias
Oliar y Fregenite.

—

Quédate con Dios, Motril,
con tu palma y tu palmito;
que me voy á la Mamola
á comer pescado frito.

No te fíes de Motril,
aunque digan «bien te quiero;»
pues por una caña dulce
mataron á un artillero.

—

Calatorao tiene un Cristo,
y otro Cristo Balaguer,
Daroca sus corporales,
y sus amantes Teruel.

—

Si yo tuviera dinero,
como tiene el rey de España,
mandara hacer una rosca
del vuelo de la Giralda.

—

Mal haya quien hizo el puente
para pasar á Sevilla,
que me he dejado en Triana
la flor de la maravilla.

—

Mañana me voy á Cádiz,
pasar el río no puedo;
pásame, Pepe del alma,
en tu caballo ligero.

—

En el mar hay un pescado
que le llaman el inglés;
tiene un letrero que dice:
«¡Viva el vino de Jerez!»

—

¡Viva Medina-Sidonia
y Jerez de la Frontera,
y también digo que viva
Sanlúcar de Barrameda!

—

Un hombre sabio de Rota
estaba pensando un día,
que si no hubiera tomates,
el mundo se acabaría.

—

Los roteños á sus novias
acostumbran regalar
pepitas de calabaza,
que son confites allá.

—

Tres cosas tiene Cazorla
que no las tiene Baeza:
San Isicio, Monte Sión,
la Virgen de la Cabeza.

Dicen que Valencia es
jardín de todas las flores;
yo digo que en Aragón
se crían más y mejores.

—

Vivan Valencia y Murviedro
y Castellón de la Plana,
y vivan los cuerpos buenos
de las chicas valencianas.

—

Las muchachitas de Alcoy,
cuando van por agua al río,
se dicen unas á otras:
«¿Cuándo tendremos marido?»

—

A la una me embarqué,
á las dos me hice á la vela,
á las tres en Alicante,
á las cuatro en Cartagena.

—

¡Cartagena de Levante,
puerto de mar venturoso,
descanso de los navíos
y de los hombres reposo!

—

Cartagena de Levante,
bien te puedes celebrar,
que Murcia, con ser tan grande,
no tiene puerto de mar.

—

Buena tierra es Cartagena
porque tiene cerca el monte,
pero es mejor Alicante
por el barrio de San Roque.

—

En el muelle de Alicante
hay una hermosa farola
para alumbrar á mi amante
que viene de Barcelona.

—

Adiós, Alicante hermoso,
con castillo y estandarte:
adiós, Puerta de la Reina,
donde yo solía hablarte.

—

En el muelle de Alicante
hay mucho que discurrir:
han hecho una puerta nueva
para entrar y no salir.

Alicante por su muelle,
Murcia por sus arrabales,
Orihuela por su huerta,
Elche por sus palmerales.

—

Adiós, arenal de Murcia,
paseo de militares,
donde se pasean damas
al lado de sus galanes.

—

En Elche está Calandura,
en Villena el Orejón,
y en Caudete está la mona
para tocar el reloj.

—

Quédate con Dios, Jaén,
y también Puerta Barrera;
que me voy á Leganés
á batallar con Cabrera.

—

El aguardiente de Ocaña
lo llevan á Puerto Rico,
y repican las campanas
como si fuera el obispo.

—

La rondeña malagueña
nadie la sabe cantar,
sino los malagueñitos,
que tienen sandunga y sal.

—

Más vale una vitoriana
que doscientas percheleras;
que las vitorianas tienen
la sandunga de la tierra.

—

¡Adiós, torre de la Mar,
castillo de San Lorenzo!
¡Adiós, Anita María,
que por ti me llevan preso!

—

Quiero vivir en Granada
porque me gusta el oir
la campana de la Vela
cuando me voy á dormir.

—

Mira si he corrido tierras,
que he estado en el Albaicín,
en la carrera de Darro
y en la puente de Genil.

No compres leña en Cosuenda,
ni en Aguarón compres pan,
ni mujer en Cariñena,
que todo te saldrá mal.

—

No te cases, niña, en Cortes,
ni en Fréscano ni en Mallén:
cásate, niña, en Tabuenca,
que es lugar de mucha miel.

—

Adiós, Tortosa famosa,
rodeada de balcones,
en medio una rica fuente,
encima un ángel de amores.

—

El cielo de la Navarra
está vestido de azul,
por eso las navarritas
tienen la sal de Jesús.

—

Navarritos son mis ojos,
navarritos han de ser;
han salido de Navarra
y á Navarra han de volver.

—

Madre, por una navarra
diera todo cuanto tengo,
sólo por tener amores
al otro lado del Ebro.

—

Cartagena me da pena
y Murcia me da dolor:
¡Cartagena de mi vida!,
¡Murcia de mi corazón!

—

Vámonos á Cartagena
á ver el mar y sus olas:
á ver los barcos del rey
con banderas españolas.

—

Pensamiento tiene Darro
de casarse con Genil,
y le ha de llevar en dote
Plaza Nueva y Zacatín.

—

¡Adiós, calle de Mesones,
consuelo de mi barriga,
que por cuatro cuartos dan
caldo, chanfaina y morcilla!

Vega hermosa del Jiloca
con tus sombríos nogales,
no envidies á la del Ebro;
más que ella mil veces vales.

—

Zaragoza, Zaragoza,
Zaragoza de los diablos;
una vez que estuve en ella,
¡qué bien me enzaragozaron!

—

Camino de Zaragoza,
camino carreteril,
por donde van las noticias
de Zaragoza á Madrid.

—

Adiós, noble Zaragoza;
adiós, los siete portales;
adiós, la calle del Coso,
que es paseo de galanes.

—

Si quieres divertirte,
vente á la corte,
pues en ella se encierran
dos mil primores;
y verás tanto,
que no sabrás si sueñas
ó estás velando.

—

No me gusta el rigodón,
ni el galop, ni la polca:
como soy aragonés,
sólo me gusta la jota.

—

Todos los navarros, madre,
cantan la jota navarra,
y yo como aragonés,
canto la zaragozana.

—

¡Qué gusto es en Zaragoza
oir á un niño cantar,
con la bandurria tocando,
si serena noche está!

—

Qué gusto es en Zaragoza
el salir á pasear
con una dama preciosa,
por llevar toda la sal.

Navarrito, navarrito,
no seas tan fanfarrón,
que los cuartos de Navarra
no pasan en Aragón.

—

La campana de Velilla
causará menos espanto
que causa en mi corazón
esa risica en tus labios.

—

Mucho vale Zaragoza
con su Coso y su arrabal;
pero más vale Daroca
con su hermosa Colegial.

—

Mucho me quiere Daroca,
su puerta baja me llama,
y sus muchachas hermosas
me dicen que no me vaya.

—

Plaza de la Colegial,
con tu cárcel y tu cambra,
eres de Daroca encanto
y de sus hermosas sala.

—

Cobertizos de la plaza
frente de la Colegial,
por algo Daroca os puso
tan cerca el santo hospital.

—

Un muro tiene Daroca
en que nadie rindió al Jaque;
á mí me rinden tus ojos
mirándome y sin mirarme.

—

A Roma se va por bulas,
por tabaco á Gibraltar,
por manzanilla á Sanlúcar,
y á Cádiz se va por sal.

—

En Herrera del Duque
las hay hermosas...,
las tinajas de vino,
mas no las mozas.

—

No compres mula en Teruel,
ni en Albarracín ganado,
ni en Francia tomes mujer,
que todo te saldrá malo.

Castellano, castellano,
no te vayas á Castilla,
que tienes en Aragón
quien te quiere y quien te estima.

—

Son las niñas valencianas
estrellitas de la mar,
que hacen la guerra á los hombres
con su gracioso mirar.

—

Vale más la sal que tienes
en esa cara morena,
que la torre de Serrano
y el martinete de Heredia.

Sevilla dice que Triana,
Triana dice que Sevilla;
yo no sé dónde nací,
si en una ó en otra orilla.

—

Soy de Pravia, soy de Pravia,
y mi madre fué praviana,
y como de Pravia soy,
no tengo partida mala.

—

La jota nació en Sevilla,
fué criada en Aragón,
Calatayud fué su cuna
á la orilla del Jalón.

ESTUDIANTES

A estos pobres estudiantes
de cuchara y aceituna,
déles usté una peseta,
que van corriendo la tuna.

—

Estudiante soy, señores,
estudiante en Alcalá;
por la puerta de los carros
me han tenido que sacar.

—

De la mucha hambre que tengo,
Santísima Encarnación,
se me retuercen las tripas
como cuerdas de violón.

—

Tres meses ha que no como,
me tiene abatido el hambre,
llevo plomo en el manteo
porque no me lleve el aire.

—

No hay quien me compre una cosa
de tres que traigo á vender:
una hambre, una cuchara
y unas ganas de comer.

—

Si en mi libro hubiera damas
como las que estoy mirando,
toda la noche y el día
me los pasara estudiando.

—

Un estudiante á una niña
le estaba dando besitos,
y su madre les decía:
«¡Miren qué par de angelitos!»

—

Salamanca parece,
niña, tu calle,
porque siempre la llenan
los estudiantes.

Si el amor de un estudiante
fuese un amor permanente,
no habría en todo este mundo
cosa más de rechupete.

—

Piensa mi madre que estoy
estudiando en Salamanca,
y estoy queriendo á una niña
como la nieve de blanca.

—

Estudiante soy tunante,
que ando corriendo la tuna,
conquistando á las mujeres
sin casarme con ninguna.

—

La sotana y el manteo,
morena, yo te daré;
mas si quieres la casaca,
libera nos, Dominé.

—

Contra el no de las muchachas,
esta receta aprendí:
cuézase en agua de olvido
flor de ¿qué se me da á mí?

—

Estudiante del alma,
estudia, estudia,
que en llegando á mayores
toda soy tuya.

—

El primer amor que tenga
ha de ser un estudiante;
ya que no tenga dinero,
que me alegre cuando cante.

Estudiante de día,
galán de noche,
malas pintas te veo
de sacerdote.

—

Estudiante tunante,
deja esa niña,
que aunque va por el campo,
no va perdida.

—

Abre la ventana, madre,
que viene la estudiantina,
cantando coplas de amor
y coplas de hambre canina.

—

Señor mío Jesucristo,
Dios y hombre verdadero,
á mí me llegan las tripas
hasta el mismo tragadero.

—

Cuando un estudiante llega
á la esquina de una plaza,
dicen las revendedoras:
«¡Fuera ese perro de caza!»

—

Señorita del balcón,
no corra usted la cortina,
que la viene á visitar
una pobre estudiantina.

—

Desde que soy estudiante,
desde que llevo manteos,
no he comido más que sopas
con suelas de zapatero.

—

La capa de un estudiante
parece un jardín de flores:
toda llena de remiendos
de veinticinco colores.

—

Yo no sé qué tienen, madre,
la sotana y el manteo,
que en viendo yo un estudiante
todita me zarandeo.

—

Los estudiantes en clase
se dicen unos á otros:
«Todas las niñas bonitas
se crían para nosotros.»

Madre, con los estudiantes
no me lleve usté á paseo,
que como soy chiquitita,
me tapan con el manteo.

—

La mujer que no ha tenido
amor con un estudiante,
no sabe lo que es canela,
ni tampoco chocolate.

—

– Rosita del mes de mayo,
¿quién te ha quitado el color?
– Un estudiante tunante
con palabritas de amor.

—

Los estudiantillos, madre,
cuando salen del estudio,
se van á los arrabales
y allí la juegan de puño.

—

Las armas del estudiante
yo te diré cuáles son:
la sotana y el manteo,
la cuchara y el perol.

—

Un estudiantillo, madre,
me dijo si le quería,
y yo le dije que no:
¡mal haya mi tontería!

—

Á los estudiantes, niña,
compara con las sardinas;
saladitas, con escamas,
poca carne y mucha espina.

—

Caballero generoso,
dénos usté una peseta,
que tenemos la barriga
como cañón de escopeta.

—

Me comiera, me comiera,
me comiera sin sentir,
los poyos de la Carrera,
plaza Nueva y Zacatín.

—

Un estudiante tunante
se puso á pintar el sol,
y de hambre que tenía
pintó un pan de munición.

SOLDADOS

Adiós padre, y adiós, madre;
adiós, iglesia del pueblo,
que voy á servir al rey
los ocho años que le debo.

—

Por un pan de munición
que el rey de España me da,
toda la noche me tiene:
«Centinela, alerta está:»
por un pan de munición.

Siempre que llega ocasión
se leen las ordenanzas;
si de cierto no hay perdón,
mira lo que un hombre pasa
por un pan de munición.

El rey se pasea en coche,
los sargentos en calesa;
yo paso toda la noche
muriéndome de tristeza
por un pan de munición.

—

La bala que á mí me hirió
también rozó al comandante:
á él le hicieron coronel,
yo tan soldado como antes.

—

Primer domingo de abril,
¡qué día tan señalado!
Metí la mano y saqué
el número de soldado.

—

En las montañas de Jaca
me acordé de ti, salero,
porque me faltó la sal
cuando estaba de ranchero.

Un soldado me dió un ramo,
yo lo puse en la ventana,
el viento se lo llevó:
¡adiós, soldado del alma!

—

Ojos que te vieron ir
por aquellos verdes llanos,
cuándo te verán volver
con el canuto en la mano.

—

Soldado soy, ¿qué remedio?,
así lo quiso mi suerte;
y no me pesa el fusil,
pero sí dejar de verte.

—

Los quintos se van mañana,
se llevan los escogidos,
y las muchachas se quedan
con los que el rey no ha querido.

—

Viva la media naranja,
viva la naranja entera,
viva la Guardia civil,
que no tiene compañera.

Tres fincas tengo en Madrid,
siendo un pobre militar:
la cárcel, el cementerio
y también el hospital.

—

Estando de cuartelero,
fué y se me apagó el farol;
llegó el sargento de guardia
y á entrambos nos alumbró.

—

– Soldadito, soldadito,
¿qué llevas en tu mochila?
– Llevo las armas del rey
y el corazón de una niña.

—

Dicen que la golondrina
pasa la mar en un vuelo:
así la pasaré yo
en cumpliendo, si no muero.

—

Ya he cumplido con mi rey
y aquí llevo la licencia;
voy á cumplir con mi padre,
que es mi dios sobre la tierra.

—

Dicen que los migueletes
tienen la vida vendida:
la tengan ó no la tengan,
¡migueletes de mi vida!

—

No quieras á ese soldado,
que es cazador de Madrid,
y en tomando la licencia,
se marcha y te deja aquí.

—

No se admire usted señora,
que un soldado es el que canta;
con el pan de munición
tengo mala la garganta.

—

De las patillas de un moro
tengo que hacer una escoba,
para que barra el cuartel
la infantería española.

—

El amor del militar
es como un plato de arena:
en poniéndolo en la calle,
viene el viento y se lo lleva.

Con todos los militares
poquita conversación,
porque se van alabando
de cositas que no son.

—

Un soldado me dió un ramo,
yo lo recibí con pena,
que de manos del soldado
nunca vino cosa buena.

—

– Isabel, Isabelita,
¿qué tienes en tu tejado?
– Claveles y mirabeles,
y suspiros de un soldado.

—

¿Cómo quieres que te quiera,
si no te puedo querer,
si no traigo la licencia
de mi señor coronel?

—

Valen más el garbo y talle
de mi querida patrona,
que todo el oro y la plata
que se labra en Barcelona.

—

Quiéreme, que soy buen mozo
y escribo en la Mayoría,
y soy sargento primero,
y corro con compañía.

—

¡Qué lástima de carita
que se la coma la tierra,
pudiéndosela comer
un soldado de la reina!

—

En Málaga senté plaza,
y en Sevilla me acordé
del garbo de tu persona,
y al punto me deserté.

—

Soy soldado de á caballo,
lo que quieras te daré;
pero en tocando á casaca,
no quiere mi coronel.

—

Todos los soldados dicen
que se casan, que se casan;
y en tomando la licencia,
todos se van á su casa.

Mi padre me da de palos
porque quiero á un granadero,
y al son de los palos digo:
«¡vivan las gorras de pelo!»

—

Todos los soldados dicen
que se casan, que se casan,
y en tomando la licencia,
derechitos á su casa.

—

Ya se van los quintos, madre,
los quintos de este lugar:
aquí quedan las penillas,
las alegrías se van.

—

Cállate, morena mía,
cállate, y no tengas pena,
que en siendo yo coronel,
tú serás la coronela.

—

Si te preguntan: «¿quién vive?,»
responde con ligereza:
«los quintos de Pinos-Puente,
voluntarios á la fuerza.»

—

Mañana se van los quintos,
y con ellos va mi Pepe;
ya no tengo quien me traiga
horquillas para el rodete.

—

Ya se van los quintos, madre,
por la puerta de Alcalá;
ya se van los quintos, madre,
¡sabe Dios si volverán!

—

Ya sabrás que salí quinto
y no tengo escarapela;
dame una gota de sangre
de tu corazón, morena.

—

Mañana se van los quintos,
ya se va mi corazón:
la Virgen de los Dolores
les eche su bendición.

—

No siento la escarapela,
ni tampoco ser soldado;
lo que siento es mi morena
que no la tengo á mi lado.

«Si el comer poco es salud,»
como dice aquel refrán,
los pobrecitos soldados,
¿cuántos años vivirán?

—

De los caballos del rey,
ninguno como mi potro;
que para mover un pie,
le pide licencia al otro.

¿Qué es aquello que relumbra
por entre los olivares?
Será la Guardia civil
persiguiendo criminales.

—

Si te quiere un soldado,
quiérele, niña;
que no ha de ser soldado
toda su vida.

—

Quien te quiso mozo y libre,
también te querrá soldado:
¿cómo quieres que desprecie
lo que el rey no ha despreciado?

Soldado tengo de ser
mientras pueda mascar agua,
que no quiero más mujer
que el fusil y la canana.

—

Más vale servir al rey
y ganar los cuatro cuartos,
que no que me pidan pan
la mujer y los muchachos.

—

¡Qué bien parece un soldado
en la puerta del cuartel,
con el cigarro en la mano,
aguardando al coronel!

—

El que quisiere saber
de qué color es la pena,
siente plaza de soldado
y se ausente de su tierra.

—

Senté plaza de soldado
sólo por no trabajar,
y ahora me están fastidiando
con el paso regular.

—

El cuerpo me huele á rancho
y los hombros á fusil,
las espaldas á morral
y el pescuezo á corbatín.

—

A servir al rey me voy,
y el viento que da en tu puerta
son los suspiros que doy.

—

Estando de centinela
esta mañana en la Biña,
si no bajo la cabeza,
una bala me vendimia.

—

Cuando estoy de centinela
y te vienes junto á mí,
se me olvida la consigna
y se dispara el fusil.

—

Cuatro cuartos me da el rey,
y con ellos me mantengo,
le pago á la lavandera,
y me quedan tres y medio.

El pan y los cuatro cuartos
nunca me podrán faltar
en Melilla, en el Peñón
ó en los presidios de Orán.

—

Ya no me quiere mi cabo,
mi sargento ni mi alférez,
porque soy aficionado
un poquillo á las mujeres.

—

El cuartel es una venta,
el sargento es el ventero,
los soldados son los burros,
los cabos los arrieros.

—

Los sargentos para mí,
los cabos para mi hermana,
y los soldaditos rasos,
esos para mi cuñada.

—

Si soldado salieras
en esta quinta,
para tu charretera
tengo yo cinta.

—

En la plaza se oyen tiros,
en la plaza se ha de entrar:
pena de la vida tiene
aquel que se vuelva atrás.

—

Adelante, batidores,
dad ejemplo al batallón;
que la gente de bigote
debe ser gente de pro.

—

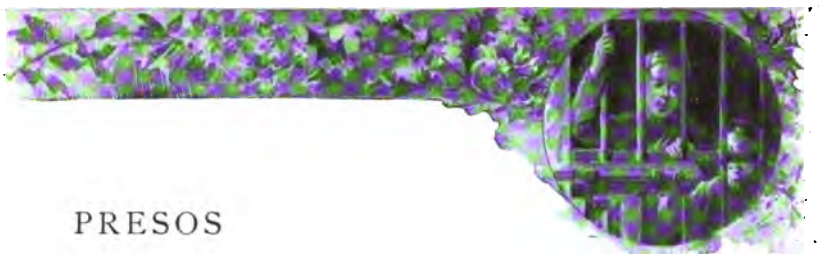
Regimiento de Saboya,
¡qué sólo te vas quedando!
A unos les dan licencia,
y otros se la van tomando.

—

Para borracho, un francés;
para ladrón, un ventero;
para mandar y dar palos,
un cabo de escuadra nuevo.

—

La vida de los soldados
es andar por los lugares,
dormir en cama prestada,
morir en los hospitales.



PRESOS

El pajarito en la jaula
se divierte en el alambre;
así me divierto yo
en las rejas de la cárcel.

—

Ahora sí que estamos bien;
tú presa, yo prisionero,
tú con cadenas de amor,
yo con cadenas de hierro.

—

Me llevaron á la cárcel
por dar una puñalada
á un pícaro estudiante
que me atormentaba el alma.

—

Preso en la cárcel estoy
y no me vienes á ver:
no creo que tengas alma
ni corazón de mujer.

—

Me consuelo cuando entiendo
que al pie de mi reja estás;
pues que tanto te he rondado,
bien me puedes tú rondar.

—

Ya se murió mi madrina,
la duquesita de Alba:
si ella no estuviera muerta,
la vida no me quitaran.

—

En la cárcel me dejaste
solito y abandonado:
anda con Dios, compañera,
que el mundo no se ha acabado.

—

A aquel que quiere y no puede
gozar de su libertad,
no es menester que le entierren,
que enterrado en vida está.

¿De qué le sirve al cautivo
tener los grillos de plata
y las cadenas de oro,
si la libertad le falta?

—

Llora el niño por el pecho;
llora el viejo por la edad;
la moza, por sus amores;
el preso, por libertad.

—

Pulidita carcelera,
sácame de esta prisión;
te daré el anillo de oro
que me dió el bien de mi amor.

—

El anillo que me diste
se lo dí á la carcelera,
que me quitase los grillos
y la libertad me diera.

—

Estas rejas son de bronce
y estas paredes de piedra:
mis amigos son de vidrio...,
por no quebrarse no llegan.

—

¡En libertad me querías
y ahora, preso, me aborreces!
¡Desgraciado aquel que vive
á voluntad de los jueces!

—

¡Preso en la cárcel estoy,
amarrado á una columna,
y no me vienes á ver,
corazón de piedra dura!

—

Madrecita mía,
dígaselo usté,
que tan siquiera una horita al día
que me venga á ver.

Ministriles y alguaciles,
toda la justicia plena,
me vinieron á prender
en casa de mi morena.

—

A las doce de la noche,
niña, me llevaron preso,
y para mayor dolor
me ataron con tu pañuelo.

—

Yo perdí mi libertad,
la prenda que más quería;
ya no puedo perder más,
aunque perdiera la vida.

—

Estaré siempre llorando
mi triste cautividad,
hasta que del cielo baje
mi carta de libertad.

—

Si hubiera alguno en el mundo
que la libertad me diera,
me echara un hierro en la cara
y esclavito suyo fuera.

—

¿Eras tú la que decías
en varias conversaciones,
que me habías de amparar
si me vieras en prisiones?

—

Aunque estoy prisionerillo,
yo tendré mi libertad;
y esos gustos que has tenido
se te han de volver pesar.

—

Yo no siento el estar preso,
ni en calabozo dormir;
pero siento las razones
que me mandas á decir.

—

A las rejas de la cárcel
no me vengas á llorar;
ya que no me quites penas,
no me las vengas á dar.

—

Veinticinco calabozos
tiene la cárcel de Utrera;
veinticuatro llevo andados,
y el más obscuro me queda.

Si el rey de España supiera
lo que á los presos les pasa,
de cárcel en cárcel fuera
echándolos á sus casas.

—

La cárcel es el infierno,
el carcelero es el diablo,
los jueces los que condenan,
y ellos son los condenados.

—

Me metieron en la cárcel
por hacer un San Miguel;
así que me echaron fuera
hice un San Bartolomé.

—

Mi causa ya se acabó,
ya se cerraron mis autos;
ya ha salido la sentencia
de presidio por diez años.

—

Adiós, cárcel de Guadix,
sepultura de hombres vivos,
donde se amansan los guapos
y se olvidan los amigos.

—

Camino de Cartagena
muchos pobrecitos van,
desterrados hijos de Eva
por las hijitas de Adán.

—

Señor alcalde mayor
y demás señores:
estas penitas á este cuerpo mío
no le corresponden.

—

Ceuta tiene buena entrada,
pero muy mala salida;
y aquel que se pasa al moro
tiene pena de la vida.

—

¡Pobrecitos de la cárcel!,
ya tendrán algún consuelo.
¡Ay, pobrecito de mí!,
ni lo tengo ni lo espero.

—

Los suspiros de un cautivo
no pueden llegar á España,
que está la mar de por medio
y se han de hundir en el agua.

I. García Ramos dibujó

Otras veces los gitanos
gastaban medias de seda,
y ahora, por su desgracia,
gastan grillos y cadenas.

—

– Gitano, ¿por qué vas preso?
– Señor, por cosa ninguna.
Porque he cogido un ramal
y detrás vino una mula.

—

Caminito de Antequera
preso llevan á un gitano,
porque se encontró una capa
antes de perderla el amo.

—

Preso en la cárcel estoy,
no tengas pena por eso;
no dejo de ser quien soy,
ni yo soy el primer preso.

—

Mi madre me lo decía
que me tenía que ver
en la cárcel de Almería
preso por una mujer.

—

Dame la mano y saldré
de este obscuro calabozo,
que me están acumulando
un casamiento forzoso.

—

Cuando yo estaba en prisiones,
solito me divertía
en contar los eslabones
que mi cadena tenía.

—

A la cárcel de Motril
preso llevan á mi padre,
siendo un pobrecito viejo
que no se mete con nadie.

—

Acaban de dar las doce
en el reloj de la Audiencia;
entre jueces y escribanos
me han leído la sentencia.

—

Soy hombre, vengan fatigas,
nací para padecer;
los grillos y las cadenas
no me caben en los pies.

En un castillo me vi
prisionero entre cadenas,
y acordándome de ti
se me quitaban las penas.

—

Cuando la requisa viene
al cuarto de mi prisión,
está desechando llaves
dos horitas de reloj.

—

¿Quién le llevará la nueva
á la triste de mi madre,
que en un calabozo obscuro
me están echando la llave?

—

Ya no tengo en este mundo
si no es á la madre mía,
que va pidiendo limosna
para libertar mi vida.

—

Preso estoy en tierra extraña:
por ver á mi madre, diera
un dedito de la mano,
el que más falta me hiciera.

—

Si la madrecita mía
viera lo que estoy pasando,
con lágrimas de sus ojos
la calle fuera regando.

—

Hablar contigo quisiera
para vivir sin cuidado,
pero ya sabes que estoy
de la libertad privado.

—

En una torre me encuentro
con una cadena atado:
todo lo llevo con gusto
por tenerte á ti á mi lado.

—

Como el aguardiente claro
que sale del alambique,
yo me voy purificando
en esta cárcel de Utrique.

—

La puerta del calabozo
la siento abrir y cerrar;
á voces llamo al llavero,
porque quiero confesar...

Estoy en un calabozo
lleno de abominaciones;
ya me suben, ya me bajan
á tomar declaraciones.

—

Me preguntó el señor juez
que de qué me mantenía:
de comer y de beber,
como se mantiene usía.

—

Aquel que entrare en la cárcel
nunca diga la verdad,
porque á buena confesión,
mala penitencia dan.

—

Si te meten en la cárcel
y te amarran bien los pies
y te pregunta el notario...,
responde siempre al revés.

—

Si te llevan á la cárcel,
nunca niegues la mentira;
la verdad por las espaldas,
y el escribano que escriba.

—

En la torre de Serranos,
en la segunda escalera,
hay un letrero que dice:
«Aquí la verdad se niega.»

—

Centinela, vive alerta,
que hay presos que son muy pillos,
y vigilan más que tú
por si tienes un descuido.

—

Echa grillos, carcelera,
y aprieta bien los candados,
que paguen estos pies míos
los malos pasos que han dado.

—

¡Ay cárcel, qué mala eres!,
¡siempre te maldeciré!
¡Entré sin pelo de barba,
y capuchino saldré!

—

El que quiera ver penitas
vaya al campillo de Arenas,
y verá los presidiarios
cargaditos de cadenas.

Si algún mortal por aquí
pasa por casualidad,
socorra á los infelices
que en este desierto están.

—

Para los hombres se han hecho
los grillos y las cadenas,
y para las buenas mozas
San Fernando y la Galera.

—

En el arco de Torrero
la cuchara me dejé:
si quiere Dios y no muero,
yo por ella volveré.

—

¿A qué me das esos palos?
¿Qué daño te he hecho yo?
Si me he quedado dormido,
el sueño rinde al león.

—

Cuando te miré venir,
barco de la redención,
de fatigas que me dieron
se me arrancó el corazón.

—

Dicen que me han de matar
y me han de sacar al campo:
Virgen de la Soledad,
cubridme con vuestro manto.

—

Di á la triste de mi madre,
compañero, por tu vida,
que hoy me sacan de la cárcel
y me meten en capilla.

—

Ya los sacan de la cárcel,
los llevan al Baratillo:
de sentimiento lloraban
hombres, mujeres y niños.

—

En el patio de la cárcel
miré al cielo y dije así:
«¿Dónde está la libertad,
que tan niño la perdí?»

—

Madre, no es usted mi madre,
que si usted mi madre fuera,
echaría un empeñito
y de la cárcel saliera.

A un obscuro calabozo
me llevaban la comida;
más lágrimas derramaba
que bocaditos comía.

—

Tenía mi calabozo
una ventanita al mar,
donde yo me distraía
en ver los barcos pasar.

—

Hasta los hombres más guapos,
todos se vuelven chiquillos
cuando encima de los yunques
se les remachan los grillos.

—

De los males de este mundo
no sé cuál es el peor:
el casarse ó el morirse
ó estar en una prisión.

Porque me ves pobre y preso,
piensas que me he muerto yo;
puede que algún día digas:
«El muerto resucitó.»

—

Perdón me pidió el verdugo,
no se lo pude negar;
la Justicia no perdona,
y perdona el criminal.

—

Los presos cuentan los días,
los presidiarios los años,
y los que están en capilla
las horas que van pasando.

—

En la puerta del presidio
hay escrito con carbón:
«Aquí el bueno se hace malo
y el malo se hace peor.»

MINEROS

Los mineros en la mina
dicen con pena y salero:
«Paredes de plata y oro,
y comemos ajos, puerros.»

—

Pobrecitos los mineros,
¡qué desgraciaditos son!
pasan la vida en la mina
y les mata una explosión.

—

Hermosa Virgen de Gádor,
que estás al pie de la sierra,
ruega por los mineritos
que están debajo de tierra.

—

Valiente ignorante es
el que á las minas se va,
cuando las minas mejores
se quedan en el lugar.

—

Los señores de la mina
no cesan de preguntar,
y los mineros dicen:
«Ya va pintando en metal.»

Guardillón y sal de lobo
es la seña del metal,
y la piedra franciscana
es dura de barrenar.

—

En diciendo: «gente al torno,»
todos los mineros tiemblan,
viendo que se han de poner
á voluntad de una cuerda.

—

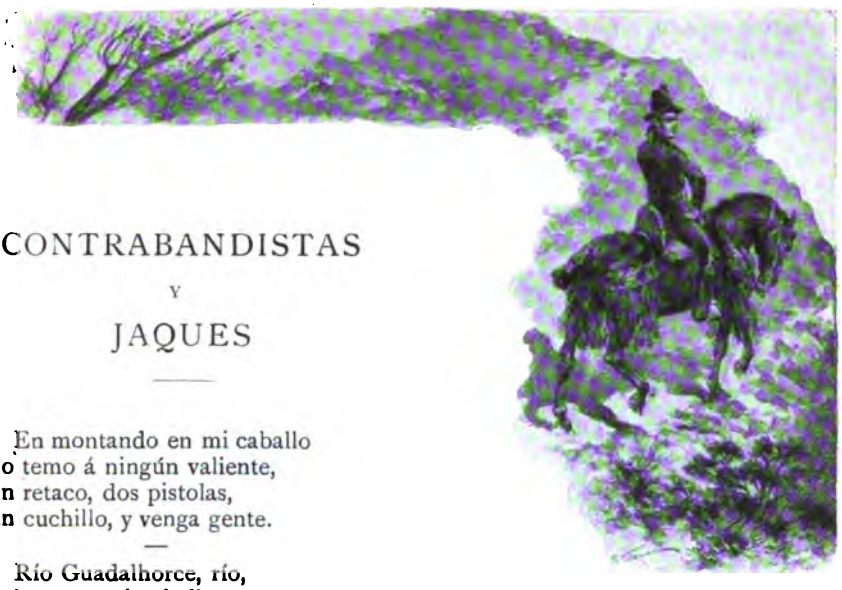
Los torneros son los guapos,
los picadores valientes,
y los pobres de la gavia
son los que aprietan los dientes.

—

De capataces de gavia
estaba el infierno lleno,
y en el último rincón
estaban los cocineros.

—

Dame machota y barrena,
aguja y atacador,
cartuchos, pajuela y mecha,
que voy á echar un botón.



CONTRABANDISTAS
Y
JAQUES

En montando en mi caballo
no temo á ningún valiente,
un retaco, dos pistolas,
un cuchillo, y venga gente.

—

Río Guadalhorce, río,
deja pasar mi caballo:
si lo paso por el puente,
me cogen el contrabando.

—

Camino de Grazalema,
¡qué caminito tan triste!,
que no pasa una carguita
que la guardia no registre.

—

Tu sandunga y un cigarro
y una caña de Jerez,
mi caballo y un trabuco,
¡qué más gloria puede haber!

—

Todos los contrabandistas
son hombres de corazón;
lo cargan en Cataluña,
lo venden en Aragón.

—

Dicen los contrabandistas
cuando salen al barranco:
«Arriba, caballo moro,
que ya tenemos tabaco.»

—

Dicen los contrabandistas
cuando salen á la playa:
«Dios nos libre de soplones,
carabineros y guardas.»

Mal haya el contrabandista
que á mí me enseñó á fumar,
que por un triste cigarro
me llevan á Gibraltar.

—

– Contrabandista valiente,
¿qué tienes que tanto lloras?
– Se me ha muerto mi caballo,
ya se acabaron mis glorias.

—

Mi mujer y mi caballo
se me murieron á un tiempo:
¡qué mujer ni qué demonio!,
¡mi caballo es lo que siento!

Mi caballo me costó
ciento cincuenta doblones,
y mi mujer solamente
dichos y amonestaciones.

—

¡Arriba, caballo moro,
sácame de este barranco,
que me viene persiguiendo
el del caballito blanco!

¡Arriba, caballo moro,
sácame de este arenal,
que me vienen persiguiendo
los del águila imperial!

—

Me metí á contrabandista
de tabaco y de aguardiente,
y me pillaron los guardas:
¡ahora sí que sale fuerte!

—

Me metí á contrabandista
por ver si gánaba algo,
y he perdido el corazón
y también el contrabando.

—

¿Dónde están los cuerpos buenos,
que los busco y no los hallo?
Unos están en presidio,
los otros al contrabando.

—

Contrabandista es mi padre,
contrabandista es mi hermano,
contrabandista ha de ser
aquel á quien dé mi mano.

—

Los hombres de corazón
se aficionan al tabaco;
ponen su administración,
y lo venden sin estanco.

—

Es mucho lo que me gusta
una canana corrida,
que aunque falte algún cartucho,
siempre queda prevenida.

—

A pesar de los miñones,
contrabandista he de ser,
y he de vender el tabaco
á la puerta del cuartel.

—

Sube á la grupa, morena,
á la grupa de mi jaco:
no habré llevado en mi vida
más hermoso contrabando.

—

Contrabandista lo quiero
aunque le maten mañana,
que si acaso le mataren,
me queda caballo y carga.

Porque no escale la gloria
un *divé* me tiene preso;
es el mundillo mi jaula
y es el mar mi bebedero.

—

Esta noche va á llover,
que esté raso, que esté nublo,
han de llover buenos palos
en las costillas de alguno.

—

Por la Sierra Morena
va una partida:
al capitán le llaman
José María;
sus compañeros
son Frasco el de la Torre,
Juan Caballero.

—

Allá va Diego Corrientes
con su caballo cuatralbo,
su *jembra* en el pensamiento
y su trabuco en la mano.

—

Cuando me dieron el tiro
en los montes de Llerena,
con las ansias de la muerte
me acordé de ti, morena.

—

Veinticinco muertes tengo,
y no cuento los piquillos...,
que en una fiesta, bailando,
maté una mujer y un niño.

—

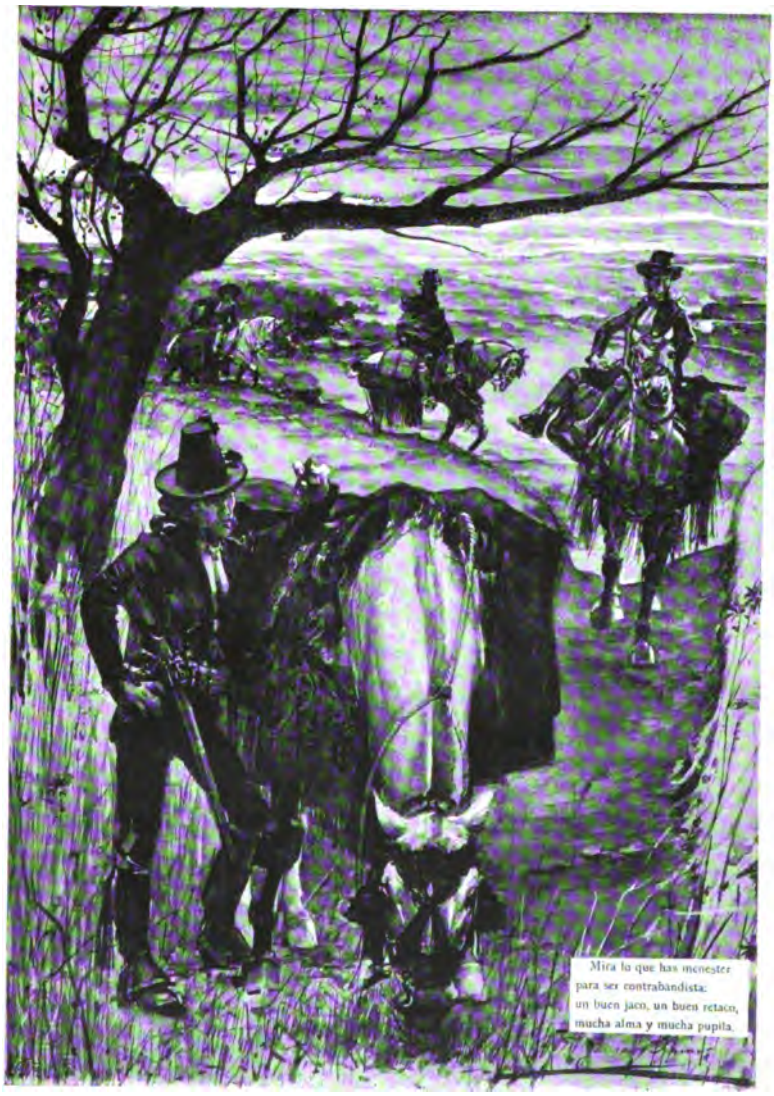
El que no quiera morir
al tiro de mi pistola,
me deje la calle libre,
que la necesito toda.

—

En este pueblo hay un guapo
que presume de valiente,
con una espada en la mano
en una calle sin gente.

—

Por tu calle voy entrando,
cabellos de emperadora:
si tienes los novios guapos,
diles que salgan ahora.



J. Garcia Ramos dibujó

Un pollito me pitea
sabiendo que soy el gallo;
como la gallina es mía,
por eso me aguanto y callo.

—

¡Qué penilla será el ver
la prenda que un hombre estima
en manos de otro gaché,
por ser un hombre gallina!

—

No me ande usted con pinturas,
que yo pinturas no quiero,
que le cortaré la cara
al que fuere pinturero.

—

Salid, mozos, á rondar,
los de la guitarra nueva,
y veréis qué gusto tienen
los palos de avellanera.

—

¿Qué te sirve ser buen mozo
y llevar trabuco nuevo,
si no tienes corazón
para darle mecha al fuego?

—

Diga usté, seó pinturero,
prepárese usté á morir,
porque tiene mi trabuco
cuatro balas de fusil.

—

En esta calle se suena
que me han de matar de un tiro:
«nunca llueve cuando truena;»
con esa esperanza vivo.

—

Apúntame bien al pecho,
mira que si no me das,
más chispas te voy á hacer
que arenas tiene la mar.

—

Si Málaga tiene un muelle,
mi navaja tiene cinco;
como se te arrime alguno,
no le vale San Francisco.

—

El cuerpo me huele á plomo
y el corazón á puñales,
y la sangre de mis venas
rabiando porque no sale.

En tu reja dice un guapo
que me ha de matar de un tiro,
y el guapo me ve en tu reja
y dice que no me ha visto.

—

Aquel que fuere gallina
aprenda de mis lecciones,
que traigo pólvora fina
para matar gorriones.

Cuando me dieron el tiro
en los montes de Jimena,
me mataron el caballo,
mi cuerpo cayó en la arena.

—

Para pasear tu calle
no necesito cuchillo,
porque el novio que tú tienes
me lo meto en el bolsillo.

—

Me llamo Félix Pastor,
soy capitán de ladrones,
y á nadie tengo temor
aunque vengan batallones.

—

Esta noche voy de tuna
con mi capa y mi sombrero,
y al revolver de una esquina,
puñalada y tente, perro.

Esta noche voy de tuna
con mi capa y mi zamarra,
y el que quisiere *cané*,
que salga por la guitarra.

—

Esta noche va á salir
la fiera que nunca sale:
al revolver de una esquina,
capa en tierra y mano al sable.

—

¿De qué te sirve traer
el sombrero á lo gachón
y la mano en la cintura,
si no tienes corazón?

—

Tengo que pasarme al moro,
y tengo que renegar,
y tengo que ser más malo
que Barceló por la mar.

—

Sansón dicen fué valiente,
y Oliveros y Roldán:
á todos les diera muerte
si pudieran pelear.

—

¡Cuánto vale un mozo bueno
puesto en una bocacalle,
con un retaco en la mano:
«por aquí no pasa nadie!»

—

Nadie me tosa en el mundo,
ni me levante la voz;
yo soy más duro que el bronce
y más valiente que Dios.

—

Salid, mocitos, salid,
á la esquina de la plaza,
y allí veréis relucir
la punta de mi navaja.

—

Por aquella calle abajo
tengo que formar un puente
con las costillas de un guapo
y los brazos de un valiente.

—

Ninguno por ser valiente
eche votos temerarios,
que á ningún potro le viene
la silla de mi caballo.

Tengo yo unas tijeritas,
que también las traigo aquí,
para cortarle la lengua
al que hablare mal de mí.

—

Tira la espada, cobarde,
y arrástrala por el suelo;
ya que no mates á nadie,
al menos meterás miedo.

—

En la esquina del Campillo
me quisieron dar la muerte;
eché mano á mi cuchillo
y corrieron los valientes.

—

Dígale usté á ese mocito
que anda por la callejuela,
que si no se quita pronto,
le he de romper la montera.

—

Yo soy el hombre más fuerte
de cuantos hay en el mundo;
he corrido mucha tierra,
y así no tiemblo á ninguno.

—

Yo me doy de puñaladas
con el hombre más valiente,
que este pellejito mío
no ha de servir para aceite.

—

¡Sujétame, que me pierdo!
Como me llegue á enfadar,
á los hombres rebaneo
como rebaneo el pan.

—

Yo fuí subiendo y subí
hasta el último elemento,
y puse la fama mía
donde ninguno la ha puesto.

—

Todo cuanto quiero alcanzo,
no me quejo de mi estrella,
porque no intento cosilla
que no me salga con ella.

—

Si se me ahuma el *pescao*
y desenvaino el flamenco,
con cuarenta *puñalás*
se va á rematar el cuento.

PÍCARO-BURLESCOS

Los ojuelos de la viuda
van diciendo por la calle:
«¿Quién quiere alquilar el cuarto
porque no lo habita nadie?»

—

Como cierto *bulle bulle*,
que siempre está *dale dale*,
se venga con *tiquis miquis*,
ha de haber *traque barraque*.

—

Una vieja en un espejo
se miraba la barriga
y decía suspirando:
«¡Qué fábrica tan antigua!»

—

Dicen que he robado un cáliz:
¡Jesús, qué mentira es esa!,
desde que me bautizaron
no he entrado en ninguna iglesia.

—

Montes de dificultades
un juez en sus pleitos halla:
bien es verdad que los montes
siempre los allanan faldas.

—

Señor alcalde mayor,
no vaya usté á procesiones,
porque tiene usté tres hijas
que parecen tres pendones.

—

Una vieja muy vieja
dijo al pan duro:
«¡Si te pillara en sopas,
yo te aseguro!...»

—

Son los enamorados
como las bestias,
que sólo se mantienen
de lo que piensan.

No enamore quien tenga
poco dinero,
que aunque sea buen mozo,
quedará feo;
pues las mujeres
huyen como del diablo
del que no tiene.

—

Muchos con la esperanza
viven alegres:
muchos son los borricos
que comen verde.

—

No hay mejor lotería
para una moza
que el encontrar un tonto
que quiera boda.

—

Mi marido se murió
y lo enterré en la cocina;
de lástima que me dió
me puse á bailar encima.

—

Murió mi mujer en marzo,
á mediados de Cuaresma,
y quiso Dios en un año
darme dos Carnestolendas.

Estando en gracia de Dios,
maté á mi mujer de un palo;
si esto fué en gracia de Dios,
¡qué fuera en gracia del diablo!

—

Quien buscare una boda
con mayorazgo,
eche el ojo á una vieja
y échela el gancho;
mas vaya alerta,
que hay dotes que se dicen
y no se cuentan.

—

Una recién casada
puso la olla
con un cubo de agua
y una cebolla.

—

Con una buena media
y un buen zapato
hace una madrileña
pecar á un santo.

—

Dicen que tiene gracia
la mujer fea;
mas yo no quiero gracia
que no se vea.

—

El andar de la madre
tiene la hija:
siempre salen los cascos
á la botija.

—

En esta calle vive
la miserable
que hasta al agua del pozo
le echa la llave.

—

«Por uno de navajas,
madre, me muero.»
¿quién ha visto morirse
por un barbero?

—

Arrierito es mi amante
de cinco mulas;
tres y dos son del amo,
las demás suyas.

Mi marido es un celoso
y á puros celos me mata;
celos, si me voy á misa;
celos, si me quedo en casa.

—

Mi marido está malito:
yo estoy á la cabecera,
con un rosario en la mano,
pidiendo á Dios que se muera.

—

Ya se murió mi marido,
ya se murió aquel borracho,
ya no tengo quien me tire
á la cabeza el cenacho.

—

Mi marido se murió
no por falta de alimento,
que á la cabecera tuvo
una ristra de pimientos.

—

Al salir de la comedia
un borrico rebuznó,
y respondió un lechuguino:
«Ese canta como yo.»

—

Por la calle abajo va
un currutaco ligero,
que gasta mucha fachenda
y tiene poco dinero.

—

Ayer tarde en el paseo
me dijo: uno «¡Presumida!»
No quisiera ser tan guapa
por no estar tan perseguida.

—

Ayer tarde en el paseo
una muchacha encontré,
que á todo me respondía:
«¡Qué picaro que es usted!»

—

A eso de la media noche
echó un galán un requiebro,
pensando que era una dama,
y era un gato blanco y negro.

—

Los mocitos de hoy en día,
cuando tienen un realillo,
toico lo cambian en *chavos*
pa que suenen los bolsillos.

Las manolas de Madrid,
cuando van á misa en coche,
lo primero que preguntan
si es bonito el sacerdote.

—

Aunque dientes no tengas,
como no pidas,
será para mi genio
tu boca linda;
pero en pidiendo,
diré que es propiamente
boca de infierno.

—

Anoche me enamoré
de una muchacha bonita:
esta mañana la vi,
¡y era tuerta la maldita!

—

Dicen que mi amante es chico;
esa no es falta en un hombre,
que en el tiempo de la leva
tras una mata se esconde.

—

Más allá del infierno
cincuenta leguas,
hay un infierno aparte
para las suegras.

—

El día que á mi suegra
le den el óleo,
¡qué día tan alegre
tendrá el demonio!

—

La vieja de mi suegra
me dió unas medias:
cada vez que reñimos
me quedo en piernas.

—

Ya se murió mi suegra,
voy al entierro;
un casco de cebolla
llevo en el pecho.

—

Si una suegra de azúcar
dicen que amarga,
¿qué será al que la tenga
de carne humana?

Doce gallinas y un gallo
casi siempre están conformes,
y casi nunca lo está
una mujer con un hombre.

—

La mujer y la moneda
tienen mucha semejanza:
algunas de oro parecen,
y resulta que son falsas.

—

Querer una no es ninguna,
querer dos es falsedad,
querer tres y engañar cuatro...,
eso es gracia que Dios da.

—

Yo tenía un *Agnusdéi*
al cuello, como es costumbre;
me lo quitaron, diciendo:
Qui tollis peccata mundi.

—

Échame un cigarro, primo,
que yo no tengo tabaco,
y hay un perrito que muerde
á la puerta del estanco.

—

En la calle no sé dónde
mataron yo no sé á quién;
el vivo cayó en el suelo,
y el muerto apretó á correr.

—

En la calle no sé dónde
se encuentra no sé qué santo,
que en rezando no sé qué,
se gana yo no sé cuánto.

—

Mi madre me dijo un día
que á qué santo le rezaba;
yo le dije: «Madre mía,
á aquel que me da la gana.»

—

Santa Rita la llorona
fué tanto lo que lloró,
que al alma de su marido
del infierno la sacó.

—

A Santa Rita de Casia
no le tengo de rezar,
que le pedí un imposible
y no lo quiso otorgar.

El lunes me enamoro,
martes lo digo,
miércoles me declaro,
jueves consigo,
viernes doy celos,
y sábado y domingo
busco amor nuevo.

—

Tengo un genio, señores,
que es cosa rara,
que sólo estoy contenta
cuando otro rabia.
Yo no quisiera;
pero tengo este genio
de esta manera.

—

¡Quién tuviera la dicha
de Adán y Eva,
porque nunca tuvieron
suegro ni suegra!
También lograron
librarse de cuñadas
y de cuñados.

—

La vieja de mi suegra
me dió unos cuadros,
cada vez que reñimos
los descolgamos:
de esta manera,
á cuestas siempre andamos
con la escalera.

—

Una sartén sin rabo
me dió mi suegra,
cada vez que reñimos
la sartén suena;
pero es el caso
que siempre que reñimos
hay sartenazo.

—

Un fraile me dijo un día:
«Dame la mano, salero;»
yo le dije: «Padre mío,
tome usted la del mortero.»

—

¿Eres tú la que decías
que en tu casa no entran frailes,
y los han visto salir
como en el campo las aves?

Yo me arrimé á una beata,
por tener algo de Dios;
á ella se la llevó el diablo,
y á mí poco me faltó.

—

Un cazador cazando
perdió un pañuelo,
y luego lo llevaba
la liebre al cuello:
eso sería
que el cazador cazando
se lo pondría.

—

El guarda de una viña
voces me daba
cuando ya la tenía
yo vendimiada.
Dije: «Compadre,
las voces al principio,
porque ya es tarde.»

—

Cuando uno quiere á una
y esta una no le quiere,
es lo mismo que si un calvo
se hallara en la calle un peine.

—

¡Si el río de Sevilla
fuera de vino,
y la torre del Oro
fuera el cuartillo...!

—

Glorioso San Sebastián,
todo lleno de saetas:
mi alma como la tuya,
como tu cuerpo mi suegra.

—

La primera la hizo Dios
y esa engañó al padre Adán;
cuando á esa la hizo Dios,
¿las demás cómo serán?

—

Quisiera estar tan cerca
de las mujeres,
como están las estampas
de las paredes:
y de mi suegra,
como estamos nosotros
de las estrellas.

Las mujeres de estos tiempos
son como las avellanas:
de ciento sale una buena
y noventa y nueve vanas.

—

No son todos cazadores
los que por el monte van:
unos cazan las perdices,
y otros las hijas de Adán.

—

A los carabineros
no darles agua,
porque con el bigote
rompen la jarra.

—

Un usía en Granada
murió de ahito,
que se cenó en tres noches
un huevo frito.

—

El avariento, amigo,
es como el puerco,
que á ninguno aprovecha
hasta que es muerto.

—

Gasta la tabernera
pendientes de oro,
y el agua de la fuente
lo paga todo.

—

Suspiraba una viudita
con suspiritos muy tiernos,
más por cariño del vivo
que por lástima del muerto.

—

Más vale un jaleo pobre
y unos pimientos asados,
que no tener un usía
esaborío á mi lado.

—

Médicos y cirujanos
no van á misa mayor,
porque los difuntos dicen:
«Ese fué quien me mató.»

—

Un pájaro con cien plumas
no se puede mantener,
y un escribano con una
mantiene casa y mujer.

—¿Cuándo llega Narizotas?,
le pregunté á la criada.
—Las narices llegan hoy,
el amo llega mañana.

—

Eres tonto de noche,
tonto de día,
tonto por la mañana
y al mediodía:
se me olvidaba
que también eres tonto
de madrugada.

—

Jugando á la pelota
estaba un tuerto,
y de un golpe le quitan
el ojo bueno;
y él muy conforme:
«Tengan ustedes, dice,
muy buenas noches.»

—

Aquel que inventó el coche
fué hombre de gusto,
porque un cuarto en la calle
divierte mucho:
yo lo aborrezco,
pero es por falta de renta
para tenerlo.

—

Lo que priva en este mundo
es un pantalón de pana,
un sombrero calañés
y una capa jerezana.

—

Del año de la *nanita*
bien te debes acordar,
que costaban cuatro cuartos
las dos libritas de pan.

—

La gorda va á ser mañana,
mañana va á ser la gorda,
que no tengo en el bolsillo
dos cuartos para una rosca.

—

Los gitanos y gitanas,
cuando estrenan un vestido,
no se lo quitan del cuerpo
hasta que lo ven *rompido*

Los gallegos en Galicia,
cuando se van á casar,
llevan la tripilla llena
de mendruguillos de pan.

—

Me dijiste que era un gato
lo que entró por tu ventana:
en mi vida he visto gatos
con bandolera de guardia.

—

Adiós, que me voy del mundo
porque la muerte me llama:
en el testamento dejo...
que me entierren en tu cama.

—

Échale pan á tu perro,
descolorida de cara;
échale pan á tu perro,
que siempre que paso ladra.

—

Cada vez que considero
que me tengo que morir,
tiendo una capa en el suelo
y me harto de dormir.

—

Cada vez que considero
que tengo un amor ingrato,
no sé como no me tiro...
contra un colchón, y me mato.

—

Las cositas de este mundo
muchos las toman á pecho;
yo las tomo con la mano,
y á la espalda me las echo.

—

A mí me llaman el tonto,
el tonto de mi lugar;
todos comen trabajando,
yo como sin trabajar.

—

Las mozuelas no me quieren,
ni yo á las viejas tampoco;
iremos así pasando
con esta vena de loco.

—

Las mujeres de hoy en día
son lo mismo que palmitos;
empezando á quitar hojas,
sólo quedan desperdicios.

¿Dónde irá el buey que no are,
y la yegua que no trille,
y el caballo que no corra,
y la mujer que no chille?

—

En casa de doña Justa
ha entrado un hombre á deshora;
si esto hace doña Justa,
¿qué hará doña Pecadora?

—

¡A cuántas conozco yo
que se tienen por santitas
y suelen pegarle un chasco
á las ánimas benditas!

—

De una costilla de Adán
formó Dios á la mujer
para dejar á los hombres
ese hueso que roer.

—

El que quiera en este mundo
estar de arañazos libre,
no haga fiestas á los gatos
ni á las mujeres se arrime.

—

Mi marido fué á las Indias
por acrecer su caudal:
trajo mucho qué decir,
pero poco qué contar.

—

Eres más fea que el hambre,
más negra que la morcilla;
el día que tú naciste
nació la sarna y la tiña.

—

Son tus brazos tan hermosos,
que parecen dos morcillas
de aquellas que están colgadas
el invierno en las cocinas.

—

Levántate la basquiña,
que te quiero ver el pie:
zapatito á la cachucha,
medias á la virulé.

—

¡Qué bonita que no eres!,
¡qué gracia que no me haces!
Por Dios te pido, mozuela,
que por mi puerta no pases.

Tengo una novia, señores,
que es una mujer cabal;
tiene el hocico de perro
y partidas de animal.

—

Señores, tengo una novia
bonita, si Dios quisiera;
blanca, si la blanquearan;
vestida, si la vistieran.

—

¡Vaya que estoy aviado
con las tres novias que tengo:
una calva, otra pelona
y la otra falta de pelo!

—

Por comer una manzana
Adán su reino perdió:
muchos, según fuera el árbol,
perdieran por media dos.

—

¿Es posible, padre Adán,
que siendo vuestra merced
el primer hombre del mundo,
le engañara una mujer?

—

¡A casaros, mozuelos!,
no temáis tanto,
que una vara en la plaza
vale dos cuartos.

—

Peluqueros, modistas
y mercaderes,
son los tres elementos
de las mujeres.

—

Cuatrocientas mujeres,
quinientos loros,
arman una algazara
de los demonios.

—

Ya no tendrá la villa
más barrenderos,
porque en yendo de largo
todas barremos.

—

Tanto vestido blanco,
tanto sombrero,
y en casa las agujas
echando un sueño.

Tanto vestido blanco,
tanta parola,
y el puchero en la lumbre
con agua sola.

—

Por un besito ni dos
no echa penitencia el cura;
pero en llegando á los tres,
la penitencia es segura.

—

Si los besitos salieran
como sale el perejil,
más de una niña tuviera
la cara como un jardín.

—

Hombre feo y sin dinero,
enamorado y celoso,
á esto llaman en mi tierra
«la carabina de Ambrosio.»

—

Los cortejos y las viejas
siguen una paridad,
que en faltándoles el oro
no valen ni la mitad.

—

A los árboles frutales
se parecen los cortejos,
que en cayéndose la hoja,
son espantajos del huerto.

—

Por la mañana galbana,
al mediodía calor,
por la tarde los mosquitos:
no quiero ser labrador.

—

– A mí me llaman Peneque:
señor alcalde, ¿qué haré?
– Vaya usted con Dios, Peneque,
que yo lo remediaré.

—

A mí me llaman Calores
y yo me muero de frío,
y las mozuelas me dicen:
«Calores, vamos al río.»

—

– Para no llegar á viejo,
¿qué remedio me darás?
– Métete á servir á un amo,
y siempre mozo serás.

En medio de un olivar
tengo un ochavo escondido:
no se lo digas á nadie,
mira que somos perdidos.

—

Caballito como el mío
no lo tiene el rey de España,
que para mover un pie
necesita una semana.

—

Un navío, dos navíos,
tres navíos por la mar;
si hubiera cuatro navíos,
hubiera un navío más.

—

Nadie trata á los tunos
como las majas,
que tan pronto los quieren
como los plantan;
y ellos á ellas,
que tan pronto las toman
como las dejan.

—

Si me quieren, soy firme;
si no, mudable,
porque al son que me tocan
sigo yo el baile;
vivo contento,
y hallo en cualquiera parte
divertimiento.

—

El que corteja y no sabe
la cuerda que ha de tocar,
por muy sacristán que sea,
nunca llega á repicar.

—

Las mozuelas son de oro,
las casadas son de plata,
las viudas son de cobre
y las viejas de hojalata.

—

Una vieja vale un real
y una muchacha dos cuartos,
y yo, como soy tan pobre,
me voy á lo más barato.

—

Una vieja muy revieja
le estaba diciendo á otra:
«Luego que yo me compongo,
no me pongo muy malota.»

¡Mal haya del arrebol
que venden en las boticas,
que se quieren comparar
las feas con las bonitas!

—

Las morenas hizo Dios
y las blancas un platero,
las coloradas un sastre,
las negras un zapatero.

—

El demonio son los hombres,
según dicen las mujeres:
¡cuántas mujeres desean
que el demonio se las lleve!

—

Por esta calle me voy
y por otra doy la vuelta;
la niña que me quisiere
que tenga la puerta abierta.

—

Para no ser soldados
muchos se casan,
y es más cruel la guerra
que luego pasan:
y así hay casados
que dieran una oreja
por ser soldados.

—

Si de guerras no entiendes,
vente á mi casa
y encontrarás en ella
dos mil batallas:
nacidas todas
de que uno quiere ajos
y otro cebollas.

—

En el mundo se venden
hasta los hombres,
y siempre las mujeres
con ellos corren;
que son astutas
y jamás las engañan
en lo que ajustan.

—

En la regla primera
dice Cupido
que hay mujer que se agarra
de un enlucido;
y en la segunda,
que mujer que se agarra
no suelta nunca.

No te fíes de hombres
con antiparras,
que lo que no ven suplen
con lo que palpan.
Yo lo he notado:
todo corto de vista,
largo de manos.

—

Las mujeres y el vino
son semejantes:
con el aire solano
suelen picarse;
aunque se hallan
muchas que á todos aires
están picadas.

—

Estoy buscando una vieja
de catorce ó quince años,
y aunque tenga diez y seis,
que en piquillos no reparo.

—

Señora, yo soy un pobre,
pobre, pero cariñoso:
me parezco al espinazo,
pelado, pero sabroso.

—

Señora, yo soy un pobre
que no tengo qué comer:
déme usted una limosna,
que yo se lo pagaré.

—

Si yo tuviera dinero,
te comprara un delantal,
pero como no lo tengo...,
no te lo puedo comprar.

—

Siempre vienes, vida mía,
siempre vienes cuando cierno;
si vinieras cuando amaso,
te convidara á pan tierno.

—

Aunque seas guapa chica,
blanca y rubia lo bastante,
te convidaré al café
á tomar el chocolate.

—

Ole con ole, con ole,
ole de la nevería;
échele usté á esa serrana
de mi cuenta lo que pida.

El cencerro de la vaca
de tu madre, que está en gloria,
lo traigo *ponido* al cuello
por tenerte en la memoria.

—

Si me das porque te dé,
ya te entenderé la maña;
tomaré lo que me des,
y yo no te daré nada.

—

Salerito resalado,
no bebas agua de noria,
que te pondrás amarillo
y no te querrá la novia.

—

A un escolar pilongo
de letras gordas,
en lugar de la albarda
le dan la toga.

—

A la puerta de un sastre
todas son tiras,
á las de un zapatero
todas mentiras.

—

Llevan los zapateros
en el cogote
un letrero que dice:
«¡Viva el cerote!»

—

Yo quiero á un zapatero
y quiero á un sastre,
para que uno me vista
y otro me calce.

—

Quisiera y no quisiera,
que son dos cosas;
quisiera ser casada
y estarme moza.

—

Contigo me dan vaya,
dueño querido;
contigo me dan vaya,
¡vaya contigo!

—

Casamiento contigo
tengo dispuesto:
en casa no lo digo,
que en casa miento.

Mal haya quien me casó
con una mujer tan fea,
que no la puedo llevar
donde las gentes la vean.

—

Me casé con un sastre
por no estar mala,
y el aire de la aguja
me resfriaba.

—

Por si acaso me caso
con algún sastre,
por un cuarto de agujas
voy al instante.

—

De Santo Domingo vengo
de cumplir una promesa:
ahora, pues, que vengo santo,
dame un abrazo, Teresa.

—

¡Si en tu aposento me viera
contigo, y la llave echada,
y el cerrajero muriera,
y la llave se quebrara!..

—

Quisiera volverme aire
y traspasar las paredes,
y entrar en tu cuarto, niña,
por ver el dormir que tienes.

—

¿Cuándo querrá Dios del cielo
que la Pascua caiga en viernes,
y la luna en tu tejado,
y yo en el cuarto en que duermes?

—

Serrana, si yo te pillo
en callejón sin salida,
bien puedes decir á voces:
¡«Me cayó la lotería!»

—

Haré una torre que llegue
al cielo con su campana,
y en medio colocaré
al que me diere la gana.

—

A conejo te convido,
mañana voy á cazar;
si le tiro y no le mato,
te vuelvo á desconvidar.

¿No hay quien me pegue un tirito,
aunque sea de molletes,
con los tacos de manteca
y munición de aguardiente?

—

Hágame usté una escopeta:
de longaniza el cañón,
de pan blanco la baqueta,
de vino la cazoleta
y la caja de jamón.

—

Si la mar fuera de vino,
y las montañas molletes,
y la tierra fuera queso,
¡qué tragos y qué zoquetes!

—

Si la mar fuera de leche
y los navíos de azúcar,
me embarcaría yo, madre,
en el puerto de Sanlúcar.

—

Cuando Juanillo se pone
la camisa de la boda,
se pone su cuerpecito
más ancho que una amapola.

—

Traigo en la faltriquera
la sal molida,
por si acaso te encuentro
desaborida.

—

Me casé con un enano
por hartarme de reir:
le puse la cama en alto
y no se pudo subir.

—

Yo me casé con usted,
por dormir en buena cama,
y ahora salimos con que
el colchón no tiene lana.

—

Yo me casé con usted
y usted se casó conmigo,
usted por tener mujer
y yo por tener marido.

—

El que se casa veréis
al principio muy gustoso:
vosotros no lo entendéis,
¡ay de mí, quién fuera mozo!

Cuando vayas á casa,
ponte en lo obscuro,
y le diré á mi madre
que eres el burro.

—

Cuando sales á misa
con saya verde,
quisiera ser borrico
para comerte.

—

Tienes una *boquirris*
tan *chiquitirris*,
que me la *comeriba*
con *tomatirris*

—

Tienes una boquita
como un anillo,
que te cabe una rosca
y un panecillo.

—

A tu puerta, pelona,
perdí dos reales;
pelona, repelona,
tú no los vales.

—

Parecen tus orejas
aventadores,
y tu boca portillo
de Embajadores.

—

La mujer del escribano
lleva vestido de indiana:
¡el demonio de la pluma
cuánto dinero que gana!

—

Primero que suba al cielo
el alma de un escribano,
tintero, papel y pluma
han de bailar el fandango.

—

Un escribano y un gato
se cayeron en un pozo;
como los dos eran gatos,
se arañaban uno á otro.

—

En el cielo hay un racimo
que es para los escribanos;
como no sube ninguno.
no le falta ningún grano.

¿Habrá perro que se case
para verse como yo,
sin pretina en los calzones,
ni cuello en el camisón?

—

En la ciudad de Tortosa
se está muriendo un notario;
los demonios del infierno
de alegría van bailando.

—

El reloj y el escribano
son de un mismo movimiento,
que en faltándoles la cuerda,
los dos se paran á un tiempo.

—

Un zapatero y un sastre
y un oficial de barbero
son tres personas distintas
y ninguno verdadero.

—

Un zapatero y un sastre
fueron al infierno juntos:
el uno se fué por varas
y el otro se fué por puntos.

—

Soy sastre y tengo conciencia
y tengo temor á Dios;
á nadie le quito nada,
sino de tres varas dos.

—

– ¡Válgame Santo Tomé!,
decía un sastre cortando;
y el marchante le decía:
– De aquí no, que hay poco paño.

—

Las tijeras de los sastres
van diciendo: «Rapa, rapa;
con este pedazo y otro
tenemos para una capa.»

—

Cuatro vestidos tengo,
tres no me vienen,
porque están en el arca
de quien los tiene.

—

A la mujer comparo
con las sardinas,
que, mientras más saladas,
son más dañinas.

Al amor representan
chiquirritito,
porque se estila ahora
querer poquito.

—

Unta, Juanillo, el eje,
que chilla el carro:
¡hasta el palo insensible
quiere regalo!
Por eso muchas
rechinan como el carro,
si no las untan.

—

Parece el amor tuyo,
niña, al espejo,
que faltando el azogue
no da reflejo;
pues para amarme,
es preciso no deje
de platearte.

—

Gastas mucha parola,
niño querido,
cierra un poco la boca
y abre el bolsillo:
porque es de bobos
pensar que con palabras
se gana todo.

—

Pienso, cuando me pidas,
darte consejos,
pues ya me has apurado
todo el dinero;
y entonces juzgo
que no vendrás á verme
tan á menudo.

—

Más la quiero blanca y sosa
que no morena y con gracia,
porque antes de que anochezca
está lo obscuro en la casa.

—

Como los gatos eres,
si fiestas haces,
pues preparas las uñas
para arañarme.
No seas gata,
pues la bolsa me tienes
bien arañada.

Una niña de este barrio
trata con un practicante:
si tira de las lancetas...,
¡ten cuidado no se enfade!

—

Para monja no nací,
que nací para casada:
recorreré los oficios
por ver si alguno me agrada.

Al sacristán lo aborrezco
porque siempre anda de prisa,
y enfadado puede darme
con lo que tocan á misa.

Al tejedor lo aborrezco
porque éste, aunque yo no quiera,
puede urdirme alguna trama
y echarme la lanzadera.

Si caso con carpintero,
no me han de faltar astillas:
tampoco me faltarán
palos para mis costillas.

Un platero bien vestido
viene, y sus galas me luce;
pero veo que no es oro
todo aquello que reluce.

Aunque sea millonario,
no lo quiero mercader;
porque así como me compra,
también me puede vender.

Un confitero con dulces
también me quiere engañar;
mas no quiero sus dulzuras,
porque pueden amargar.

Un cerero me desea
cuando me ve tan bonita;
mas no creo que por él
mi corazón se derrita.

Un tintorero me ronda
con mucho salero y garbo;
pero yo no quiero oficio
que vuelve lo negro blanco.

Un pastelero pretende
que yo me case con él;
mas si yo gusto le diera,
¡sí que haría buen pastel!

Un sastre toma medidas
para echarme la tijera;
pero en no siendo en mi paño
que corte por donde quiera.

Un cordelero quería
que me casara con él,
y si yo le diera gusto,
bien merecía un cordel.

Zapatero no lo quiero,
sastre no lo puedo ver;
uno me da con la mano,
otro me da con el pie.

Un jorobado me ronda
las tapias de mi corral:
¿si pensará el jorobado
que á mí me ha de jorobar?

No me caso con herrero,
que bien puede suceder
tirarme un día el martillo
y hacerme coja de un pie.

Que no nací para monja
al principio declaré;
pero ya desengañada,
monja por fuerza he de ser.

—

Ofrecióme naranjas
un currutaco;
yo no quise naranjas
de tal naranjo;
pues es seguro
que conforme es el árbol
así da el fruto.

—

Un morenito, niña,
me dió un recado
para que te dijera...,
se me ha olvidado.
¡Ay!, «que me muero
por una que se llama...,»
ya no me acuerdo.

Un estudiante quiere
que yo le adore;
él es *plusquam* tunante,
yo *plusquam* pobre;
mas sé de cierto
que será en adorarme
plusquam perfecto.

Todas las feas del mundo
se juntaron una tarde
á pedirle á San Antonio
que las bonitas se acaben.

—

Vamos corriendo al río,
que se hace tarde,
á lavar la ropilla
de mi estudiante;
porque me agrada
el tenerle tan blanco
como su cara.

Permita Dios castigarme
con un plato de perdices,
una botella de vino
y una muchacha de á quince.

—

Si yo fuera cazador
y tuviera una escopeta,
cazaría una perdiz
de las que gastan peineta.

—

Marujilla, Marujilla,
no vayas por agua al río,
que detrás de aquella piedra
está el Marujo escondido.

—

El médico me ha mandado
una muchacha de á treinta,
y yo quiero dos de á quince,
que me sale mejor cuenta.

—

Tengo yo un caballo bayo
que se muere por las yeguas,
y yo, como soy su amo,
me muero por las mozuelas.

—

En teniendo tantos años
como palos una silla,
si no te quiere tu madre,
vente conmigo, chiquilla.

—

Vente conmigo, serrana;
serrana, vente conmigo;
que no ha de faltarte nada
para andar en cueros vivos.

—

El primer amor que tenga
ha de ser un andaluz;
ya que no tenga dinero,
tenga la sal de Jesús.

—

Yo no sé cavar ni arar,
ni tampoco coger hierba;
la que se case conmigo,
¡qué buena prenda se lleva!

—

Tuno es aquel que anda
con las mujeres;
tuno es aquel que anda,
que tú no eres.

A la sombra de un árbol
se sientan muchos,
unos toman la sombra
y otros el fruto.

—

Unos cogen los mimbres,
otros los pelan,
otros hacen los cestos
y otros los llevan.

—

Mi padre me pega palos
porque le pido marido;
vengan palos y más palos,
y déme lo que le pido.

—

Mi padre me pega palos
porque quiero á un albañil,
y al son de los palos digo:
«¡Cuándo le veré venir!»

—

No quiero querer á nadie,
ni que me quieran á mí;
quiero andar entre las flores,
hoy aquí, mañana allí.

—

El amor y la cotilla,
todo lo he dejado á un tiempo;
porque no quiero apretones
en el alma ni en el cuerpo.

—

Yo conocí á un don José,
que era un hombre muy cabal,
y se metió en el querer,
y murió en un hospital.

—

A un viejo quiero y á un mozo,
aunque con distinta ley;
quiero al mozo por su cara
y al viejo por la del rey.

—

La que se casa con viejo
tiene penitencia entera:
de día cruz y calvario,
y de noche calavera.

—

Una niña me engañó
porque me encontró sencillo:
¿cuándo volverá la niña
á tener chanzas conmigo?

Como las cañas huecas
son las mujeres,
que se llenan de aire
cuando las quieren.

—

A tu puerta hemos llegado
cuatrocientos en cuadrilla:
si quieres que te cantemos,
saca cuatrocientas sillas.

—

A tu puerta estamos cuatro,
todos rendidos de sueño;
baja, niña, tus enaguas,
por no dormir en el suelo.

—

A tu puerta hemos llegado
cuatrocientos muertos de hambre:
si quieres que te cantemos,
saca cuatrocientos panes.

—

No canto porque me escuchen,
ni tampoco porque sé;
canto porque me da gana
y por fastidiar á usted.

—

En la calle en que vives,
¡maldita sea!,
viven cuatro muchachas
á cual más fea.

—

¡Válgame Dios, qué dicha
si yo la logro!
¡Una mujer que apenas
me llega al hombro!

—

Me llaman resalada
porque me traje
la sal de tu salero
para un potaje.

—

Las uvas de tu parra
dicen: «¡comedme!,»
y los pámpanos dicen:
«¡que el guarda viene!»

—

Camino de Cazorla
va una zagala;
ella va por Cazorla,
yo por cazarla.

Caracoles con cuernos
son mi comida,
que una caracolera
me dió la vida.

—

Amor antiguamente
fué trato honesto,
y ahora de tanto trato
se ha hecho comercio;
y como en feria,
quien da más por la alhaja,
aquel la lleva.

—

Pasea la calle, mozo,
que tú te la llevarás...
la montera en la cabeza,
si te la dejan llevar.

—

Dicen que ya no me quieres,
porque no tengo qué dar;
en mi casa tengo un *chavo*
metido en un mechinal.

—

Cuando yo te festejaba,
te peinabas á menudo;
y ahora que no te veo,
pareces perro lanudo.

—

¿Te acuerdas, María Medina,
la noche del velatorio,
que te quedaste dormida
y te quitaron el novio?

—

Por mucho que usté me quiera,
no se acerque usté á mi cama;
que soy como Cartagena,
que toda está amurallada.

—

Por una triste peineta
que me diste para el pelo,
me quieres tener sujeta
como anillito en el dedo.

—

La vergüenza me ha dicho
que está enojada
porque pocos la quieren
tener en casa;
pues hay mujeres
que en el día la miran
como á la peste.

La cinta que te *truji*,
si yo lo *juera supio*,
en esa *endina* cintura
no te la *jueras ponio*.

—

El amor es un juego
de treinta y una,
según los plantos que hacen
muchos y muchas;
y si hay mal juego,
tan sólo barajando
se pasa el tiempo.

—

Como aquel refrán que dice:
«Pierde el pan y pierde el perro,»
lo mismo me pasa á mí
con una novia que tengo.

—

El amor de esta muchacha
no lo puedo comprender:
unas veces no me quiere
y otras no me puede ver.

—

Antes de anoche caí
en la puerta de mi novia,
y ella dijo desde adentro:
«¡Si fuera el Tajo de Ronda!»

—

En Cádiz tengo mi Pepa
y en Sevilla mi tía Antonia,
y en el barrio de Triana
tengo y retengo mi novia.

—

Yo tengo un novio cadete
y otro tengo capitán,
otro que ronda mi puerta
y otro que á mi casa va.

—

A mí me ha salido un novio
vestido de terciopelo;
olla grande y carne poca,
fachenda y poco dinero.

—

Tienes la cara de plana,
la nariz de berenjena,
el andar de burra enana
y el cuerpo de una colmena.

Yo quise hacer buñuelos
por mi deleite,
y me faltó la harina,
leña y aceite.

—

Como tú no me faltes,
pan de mi alforja,
como tú no me faltes,
todo me sobra.

—

Cuando sale la aurora,
sale llorando:
¡pobrecita, qué noche
habrá pasado!

—

Yo soy una muchacha
tan bien mandada,
que de cuanto me dicen
nunca hago nada.

—

Yo no voy á la iglesia
porque estoy cojo,
me voy á la taberna
poquito á poco.

—

De las Pepas y Paulas
soy el diezmero,
y de las Isabeles
alcabalero.

—

Para cuando me case
ya tengo dote,
que me lo dió mi padre
con un garrote.

—

Para cuando me case
ya tengo un gato,
ya no tiene mi padre
que darme tanto.

—

Si me caso contigo,
me da mi madre
un olivar que tiene
puesto en el aire.

—

Si quieres que te quiera:
me lo has de pagar,
por cada cariñito
me has de dar un real.

Por una prima tuya
te quiero tanto:
siempre por la peana
se besa el santo.

—

Si quieres que yo te quiera,
ha de ser con condición
que lo tuyo ha de ser mío
y lo mío tuyo no.

—

Si quieres que yo te quiera,
te has de peinar de rodete,
con el pelito á la *Fuoco*,
¡y entonces verás quererte!

—

Si quieres que yo te quiera,
ha de ser con un ajuste:
que yo he de hablar á quien quiera,
y tú á quien yo quiera y guste.

—

Un ciego estaba mirando
cómo se quema una casa,
un mudo llamaba gente
y un cojo llevaba el agua.

—

En la puerta de un baile
todos son guapos;
en llegando una quinta,
cojos y mancos.

—

Cuando mi maja se pone
la mantilla de franela,
va diciendo por la calle:
«Este cuerpo pide guerra.»

—

Majo, si vienes á verme,
átate las alpargatas,
porque tengo una vecina
que á todo le pone faltas.

—

Pasear mucho tu calle,
mirar y guiñar el ojo,
entrar y salir la moza...,
¡muy bien anda este negocio!

—

Esto de pelar la pava
tiene mucho que entender:
unos la pelan sentados
y otros la pelan de pie.

¿Te acuerdas cuando te dí
la mano por la gatera,
y tu madre, que lo supo,
de rabia mató la perra?

—

Tú me dijiste que sí
y tu madre no *quisió*;
el demonio de la vieja
toitico lo escompusió.

—

Yo te quisiera querer
y tu madre no me deja:
¡en todo se ha de meter
el demonio de la vieja!

—

Lo que á mí me sucede,
sucede á algunos,
que les gustan las unas
más que los unos;
y sé de algunas
á quien gustan los unos
más que las unas.

—

Cuando veo una hermosa,
al punto digo:
«A tu prójimo ama
como á ti mismo;»
pero si es fea,
digo: «Jamás codicies
mujer ajena.»

—

Es lo peor de un pleito
los abogados,
que aun perdiendo, ellos ganan
lo que han robado:
y al que le gana
le dejan con justicia,
pero sin blanca.

—

Hurta, por si te prenden,
cantidad larga,
porque empieza el verdugo
si el hurto acaba;
y aunque te juzguen,
vivirás aquel tiempo
que el hurto dure.

—

Si conforme cantas, hilas,
¡adiós, libreta de estopa!,
la madre de esta muchacha
estará con ella loca.

Convida siempre á misa,
da buen consejo
y presta tu bolsillo
para el dinero:
sigue esta regla,
que aunque das mucho bueno,
pobre no quedas.

—

Algún día Marcela
quiso ser monja,
su zapato era llano,
larga su ropa;
muda la escena,
y ahora sufrir no puede
las estameñas.

—

He dado yo en reirme
de todo el mundo,
y tengo risa para
si hubiera muchos:
que es tontería
el estarse llorando
toda la vida.

—

La música fué siempre
grande remedio
para alegrar los sanos
y aun los enfermos:
vamos cantando
para aliviar enfermos
y alegrar sanos.

—

Me dices que se ha muerto
la burra torda:
¡ay, pollina del alma!,
¿quién no te llora?
¡Habiendo tantas,
en ti puso los ojos
la fiera Parca!

—

Cuando me dice mi madre
que vaya y cierre la puerta,
le doy vueltas á la llave,
y siempre la dejo abierta.

—

Entra tú, que estoy solita,
que mi madre ya vendrá;
y si no viniera pronto,
tú á mí no me comerás.

Agua menudita llueve
y ya corren las canales:
ábreme la puerta, cielo,
que soy aquel que tú sabes.

—

¡Qué buena noche que hace
para ir á la alameda!;
tápame con tu capote,
que mi mantilla blanquea.

—

Así que me dé la mina,
te he de comprar un refajo
y unas *naguas* blancas finas,
que te asomen por debajo.

—

Ladran muchos perrillos,
viéndome ausente,
que desde cerca saben
que tengo dientes;
y de estos hombres
tengo muchos tragados
á mordiscones.

—

Al paso de los bueyes
van los gañanes,
al paso de los curas
los sacristanes;
y esto es tan cierto
como el Avemaría
y el Padrenuestro.

—

De la mar son los peces,
del cielo estrellas,
y los más animales
son de la tierra.
Y esto es tan cierto
como que el sol alumbra
con sus reflejos.

—

A pesar de sus lenguas,
son las mujeres
el animal más bello
que el mundo tiene;
si acaso es fácil
exceder á los hombres
en lo animales.

—

Si usted me quisiera dar
lo que le voy á pedir...
Ya se ve..., usted no querrá...,
pero vamos al decir.

¡Quién fuera gato montés
y por tu ventana entrara!
A ti te hiciera *miau, miau,*
y á tu madre la arañara.

—

No quisiera más ventura,
ni más gloria merecer,
que de tu boca á la mía
no cupiera un alfiler.

—

Tú eres palomita blanca
y yo palomito azul;
juntaremos los piquitos
y haremos *cucurrucú.*

—

Mariquita, dame un beso,
que me voy á confesar;
y si el cura me regaña,
yo te lo volveré á dar.

—

– Mariquita, dame un beso,
que tu madre lo mandó.
– Mi madre manda en lo suyo,
que en lo mío mando yo.

—

Mariquita, tu rodete
un fraile se lo encontró;
pensando que era un rosquete,
en la manga se lo echó.

—

De *Enhoramala vayas*
vivo en la calle,
y en la esquina *Aunque rabies*
vive mi jaque;
y así bien puedes
mudarte á la del *Cuerno*
cuando quisieres.

—

Un señor de levita
se me ha perdido;
lo puse en el diario,
no ha parecido.
¡Lástima fuera
que un señor de levita
no pareciera!

—

Permita Dios que diluvie
como en tiempo de Noé,
y que se lleve á mi suegra,
mi cuñada y mi mujer.

Por mi puerta pasaste
y *estornudiste:*
sola estaba yo entonces,
¿por qué no *entriste?*
No me *arrempijes,*
que si me he *equivoquido,*
ya así lo dije.

—

Mi suegra me quiere dar
una cruz para un rosario,
y tengo yo con su hija
peana, cruz y calvario.

—

Si quieres que yo te quiera,
dame huevos con tocino,
y buenas pesetas blancas,
y muchos tragos de vino.

—

Las mujeres de ahora
son como libros,
que por nuevos se compran,
y están leídos;
y muchos de ellos,
estando remendados,
pasan por nuevos.

—

El llanto de mujeres
es una alhaja,
para usarla la tienen
como en un arca;
abren, y lloran;
la cierran, y se ríen
cuando acomoda.

—

Mujer discreta y fea
sólo es sin duda
buena para tratarla
cuando está á obscuras;
no se ve el mueble,
y amor por el oído
bien entrar puede.

—

«La vista recogida
mucho penetra:»
esto dijo una niña
porque era tuerta.

—

¡Mire usted con la gracia
que mira un tuerto,
con un ojo cerrado
y el otro abierto.

Lazos en una fea
hacen lo mismo
que un arca de reliquias
sobre un borrico;
como le miran,
piensa el burro que le hacen
la cortesía.

—

Tú estarás en tu camilla,
abrigadilla y caliente:
yo ando por las esquinillas
pegando diente con diente.

—

Asómate á la ventana,
ojos de caracolera;
si me quieres á mí solo,
te daré media peseta.

—

Asómate á esa ventana,
cara de medio candil,
narices de chimenea
y cuerpo de tamboril.

—

Asómate á esa ventana,
cara de sardina frita,
que cada vez que te veo
se me revuelven las tripas.

—

Asómate á esa ventana,
cara de cuerno quemado,
y verás á tu querido
de penillas traspasado.

—

Asómate á esa ventana,
cara de morcilla frita,
que puedes darles un susto
á las ánimas benditas.

—

Asómate á esa ventana,
cara de sucio candil,
orejas de mulo romo,
cabeza de tamboril.

—

Asómate á esa ventana,
retrato de la herejía:
el que madrugó por verte,
¡qué poco sueño tendría!

Asómate á esa ventana,
cara de pastel podrido;
que después que estás borracha,
dices que te amarga el vino.

—

Asómate á esa vergüenza,
cara de poca ventana,
y dame un poco de sed,
que vengo muerto de agua.

—

Un borracho se murió
y dejó en su testamento
que lo enterraran en viña
para chupar los sarmientos.

—

Madre mía, si me muero,
enterradme en la bodega;
abridme la sepultura
al pie de la cuba nueva.

—

El día más ingrato
de las mujeres
es aquel que al espejo
canas advierten;
porque quisieran,
estando ya en invierno,
ser primavera.

—

Pobre y honrada quiero
para casarme,
porque á ricas y alegres
no hay quien aguante:
que busquen bobos,
porque yo estoy cansado
de domar potros.

—

En mujer y en caballo
no fíes, Roque,
que al mejor tiempo pegan
un par de coces;
y es un ganado
que al que mejor lo trata
da peor pago.

—

Venden fruta en la plaza
muchas mujeres,
y no sólo es la fruta
lo que ellas venden;
pues con su broma
suelen vender, si pueden,
al que la compra.

Dicen que el apio es caliente,
y el rábano y el pepino,
y yo digo que es mentira,
que más caliente es el vino.

—

Me convidas á correr
porque tengo los pies malos;
convídame á beber vino,
que tengo el gaznate sano.

—

El aguardiente me gusta,
y el vino también lo bebo;
pero en llegando al rosoli,
¡salero, por ti me muero!

—

Esta noche me ha tocado
de salirme á divertir,
pero mañana á la noche
me recojo al buen vivir.

—

Cualquiera que se fía
de las mujeres,
es muy tonto, ó muy loco,
ó mal se quiere;
porque ya todas,
al que de ellas se fía
mandan y mondan.

—

La mujer que más sabe,
sabe en su casa
gobernar algún cofre
de ropa blanca;
y si está lleno,
dará razón escasa
de lo que hay dentro.

—

La guerra ya sabemos
que es un azote,
que destruye ciudades,
bienes y hombres;
mas las mujeres,
que los hombres se acaben
es lo que sienten.

—

La viuda hermosa es rosa
que á todas gana,
porque no tiene espinas,
ni tiene guarda;
y á quien la obsequia
agradece el alivio
de sus tristezas.

Se parecen las liebres
á las muchachas
en que las corren unos
y otros las cazan;
aunque hoy sucede
correr los cazadores
más que las liebres.

—

Muchas veces, siguiendo
la liebre un galgo,
otro llega y la coge
por el atajo:
calla y no ladres,
para que no te sigan
á los alcances.

—

Hay gatos que callando
comen pichones,
y otros hay que mayando
no ven ratones:
y de esto saco
que son los que no mayan
mejores gatos.

—

Un cazador se queja
diciendo á voces:
«Quien á dos liebres sigue
ninguna coge;»
y es cosa rara
que unos siguen la liebre
y otros la agarran.

—

Mañana me voy á Cádiz
con intención de volver
cuando se muera mi suegra
y entierren á mi mujer.

—

El día que yo me case,
tengo que alquilar un coche
para llevar á mi suegra
desde la iglesia al garrote.

—

Mi suegra me quiere mucho
porque le guardo la viña:
¡no sabe la pobre vieja
por dónde va la vendimia!

—

Mi suegra me quiere mucho
porque le guardo el tejado:
¡no sabe la pobre vieja
las tejas que le he quebrado!

Casimiro á su dama
dijo afligido:
«Todos te están mirando,
yo casi miro.»

—

Al amanecer, por seda
mandó á su mujer un sastre,
y no la halló del color
hasta las tres de la tarde.

—

Para alivio de mis penas
me dió Dios una tontona;
cuando la pego, se ríe;
cuando la acaricio, llora.

—

Los enemigos del alma
todos dicen que son tres,
y yo digo que son cuatro,
porque cuento á mi mujer.

—

Una vez que me prestó
mi vecina las tenazas,
quiere que le dé yo ahora
todo lo que tengo en casa.

—

En toda mi vida he visto
justillo de mejor tela
que aquel que te están cortando
en el corrillo, Manuela.

—

Las vecinas de mi calle
todas se juntan en corro
y me cortan un vestido:
¡ese dinero me ahorro!

—

Ya vienen, vienen los rusos
por las ventas de Alcorcón,
y los rusos que venían
eran cargas de carbón.

—

Si quieres que te lo diga,
ven acá y te lo diré:
tu padre y tu madre fueron...
un hombre y una mujer.

—

Te han dicho que he dicho un dicho,
dicho que no he dicho yo,
que si yo lo hubiera dicho,
no hubiera dicho que no.

El sereno de mi calle
es un pícaro embustero,
que dice que está nublado,
y ha amanecido lloviendo.

—

El animal más fiero
es el marido,
pero algunas le temen
menos que á un niño;
pues los hay tales
que de ser hombres pierden
los memoriales.

—

Si el casarse fuera un día,
una semanita ó dos...
¡Pero por toda la vida,
eso nunca lo haré yo!

—

Un fraile fué á un peluquero
á que le hiciera los rizos,
y tenía la cabeza
como un melón invernizo.

—

Un fraile comió chanfaina
y luego bebió agua fría,
y toda la noche anduvo:
«¡Barriga del alma mía!»

—

Yo fuí á visitarte
la otra mañana,
pregunté á los criados
con quién estabas;
dijeron todos:
«Unas veces con uno,
y otras con otro.»

—

En la real oficina
de tu cariño
hay varios pretendientes
entretenidos;
pero te advierto
que estos entretenidos
buscan su ascenso.

—

La carrera que llevas
es agitada,
y aquel que mucho corre,
muy presto para;
vete despacio,
porque estás ya muy cerca
del desengaño.

Aunque usted diga, niña,
que es de alta esfera,
también para las torres
hay escalera;
y no hay mozuelo
que no suba en las fiestas
y toque á vuelo.

—

Dame de tu parra un higo
y un racimo de tu higuera,
de tu peral una rosa
y del rosal una pera.

—

Cuando baja el empacho
y el amor sube,
se acaban los ustedes
y entran los *túes;*
pero en riñendo,
vuelven como al principio
los cumplimientos.

—

Yo comparo á los hombres
con las abejas,
que siempre van buscando
flores diversas;
y aunque de paso,
todas las flores llevan
su picotazo.

—

Anteanoche y anoche
y esta mañana,
antes de levantarme,
estaba en cama;
eso sería
que antes de levantarme
me acostaría.

—

Parece tu cuerpo un saco,
tu cintura una talega,
tu pecho dos celemines,
tu boca una cebadera.

—

Desde que te vi el cogote
más negro que una zalea,
no me asusto de la noche
por más obscura que sea.

—

Hoy dudo, al verte con tantos
flecos, cintajos y moños,
si eres mujer, ó eres mula
de las que sacan los toros.

Tienes el andar de pava
y los ojillos modestos;
estas que callan y apañan,
se la pegan al más diestro.

—

El cuco y la cogujada
cantan en el mes de mayo,
y tú, cara de lechuza,
no puedes cantar hogaño.

—

Un cojo cojeando
cogía coles,
y otro cojo decía:
«Cojo, ¿qué coges?»

—

Si quieres que las damas
tras de ti anden,
cuando vayan andando
ponte delante.

—

Cinco cuerdas componen
una vihuela,
y ¡á cuántos descompone
sólo una cuerda!

—

¡Ay, quién viera á mi suegra
en una sima,
con aulagas debajo,
piedras encima!

—

Un hombre tropezó en Cádiz
y en Sevilla se cayó;
fue rodando hasta Madrid,
y en Francia se levantó,

—

Soy maestro examinado
de las cucharas de pan:
tengo el oficio parado
por falta de material.

—

Yo no tengo ningún vicio,
sino que fumo tabaco,
suelo jugar un rentoy
y alguna vez me emborracho.

—

Dice el sabio Salomón
que el que engaña una mujer
no tiene perdón de Dios...
si no la engaña otra vez.

Según dice quien lo sabe,
todas las mujeres son
amigas de los *tomates,*
mas de los *dátiles* no.

—

Nadie tenga su viña
junto al camino,
porque todo el que pasa
corta un racimo;
y entre unos y otros
se la van vendimiando
sin saber cómo.

—

Prendóse de un violinista
Mariquita Concepción,
que ya que no tiene espejo,
quiere tener tocador.

—

Parece que no hay hombres
en este mundo,
según lo que te afanas
por hallar uno;
cuando lo encuentres,
tal vez haberlo hallado
pesarte puede.

—

Pide, niña, á tu madre
los andadores,
que, aunque quince ya tienes,
das tropezones;
y si andas suelta,
puedes bien relajarte
cuando tropiezas.

—

Conozco muchos sastres
de gran tijera,
pero como la tuya
nadie la encuentra;
pues corta tanto,
que tela ya no hallas
para los sayos.

—

Son como los mosquitos
tus amores, Juan,
que pican, hacen roncha,
cantan y se van.

—

Al saltar el arroyo
te vi los bajos,
yo pensé que eran flecos
y eran pingajos.

Chata, no tienes narices
porque Dios no te las dió;
á Roma se va por todo,
pero por narices, no.

—

Dices que tienes buen pelo
y te haces buen rodete,
y yo digo que son trapos,
que son trapos que te metes.

—

Anteanoche mi suegro
tiró un zapato;
mi suegra, que lo supo,
tiró los cuatro.

—

Este mundo es una bola
y el que se muere es un tonto,
y el que se llega á morir
deja el mundo para otro.

—

Yo he visto á un gato segar,
y á un ratón coger espigas,
y á una gallina trillar...,
no lo creas, que es mentira.

—

En Ronda perdí un zapato,
en Lebrija lo encontré,
en la Puebla me lo puse
y en Sevilla me lo até.

—

Al año de casado
tuve tres penas:
hambre, poco dinero,
dolor de muelas.

—

Cuatro frailes Franciscos,
cuatro del Carmen,
cuatro de la Victoria..,
son doce frailes.

—

Me dijiste que era ganso,
ven á cortarme una pluma,
que las plumas de los gansos
son abanicos de algunas.

—

A la mar madera
y á la tierra huesos;
y para los hombres mujeres barbianas
y vinito recio.

CANTARES LITERARIOS

En el fondo de mi pecho
tengo penas, y muy grandes;
unas las saben los hombres,
otras sólo Dios las sabe.

ANTONIO DE TRUEBA

—

Por una mirada un mundo,
por una sonrisa un cielo,
por un beso... ¡yo no sé
qué te diera por un beso!

GUSTAVO BÉCQUER

—

El agua menuda
es la que hace barro,
que el agua recia no deja señales
por donde ha pasado.

—

Silencio, que duerme
mi madre la siesta;
la pobrecita no duerme de noche
para que yo duerma.

—

Cuando pasé por tu casa:
«¿Quién vive?,» al verme gritaste,
sólo con la mala idea
de si aún vivía matarme.

Cuando se llama á una puerta
y ninguna voz responde,
es señal de que en la casa
son muy ricos ó muy pobres.

—

Entre un rosal y una zarza
nació una flor amarilla
con tantas y tantas penas
que se murió el mismo día.

—

No os extrañe, compañeros,
que siempre cante mis penas,
porque el mundo me ha enseñado
que las mías son las vuestras.

—

Hace ya muy largos años
que en todas partes te veo,
pero no tal como eres,
sino según mi deseo.

—

Di á tu madre que sin falta
me venga á hablar esta noche,
que le quiero una por una
contar tus malas acciones.

Pobre me acosté y en sueños
vi lleno de oro mi cuarto;
más pobre me levanté
que antes de haberme acostado.

—

¿Cómo quieres que yo queme
las prendas que me has devuelto,
si el corazón me lo has dado
tú misma cenizas hecho?

—

Le dijo bajo al oído,
mientras sacaba el puñal:
«Ya que me dejaste solo,
quiero que sea verdad.»

—

De tu huertecillo hermoso
las flores que más me gustan
son las que cogieron otros.

—

Adiós, marineros,
buen viaje llevad;
aquí me quedo solita y con penas
grandes como el mar.

—

Yo me marché al campo santo
y á voces llamé á los muertos,
y para castigo mío,
los vivos me respondieron.

—

Los mundos que me rodean
son los que menos me extrañan;
el que me tiene asombrado
es el mundo de mi alma.

—

Morid contentos vosotros
que tenéis por compañeras
dos madres que os acarician,
la Humildad y la Pobreza.

—

Me han dicho que hay una flor,
de todas la más humilde,
flor que quisiera yo darte,
flor llamada «no me olvides.»

—

Las pestañas de tus ojos
son más negras que la mora,
y entre pestaña y pestaña
una estrellita se asoma.

Por Dios, mujer, no te escondas
ni te pongas colorada;
lo que acabo de decirte
es lo que todos te callan.

—

Yo no podría sufrir
tantas fatigas y penas,
si no tuviera presente
que la causa ha sido ella.

—

Los cantares que yo canto
se los regalo á los vientos,
y uno, no más uno solo
guardo hace tiempo en secreto.

Guardo hace tiempo en secreto
para cantárselo á solas
al que me quiera explicar
el por qué de muchas cosas.

—

¡Adiós!.., de muerte es la herida
que abriste en el pecho mío;
el puñal hiere mejor
cuanto más brillante y fino.

—

Dicen que hablo mal de ti,
y esta noticia no es cierta:
si quiero, puedo hablar mal,
mas no lo hago por pereza.

—

Me quieres echar del mundo,
lo cual no me importa nada,
porque me da el corazón
que este mundo no es mi casa.

—

A la luz de las estrellas
yo te vi, cara de cielo;
por eso cuando te miro
de las estrellas me acuerdo.

—

Que te compren, no me extraña;
que te vendas..., ¡eso sí!,
y lo que menos comprendo
es que no te extrañe á ti.

—

¡No me quieres dar un beso,
y me das el corazón
como si valiera menos!

Eres de lo ajeno avara
y pródiga de lo tuyo,
cosas que no se comprenden
porque son cosas del mundo.

—

Guárdate del agua mansa
y guárdate de los hombres
que, sin conocerse á sí,
á todo el mundo conocen.

—

Caminando hacia la muerte
me encontré con tu querer,
y por morir más á gusto
seguí el camino con él.

—

Lo que tuve ya se fué,
lo que tengo está perdido;
si lo que espero no llega,
¡pobre de ti, cuerpo mío!

—

Dos amantes se juraron
guardar por siempre un secreto,
y por guardarlo mejor,
dicen que ambos se murieron.

—

Hay víboras en la tierra,
manchas negras en el sol,
centellas hay en el cielo
y envidia en el corazón.

—

La muerte ya no me espanta;
tendría más que temer
si en el cielo me dijeran:
«has de volver á nacer.»

—

No hagas daño, compañero,
á los que daño te hicieren,
porque aquel que á hierro mata
casi siempre á hierro muere.

—

Las estrellas que en el cielo
brillan con gran claridad,
¡cuántas noches de fatigas
las he querido contar!

Las he querido contar
sin llegarlo á conseguir,
que tengo los ojos malos
de llorar y de reir.

De llorar cuando me acuerdo
que Dios de mí te apartó;
de reir al acordarme
que pronto iré junto á Dios.

—

Yo no sé lo que yo tengo,
no sé lo que me hace falta,
que siempre busco una cosa
que no sé cómo se llama.

—

Yo propio juez de mi causa,
he venido á sentenciar
que yo la muerte merezco,
tú la muerte... y algo más.

—

Eres muy niña y ya clavas
en tu pañuelo alfileres:
ya dejan ver desde niñas
su inclinación las mujeres.

—

Los que la cuentan por años
dicen que la vida es corta:
á mí me parece larga
porque la cuento por horas.

—

Dos males hay en el mundo,
que es necesario vencer:
el amor de uno á sí mismo
y el rencor de una mujer.

—

Al darme la muerte, ingrata,
á ti misma te castigas;
pues tu castigo mayor
es quedarte con dos vidas.

—

Pasé por un bosque y dije:
«Aquí está la soledad,»
y el eco me respondió
con voz muy ronca: «aquí está.»

Y me respondió: «aquí está,»
y sentí como un temblor
al ver que la voz salía
de mi propio corazón.

—

Las fatigas que se cantan
son las fatigas más grandes,
porque se cantan llorando
y las lágrimas no salen.

Al ver de tu sepultura
las siemprevivas tan frescas,
me acuerdo, madre del alma,
que estás para siempre muerta.

—

Si mis ojos no te dicen
todo lo que el pecho siente,
no es porque se estén callados,
es porque no los comprendes.

—

Puedes hacer lo que quieras,
que á nada me opongo yo;
pero comprar mi dinero
con tu querer..., ¡eso no!

—

Al verme triste á tu lado,
no me preguntes qué tengo,
tendría que responderte
y yo acusarte no quiero.

—

He averiguado, aunque tarde,
que yo mismo voy echando
leña al fuego de mis males.

—

Hasta mis ojos se acuerdan:
por eso, aunque estén cerrados,
te ven, causa de mis penas.

—

Tanto me lloraste anoche,
que no sé lo que me pasa;
creo que se me han subido
á la cabeza tus lágrimas.

—

Las golondrinas ya vuelven,
y se irán y volverán,
y tú la misma de siempre.

—

¿Qué quieres que yo te diga,
si al pensar en que eres de otro,
recuerdo que has sido mía?

—

Di, mujer, ¿qué estás haciendo?
¿No te ha dado Dios razón
para ver que, si me engañas,
nos engañamos los dos?

—

No vayas tan á menudo
á buscar agua á la fuente,
que si á la orilla resbalas,
se enturbiará la corriente.

Fuego sale de mi pecho,
fuego brota de mis ojos,
al ver que tú eres de nieve
cuando la mano te cojo.

—

Hay cuentos que no son cuentos
y que son una verdad:
escucha, si no, morena,
el que te voy á contar.

«Se quisieron una hora,
no se olvidaron jamás...»
Una hora es una vida;
es cuento, pero es verdad.

—

Negro está el cielo allá arriba,
negros tus ojos, muy negros,
y mi corazón, morena,
como tus ojos lo tengo.

—

Por fuerza me he vuelto loco,
sin saber cómo ni cuándo,
puesto que estoy tan perdido
que me busco y no me hallo.

—

Vivir cuando justamente
naciste para morir:
¿cómo vivir cuando llevas
la muerte dentro de ti?

—

No te comprendo, chiquita:
sólo te acuerdas de Dios
cuando de Dios necesitas.

—

Entre tanta y tanta estrella
una solamente es mía,
una no más..., ¡y no es buena!

—

Vengan á mí las fatigas:
más descansado en la muerte
cuanto más cansado en vida.

—

¡Qué alegre está el campo,
el cielo qué alegre!
¡Aunque haya penas, qué alegres están
los que bien se quieren!

—

En la claridad vivía
en medio de tu querer;
á otro pusiste delante
y en la sombra me quedé.

Este profundo pesar
sola tú que me lo diste
me lo podrías quitar.

Ya ves si te quiero bien:
hasta para lo imposible
te creo yo con poder.

—

Te ríes cuando te digo
que eres causa de mis males:
¡pobre mujer!, ni siquiera
á tiempo reirte sabes.

—

Me has hecho esperar dos horas,
las más largas de mi vida,
horas en que hemos forjado,
yo esperanzas, tú mentiras.

—

¡Cuántas veces me he parado
en medio de mi camino
y he vuelto la vista atrás
porque al pasar no te he visto!

—

Tú misma cortaste ramas
del árbol que yo planté,
las echastes á la lumbre
y no querían arder.

—

Cuando vayas por el mundo
yo te daré el pasaporte
y en las señas personales
te pondré «mujer,» sin nombre.

—

Muerte que causan los celos
es la peor de las muertes,
porque más se ama la vida
cuantos más celos se tienen.

—

Por más que la veo
yo no me acostumbro
á ver tan cerca, cada vez más cerca
la pena del gusto.

—

¡Cuándo me veré, chiquita,
sin quehacer, para quererte
todas las horas del día!

—

¡Ay!, si se murieran todos,
¡qué á gusto nos quedaríamos
en el mundo tú y yo solos!

No sé si es amor ó es odio,
¡pero no más por un día,
¡ay!, si se murieran todos!

—

El amor que el egoísta
tiene á su propia persona
es como el humo del fuego,
que no calienta y ahoga.

—

¿Cómo he de sufrirte,
mujer, de continuo,
si muchas veces no puedo, aunque quiera,
sufrirme á mí mismo?

—

Cielo, estrellas, luna y sol,
yo os contaría mis penas
si tuvierais corazón.

—

Por tu calle arriba,
por tu calle abajo,
¡cómo enseñabas anoche ese cuerpo
que yo guardé tanto!

—

Los cantares que yo escribo,
bien sabes tú, compañera,
que antes los hago contigo.

—

Muerto ya, en el otro mundo
yo te seguiré queriendo
con tal que se le parezca
un poco tu alma á tu cuerpo.

—

Es la mar tres veces
mayor que la tierra:
anda mareada desde que lo sabe
mi pobre morena.

—

Si me robaste el sentido,
no hay razón para que vayas
diciendo que lo he perdido.

—

Me llama holgazán tu madre:
¡como si el querer no fuera
una ocupación muy grande!

—

Ya se va acercando
la muerte, la muerte...
De veras te digo que sólo me pesa
dejar de quererte.

Mi madre, mi pobre madre
me dijo más de una vez:
«No basta que no hagas mal;
es preciso que hagas bien.»

—

«Yo canto el cantar eterno,
el cantar del querer bien;
canto el cantar de la vida;
porque vivir es querer.»

Así en la noche, que calla
para que se oigan mejor,
canta el ruiseñor sus quejas
con melancólica voz.

Su compañera le escucha
y en el nido, sin dormir,
los pequeñuelos aprenden
en el querer á vivir.

—

Mira que todos conocen
que no viéndonos de día
nos hemos de ver de noche.

—

Todo hombre que viene al mundo
trae un letrero en la frente,
con letras de fuego escrito,
que dice: «reo de muerte.»

—

Me hieres con un puñal,
yo con mi pluma te hiero,
mi pecho queda encarnado
y el tuyo se queda negro.

—

– ¿Quién eres? – Ya ni me acuerdo.
– ¿De dónde vienes? – No sé.
– ¿Adónde vas? – Qué sé yo.
– ¿Qué haces aquí? – ¿Qué he de hacer?

—

¡Ay de mí!, por más que busco
la soledad, no la encuentro:
mientras yo la voy buscando,
mi sombra me va siguiendo.

—

La noche obscura ya llega,
todo en el sueño descansa,
y tan sólo el corazón
dentro del pecho trabaja.

No tengo nada completo:
tanto le sobra á mi alma
como le falta á mi cuerpo.

—

Ojos negros, labios rojos,
dientes blancos..., no me basta,
morena, con esto sólo.

—

Me mata poquito á poco
el querer que yo te tengo:
no te asustes, compañera,
pues por lo mismo te quiero.

—

Si yo tuviera el dinero
de los que á mí me han vendido,
ellos fueran menos pobres
y yo sería más rico.

—

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se va,
dicen al ver que se aleja:
«¡Quién sabe si volverán!»

Y los que van en la nave
dicen, mirando hacia atrás:
«¡Quién sabe, cuando volvamos,
si se habrán marchado ya!»

—

Si ha muerto: «Dios le perdone,»
dicen todos, y yo añado
bajito: «Dios y los hombres.»

AUGUSTO FERRÁN

—

Yo soy uno, tú eres una,
una y uno que son dos;
dos que debieron ser uno,
¡pero no lo quiso Dios!

—

¡Ay!, ¡quién, serrana, tuviera
por almohada tu pecho
para saber lo que pasa
en tu corazón durmiendo!

—

Si pienso que no me quieres,
me da una cosa en el alma,
que si me viera mi madre
de seguro que lloraba.

¿Qué será que no me importa
lo que ninguna me dice,
y tú con sólo mirarme
me pones alegre ó triste?

—

Yo no sé lo que sentía
cuando te vi llorar tanto:
sólo te puedo decir
que lloro yo al recordarlo.

—

Cuando te dejo en tu puerta
entramos juntos los dos;
di si te vienes conmigo
cuando yo te digo «adiós.»

—

Los celos que me da el tiempo
que he vivido sin quererte,
tú también debes sentirlos
si es verdad que tú me quieres.

—

¡Vaya un hoyito, morena,
que Dios te puso en la cara!
Al primer paso que dió,
en él se enterró mi alma.

—

Yo no sé por qué la luna
aquel día me recuerda
en que me dijiste «adiós»
con la cara de una muerta.

—

En la pila de la fuente
caen golpeando las gotas:
¡qué callandito que caen
las que la cara me mojan!

—

Siempre estoy lejos de ti,
¡sabe Dios cómo estarás!
Sé que vives, amor mío,
porque yo vivo no más.

—

No tengas miedo ninguno,
que á veces, por tu respeto,
los ojos me arrancaría
porque dicen que te quiero.

—

La mano que me apretabas
siempre y en toda ocasión,
sin saber lo que me hago,
me la llevo al corazón.

—

No me digas que te olvide,
que me lo dices llorando;
toma tú misma el consejo
y podrás venir á darlo.

—

¡Ay!, cuando el pito sonó,
me arrancaron las entrañas;
cuando te perdí de vista,
me quedé como sin alma.

—

Dicen algunos que el tiempo
acaba con el amor;
dime tú, ¿los que eso dicen
nos conocen á los dos?

ANGEL MARÍA DACARRETE

—

La guitarra que yo toco
siente como una persona:
unas veces canta y ríe,
otras veces gime y llora.

—

Tu pálido rostro, niña,
es como noche de luna,
y la mata de tu pelo
de color de noche obscura.

—

Cuando orillita del río
tus pies de azucena lavas,
tiembla de amor la corriente,
suspira el viento en las ramas.

—

Tus ojos copian el día:
entornados..., amanece;
los abres..., el sol deslumbra;
los cierras..., la noche viene.

—

Parte, corazón, volando,
y pregúntala si hay sitio
en su corazón de roca
para hacer en él un nido.

—

¿Por qué, dime, ese velo
no te lo subes?
¿No es más hermoso el cielo
cuando no hay nubes?
Tras esas blondas,
el cielo de tu cara,
por Dios, no escondas.

Cuando tú me miras,
me derrito yo,
aunque no soy nieve,
como nieve al sol.

—

Creo en Dios, creo en su Madre
y en unos ojos muy negros,
que, aunque de veras me engañan,
lo estoy viendo y no lo creo.

—

Audiencia da la fortuna;
pero el que acude á su audiencia
tiene que bajarse mucho,
porque es muy baja la puerta.

—

Para ir de este mundo al otro
atravesamos un mar;
tal vez por eso á la cuna
forma de barco le dan.

—

Quise, y tú no quisiste;
quieres, y digo:
«Tierra que otro ha segado
yo no la espigo.»

—

De jorobas del cuerpo
todos se burlan;
¿quién habrá que en el alma
no lleve alguna?

—

El cuerpo es cárcel del alma;
y del alma en el proceso
es juez la propia conciencia,
verdugo el remordimiento.

—

Diciendo está el cigarro
lo que es la vida:
fuego de unos instantes,
humo y ceniza.

—

Tus ojos verdes recuerdan
el verde color del mar;
¡infeliz del que los mire,
como no sepa nadar!

—

¡Qué bello es tu rostro, niña!,
¡y qué dulce tu mirada!,
¡y tu voz qué seductora!..
¡Quién pudiera verte el alma!

Las anguilas y la suerte
se la pegan al más guapo;
cuando vamos á cogerlas
se escurren de entre las manos.

—

Por causa de ese palmito
no como ni duermo ya:
¡quiérame usté un ochavito,
que Dios se lo pagará!

—

En el árbol de mi vida
las ilusiones cantaron;
tiró el dolor una piedra...,
¡ay de mí!, todas volaron.

—

Hojas del otoño,
secas y amarillas,
¿por qué se entristecen
todos los que os miran?

—

En la ciencia de la vida
solamente hay dos tratados:
uno, *de las ilusiones;*
otro, *de los desengaños.*

—

Para cantarte mis penas
hago hablar á la guitarra;
si no entiendes lo que dice,
no digas que tienes alma.

—

Por más que todos los días
tu frente con agua laves,
no quitarás esa mancha
que tienes y no ve nadie.

—

Esperé, sufrí, gocé,
vencióme, canté victoria:
¡ay!.., ella para mí fué
purgatorio, infierno y gloria.

—

Así que vine yo al mundo
me leyeron la sentencia,
y hacia la muerte camino
arrastrando una cadena.

—

No extraño yo que tu madre
de mí y de todos te esconda;
las perlas hay que buscarlas
escondidas en su concha

Tiene la que yo quiero
cara trigueña,
y su alma la blancura
de la azucena.

—

En la posada del mundo,
tabique por medio, habitan
doña Vida y doña Muerte,
como dos buenas vecinas.

—

Cada vez que meneas
el abanico,
¡siento en el alma un aire
tan fresquecito!

—

Siembran los labradores,
siembran los sabios;
unos siembran las almas,
otros los campos;
y en ellos echan,
trigo los labradores,
el sabio ideas.

—

Tu cara es un sol hermoso,
tus cabellos son los rayos;
que al nacer tú, de los suyos
te dió el del cielo un puñado.

—

Un sabio, de los muchos
que yo conozco,
ha reventado anoche
de puro tonto.

—

Antes de verte en el mundo
ya te conocía yo;
tú eres aquella que en sueños
buscaba mi corazón.

—

Tiene el altar de mi pecho
una imagen y una luz;
es la luz el amor mío
y la imagen eres tú.

—

El dolor me llamó hermano
en mi niñez cierto día,
y yo no le dí la mano
porque aún no lo conocía.

Si tú fuentecilla fueras
y yo fuese pasajero,
¡cómo de agua se pondría
este pobrecito cuerpo!

—

En la cárcel de mi pueblo
como en el mundo sucede:
ni debe todo el que paga,
ni paga todo el que debe.

—

Llaman á tu madre
caña de pescar:
si tú eres el cebo,
¿quién no picará?

—

De la luz de tus ojos
con ansia bebo;
no los cierres, tirana,
que de sed muero.

—

A la muerte le digo:
«Dame tu mano,
que de andar por la vida
ya estoy cansado;»
pero la muerte
nunca va á quien la llama,
va á quien la teme.

—

Cuando yo entraba en tu calle
se apagó la luz del gas;
asómate á esa ventana,
que no quiero tropezar.

—

Siempre que cantas, acude
un ruiseñor á tu reja:
«¿Adónde vas?,» le pregunto;
y me responde: «A la escuela.»

—

Dicen que las piedras sienten;
yo digo que no es verdad,
pues por ti me estoy muriendo
y no te he visto llorar.

—

El barquero de la vida
tiene un barco que anda mucho;
por eso dice al que nace:
«De aquí á la muerte, un minuto.»

Mis suspiros, morena,
cartas parecen;
unos llegan muy tarde,
otros se pierden.

—

Andando, mi esperanza
cayó en un pozo;
el pozo, según cuentan,
no tiene fondo.

—

Cárcel obscura es mi pecho,
pero tiene una rendija;
cuando á ella asomas los ojos,
con tu mirada entra el día.

—

El pensamiento se anida
en la cabeza del hombre,
como el águila soberbia
en la cima de los montes.

—

Ya los tejados blanquean
con la nieve que ha caído;
corazón, dame posada,
que vengo yerto de frío.

—

Con otro te casó el cura,
no digas que no te pesa;
al verme ayer, te pusiste
más pálida que una muerta.

—

Esconderte de mis ojos
para que te olvide, niña,
es querer matar el hambre
escondiendo la comida.

—

Por falta de viento, inmóvil
quedó un barco en alta mar;
los suspiros de un amante
le hicieron después volar.

—

Portera de mi casa
fué la conciencia,
y no fué en mucho tiempo
mala portera.
Durmióse un día,
y los vicios robaron
la casa mía.

Un mal hombre fué de caza
y cazó un pájaro negro,
que siempre le está cantando:
«Yo soy el remordimiento.»

—

Soñé, y un recién nacido
con grillete pasar vi;
pregunté, y me dijo un hombre:
«Lo han condenado á vivir.»

—

El que á los pobres se baje
no baja su condición,
pues la pobreza la quiso
el mismo Dios, con ser Dios.

—

En tu escalera mañana
he de poner un letrero
con seis palabras que digan:
«Por aquí se sube al cielo.»

—

Durmiendo bajo unos olmos
la vi solita en el monte;
me acerqué pisando quedo,
y... no soñé más anoche.

—

Tendí una mirada al cielo,
eché una sonda en el mar,
bajé al corazón humano
y fondo no pude hallar.

—

Permita Dios que te siga
un novillo... imaginario,
que tropieces... en mis ojos
y que caigas... en mis brazos.

—

Dios al mar límites puso
y los puso á la hermosura;
cuentan que cuando naciste
dijo en latín: *Non plus ultra.*

—

Antes de hacerle la caja,
á un muerto avaro midieron,
y el tuno encogió las piernas
para que costase menos.

—

No te pongas colorada
al pasar por este valle,
pues como no tiene lengua,
no contará lo que sabe.

La mujer es un misterio,
misterio que nadie alcanza:
ya es rosa sin una espina,
ya panal de miel amarga.

—

Es la conciencia un espejo;
muchacha, mírate en él
á ver si te ves tan bella
como en el de esa pared.

—

Buscar el honor perdido
es lo mismo que buscar
una aguja de las finas
que se pierde en un pajar.

—

Tu boca es una granada
que brinda con su dulzura;
la flor la forman los labios,
los granos la dentadura.

—

El cantar, para ser bueno,
ha de ser como la cola;
que se pegue... al que lo escucha
cuando salga de una boca.

—

Yo no sé lo que siento
viendo á esa moza,
que no es gusto ni pena
y es ambas cosas.

—

A la gallina ciega
todos jugamos:
sin vendarse, los menos;
los más, vendados.

—

Un cantar bajó al pueblo,
no era mal mozo;
pero el pueblo le dijo:
«No te conozco.»

—

Al baile mi vecina
trajo una rosa;
conforme va danzando,
se le deshoja.

—

De soplones y espías,
cuando se mueren,
el diablo en los infiernos
hace los fuelles.

Domingo de Ramos era;
una palma se compró,
y alegre y feliz la puso
en los hierros del balcón.

Robáronsela una noche,
y triste y pálida está;
si se muere, al campo santo
sin palma la llevarán.

—

Ya me canso de pedir
y me canso de esperar;
ó acábame de matar,
ó me acabo de morir.

—

Desde la cuna al sepulcro
atraviesan los nacidos
un puente como un cabello
colgado sobre un abismo.

—

Anda, ve y dile á tu madre,
si me desprecia por pobre,
que el mundo da muchas vueltas,
que ayer se cayó una torre.

—

A un hombre que no te quiera
(porque aprendas á sufrir),
¡ojalá le quieras tanto
como yo te quise á ti!

—

Donde jurabas amarme
ya puedes, falsa poner:
«Aquí mataron á un hombre;
al cielo rogad por él.»

—

Una trenza tengo suya,
que no miro sin temblar,
pues para un desengañado
una trenza es un dogal.

—

Del cielo cayó una carta
con dos versos que decían:
«El que siempre mira abajo,
no verá lo que hay arriba.»

—

Cantando pasan los quintos
con guitarra y pandereta;
cuanto más alegres pasan,
más triste la gente queda.

Yo no quiero ir á tu fuente
esperanzas á beber,
porque me encienden el alma
y no me apagan la sed.

—

Cantar que del alma sale
es pájaro que no muere:
cantando de rama en rama,
Dios manda que viva siempre.

—

Un hombre cantaba un día,
su negra suerte al cantar,
que agua en el mar no hallaría,
si por agua fuese al mar.

—

Mira cómo corre el agua,
cómo se agosta la hierba,
cómo una luz se consume,
y dime si algo te enseñan.

—

De que usted no me quiera
tanta pena me da,
que me doy con cebolla...
y comienzo á llorar.

—

Te dí la llave del pecho
y el corazón me robaste;
¿quién á ladrones confía
de su tesoro la llave?

—

Salerito, resalero,
que sal derramando vas,
¿cómo derramando tanta
no se te acaba la sal?

—

Me quisiste cuando tuve;
ya no tengo, y me desprecias:
eres como la campana,
que, si no le dan, no suena.

—

Ningún sabio satisface
esta duda que me hiere:
¿es el que muere el que nace,
ó es el que nace el que muere?

—

En la reja de esta casa
un faro deben poner
para que nadie se estrelle
en la falsedad de usted.

Llevan á los paseos
muchas niñas de ahora
los vestidos muy largos,
la vergüenza muy corta.

—

Después de hacerte, Dios quiso
poner un lunar por firma;
cogió el sello de su gracia
y lo estampó en tu mejilla.

—

Persiguiendo va la tropa
un contrabando de sal:
escóndete, vida mía,
que si no te prenderán.

—

De esperanzas cargado
mandé un navío;
por ese mar adentro
se me ha perdido.

—

Al mirar Dios la peste
que las gangrena,
declara puertos sucios
muchas conciencias.

—

Tras dos cortinas ocultas
dos niñas me han vuelto loco:
las cortinas, tus pestañas;
las niñas, las de tus ojos.

—

En el corazón un siete
los ojos de usted me han hecho:
¡ay, costurera bonita,
si quisiera usted coserlo!

—

Pasé por su calle, y dije:
«¡Adiós, puerta, y adiós, casa,
campo santo donde un día
enterré mis esperanzas!»

—

Las dichas del hombre duran
lo que las olas del mar;
la que nace, muere al punto,
y olas vienen y olas van.

—

Mi corazón herido
pide una venda;
échale tu pañuelo,
niña morena.

Aunque canto, no canto
de buena gana;
yo canto como el ave
presa en su jaula.
¿Cuándo, alma mía,
de romper tus prisiones
llegará el día?

—

La alborada cantaron
las avecillas,
creyendo la otra noche
que el sol salía;
y es que de pechos
al balcón te pusiste
por ver el cielo.

—

Yo soy aquel navegante
que al mundo la vuelta dió
tras una mujer constante,
y en el mundo no la halló.

—

Pobre mosca es la vida;
la muerte, araña
que una red va tejiendo
para cazarla;
teje que teje,
hasta que entre sus hilos
por fin la envuelve.

—

Haz bien, y si mal te pagan
canta esta copla contento:
«El bien se siembra en la tierra
y se cosecha en el cielo.»

—

En mí nació un mal deseo
y al punto le dí garrote,
para impedirle que fuese
verdugo de mi alma noble.

—

Negros son tus ojos, niña,
como la noche más negra;
cuanto más negra es la noche,
más relucen las estrellas.

—

Pisé un hueso de cereza
y lo pisé con desprecio;
pero me hizo dar de bruces...
No hay enemigo pequeño.

VENTURA RUIZ AGUILERA

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta á empezar.

—

Testigo de eterno amor,
le dí una flor á mi amante;
mi suerte fué que la flor
tan sólo duró un instante.

—

Quisiera al jardín volver
de tu cariñoso amor,
si se pudiera coger
dos veces la misma flor.

—

Pues yo la perdiz anhelo,
el mochuelo es para ti;
ó bien, para ti el mochuelo
y la perdiz para mí.

—

Ni te tengo que pagar,
ni me quedas á deber;
si yo te enseñé á querer,
tú me enseñaste á olvidar.

—

Te enseñó, pues quisiste,
toda su ciencia,
¿y hoy le preguntas, ¡triste!,
por tu inocencia?
¿Cómo, ¡imprudente!,
querías, siendo sabia,
ser inocente?

—

Con tantos pesares lidia
mi corazón en el mundo,
que cuando ve á un moribundo,
casi se muere de envidia.

—

Con desdén me has molestado
y hoy con celos me molestas,
y más bostezos me cuestas
que suspiros me has costado.

—

No engañarías, á fe,
su fe con tan buenos modos,
si éste, y aquél, y ése, y todos
supieran lo que yo sé.

Cual vil cazador me trata
la cazadora á quien amo:
se esconde, saca el reclamo,
va la pérdiz, y la mata.

—

Cuando con fe inextinguible
pretendas dichoso ser,
lo primero que has de hacer
es discutir *si es posible.*

—

Pasa un día, y sabe Dios
que en mi atroz melancolía,
no siento que pase un día,
sino que no pasen dos.

—

Mal hizo el que hizo el encargo
de hacer las cosas al gusto:
todo es corto ó todo es largo
y nada nos viene justo.

—

Para divertir su afán
cantaba á su reja un loco:
«Unos estamos por poco
y otros por poco no están.»

—

Tanto suelen mi sufrir
las desdichas apurar,
que á veces me echo á reir
por no poderlas llorar.

—

Por más contento que esté,
una pena en mí se esconde
que la siento no sé dónde
y nace de no sé qué.

—

Fuí un día á la ciudad
y me volví al otro día,
pues mi mejor compañía
es la mayor soledad.

—

La vida es dulce ó amarga,
es corta ó larga, ¿qué importa?:
el que goza la halla corta,
y el que sufre la halla larga.

—

Si te ha absuelto el confesor
de aquello del Cabañal,
ó tú te confiesas mal,
ó él te confiesa peor.

Corro de aquí para allí
sin que halle mi afán parada,
y no es porque busco nada,
es que ando huyendo de mí.

—

Tenga penas ó contento,
me nacen á manos llenas
por cada placer cien penas,
por cada pena otras ciento.

—

El tiempo á todos consuela,
sólo mi mal acibara;
pues si estoy triste, se para,
y si soy dichoso, vuela.

—

Todos pagan la traición
con el odio y el puñal;
yo te pagué el mismo mal
con el amor y el perdón.

—

Si indócil á mis consejos
vas de mi cariño á huir,
yo me voy mucho más lejos,
porque me voy á morir.

—

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
tus quejas puedo escuchar,
pues como eres tan hermosa,
no te oigo, te miro hablar.

—

A un mármol Pigmalión
le dió de mujer el ser,
y en mí cambió una mujer
en mármol mi corazón.

—

Van á la luz de la luna
nuestros cuerpos tan en pos,
que no hacen más sombra que una,
siendo nuestros cuerpos dos.

—

Me causas tanto pesar,
que he llegado á presumir
que mucho me debe amar
quien me hace tanto sufrir.

—

Aunque esté muerto de cierto,
en nombre suyo llamadme:
si no respondo, enterradme,
porque de cierto estoy muerto.

Ten paciencia, corazón;
que es mejor, á lo que veo,
deseo sin posesión
que posesión sin deseo.

—

Así, en inútil porfía,
pasa esta vida traidora,
yo pidiéndote que *ahora*,
tú diciendo que *otro día*.

—

Aun dí poco por tu amor,
aunque por él dí, constante,
veinte años por un instante,
la dicha por un favor.

—

Siempre se rinde mejor
la fuerza de tu conciencia
á un grano de violencia
que á cien quintales de amor.

—

Está tu imagen, que admiro,
tan pegada á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.

—

Perdí media vida mía
por cierto placer fatal,
y la otra media daría
por otro placer igual.

—

Más cerca de mí te siento
cuando más huyo de ti,
pues tu imagen es en mí
sombra de mi pensamiento.

—

Que me vendiste se cuenta,
y añaden, para tu daño,
que te dieron por mi venta
monedas de desengaño.

—

Lo recuerdo de tal modo,
que aún creo que estoy mirando
cómo fuiste colocando
mano, pie, cabeza y todo.

—

Cuando cobrar una de uno
quiere prenda que aún no dió,
esa una vendió á alguno
lo que alguno no pagó.

Ya sé que, aunque perdí en ello,
he perdido tu amistad,
desde que hablando de aquello
te dije aquella verdad.

—

Que es corto sastre, preveo,
para el hombre la mujer,
pues siempre corta el placer
estrecho para el deseo.

—

¡Qué razón tiene mi amor
cuando te jura y rejura
que, aunque grande, es tu hermosura
de tus gracias la menor!

—

¿Quién, niña, se te figura
que amará con más verdad:
mis sentidos tu hermosura,
ó el corazón tu bondad?

—

Cuantos te han tratado y tratan,
en tu amor aprender suelen:
todos, las penas que duelen;
yo, los dolores que matan.

—

Tus perfecciones al ver,
suelen los hombres decir:
«Sólo por verla, nacer;
después de verla, morir.»

—

¡Pérfida!, te odio; mas creo
que al mismo tiempo te adoro,
pues maldigo, si te veo,
y si no te veo, lloro.

—

Tras ti cruzar un bulto
vi por la alfombra;
ciego el puñal sepulto...,
y era tu sombra:
¡cuánto, insensato,
te amo, que hasta de celos
tu sombra mato!

—

Si entre no haber sido y ser
hubiera el hombre elegido,
claro es que hubiera escogido
el no poder escoger.

Si es fácil una hermosa,
voy y la dejo;
si es difícil la cosa,
también la dejo:
niñas, cuidad
de amar con una fácil
dificultad.

—

Entonces, con el deseo,
sin mirarte te veía;
pasó algún tiempo, y hoy día,
si te miro, no te veo.

—

Diciéndolo, no diré
lo que aquel pinar esconde;
allí, ya recuerdas dónde,
nos pasó ya sabes qué.

—

Pensando que he de morir
á tal desventura llego,
que como un muerto me entrego
á la dicha de vivir.

—

Sufro poco al recordar
que ha de acabar mi sufrir;
ni gozo cuando, al gozar,
recuerdo que he de morir.

—

Si, como se sabe ya,
el que *espera desespera,*
quien, como yo, nada espera,
¡cuál se desesperará!

—

Mira que ya el mundo advierte
que, al mirarnos de pasada,
tú te pones colorada,
yo pálido cual la muerte.

—

Cuando pasas por mi lado
sin tenderme una mirada,
¿no te acuerdas de mí nada,
ó te acuerdas demasiado?

—

Aunque al salir tú del puerto
quedé más muerto que vivo,
verás, por ésta que escribo,
que, con efecto, no he muerto.

¡Cuántos deseos cautivos
te manda mi corazón,
velados en la expresión
de estos puntos suspensivos...!

—

Casi se lo agradecí
cuando el engaño toqué,
que si loco me acosté,
filósofo amanecí.

—

Llaman vida á ir de esta suerte,
hasta que el cuerpo sucumba
en agonías sin muerte
y en una muerte sin tumba.

—

Ayer sudé por ganar
lo que hoy me causa desgana,
y hoy sudo por alcanzar
lo que me aburra mañana.

—

Yo no siento que la suerte,
me abrume cada vez más,
lo que siento es que la muerte
no venga á tiempo jamás.

—

La dicha es una ilusión,
pues se puede, en mi sentir,
una tragedia escribir
del más feliz corazón.

—

Ya de sentimientos llena,
siente en falso el alma mía,
pues el placer le da pena,
y lo que es triste, alegría.

—

Que no me conoce, ayer
juró por no sé qué santo;
¡cómo me ha de conocer
si yo le conozco tanto!

—

¡Qué bien supiste aprender
lo que dice cierto autor:
«que suele en lances de amor
ser la mentira un deber!»

—

Por mucho que el tren corría,
corre tanto un «yo te adoro,»
que era tuyo en Valdemoro
y en Aranjuez ya eras mía.

No esperes que una mudanza
me dé la tranquilidad;
que amo en ti más la esperanza
que en otras la realidad.

—

Si hago al juicio una llamada,
me responde el corazón:
que si hay juicio no hay pasión,
y si no hay pasión no hay nada.

—

Como no vives tú en mí,
vivo en ti, mas no contigo;
y hasta no vivo conmigo,
como vivo sólo en ti.

—

Ya lo gozado y sufrido
se ha pasado, y claro está
que si pasó lo venido,
lo que venga pasará.

—

Tarde vi lo inútil que es
dar gusto á nuestra esperanza;
pues cuando una cosa alcanza,
quiere otra cosa después.

—

Con permiso del Eterno,
dudo cuál será mayor:
si aquel dolor del infierno
ó este infierno de dolor.

—

Ya ni por saber trabajo
qué es este mundo de prueba:
quien sabe por qué me trajo,
ya sabrá por qué me lleva.

—

Loca por mí te figuras,
mas ya ven los que te advierten,
que nunca haces más locuras
que aquellas que te divierten.

—

Un día á Richmond subí,
y ¡cuán bello lo hallaría,
que, perdóname, alma mía,
fuí feliz hasta sin ti!

—

Infeliz el que en la tierra
sus ilusiones perdió,
y está además, como yo,
con sus recuerdos en guerra.

Mucho sabría en verdad
si supiera la razón
dónde acaba la ilusión
y empieza la realidad.

—

Llorar de placer se suele
y es que en nuestro corazón
hay siempre una vibración
que aun con el placer nos duele.

—

Dame la vida, ¡oh dolor!,
compañero eterno mío!,
pues si no fuera tu amor,
ya hubiera muerto de hastío.

—

Después que ya se ha agotado
todo humano sufrimiento,
siempre hay un nuevo tormento
para un viejo atormentado.

—

No vengas, falso contento,
llamando á mi corazón,
pues traes en la ilusión
envuelto el remordimiento.

—

Si ayer tropecé bastante,
hoy tropiezo mucho más;
antes mirando adelante,
después mirando hacia atrás.

—

La tumba es al lecho igual;
pero bien sabido ten
que en uno se duerme mal
y en otra se duerme bien.

—

Ir hacia Atocha la vi;
la seguí, miré, miró;
y no *vine, vi* y *vencí:*
yo vine, vi y me venció.

—

Mi deseo es desear
más que alcanzar lo que quiero,
y mejor que lo que espero,
lo que quiero es esperar.

—

Cuando más desesperado
voy del cielo á maldecir,
bendigo á Dios que me ha dado
la esperanza de morir.

Con más fe se soportara
la vida si se pudiera
llorar cuando se anhelara,
morir cuando se quisiera.

—

Porque en dulce confianza
contigo una vez hablé,
toda la vida pasé
hablando con mi esperanza.

—

Es tanta mi ceguedad
que te amo aunque estoy seguro
que con amarte aventuro
mi dicha en la eternidad.

—

Tú presumes, y no es cierto,
que yo te oculto una cosa,
y sólo te oculto, hermosa,
el llanto que por ti vierto.

—

Absorto en ti mi deseo,
tan sólo en tu amor creí;
pero ahora nada creo
desde que no creo en ti.

—

Si en tu gracia he de creer,
quiero tus gracias mirar,
pues mal te podré aprender
si no te puedo estudiar.

—

Piensa con ojos serenos
cómo y cuándo morirás;
que siendo el morir lo más,
el cómo y cuándo es lo menos.

—

Es el amor un galán
que ni hambre ni hartura tiene,
pues lo mata el mucho pan
y con poco pan se muere.

—

Desde que perdí el encanto
de mi primera pasión,
no he entrado en mi corazón
por no morirme de espanto.

—

La amé tanto á mi pesar,
que aunque yo vuelva á nacer,
la he de volver á querer
aunque me vuelva á matar.

Decía yo, de amor loco:
«¡Penar tan poco por tanto!,»
y dije al perder mi encanto:
«¡Penar tanto por tan poco!»

—

No inquieras con tal constancia
si soy ó no soy leal;
que toda dicha cabal
nace de alguna ignorancia.

—

Mi madre, que me amaba
con desvarío,
siempre al verme decía:
«¡Consuelo mío!»
Hoy, santo cielo,
¡quién consolar pudiera
á aquel consuelo!

—

Como asegura un autor,
la muerte es un grande sueño;
si es bueno el sueño pequeño,
el grande será mejor.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

———

Al dar el postrer gemido
dijo un inglés moribundo:
«Si es como este el otro mundo,
en llegando me suicido.»

—

En tu frente blanca y tersa
como una página en blanco,
escribirá con arrujas
el tiempo los desengaños.

—

Un pájaro que volaba
por el aire iba diciendo:
«Si en la tierra no me encuentras,
súbete á buscarme al cielo.»

—

Si canto, porque alboroto,
si callo, por desabrido,
nunca te faltan pretextos
para regañar conmigo.

—

En el azul de los cielos
mi sentencia escrita está;
cualquiera puede leerla,
dice: «Ver y no alcanzar.»

Dos espejos encantados
son los ojos de mi bien,
donde al mirarse se ven
felices los desdichados.

—

Si á las puertas de mi pecho
viene la duda á llamar,
asoma la fe y le dice:
«No hay posada, id más allá.»

—

Te quise desde un principio
por lo buena y agradable;
ya, por mala que te vuelvas,
no puedo dejar de amarte.

—

Mañana por la mañana
pediré al Señor en misa,
que el día que no te vea
no me lo cuente de vida.

—

Dudo á veces por la noche
si estoy dormido ó despierto,
porque despierto y dormido
tengo un mismo pensamiento.

—

Por las lágrimas regado
que en tu ausencia vierto yo,
en la sombra de tu ausencia
crece el árbol del amor.

—

«No me olvides,» me decía
muy quedito al despedirme,
y cuando me fuí gritaba
desde lejos: «No me olvides.»

—

Las noches que no te veo
en el balcón ó en la reja,
las paso rezando á solas
el rosario de mis penas.

—

Vinieron y me dijeron
que olvidase tu querer;
antes que tu amor olvide,
su consejo olvidaré.

—

Caminito de la gloria,
camino lleno de abrojos,
¿cómo quieres que lo siga
si va mi bien por el otro?

La alondra anida en los trigos,
el águila en los peñones,
penas y remordimientos
en el corazón del hombre.

—

En tu ausencia levanté
todo un castillo de dudas;
apenas te vi, sus piedras
cayeron una por una.

—

Si á la iglesia vamos juntos,
al rezar juntos los dos,
lo que ella quiere decirme
hace que lo dice á Dios.

—

¡Cuán triste la luna,
mi bien, se levanta!
De ver por la noche amantes que gimen
se ha puesto tan pálida.

—

Si asomas el rostro
tras de esos cristales,
me encienden el alma los besos ardientes
que no puedo darte.

NORBERTO GUITERAS

—

Cuando á vivir empezaba,
y sin perder un segundo,
una noche me metieron
en la cárcel de este mundo.

—

Toda mi vida he pasado
entre dormir y soñar:
en dormir sobre mis penas,
en soñar felicidad.

—

Hay una estrella en el cielo
que me sigue por doquiera;
las demás son relucientes,
la mía fué siempre negra.

—

Misterios guarda mi frente,
arcanos mi corazón:
anda, ve, cuenta, si puedes,
los rayos que tiene el sol.

Aunque nací cieguecito
y vivo en la obscuridad,
todas las cosas las veo
á la luz de la verdad.

—

En un cañal hice un hoyo
para enterrar mi secreto,
y al otro día las cañas
se lo contaron al viento.

—

Cuando las niñas no quieran
escuchar ya mis piropos,
he de cantarles cantares
á las niñas de mis ojos.

—

«¡Música!,» piden los mozos,
«¡música!,» grita una voz,
«¡música!» dicen las niñas,
¡música del corazón!

—

En lo morado del alma
tengo una ramita verde,
que ni el tiempo la deshoja,
ni la secará la muerte.

—

Desde el punto en que nací
á morirme ya empecé;
para empezar á vivir
á morirme aguardaré.

—

Noche y día corre el agua,
noche y día gime el viento,
noche y día sueño en ti,
virgen de mis pensamientos.

—

Partidos en dos mitades
tú y yo al mundo vinimos:
por eso andamos buscando
á ver si nos reunimos.

—

Yo soy, morena, un perdido
de lo más perdido que hay:
perdido por ti, morena,
sin poderlo remediar.

—

Tanto y tanto que te quiero,
no te lo puedo decir
sino que sea cantando:
mira tú si he de fingir.

Primero quise á las flores,
después fuí en pos de las aves,
más tarde amé las estrellas
y hoy el ángel que tú sabes.

—

En amarte goza el alma,
en quererte está mi ley,
toda mi gloria en mirarte
y en verte todo mi bien.

—

Tienes, niña, un no sé qué
que no sé lo que será:
cada vez que yo te veo,
la cabeza se me va.

—

¡Ole con ole, morena,
mátala, mata la araña!
¡Viva la sal y el salero
de las mujeres de España!

—

La noche en que tú caíste
cayó del cielo una estrella:
¡pobrecita de tu madre!,
de llorar se volvió ciega.

—

No me cuentes esa historia,
que la tengo harto sabida,
y cada vez que la cuentas
se me renueva la herida.

—

¿Ves las montañas de sal
que tiene el duque en Cardona?
Pues son terrones de azúcar
á tu lado, salerosa.

—

¡Salero, cuánto te quiero!,
¡salero, quiéreme á mí!,
¡salero, por ti me muero!,
¡salero, dime que sí!

—

Cacho de luna es tu cara,
hebras del sol tus cabellos,
tu mirar de las estrellas,
tu personita es el cielo.

—

Te miro y vuelvo á mirar,
á mirarte otra vez vuelvo,
y mientras te estoy mirando,
me pongo á soñar despierto.

A la luz de las estrellas
una noche me adormí,
y soñé que eran tus ojos
que velaban sobre mí.

—

Cuando la luna se esconde
y el sol amanece ya,
la noche le dice al día:
«En mis brazos morirás.»

—

Dicen que estoy hechizado
y tengo el seso sorbido,
y la hechicera eres tú,
y tus gracias el hechizo.

—

Tienes más sal que la mar
y más garbo que las olas,
y más rumbo que un navío
que navega viento en popa.

—

No te quiero comparar
con el sol ni con la luna,
sino con las buenas mozas
contaditas una á una.

—

Sólo con las buenas mozas
te quiero yo comparar,
que son personas reales
y no pueden engañar.

—

Tienes los ojos, morena,
del color de la aceituna,
pero no cuando está verde,
sino cuando está madura.

Sino cuando está madura
y el tordo la picotea:
si aceituna fueras tú,
¡quién fuera tordo, morena!

—

Aunque escondida vivieras,
como paloma torcaz,
entre las rocas peladas,
allí te iría á buscar.

—

Te estoy mirando á la cara
como si mirase al cielo,
y mientras te estoy mirando,
parece que estoy subiendo.

Tienes los ojos azules
como las olas del mar:
á veces dicen bonanza
y otras veces temporal.

—

Tienes los ojos más bellos
que se abrieron á la luz,
y lo que á mí me enamora
es que no lo sepas tú.

—

Tienes el brillo del sol,
tienes sonrisa de luna,
y tienes qué sé yo qué,
que no lo tiene ninguna.

—

Son tus ojos dos luceros,
y para ver cómo brillan,
hasta los cielos se abren
y las estrellas te miran.

—

Tu corazón es un lago,
el mío golfo de mar:
en el tuyo siempre hay calma,
en el mío tempestad.

—

Me abrazaste, y me abrasé;
me besaste, y me ahogaba;
me llamaste, y desperté:
era, ¡ay, triste!, que soñaba.

—

Mi pensamiento va y viene
y mi pasión no se muda;
por esto empiezo á creer
que mi mal no tiene cura.

—

Quiero verte y no te miro,
quiero hablarte y no te hablo,
y el corazón dentro el pecho
está tocando á rebato.

—

A los Madriles me voy,
la corte del rey de España,
á decirle al señor Rey
que tú reinas en mi alma.

Que tú reinas en mi alma
y mi voluntad gobiernas,
y aunque yo viva mil años,
tú siempre serás mi reina.

Si yo pudiera trocar
mis palabras en zarcillos,
promesas de amor constante
te hablaría á los oídos.

—

Dos palabritas de amor
quiero decirte y no puedo,
que tu madre no te deja
y á mí no me deja el miedo.

—

Sortija quisiera ser
que el dedo te ensortijara
para que viera la gente
que tu mano está empeñada.

—

Así te volvieras aire
y que fuera yo la luz
para alumbrar el camino
por donde pasaras tú.

Tú colmena, yo abejorro,
tú nido, yo golondrina,
tú concha, yo caracol:
¡con qué gusto viviría!

Si tú hiedra, yo el roble;
si tú agua, yo la nube;
si tú ave, yo la flecha;
si tú yesca, yo la lumbre.

—

Tengo un millón de deseos
y otro millón de ilusiones;
mira si soy millonario:
sólo me faltan doblones.

—

A mi novia servir quiero
antes que servir al rey,
porque mi novia es mi reina,
con permiso de la ley.

—

Nacistes en primavera,
sol y agua te engendraron,
abril te meció en la cuna,
de flores te vistió mayo.

—

El reir de las estrellas
es el reir que tú tienes,
el color de tus mejillas
es de rosas y claveles.

Volcán cubierto de nieve
tu rostro parece, niña:
con tus miradas me abrasas,
con tus sonrisas me enfrías.

—

Tienes frente soñadora,
y no me deja dormir
pensar si serán tus sueños
para otro ó para mí.

—

Tú eres rosa encarnada,
yo soy clavel encendido:
con las espinas que tienes
mi corazón has herido.

—

Este fino corazón
te lo doy de buena gana;
mas si has de jugar con él,
pásalo con una daga.

—

Esto dije á una mujer
que me tenía rendido:
«Si quieres, puedes matarme:
yo sólo el amor te pido.

»Sólo el amor te pedí
y amor y vida me has dado:
si quieres, me quedaré
para servirte de esclavo.»

—

Por la salud de tu *mare*,
morena, yo te lo ruego,
que no me claves tus ojos,
que me pondrías enfermo.

—

Me pisastes en el pie
y resonó toda el alma,
que en esto nos parecemos
los hombres á las guitarras.

—

¿Qué hermosa palabra en sueños
murmurastes á mi oído?
¡Ay!, tan quedo la dijiste
que entenderla no he podido.

Que entenderla no he podido,
y paso la vida triste
soñando en esa palabra
que en sueños tú me dijiste.

¿Qué les dirán á mis ojos
los sones de esa guitarra,
que si suspiran, se anublan,
si llora, derraman lágrimas?

—

Cuando miro las estrellas
allá, de noche, brillar,
lanzo del pecho un suspiro:
¡si yo pudiera volar!

—

Yo no te puedo seguir,
que no sé dónde me llevas,
y no pueden andar bien
un ciego con una ciega.

—

Mucho yerra el caminante
que se aparta del camino,
y más yerra aquella niña
que no escucha lo que digo.

—

Oye bien lo que te digo,
que lo digo por tu bien:
en el mundo juegan todos
á ver quién engaña á quién.

—

Mal haya, amén, el mocito
que palabra no tenía,
y mal haya la mujer
aquella que en hombres fía.

—

No empeñes tus prendas, niña,
por más que te den palabra:
lo que por poco se empeña
se tiene que dar por nada.

—

Palabras..., ¿qué son?, palabras;
razones..., ¿qué son?, razones;
promesas..., sólo promesas;
obras sí que son amores.

—

Cállate, no me lo digas
que ya adivino el secreto;
harto publican tus lágrimas
lo que se esconde en tu pecho.

Lo que se esconde en tu pecho
te sale á la cara vivo:
yo en tu cara estoy leyendo
como si fuera en un libro.

En la viña del vecino
no vayas á coger uvas,
que cortándolas de prisa,
te puedes cortar las uñas.

—

Tus labios son dos carbones,
dos carbones encendidos:
desde que en mí los pusiste,
fuego en mi pecho has prendido.

—

Por más esfuerzos que hago
para ver si yo te olvido,
no puedo, porque me has dado
hierbamora con el vino.

—

Al son de su tamboril
cantaba el tamborilero:
«Ningún perro baila bien
si no le enseñan primero.»

—

Pan y palo dale al perro,
pan y palo, palo y pan;
que con el palo el can baila
y por el pan baila el can.

—

Tus juramentos escucho
como quien oye llover:
río que sale de madre,
¿quién lo puede contener?

—

Si sabes lo que es el mundo,
por merced que me lo digas,
y sabré con la verdad
la mayor de las mentiras.

—

Cuantas veces tú jurabas,
otras tantas yo reía:
no vuelvas á jurar más,
que de risa moriría.

—

El pasado ya pasó
y el presente está pasando,
y el futuro pasará,
como yo lo estoy cantando.

—

Me quisiste y yo te quise;
me olvidaste, te olvidé:
moneda sobre moneda,
con la misma te pagué.

No te engrías ni te alabes,
conmigo no puedes nada;
lo que fué ya se acabó:
todo en el mundo se acaba.

—

Así que llegué te vi,
y así que te vi te amé,
y así que me diste el sí
en seguida te olvidé.

—

Yo no quería querer,
ni quería ser querido;
á querer tú me enseñaste
y lo tomé por oficio.

—

Adiós, flor de la marina,
hija del agua y la sal;
adiós, pulida gaviota;
adiós, junco de la mar.

—

Si con honra me empeñé,
con honra me desempeño;
busca quien te quiera más,
que yo buscaré otro dueño.

—

Yo no quiero querer más,
ni quiero ser más querido,
que el querer por afición
á mí me cuesta un sentido.

—

Alivio yo te pedí,
alivio para mis penas;
el que tú me diste á mí
fué cargarme de cadenas.

—

Cada vez que yo te veo
la tristeza se me come
de pensar que hayas podido
dejarme por otro hombre.

—

Si yo me viera tan alto
como se ven las campanas,
las verdades que diría
habían de ser sonadas.

—

Mi corazón es lo mismo
mismito que mi guitarra:
cuando canta, siempre llora;
cuando llora, siempre canta.

Aquí dentro de mi pecho
tengo una fragua metida:
¿cuándo dormirá ese herrero
que trabaja noche y día?

—

Cada vez que miro al cielo,
pienso que tú estás allí,
y los ojos se me arrasan
por no poderte seguir.

—

¿Cómo podría olvidarla
yo que tanto la adoré?
Despierto la estoy soñando;
soñando, ¡mira qué haré!

—

Como en uno dos arroyos,
así á juntarnos vinimos;
mas al querer separarnos,
¡válgame Dios, qué gemidos!

¡Válgame Dios, qué gemidos
exhalaban nuestras bocas!
¡Gotas de agua gimen menos
al quebrarse entre las rocas!

—

A la orillita del río
me puse á considerar
que así corren nuestras vidas,
como los ríos al mar.

—

Entre la vida y la muerte
hay un puente de dolores,
y una cadena de males
con un sin fin de eslabones.

—

Peña muda, solitaria,
brava mar, ola perdida,
náufrago en desierta playa,
tal soy yo, tal es mi vida.

—

Esperanzas é ilusiones,
amores, sueños, venturas,
dejadme; que no cabéis
en mi estrecha sepultura.

TERENCIO THOS

———

Inmenso río es la vida
que arrastra á la humanidad
y entre sus revueltas olas
la lleva á la eternidad.

Dicen que no me has querido
porque eres rica y yo pobre;
aunque estés bañada en oro,
se verá que eres de cobre.

—

Me cubrieron de cadenas
por oprobio y por tormento;
mi cuerpo estuvo en prisiones,
pero no mi pensamiento.

—

En el espacio que media
de la cuna al ataúd
hay un camino de sombra
y otro camino de luz.

—

Calienta la roja lumbre,
calienta el dorado sol;
para calentar mi pecho
necesito otro calor.

—

No hay mancha que no se lave:
la mirada vuelve á Dios;
con llanto la Magdalena
todas sus culpas lavó.

—

Al pasar por el estrecho
que llaman de Gibraltar,
no sentí tanto mareo
como el que dándome estás.

—

En la cuna hay diferencia,
pero no en el ataúd,
que el del pobre y el del rico
llevan ambos una cruz.

—

No hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague;
el que tenga que pagar,
que tranquilo no descanse.

—

En un campo de ilusiones
se ve brillar una flor,
y en sus pétalos se lee:
«El rey del mundo es amor.»

—

Siempre me dan fatiguillas
cuando paso por tu calle
y veo que á tu ventana
por mí no se asoma nadie.

Muchos pidieran á Dios
poder y oro en abundancia;
yo le pidiera la clave
para descifrar las almas.

—

A la puerta de mi casa
el dolor vino á parar;
le invité para que entrara,
asiento tomó en mi hogar.

—

Mirad, mirad á lo lejos:
la luna en el mar riela
y veréis llegar las olas
con cargamentos de estrellas.

—

Para conquistar la gloria,
el hombre lucha y se afana
y al fin tiene que dejar
al pie del ciprés la palma.

—

Si por arte de Merlín
te pudiera transformar,
en pez te convertiría
para poderte pescar.

—

Mis ilusiones huyeron,
mis esperanzas volaron,
los desengaños vinieron
y mis lágrimas brotaron.

—

Esa mirada de fuego,
la palidez de tu cara
y esa hechicera sonrisa
son perdición de las almas.

—

Dicen que el primer amor
en el alma queda impreso:
un amor borra otro amor
si hay distancia de por medio.

—

Me dejó para sudario
de mi triste corazón
recuerdos que vivirán
tanto como viva yo.

—

Veletas á las mujeres
las llaman los hombres todos;
verdad es, que todas giran
al viento de sus antojos.

Dicen que para vivir
se necesita dinero:
si hay dinero y no hay salud,
¿de qué sirve lo primero?

—

No me impidas que te ame,
porque siempre te amaré;
y si muero, de mi tumba,
para amarte, me saldré.

—

Una gitana leyó
en la palma de mi mano,
que me habías de matar
con un negro desengaño.

—

En la mansión del tirano
no busques felicidad,
que la dicha siempre huye
de donde no hay libertad.

—

Pálida por mi ventana
penetra la luna siempre:
es la amiga del que sufre
y por eso viene á verme.

—

Nadie se va de este mundo
sin decir «amo» ó «amé,»
las tempestades de invierno
son las que se han de temer.

—

¿Lloras? Enjuga los ojos,
no anubles su claridad;
el que puede decir «¡madre!»
pronto consuelo hallará.

—

Tú pisas, morena mía,
con tanta gracia y donaire,
que muchos al verlo piensan
se te va á llevar el aire.

—

No hay corazón sin dolor,
ni hay un alma sin martirio,
ni hay vida sin un rigor,
ni hay un amor sin delirio.

—

Me dicen que á partir vas,
anda y que te guíe Dios;
mas no vayas á partir
tu corazón entre dos.

No codicies esa copa
que el río apura en su asiento,
que á veces hay en su fondo
la hiel del remordimiento.

—

Yo te amé sin conocerte,
yo te busqué sin hallarte,
yo recorrí todo el mundo
y no paré hasta encontrarte.

—

No es un suspiro del viento
el que me hace despertar,
es el alma de mi madre
que me viene á visitar.

—

Yo te bendigo, experiencia;
mas por decreto insondable,
tras el desengaño acudes
y sueles hacerlo tarde.

—

La ambición que te seduce
¿dónde te conducirá?
Hoja que arrebata el viento,
nadie sabe adónde va.

—

Dos libros en esta vida
estudiarás con los años:
uno es el de los placeres
y otro el de los desengaños.

—

El curso que sigue el río
sin retroceder jamás,
recuerda el amor primero,
que pasa y no vuelve más.

—

Yo no tengo más dolor
que es el dolor de no verte:
cuando no te veo, temo
que un día llegue á perderte.

—

La luz cuando se consume,
la lumbre cuando se apaga
y la noche con sus sombras
son imagen de la nada.

—

Tú buscas un pensamiento,
no busques más, toma el mío
y él evitará que caigas
en la sima del olvido.

Sin verte, siempre te veo,
ya reir, ya sollozar;
te tiendo amante mis brazos
y no te puedo abrazar.

—

No vayas, niña, á la fuente
donde van tantos soldados,
que al mirarlos distraída
podrías quebrar tu cántaro.

—

Empeñé mi corazón
como joya de más precio:
cuando á rescatarlo fuí,
tenía una ilusión menos.

—

Hiedra seré si la muerte
te viene, niña, á buscar;
te cubriré con mis hojas
y encontrarte no podrá.

—

Los claveles de tu reja
dan envidia á tu vecina,
porque dice que su novio
siempre que pasa los mira.

—

La vergüenza que tenías
te olvidaste de guardar:
la perdiste... no sé dónde,
y no la has vuelto á encontrar.

—

Yo soñé que me querías
y soñé que me olvidabas,
y entre un sueño y otro sueño
se interpuso un mar de lágrimas.

—

Todas las generaciones
representadas están
por las olas de los mares
que unas vienen y otras van.

—

La aurora te dió colores,
el rocío te dió perlas,
el sol se fijó en tus ojos,
la noche en tu cabellera.

—

Las cuatro ha dado el reloj,
cierra la reja, serrana,
que el secreto de tu amor
no sorprenda la mañana.

Amores halagadores
que al alma dais tanto afán,
por un beso de mi madre
os viera á todos pasar.

—

Buscaste marido viejo
y con joyas te adornaste,
ahora con el llanto empañas
el brillo de tus diamantes

—

Dame esa flor que en tu seno
su blando nido ha buscado,
yo la guardaré en el mío,
que está de amor palpitando.

—

El sol eclipsa á la luna
y la luna á las estrellas,
y tú á todas las mujeres
que crió Naturaleza.

—

A la Virgen del Recuerdo
te encomendé, dueño mío,
y tú á mí me encomendaste
á la Virgen del Olvido.

—

Tienen su nido las aves,
tienen su lecho las flores,
yo sólo soy quien no tengo
dónde ocultar mis dolores.

—

Si en la obscuridad me pierdo,
niña, no sientas enojos,
que si me pierdo será
en la noche de tus ojos.

—

La oí cuando suspiraba
y le pregunté: «¿Qué tienes?,»
y dijo, anegada en llanto:
«Lloro de tu amor la muerte.»

—

El valle de la esperanza
es como el de Josafat,
que todos en él cabemos
y nadie deja de entrar.

—

Niña, el amor te ha robado
los colores de tu faz:
con ese niño travieso
nunca vuelvas á jugar.

Las estrellitas del cielo
se van, al nacer el día,
á fijarse todas juntas
en el manto de María.

—

Ante la luna tranquila
juraste que me adorabas;
la luna veló sus rayos
y no pude ver tu cara.

—

La vida, tal como viene,
todos la hemos de tomar:
es miel de sabor amargo
con mucha dosis de agraz.

—

Cáseme usted, padre cura,
prontito cáseme usted,
que me tiene mareado
la puntita de su pie.

—

A la grupa de mi jaco
irás á la romería:
partamos los dos juntitos
antes de que nazca el día.

—

Tengo, hermosa, una guitarra
que compré cuando te vi,
acompaña mis cantares
y canta sólo por ti

—

Sus labios dijeron «no,»
y sus párpados temblaron;
¡qué de luchas y deseos
sus ojos me revelaron!

—

¿Mañana vas á la guerra?..
Un laurel voy á plantar
para que cuando regreses
su sombra te pueda dar.

—

Levanté una fortaleza
para guardarme á mí mismo;
con el aire de tus faldas
al suelo toda se vino.

—

Me amargas el corazón
y á quejarme no me atrevo,
porque el mundo me dirá
que te deje, y yo no puedo.

Pides, para divertirte,
una caña de pescar:
sírvete de tu abanico,
mejor caña no hallarás.

—

Corro desde que he nacido
en busca de la Fortuna,
y está de mí tan distante
como está el sol de la luna.

—

Si me dieran el permiso,
á tu reja subiría
y los hierros que la tejen
con mis dientes limaría.

—

El mundo me dió martirio,
el dolor fué mi tirano,
sólo Dios puede curar
un corazón desgarrado.

—

Ayes que partís del alma
en busca de algún consuelo,
si no lo halláis en la tierra,
subid volando hacia el cielo.

—

Cuando vayas, niña, al bosque,
iré á acompañarte al menos:
sola no temas perderte,
entrambos nos perderemos.

—

Envuelto en la vaga sombra
que el crepúsculo señala,
te envío con un suspiro
todo el fuego de mi alma.

—

El huérfano es en la tierra
un ser que buscando va
una fuente, luz y sombra
para poder descansar.

—

Las ilusiones son humo,
las esperanzas son fuego,
los desengaños cenizas
que barre el soplo del tiempo.

—

Cuando vienes á mi casa,
vienes por sólo un camino;
cuida mucho, cuando salgas,
no cruzar el del olvido.

Cuentan que el sol cierto día,
al encontrarte durmiendo,
enrojeció tus mejillas
y te doró los cabellos.

—

Cuando el triste desengaño
se presente en tu camino,
leerás todas mis cartas
y arrojarás un suspiro.

—

Desde el día que quitaste
la sortija de mi dedo,
en la cadena de amor
hay un eslabón de menos.

—

Cual fragata empavesada
vas en el mundo á bogar;
sin brújula que te guíe,
bien pronto naufragarás.

—

El amor quiere siempre
probar de todo;
no le des dulce, niña,
que es muy goloso:
lo que haces mira,
que una hartura pudiera
matar su vida.

—

Que el ampo de la nieve,
que la flor de agua,
que luna transparente,
tú eres más blanca;
si yo pudiera,
con el fuego en que ardo
te enrojeciera.

—

Cuando la tarde acaba,
las golondrinas
suben á ver las nubes,
tiernas amigas;
y se van luego
á medir los espacios
lejos, ¡muy lejos!

—

Madrecita del alma,
dame un espejo;
quiero ver si el semblante
conservo bello:
¡madre, una arruga!
Si la vejez no avanza,
dolor la ayuda.

Dicen que amor es fuego
que arde en el alma
y al soplo de la ausencia
presto se apaga;
papel y pluma
cuidan de que ese fuego
no se consuma.

—

Ante el amor no debes
mostrarte serio;
debes siempre el semblante
tener risueño:
que amor es niño
que si no le acarician,
se vuelve esquivo.

—

Llora el grande en silencio
sus amarguras,
que ante el mundo no puede
mostrarlas nunca:
¡feliz yo en tanto,
que puedo por doquiera
verter mi llanto!

—

Una niña, orgullosa
de su hermosura,
se miraba al espejo
de la laguna:
¡espejo vano!,
tiró el tiempo una piedra,
se hizo pedazos.

—

Dos suspiros se encuentran
en el espacio
cuando la luz del día
se va acabando:
son de dos almas
que se aman en silencio
y entonces se hablan.

—

Quisiera ser, mi vida,
paloma blanca,
de perfumado pico,
brillantes alas,
y á tu palacio
llegara cuando Febo
sube á su carro.

Yo no tengo más bienes
que la esperanza,
y aunque el tiempo transcurra,
nunca se acaba:
es para el pobre
una fuente que mana
raudal de goces.

—

Los celos son visiones
que evoca el alma,
que la razón perturban,
la vida embargan;
de esa locura,
el ser que la padece
no vuelve nunca.

—

Eres humilde y quieres
noble marido,
la boda ha de costarte
muchos suspiros:
pues cada oveja
ha de juntarse, niña,
con su pareja.

—

Deseaste una prueba
de su constancia,
y entre los dos pusiste
ausencia larga:
no es maravilla
que aquel que se levante
pierda su silla.

—

No creas, porque canto,
que estoy contenta,
porque, al cantar, tan sólo
canto mis penas;
y éstas son tantas
que mi vida es muy corta
para cantarlas.

ISABEL DE VILLAMARTÍN

Como es mi vida una guerra,
soy á un tiempo viejo y joven;
que al soldado en la campaña
se le cuenta el tiempo doble.

—

Yo no extraño que los campos
quemen, niña, las heladas;
que tú eres también de hielo
y mi corazón abrasas.

Eres bella como el alba,
deslumbrante como el sol.
¡Qué lástima, vida mía,
que no tengas corazón!

—

Yo tengo en el pecho el fuego
que tienes en la mirada,
tú tienes luto en los ojos
y yo lo tengo en el alma.

—

Por lástima no corté
la única flor de tu huerto,
y á la mañana siguiente
la había cortado un necio.

CARLOS RUBIO

Alcé la vista hacia arriba
y te vide en un balcón;
siempre que se mira al cielo,
se ve la gracia de Dios.

—

Si vara de medir fuera,
fuera á mujeres midiendo
lo que les sobra de vanas,
lo que les falta de seso.

—

Las flores que tú me diste
más que un tesoro las guardo,
y nunca se ven marchitas
porque las riega mi llanto.

MANUEL CASTELLANO

Mi amor para ti es tan grande
que si, muerto ya de un mes,
me das un beso, es seguro
que resucito á tus pies.

—

El amor que de ti logre
no se lo cuentes á nadie,
que es el amor que se cuenta
pluma que se arroja al aire.

—

No cuentes tu amor á nadie,
porque el amor es aroma
que en el corazón se acendra
y en la lengua se evapora.

Si te dicen que hay aquí
quien te quiera más que yo,
no te disputes por mí,
di con la lengua que sí
y con el alma que no.

—

Eres pálida y pequeña,
señas de alto precio son:
rica esencia en pomo chico,
la más cara, la mejor.

—

La escalera de tu casa
beso cuando no me ves,
porque yo adoro hasta el polvo
donde pones tú los pies.

—

Los balcones de tu cuarto
tienen la luz al Oriente:
para mí hasta que los abres,
ni sale el sol, ni amanece.

—

Que no busquen, si te mueres,
para enterrarte panteón:
tu sepulcro, si me quieres,
ha de ser mi corazón.

—

No cantes donde te oiga,
porque es un áspid tu voz,
que se entra por mis oídos
á morderme el corazón.

JOSÉ ZORRILLA

Al hacer tus dos pupilas
dos milagros hizo Dios
con dos gotas de tinieblas
y con dos rayos de sol.

FEDERICO BALART

Al hipócrita comparo
con los santones de yeso:
grande perfección por fuera
y polvo y nada por dentro.

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Ayer me vi en el cristal
de esos tus ojos de cielo:
¡si en tu corazón me viera
como en tus ojos me veo!

En un cuerpo que perece
arde viva una pasión:
¿por qué, si el hombre envejece,
no envejece el corazón?

VÍCTOR BALAGUER

Mejor alumbra una luz
si puro cristal la cerca,
y es la virtud más hermosa
velada por la modestia.

MANUEL TAMAYO

Cuando yo canto, en tropel
acude la humanidad;
que para gozar son buenos
todos los hijos de Adán.

—

Dime, prenda de mi vida,
si tu padre es confitero,
pues tienes los labios dulces
lo mismo que el caramelo.

—

No te diré una palabra
cuando pases por mi lado,
que el lenguaje de los ojos
no lo traducen los labios.

—

Tienes á gala el ser pobre,
y eso cautiva, mi bien;
que es la pobreza en las niñas
el lujo de la honradez.

—

Pinté en tu puerta una cruz
y me aplaudió el vecindario,
pues sabe que siempre está
detrás de la cruz el diablo.

—

La hermosura andaba errante
buscando un bello aposento,
y al hallar tu rostro dijo:
«Lo que es de aquí no me muevo.»

—

Me engañaste y te perdono.
porque el amor es muy noble;
mas de haberte perdonado
pido á Dios que me perdone.

Cuando la campana toca,
presto toda mi atención
y oigo como va diciendo:
«También me escucha tu amor.»

—

Desde mi casa á la tuya
voy de ilusiones cargado;
desde la tuya á la mía,
cargado de desengaños.

—

Cuando á la playa te acercas,
parece que hay temporal
y es que á verte se levantan
todas las olas del mar.

—

Suponen que eres muy pobre
y hacen mal en suponerlo,
porque eres la poseedora
de todos mis pensamientos.

—

Quisiera que me quisieras,
y quisiera en ti más fe;
mas como te quiero tanto,
ya nada puedo querer.

—

Soñé ayer que en un sudario
envolviste el amor mío;
el sueño fué realidad,
aquel sudario el olvido.

—

No es menester que te diga:
«Desde que te vi, te adoro;»
que el amor, si es verdadero,
hace lenguas de los ojos.

—

«Seré tuya hasta la muerte,»
me dijiste, y es verdad:
desde que me has olvidado,
has muerto para mí ya.

—

El amor así exclamó
al ver pasar dos suspiros:
«Éstos de mi reino son
los servidores más listos.»

—

Cuando tu casa veo,
¡me alegro tanto!
Si el altar tanto alegra,
¿qué será el santo?

Dijo el ave: «¿Qué es lo que hay
que cual yo, rompiendo el viento,
suba al cielo?,» y Dios responde:
«Pajarito..., el pensamiento.»

—

Nunca he visto, niña mía,
salir de tus ojos lágrimas;
quien tiene secos los ojos,
más enjuta tendrá el alma.

—

Huye tu orgullo la gente,
mujer necia y orgullosa;
que los árboles muy altos
no suelen dar buena sombra.

JOAQUÍN ASENSIO DE ALCÁNTARA

— —

Dijo el sabio Salomón,
y dijo el sabio muy bien,
que para saber cantar
basta con saber querer.

—

¡Desgracia como la mía!
Ver reir me causa llanto,
y ver llorar, alegría.

—

Yo quise subir al cielo
por la escala del amor,
y me faltó la constancia,
que es el último escalón.

—

Escondida en su concha
vive la perla,
y al fondo de los mares
bajan por ella:
no olvides nunca
que lo que mucho vale
mucho se busca.

—

Al calor de la lumbre,
junto á los seres
que en esta triste vida
con fe nos quieren,
tranquila el alma,
las veladas de invierno
¡qué bien se pasan!

—

Vi marchitarse una flor,
y dije: «Mueren sus hojas,
pero su perfume no.»

Las aguas del mar amargan,
amargan como la sal;
amargos son mis cantares
como las aguas del mar.

—

Una es siempre la desgracia
como es una la verdad;
por eso al cantar mis penas
canto las de los demás.

—

Cavando estaban su fosa
y dije al sepulturero:
«Para un corazón tan grande
no hay nicho en el cementerio.»

—

Quiero que hagamos juntos
unos cantares:
mírame tú y yo escribo...
¡Qué bien nos salen!

—

Nadie se jacte en el mundo
de fortuna y de poder:
el mar llega hasta la playa,
y atrás se vuelve otra vez.

—

Por la puerta del pobre
¡qué pocos pasan!
La amistad se detiene
y entra en la casa.

—

Dentro del alma dormían
mis cantares ignorados;
pasaste tú por mi puerta
y todos se despertaron.

—

Cogí la guitarra
y templé sus cuerdas;
pero al ir á cantar mis dolores
saltó la primera.

Porque mis dolores,
al ir á cantarlos,
siempre me han pedido que los acompañe
de mi propio llanto.

—

¡Cuántas florecillas!,
¡cuántas tiene el prado!
Viven ignoradas y la muerte encuentran
del hombre á los pasos.

Un jilguerillo alegre
dejó su jaula,
y por volar al cielo,
voló á tu casa.

—

No te avergüences, bien mío,
de ese llanto que derramas,
que si el mundo hizo el dolor,
Dios, en cambio, hizo las lágrimas.

—

El camino de la vida
es un camino penoso...
¡Pobres de los corazones
que van caminando solos!

—

Las cuerdas de mi guitarra
parece que están de broma:
cuando yo quiero que canten,
ellas... ¡llora que te llora!

LUIS MONTOTO

—

Tienen ya tus ojos, niña,
tal costumbre de matar,
que lo mismo les importa
muerte menos, muerte más.

—

Hoy me enamoran dos niñas
asomadas á dos rejas:
son las niñas de tus ojos
entre tus pestañas negras.

—

Tus ojos, niña, robaron
la paz de mi corazón:
quien lo robado no vuelve
no tiene perdón de Dios.

—

Cuando veo que se acercan
esos ojos relucientes,
al corazón digo: «¡Alerta,
que los enemigos vienen!»

—

Quisiera ser el librito
que en la misa te acompaña,
para que devota siempre
los ojos en mí fijaras.

—

Con sólo una mirada
de mi morena,
podía arder á un tiempo
toda la tierra.

Yo no me contento, niña,
con que me mires un poco,
que mis ojos serán siempre
girasoles de tus ojos.

—

Tus ojos fueron cuna
de mi esperanza:
¡ay! ¿por qué la mecieron
para matarla?

—

En tus vivos ojos negros
hallar la vida creí,
y no vivo, niña mía,
desde que tus ojos vi.

—

Si luz al sol yo le pido
el sol me dará tinieblas,
que luz pido yo á tus ojos
y tus ojos me la niegan.

BLANCA GASSÓ

Callando te hablaba,
callando me hablaste,
y aquel secreto que oculto creímos
el mundo lo sabe.

—

Yo le pregunté á un anciano
que qué frutos recogió;
miróme, y con triste acento:
«La ingratitud,» contestó.

—

«Toma este beso, dijiste,
como prueba de cariño;»
no sé por qué me acordé
del que le dieron á Cristo.

—

Dicen que pasando el tiempo
todas las llagas se curan;
¡ay!, las que llevo en el alma
no se cicatrizan nunca.

—

Una sola vez amé
y un solo día reí;
va siempre la mala suerte
corriendo detrás de mí.

—

Ni el veneno más activo,
ni el puñal más afilado,
hubieran muerto mi alma
como lo han hecho tus labios.

Más grande ni más terrible
no se ha visto una venganza;
la abandoné á la clemencia
del juzgado de mi alma.

—

Epílogo de tu historia
es el ansia con que anhelas
borrarla de tu memoria.

—

La elocuencia del amor
se expresa con un suspiro
que sale del corazón.

—

En la fuente de mis lágrimas
empapé la pluma mía;
por eso son mis cantares
amargos como el acíbar.

—

Cogiendo una tarde flores,
me fijé en la siempreviva,
y mirándola con pena,
exclamé: «Todo es mentira.»

—

Yo fuí la paloma santa
que llevó el ramo de olivo,
tú la sierpe venenosa
que envenenaste mi pico.

—

Con el alba perfumaste
mi vida del corazón;
cuando el sol se despedía
era cadáver mi amor.

—

La dicha dura un instante,
los pesares duran más,
porque tienen la conserva
del vinagre y de la sal.

—

Con lágrimas en los ojos
me confesó su cariño,
y á conocer me enseñó
cómo llora el cocodrilo.

Si quieren saber fingir,
si quieren saber llorar,
que les miren un instante
y aleccionados saldrán.

El *Cantar de los Cantares*
no lo escribió Salomón;
lo compone aquel que ama
con todo su corazón.

—

Quisiera abrasar mi mente
y calcinar mis recuerdos,
taladrar el pecho mío
y que tocaran á muerto.

—

Fijo un pensamiento
tortura mi mente,
y es en vano que quiera explicarlo:
me abrasa la fiebre.

EUGENIA N. ESTOPA

—

Treinta años hace que voy
detrás de unos ojos negros:
estos ojos son los míos
porque delante los llevo.

—

Pajarillos picoteros
que en la arboleda cantáis,
picoteros pajarillos,
¡buenos pájaros estáis!

U. SEGARRA BALMASEDA

—

Desde que el amor primero
enterré en mi corazón
llevo en él este letrero:
«Cerrado por defunción.»

—

Conociéndote te quise,
por eso no tengo pena,
yo soy el ratón que ha entrado
por gusto en la ratonera.

—

El hombre, cuando se embarca,
debe rezar una vez;
cuando va á la guerra, dos,
y cuando se casa, tres.

—

Mira tú si hay malas lenguas
y si hay corazones malos:
por dar la camisa á un pobre
me llaman descamisado.

Si usté se fuera á su casa
y se apoyara usté en mí,
y cayéramos los dos...,
¡ayúdeme usté á sentir!

—

Con cataplasmas de olvido
se curan muchos enfermos;
con píldoras de esperanza
¡cuántos y cuántos han muerto!

—

Permita Dios, niña hermosa,
que me agarre un vendabal
y entre tus brazos me estrelle
aunque me deje señal.

—

Más de diez novios te rondan
á pie y á caballo, Elena;
los de á caballo se pasan
y los de á pie nunca llegan.

—

Una mujer y una gata
domestico yo á la vez;
los arañazos que tengo
todos son de la mujer.

—

El amigo verdadero
ha de ser como la sangre,
que acude siempre á la herida
sin esperar que la llamen.

—

A buscar dichas y penas
salí con otro á un camino:
cuando él con las dichas dió,
dieron las penas conmigo.

—

Pelo rubio y ojos negros,
¡vaya una contradicción!,
á un tiempo blanca y morena,
fuego y nieve, luna y sol.

—

El temple de las navajas
puso Dios en tu firmeza:
si dan en madera, cortan;
si dan en hierro, se mellan.

—

Los cristales de mis ojos
son, desde que me hago viejo,
para el placer, naturales;
para las penas, de aumento.

Como el pez en el agua
vive aquí el bueno,
esperando á que el malo
le eche el anzuelo.

—

Amor es como el vino;
guárdate á tiempo,
y te sabrá más dulce
cuanto más viejo.

—

Para querer, una fea;
para perderse, una hermosa;
para casarse, una rica;
para aburrirse, una tonta.

—

Hay aquí muchos héroes
y muchos sabios,
dignos, no ya de Esparta,
sino de esparto.

—

Amores contenidos
no son amores;
cuanto más quieta el agua,
más se corrompe.

—

He de mandar que me entierren
sentado cuando yo muera,
porque no falte quien diga:
«Ya no vive y aún espera.»

—

No todo el mundo es capaz
de dar una puñalada;
pero ¿una mala noticia?,
la persona más honrada.

—

Sólo una vez de pasada
vi la fortuna delante;
la llamé: ¡estaba ocupada
enriqueciendo á un tunante!

—

A cierta edad la mujer
se parece á la ensalada;
sólo bien aderezada
hay quien la pueda comer.

—

Capilla de los Dolores
donde la vide rezar,
los dolores han quedado:
es ella la que no está.

En el viaje de la vida
van los ricos á caballo,
los caballeros á pata,
y los pobres arrastrando.

—

Cielos y mundos podría
mi corazón contener:
¡cómo serán mis dolores
que no me caben en él!

—

Que no sales de la iglesia
ayer me dijo tu madre;
para pecadora es pronto,
para arrepentida es tarde.

—

Buena copla es la que deja
al que la canta ó la escucha,
en el corazón consuelo,
y en los labios amargura.

MANUEL DEL PALACIO

—

Camino del cementerio
se encontraron dos amigos:
«¡Adiós!,» dijo el vivo al muerto,
«¡Hasta luego!,» el muerto al vivo.

—

Rico es el pobre que sabe
ganar á sus hijos pan;
pobre es el rico que gasta
lo que no sabe ganar.

—

Las flores de tu ventana
de fijo se secarían
si no te vieran la cara.

—

El niño llora riendo,
el rico goza gastando,
el pobre vive muriendo,
y el pueblo canta llorando.

—

¡Que te diga si he sufrido!:
¿qué sabes tú de pesares
si nunca los has tenido?

FRANCISCO J. DE HOYOS

—

La mujer reina en el hombre:
niña, es su esperanza y sueño;
joven, su olvido de todo;
vieja, su arrepentimiento.

Mil estrellas necesita
el cielo para brillar:
cielo es tu cara, y deslumbra
con dos estrellas no más.

—

Hoy, al romper nuestro lazo,
llanto vertimos los dos;
tú lloraste con los ojos
y yo con el corazón.

—

Como dos árboles somos
que la suerte los separa:
ponen en medio un camino,
pero se juntan sus ramas.

—

No tapes con la pintura
los colores de tu cara,
que sólo en las casas viejas
se revoca la fachada.

—

Tres maestros he tenido:
mi madre me enseñó á amar,
el mundo á dudar de todo,
y una mujer á olvidar.

—

Hoy, cuando leo tus cartas,
la risa juega en mis labios:
¡qué bien se ven las mentiras
al través del desengaño!

—

Lloraste á tu madre poco
y lloras mucho á tu amante;
amantes tendrás de sobra,
mas no hallarás otra madre.

—

Todo enemigo es malo
aunque pequeño,
pues se ve que una chispa
causa un incendio.

—

Es el hombre como el globo
que se remonta á los cielos;
cuanto más sube y más sube,
se le mira más pequeño.

—

Ayer, Domingo de Ramos,
fuiste con palma á San Luis:
el cura, que te conoce,
no la quiso bendecir.

Si sufro, déjame solo;
si sufres, venme á buscar:
mío es mi dolor, y mío
el dolor de los demás.

TEODORO GUERRERO

—

Compañerita del alma,
mírame bien á los ojos:
no me pidas confesiones,
que ellos te lo dirán todo.

—

Mira aquí las gradaciones
de la escala de tu amor:
deseo, ilusión, placer,
cansancio, hastío y dolor.

—

Yo te pago con acciones,
tú con promesas me pagas,
yo con moneda de ley
y tú con moneda falsa.

—

Ciego estuve mucho tiempo,
y así no vi, en mi ilusión,
que en ti tan sólo adoraba
á mi propio corazón.

—

¡Que te cuente mi cariño!,
no te lo puedo contar;
¡cómo hacerlo si he jurado
no darte ningún pesar!

—

No sé qué tienen mis ojos
desde el día en que te vi;
por todas partes que miran
tan sólo te ven á ti.

—

He de consultar al cura
sobre una duda que tengo:
si podré ganar la gloria
queriéndote cual te quiero.

—

No me tienes que mirar,
ni me tienes que atender;
déjame estar á tu lado,
que con esto ya estoy bien.

—

No tengo más que la vida
y la he de dar toda entera,
porque tan sólo un momento,
como te quiero, me quieras.

Tú en tus encantos te gozas,
yo en tus gracias me recreo:
¡ya ves cómo coincidimos
en un mismo pensamiento!

—

Cuando pasas y me pongo
tan pálido como un muerto,
es que el alma me abandona
para volar á tu encuentro.

—

Desde que juré olvidarte,
tan bien lo quiero cumplir,
que no te olvido, pensando
que he de olvidarme de ti.

—

Si una tarde mi morena
quisiera mirar al sol,
yo no sé quién quedaría
más moreno de los dos.

—

En cada copla que canto
otras mil coplas se envuelven,
pues cada cual en el corro
á su manera la entiende.

—

Suele el amor ser balanza
en que los enamorados,
cuando uno toca en el cielo,
el otro toca en el fango.

—

El banco, el árbol, tu nombre,
el cielo lleno de luz,
todo lo mismo que entonces,
¡todo!.., ¡todo,.., menos tú!

—

Si te engañé y me engañaste,
no fué engaño nuestro engaño:
el engaño hubiera sido
el no habernos engañado.

—

Los pasos que dimos juntos,
las matitas que pisamos,
¡cuántas veces en tu ausencia
á solas las he pisado!

—

No llores, compañerita,
porque me vaya á la guerra;
ahí te dejo el corazón
para que nadie lo hiera.

Mira el cortejo que llevo
cuando de mí te separas:
tu recuerdo, tus promesas,
mis dudas, mis esperanzas.

—

Desde que tu imagen fría
puse dentro de mi pecho,
dudo yo de si la nieve
se deshace junto al fuego.

—

Ayer la encontré en la calle
y por mi lado pasó:
¡ni yo la conocí á ella,
ni ella á mí me conoció!

—

No usarías en verdad
de tanto rigor conmigo
si te contase mi almohada
lo que yo á solas le digo.

—

Dicen que el cuerpo se muere
y que el alma nunca acaba:
dentro de mi cuerpo, vivo,
llevo muertecita el alma.

—

¿Qué será que mi guitarra
con el mismo son envía
pesares al que está triste
y al que está alegre alegrías?

—

Desde que tú me quieres
con tal extremo,
no sabes, vida mía,
cuánto te quiero.

—

¡Mucho le habrás de querer
si el cariño que te tengo
se lo has de dar todo á él!

—

Llevábanlo al cementerio,
celoso corrí por verle,
y al cruzar dije con ira:
«¡Y yo que juré su muerte!»

Y yo que juré su muerte,
cuando le iban á enterrar,
al verla por él tan triste,
¡seguí llorando detrás!

CAYETANO DE ALVEAR

J. García Ramos dibujó

Una boca tan bonita
como Dios te ha dado á ti,
no es para decir que *no,*
que es para decir que *sí.*

—

Un pajarito chiquito
tengo yo dentro del alma,
y cuando me miras tú,
mueve las alas y canta.

—

No me mires, no me mires,
que sin hablarme palabra
es mucho lo que me dices.

—

Pone para la ensalada
el aceite tu papá,
tu mamá pone el vinagre,
niña, y tú pones la sal.

—

Los ojos de mi morena
relumbran algunas veces
como navajas abiertas.

—

Como corre por la sierra
agua de los manantiales,
yo siento dentro de mí
la vena de los cantares.

—

No desprecies mis cantares,
porque si no son de oro,
te digo que son de sangre.

—

Si Lagartijo va al cielo,
aunque sin coleta ya,
al torito de San Marcos
lo ha de banderillear.

—

Para meterse á torero
se necesitan tres cosas:
corazón, vista y salero.

—

Si hoy mismo resucitaran
aquí en Córdoba los moros,
cada cual se iba á su casa.

—

Los moros que te labraron,
Capilla del Zancarrón,
merecían ser cristianos.

Cuando me dijo que *sí*
la mujer que me quería,
¡qué modo de repicarme
el corazón de alegría!

—

¡Compañerilla del alma,
el cariño que te pido
me hace muchísima falta!

—

Tiene mi niña, si quiere,
para poner una tienda,
los ojos de terciopelo
y las manitas de seda.

—

Con las piedras de la calle
te tengo comparadita,
porque no te ablanda nadie.

—

Me dijo que me quería
y luego se arrepintió:
permita Dios que le falte
agua y aire, tierra y sol.

—

Con las pestañas tan largas
y el color como la cera,
si cierras los ojos, niña,
va á parecer que estás muerta.

—

Jilgueros y verdones
tengo en la jaula,
y con su algarabía
se alegra el alma.

—

Yo tenía un olivar
y se lo comió el gorgojo,
y una novia que tenía
al fin se casó con otro.

—

Tienes unos ojos
tan negros, tan negros,
que una sima honda, muy honda, muy honda,
parecen por dentro.

—

Cuando mi niña sonríe,
es más bonita su cara;
será que la alumbra el sol
que tiene dentro del alma.

ANGEL AVILÉS

«¡Yo te adoro!,» una noche
dije dormido,
y desperté celoso
de haberme oído.
¡Porque pensaba
que alguno te decía
que te adoraba!

—

Asómate á la ventana
antes de que salga el sol,
porque si sale después,
¿quién va á parar de calor?

—

El día que tú te mueras
y te lleven á enterrar,
si no me entierran contigo...,
con otra me enterrarán.

—

A la gloria dicen
que se van los niños.
¡Qué gloria más gloria
que tenerlos vivos!

—

Nacemos casi todos
mirando al suelo,
y á todos nos entierran
mirando al cielo:
es el destino,
que nos indica siempre
nuestro camino.

—

«¡Caramba!, dijo un chico
de Paracuellos;
¿qué será que me gustan
más ellas que ellos?»

—

No he visto cosa más grande
que el corazón de Dolores;
doce estuvimos á un tiempo,
y cabían otros doce.

—

Nunca se van del pecho
las esperanzas,
que siempre hay rinconcitos
para guardarlas.

—

Asoma la carica
por la gatera,
y yo seré el gatico
que esté por fuera.

¡Pobre flor del olvido,
qué sola naces!
Cuanto menos te cuidan,
más grande te haces.

—

El sol está en el aire,
también la tierra;
si está en el aire todo,
¿dónde hay firmeza?

—

Tengo yo una lista
que es lo que hay que ver:
¡con cada conquista....
que he debido hacer!

—

Suspiros que de ti vienen,
suspiros que de mí van...,
ganas de perder el tiempo
y ganas de suspirar.

—

¡Ay, quién fuera la pila del agua,
del agua bendita,
donde metes los días de fiesta
tu hermosa manita!

—

No me has dicho que me quieres,
pero me miras del modo
con que sabéis las mujeres
decir «¡nada!» y decir «¡todo!»

—

Las dos penas que he tenido,
que más me han atormentado,
una es haberte querido,
otra es no haberte olvidado.

—

Eres como el eco
de la encrucijada,
que responde «¡Te quiero!,» á un «¡Te quiero!,»
y no quiere nada.

—

Por besarte me diste
cuatro cachetes,
¡ay qué ganitas tengo
de que me pegues!

—

A la flor que me diste
le dí mil besos;
la marchité en un día
sin conocerlo.

Cuando Dios hizo el llanto
no tuvo prisa,
y luego, en un segundo,
creó la risa:
por eso el llanto,
como hay tanto en el mundo,
nos dura tanto.

—

Cuando sale de casa
mi dulce dueño,
los chiquillos del barrio
la van siguiendo;
y ella se vuelve,
y á los más pequeñitos
besa en la frente.

Las mujeres exclaman:
«¡Bendita seas!»
y los ancianos dicen:
«¡Dios te proteja!»
Yo, suspirando,
digo: «¡Quién se volviera
chico del barrio!»

CONSTANTINO GIL

—

Cuando me esté retratando
en tus pupilas de fuego,
cierra de pronto los ojos
á ver si me coges dentro.

—

Cuando me envuelvo en la lumbre
de tus pupilas siniestras,
como terrible martillo
toda mi sangre golpea.

—

Tengo los ojos rendidos
de tanto mirar tu cara;
si los cierro, no es que duermo,
es tan sólo que descansan.

—

Rayito fuera de luna
para entrar por tu ventana,
subir después por tu lecho
y platearte la cara.

—

En el altar de tu reja
se dice misa al amor;
tú eres la virgen divina,
y el sacerdote soy yo.

El día de conocerte,
¡mira qué casualidad!,
tu nombre estuve escribiendo
en la escarcha de un cristal.

—

Creyendo en mis sueños
poder abrazarte,
¡cuántas veces, mi bien, he oprimido
las ondas del aire!

—

Sobre la almohada
donde duermo á solas,
¡cuántas cosas te he dicho al oído
sin que tú las oigas!

—

Tu desaire más ligero
pone mi pecho vibrando,
como un granillo de arena
hace temblar todo un lago.

—

Si quieres darme la muerte,
tira donde más te agrade,
pero no en el corazón,
porque en él llevo tu imagen.

—

Va el universo gigante
retratado en tus pupilas,
y me gusta ver en ellas
una copia tan chiquita.

—

Para que tú lo comprendas,
te hago un poema en cantares,
y sólo quiero por gloria
la gloria de que los cantes.

—

Como levanta un ruido
la bandada de palomas,
levanta en mí tu mirada
una bandada de coplas.

—

Eres tú la nieve,
yo soy el incendio,
y entre si te fundo y entre si me apagas,
me devora el fuego.

—

Pensando en ti, hice
castillos de sueños,
y han cogido debajo á mi alma
al venir al suelo.

Cada minuto á mi pecho
la esperanza va á llamarme;
no quiero abrirle la puerta
por temor de que me engañe.

—

Entre esperanza y tristeza
batalla mi corazón;
unas veces en él llueve,
y otras veces sale el sol.

—

Deshojando con desdenes
vas la flor de mi esperanza;
cada hoja que le quitas
arranca un grito á mi alma.

—

Si de tu guitarra
punteo las cuerdas,
me parece que tengo en mis brazos
tu cuerpo, no ella.

—

Seis cuerdas sonoras
tiene tu guitarra,
y yo he de arrancarme, para que las toques,
seis fibras del alma.

—

La lección que me pusiste,
á puntear aprendí,
y cada nota que suena
me habla al oído de ti.

—

Como en ti, cintura y pecho
que hay en tu guitarra miro,
y ella también, como tú,
el pecho tiene vacío.

—

Las cuerdas de tu guitarra
son las fibras con que siente:
fibras tiene un instrumento,
y tú, en cambio, no las tienes.

—

Es tu mirar una espada
hecha de un rayo de sol,
y atravesada la llevo
en medio del corazón.

—

En tu pecho mandas,
y en mi pecho yo;
¿qué trabajo te cuesta quererme?
¡Quiéreme por Dios!

Cuando tocas las cuerdas
de tu guitarra,
me parece que tocas
también mi alma;
y en el momento,
como las cuerdas tiembla
todo mi cuerpo.

—

Del papel que me diste
lleno de notas,
aprendí el dulce tango
que suena á gloria;
cuando lo leo,
voy sobre cada signo
dejando un beso.

—

Calculo que quinientas
son tus pestañas;
cada pestaña airosa
es una espada.
Cuando las mueves,
¡con quinientas espadas,
niña, me hieres!

—

Cuando entonas alegre
las malagueñas,
en mi pecho se fijan
música y letra;
el tiempo pasa,
¡y aún escucho en mi pecho
tu voz que canta!

—

No es tan grande mi locura
porque ambicione una estrella,
pues mi mano alcanzaría...,
si quisiera bajar ella.

—

Tierra miserable
seremos tú y yo,
antes de ser tierra, seamos, bien mío,
ternura y amor.

—

Está el mar contra la roca
golpe viene y golpe va,
y tú piensas que mi pecho
es un peñasco del mar.

—

Sin tu amor voy por el mundo
igual que un muerto que anda,
y va sola el alma mía
en medio de tantas almas.

En lo infinito del tiempo
la vida es sólo un minuto,
y ese minuto que vivo
lo estás vistiendo de luto.

—

En tus manos tiene presas
mi inspiración sus dos alas,
y ya no puede subir
al cielo donde volaba.

—

A una línea de tus labios
hoy he tenido mi boca,
y dije: «¡Qué cerca está
el Infierno de la Gloria!»

—

Tan cerca de mi semblante
el tuyo pusiste tú,
que pudieron nuestros ojos
mezclar sus rayos de luz.

—

Hoy me has mirado un instante,
y como fué con amor,
de tus ojos á los míos
sentí que pasaba Dios.

—

Me han parecido tus dientes,
al sonreirme tu boca,
un criadero de perlas
en el fondo de una rosa.

—

Verte pronunciar la *u*
me gusta al oirte hablar,
porque haces el movimiento
que se hace para besar.

—

En tus dos bellas pupilas
mi figura miro impresa,
y si los párpados juntas,
me parece que la besas.

—

Asomarse á tus dos ojos
es asomarse á la gloria,
y á un nido lleno de besos
es asomarse á tu boca.

—

Cuando cerca me miraste
se alumbró el cielo y la tierra
y nadó en un mar de luz
mi corazón de poeta.

Cuando cerca vi tu cara,
sentí horrible tentación
de regalarte en un beso
la vida que Dios me dió.

—

Como las olas del mar
el alma mía va y viene;
ayer creí que me amabas
y hoy pienso que me aborreces.

—

Reloj es mi corazón
que dice, mientras se mueve:
una vez, «Me está adorando,»
y otra vez, «Ya no me quiere.»

—

En dos sílabas consiste
mi muerte ó mi salvación,
en que me digas que *sí*
ó en que me digas que *no*.

—

Ni para matarme
tienes valentía;
de una vez el brazo levanta, cobarde,
y á mi pecho tira.

—

Tienes, como el gato,
dulzura y perfidia,
como el gato lames, y como él la zarpa
á los ojos tiras.

—

Mi cerebro es una hoguera,
mi corazón un incendio,
y tú te ríes de ver
lamer las llamas mi cuerpo.

—

Encerrada en su ataúd
dejaste al fin mi esperanza;
yo amortajé tu recuerdo
y le eché tierra á la caja.

—

Con pedazos de mi carne,
de ti me arranqué el recuerdo,
y creí que eran raíces
de tu amor todos mis nervios.

—

Después de arrojar tu nombre
de la iglesia de mi fe,
me quedé en medio del mundo
como un cadáver en pie.

Tiré al lago del olvido
con valentía tu nombre,
y sentí que por mi alma
se derramaba la noche.

—

Ya no viene tu memoria
á abrasarme las entrañas,
voló el buitre de mi pecho
y me soltaron sus garras.

—

Cuando eche mi cuerpo flores,
sólo una cosa te pido:
que las pongas en el pecho
donde no pude estar vivo.

—

En mis párpados cerrados
sentí un ala vagorosa;
fué tu recuerdo que vino
en forma de mariposa.

—

¿Qué quieres de mí, mujer,
que á romper vienes mi sueño?
Mi última gota de sangre
llévate, y deja á mi pecho.

—

Sin misericordia llamas
sobre mi losa de muerte:
ya estoy sentado en la tumba
y te pregunto: «¿Qué quieres?»

—

Con mis pupilas de muerto
miro de nuevo tu cara,
y siento temblar de dicha
el velo de mi mortaja.

—

No me lleves á la vida
de nuevo, mujer infame;
cierra mis ojos, y deja
que en mi sepulcro descanse.

—

Unos instantes tuvimos
casadas nuestras dos manos,
y en ideal desposorio
nuestros ojos se enlazaron.

—

Con mis manos en las tuyas
estuve algunos momentos,
y vi que se deshacían
en luz la tierra y el cielo.

Se trenzaron nuestros dedos,
pero no así nuestros labios:
¡ay, cuándo harán nuestras bocas
lo que hicieron nuestras manos!

—

Si yo fuese enredadera
me enroscaría á tu cuerpo,
y con cada campanilla
daría en tu boca un beso.

—

Tengo que pedirle á Dios
que me vuelva mariposa,
para cuando estés dormida
pararme sobre tu boca.

—

De ser una mariposa,
de seguro me cogieras
y quizás tus frescos labios
sobre mis alas pusieras.

—

Mariposa quiero ser
para estar continuamente
describiéndote coronas
en derredor de la frente.

—

Si fuese una mariposa
suelta en la luz del ambiente,
te besaría en los labios
y no podrías cogerme.

—

Por el viento están las palmas
beso viene y beso va,
y estando cerca de ti
yo no te puedo besar.

—

Sin saberlo más que el aire,
se están las palmas amando:
sin que lo sepa ni el viento,
tú y yo podemos besarnos.

—

Tengo ganas de que pongas
tu oído sobre mis sienes,
para que sientas rugir
la tempestad de mi frente.

—

El trato engendra el cariño,
y el cariño se hace amor,
como un grano se hace planta
y la planta se hace flor.

La semilla de mi amor
no se ha arraigado en tu pecho,
y es porque tú no me dejas
sembrártela con un beso.

—

Mira si es noble la tierra,
que de un grano hace cien granos:
cada beso que te dé
dámelo centuplicado.

—

Tengo que mirarte arder
y lanzar chispas de fuego,
y ni una gota de agua
he de echar en el incendio.

—

Lloras por darme fatigas;
lo mismo se me da á mí
de que llores ó que rías.

—

Ríes por darme dolores;
lo mismo se me da á mí
de que rías ó que llores.

—

Se va poniendo tu cara
pálida como la muerte,
y parecen tus ojeras
dos lirios sobre la nieve.

—

El clavel que hay en tu pelo
parece flor de tus rizos,
y por él sé, al agitarse,
que tiemblas cuando te miro.

—

Cuando quiero hacer, morena,
que te tiemblen tus encajes,
no tengo más que ponerme
enamorado á mirarte.

—

Tus labios, cuando te miro,
encarnados se estremecen,
igual que tiembla una rosa
cuando el céfiro la mueve.

—

Igual que tiembla mi pecho,
el tuyo tiembla y se agita:
¡enlazando nuestras almas,
temblemos como dos liras!

Ahora eres tú la que lloras
como yo estuve llorando,
y yo te debiera hacer
pasar por lo que he pasado.

—

Al tocarlas con mis manos
se inflaman tus dos mejillas,
y á mis ojos les parecen
rojos claveles *de á libra.*

—

Porque rocé tu vestido,
á temblar se echó tu pecho
como palpitan las alas
de los pájaros en celo.

—

Al cogerla entre las mías,
á temblar se echó tu mano,
y adiviné que de amor
estabas toda temblando.

—

¿Que si he de ponerte
un beso en la boca?
De los muertos nunca, tirana divina,
profano la fosa.

—

Conque tú te mueras,
la vida no acaba;
nuevas rosas brillan y nuevas mujeres
á cada alborada.

—

No llores, no llores
y álzate del suelo;
¿ha de ser mi pecho tan frío y tan duro
como fué tu pecho?

—

Cuando á besar van, tus labios
rosa plegada semejan,
y cuando acaban y ríen
parecen la rosa abierta.

—

Creyendo darlo en tu boca
he dado en el aire un beso,
y el beso ha culebreado
como una chispa de fuego.

—

En un sueño me besaste,
y creí, al sentir tu boca,
que se inflamaban los cielos
y se entreabría la gloria.

No me pongas tu mano
sobre mi pecho,
que se abrirá la puerta
que guarda el fuego;
y si se abre,
en un río de lumbre
vas á anegarte.

—

Siempre que te hablo de amores
se alza tu pecho temblando
y se ponen tus mejillas
como flores de granado.

—

Al acercarme hacia ti
se enciende tu tez divina
y tus mejillas parecen
dos rosas de Alejandría.

—

Tus mejillas, si te miro,
pierden su color moreno
y brillan en tu semblante
como dos dalias de fuego.

—

Lo mismo que yo me vi
tengo que verte, mujer,
llorando gotas de sangre,
arrodillada á mis pies.

—

Tras de mí, como mi sombra,
vienes, cual fuí tras de ti,
y me río de tu amor
cual te reíste de mí.

—

No te pongas flores
para deslumbrarme;
por muchas que pongas en tu pelo negro
no habrán de gustarme.

—

Cantar que va por la vida
parece una mariposa
que en lugar de flor en flor
revuela de boca en boca.

SALVADOR RUEDA

—

No te fíes de los hombres
que tienen dos enemigos,
el afán de que los quieran
y el orgullo de ser listos.

CARLOS F. SHAW

Aunque tengas un amigo,
no le cuentes tus secretos:
el mejor cañón revienta
aun siendo de buen acero.

—

Ven aquí, no tengas miedo:
yo soy como la granada,
amarguita la corteza
y muy dulces las entrañas.

—

Mira lo que estoy pensando,
que aquel que vive dormido
tiene un despertar muy malo.

—

El cantarito quebrado,
los pedazos por la tierra
y el agüita derramada
llorando el mal de su dueña.

—

Dicen que me has olvidado,
digo que no puede ser:
donde nunca ha habido fuego,
¿qué ceniza puede haber?

—

Orillas del mar te vi,
las olitas te escondieron,
las olitas que buscaban
aquella sal de tu cuerpo.

—

El corazón amoroso
es una piedra en el aire:
si cae en blando, descansa;
si cae en duro, se parte.

—

Apenas convaleciente,
caí enfermito de amor:
si la enfermedad es mala,
la recaída es peor.

—

Digo que no puede ser
andar en medio del barro
y no mancharse los pies.

—

No me importa vivir poco;
este mundo es una venta:
si es muy larga la posada,
muy larga será la cuenta.

—

En el campo está la espiga,
y en la espiga está el granito,
y en cogerlo la fatiga.

A las orillas del vicio
quise yo lavar mis penas:
cuanto más las remojaba,
se me volvían más negras.

—

Gitana, calla esa boca;
ni eres mía, ni soy tuyo:
perrito de muchos amos
no quiere bien á ninguno.

—

Pececillos de colores
son las ilusiones, madre:
vivos en el agua, y muertos
cuando se sacan al aire.

—

Siempre que la veo, lloro,
no puedo esconder mi pena;
mi corazón, como un niño,
se quiere marchar tras ella.

—

Madre, yo me estoy muriendo
de una extraña enfermedad;
aquello que me la cura
es lo que me hace más mal.

—

Como la mosca he de ser:
aunque me espantes cien veces,
cien veces he de volver.

—

Los malos por no ser buenos,
los buenos por no ser santos,
aquel puente de la muerte
todos lo pasan temblando.

LUIS RAM DE VIU

Quisiera ser, alma mía,
cuando rezas el rosario,
cuentecita entre tus dedos
y oración entre tus labios.

—

Soy tan dado á confusiones,
que al Dios del cielo le pido
que entre tú, baturra, y yo
armemos un baturrillo.

—

Asómate á la ventana,
asómate, vida mía,
para que al salir el sol,
se encuentre que ya es de día.

Cuando yo me case
sin bulla ha de ser,
sin ruido ninguno, porque no es tu mano
la del almirez.

—

Tal me han puesto mis quereres
que cuando miro á un espejo
no conozco al que hay enfrente,

—

Con el burro de la noria
comparo nuestro cariño:
siempre andando, siempre andando
y siempre en el mismo sitio.

—

Amores que de otro fueron,
ni me los des, ni los busco,
porque no quiero que digan
que era mejor el difunto.

—

¡Si será intención la tuya!
Desde que pedí tu mano,
te dejas crecer las uñas.

—

Si no eres el cielo,
te falta poco;
que eres la levadura
para hacer otro.

—

Dile á tu madre que somos
las saetas del reloj,
que cuando ella da una vuelta
doy una docena yo.

LUIS ROYO Y VILANOVA

Quiero al vivir, porque vives,
al aire porque suspiras,
quiero al sol porque te alumbra
y al cielo porque lo miras.

—

¿Qué es lo que tu boca, niña,
tiene que envidiarle al mar,
si tiene coral y perlas
y está rebosando sal?

—

Yo no sé si me quisiste,
yo no sé si te quería;
pero cuando tú te fuiste,
yo de pena me moría.

Son tus ojitos azules
sobre tu cara morena
los resplandores del cielo
cayendo sobre la tierra.

—

Si es fuego tu pensamiento
y es hierro tu voluntad,
lábrame tú las cadenas
y odiaré la libertad.

—

Muerta estaba, muerta estaba,
y hasta muerta se reía,
que hasta muerta se burlaba
del amor que le tenía.

—

Eran tus labios dos rosas
y me abrasaba tu aliento:
nunca he visto crecer flores
á la orillita del fuego.

—

Yo soñé que estaba muerta
y sentí pasar mi entierro;
soñé que tú me llorabas,
¡qué mentiras son los sueños!

BLANCA DE LOS RIOS

Son el hombre y la mujer
cobardes en el dolor
y esclavos en el placer.

—

Al hombre todas las penas
le hacen llorar si son propias,
y reir si son ajenas.

—

¡Qué feliz es la mujer!..
Quita á los hombres la vida
y, además, los puede hacer.

—

La conciencia es cancerbero
que grita por el deber
y calla por el dinero.

—

Roba mucho cuando robes,
porque la justicia humana
no se tuerce con los pobres.

—

Sediento de sus hechizos,
miré por la cerradura...,
y al suelo, entre mil postizos,
vi caer tanta hermosura.

No imaginéis que se ha muerto
porque esté insensible y yerta;
eso es igualmente cierto
estando viva que muerta.

—

Aunque he llorado su muerte,
me hube al fin de consolar,
pensando que de esa suerte
ya no me vuelve á engañar.

—

Cuando sobre tus ojos
echas el velo,
parece que de sombras
se cubre el cielo;
cuando le subes,
parece que el sol sale
de entre las nubes.

—

¿Que si quiero á esa doncella?..
¡Ya lo sabe todo el mundo,
todo el mundo menos ella!

—

Te voy á hacer con mis brazos,
sobre mi pecho, una cama
con muchos besos y abrazos.

—

Rodea el mar blanda arena,
y un vestido de percal
el cuerpo de mi morena.

—

Dame un beso, ciento, más...
Siempre parece el primero
el último que me das.

—

No eres guapa y, sin embargo,
para mis gustos, morena,
lo mismo que hecha de encargo.

—

Sólo sabe qué es sufrir
el que ha oído á una mujer
entre sus brazos mentir.

—

Por un beso te daría...,
no la vida, ¡qué vale eso!,
capaz de darte sería
mil besos por cada beso.

—

El hombre, en el mal y el bien,
no sólo vive de pan,
sino de farsa también.

Pagan todos la jornada,
larga ó breve, de la vida,
con lágrimas á la entrada,
con penas á la salida.

—

Los ojos á la mujer
le sirven para mirar,
á los hombres para ver
y al ciego para llorar.

—

Quien quiera tener amigos
ha de callar lo que sienta,
pensar lo que ha de decir
y hacer lo que le convenga.

—

Cuando nuestra ventura
depende de otros,
la desgracia es segura
para nosotros.
¡Ruin egoísmo,
nunca amarás á nadie
cómo á ti mismo!

VICENTE COLORADO

—

No prodigues las sonrisas
de tu boca, ángel de amor,
que del cielo las bajaste
y habrás de dar cuenta á Dios.

—

Al amanecer, morena,
no salgas á la ventana,
no sea que te confundan
con el lucero del alba.

—

No temas, aunque mi cuerpo
se halle en brazos de la muerte;
que siendo inmortal el alma,
no he de dejar de quererte.

—

No reces junto á mi tumba
cuando me llegue á morir,
que se agitarán mis huesos
al verse cerca de ti.

—

Dios no te perdonará
la falta que cometiste,
pues me robaste la calma
y no me la devolviste.

Mucho quieres al espejo,
porque tu beldad retrata;
¡y eres adusta conmigo
que te he grabado en el alma!

—

No llores, luz de mis ojos,
no llores con amargura,
porque tu llanto marchita
las flores de mi ventura.

—

El honor en el alma
Dios aposenta;
un beso es el resorte
que abre su puerta:
no el beso cedas,
que al ver la puerta franca
salir pudiera.

—

Sencilla flor que te inclinas
á los halagos del río,
pronto en sus brazos irás
á parar al mar bravío.

—

No hay dos cosas tan opuestas
que unidas causen más gozo,
que lo blanco de tu cara
y lo negro de tus ojos.

—

Por la libertad suspira
el que se halla encarcelado,
y en cambio yo la cediera
por estar siempre á tu lado.

—

El que presume de sabio
porque poderoso nace,
es como los grandes globos,
que pesan menos que el aire.

—

Al sereno de mi barrio
pregunté qué hora sería;
te asomaste, y exclamó:
«Las doce del mediodía.»

—

Es cual la espuma del mar
tu querer, según voy viendo;
no bien se llega á formar,
ya se está desvaneciendo.

A las fraguas del amor
me ha llevado el dios Cupido,
y todo el tiempo me paso
machacando en hierro frío.

—

Es tu corazón, morena,
igual que la sensitiva,
pues se ha cerrado al contacto
del amor que te tenía.

—

Pajarillo, vuela, vuela,
y repara allá en el cielo
si puede quererse á un ángel
más de lo que yo la quiero.

—

Madre, ¿por qué cuando marchan
de la aldea los soldados,
ellos se alejan riendo
y ellas se quedan llorando?

—

Los ojitos de mi niña
miro siempre con empeño;
pedacitos son de gloria
y es la gloria lo que anhelo.

—

Fué tu amor lámpara débil;
el mío, radiante estrella;
la luz del tuyo cesó,
mas la del mío es eterna.

—

No amargamente llores
cuando me muera,
la paz de los sepulcros
goce siquiera;
niña querida,
tus lamentos pudieran
darme la vida.

—

«Tosca» llamó á la tierra
la flor altiva:
«Pues sin mí, dijo aquélla,
tú ¿qué serías?»

—

No han de causarme la muerte
los desdenes de una ingrata;
que el viento dobla la espiga
pero no logra arrancarla.

Perdona al que te ofende:
haz cual la planta,
que da abrigo al gusano
que la taladra.

—

Cuando pretendas cargar
con la cruz del matrimonio,
observa primero bien
si está detrás el demonio.

—

Siempre me dice el doctor
que mi mal no tiene cura,
anda y demuéstrale tú
que es falso lo que asegura.

—

No quiero que los sauces,
cuando me muera,
viertan su triste llanto
sobre la tierra;
antes prefiero
junto á mí dos cipreses
mirando al cielo.

—

Blancos tengo mis cabellos
y el fuego en mi pecho anida;
¡poco le importa á un volcán
la nieve que haya en su cima!

—

Lo rojizo de mis ojos
bien claro viene á mostrarme,
que cuando acabe las lágrimas,
verteré gotas de sangre.

—

Muchas, á las que son bellas
las calumnian por envidia;
siempre es la fruta lozana
la que los pájaros pican.

—

No temas aunque Dios juzgue
la causa de nuestro amor,
pues han de pesar lo mismo
tu desdén y mi perdón.

—

Todos al tiempo pasado
sabrían poner remedio,
pero ninguno lo aplica
á lo que está venidero.

Mi cariño se asemeja
á las olas de la mar,
que al muro que las rechaza
besando están sin cesar.

—

De tu traición el recuerdo
no ha de borrarse de mí,
pues aunque cure la herida
siempre queda cicatriz.

—

En el mármol de su frente
cuantos más besos le daba,
más á su frío contacto
mi corazón se abrasaba.

—

Si sufrimos desengaños
por querer á una coqueta,
bien está que en el pecado
llevemos la penitencia.

—

No temas que te maldiga
por más que matas mi anhelo;
ese es muy poco motivo...
¡para lo bien que te quiero!

—

Tened cuidado, mocitas,
cuando vayáis á la fuente,
que el lodo que allí se forma
no salpique vuestra frente.

—

Cuando tu boca hechicera
lanza amorosos engaños,
me acuerdo de esas cerezas
que dentro tienen gusano.

—

La primer vez que te vi,
de azul vestías, bien mío,
¡color de pureza!; y... dime,
¿qué hiciste de aquel vestido?

—

El corazón de una madre
es un suavísimo fruto,
que cuanto más se le oprime
da más abundante jugo.

—

No vengas cuando me muera
junto á la tumba á llorarme,
antes debes de mirar
el modo de no matarme.

Si ha de estar para ir al cielo
el alma purificada,
que sea mi purgatorio
el fuego de tu mirada.

—

Cuando me halle en la agonía
procura estar junto á mí,
que mis últimos suspiros
serán todos para ti.

—

En la corriente del mundo
has de mirar dónde vas;
que el río, amargo se vuelve
al penetrar en la mar.

—

¡Cuán distante el cielo se halla!,
¡cuán cerca te hallas de mí!...
Y el cielo ganar espero,
y nada espero de ti.

—

Por la senda del querer
despacio debes andar,
que es difícil si te caes
que te puedas levantar.

—

Tus ojitos de cielo
queman mi alma,
¡cuánta moneda corre
falsificada!

—

No puede la mariposa
negar su origen villano,
pues si acaricias sus alas
manchada queda tu mano.

—

Del amor ante la imagen
un pensamiento me ocurre;
si se habrá quedado ciego
de llorar ingratitudes.

—

Si ves que voy á expirar
no dejes tú de abrazarme,
que es muy bueno para el alma
morir en brazos de un ángel.

—

Antes mi pecho inflamó
un sí de tus labios rojos,
y ahora aquel fuego lo apago
con el llanto de mis ojos.

Muy valiente es el querer,
pues continuamente veo
que, si tiene que morir,
muere siempre combatiendo.

—

No desprecies al humilde;
antes bien, observa, niña,
que el diamante y el carbón
son una misma familia.

—

Del invierno es la nieve
pura y hermosa,
y de la primavera
la linda rosa;
y ¡cosa rara!,
¿cómo juntas las veo
siempre en tu cara?

—

Si piensas que borra el tiempo
los recuerdos del pasado,
tu conciencia te dirá
que vives equivocado.

—

Muerte y vida han prometido
apartarme de mi bien;
la muerte con una losa,
la vida con el desdén.

—

¿Sabes por qué nadie ha escrito
códigos sobre el querer?
Porque todos fueran reos,
y no habría un solo juez.

—

Aquel día venturoso
que miré tu cara, niña,
en el fondo de mi pecho,
floreció una *siempreviva*.

—

Dios perdonará al que dice
que la vida acaba aquí,
siempre que en su abono tenga
el haberte visto á ti.

—

Ni aun con el mar se compara
la amargura de mis duelos,
que hasta el mar se endulza á veces
con el agua de los cielos.

Yo no sentiré, al morir,
el frío del cementerio,
pues tu recuerdo, bien mío,
dará calor á mis restos.

—

De cristal debe de ser
tu pecho, pues han pasado
por él mil rayos de amor
sin romperlo ni mancharlo.

—

Si amar al prójimo manda
nuestra santa religión,
quiéreme, niña, siquiera
para no ofender á Dios.

—

Mira si tienes poder,
que basta un sí de tu boca
para transportar un alma
del purgatorio á la gloria.

—

No arranques nunca una flor
para realzar tu hermosura;
ya que no lo necesitas,
no le arrebates la suya.

—

Yo no sé, cuando me muera,
si habrá perdón para mí,
pues dejé mis oraciones
desde que vi el cielo en ti.

—

Yendo en pos de un buen querer
la senda, niña, he perdido:
dame la luz de tus ojos
para hallar nuevo camino.

—

El alma yo te entregué
y no creo haber pecado,
que el cielo estará contento
al verla en tan buenas manos.

—

Cuando era marinerito
todas las noches soñaba
que eras la estrella del Norte
que mi embarcación guiaba.

—

Mala tierra debe ser
la del jardín de mi amor;
siempre mi llanto la riega
sin que brote ni una flor.

A mi madre la vi muerta,
la besé, y estaba helada,
y al faltarme su calor
brotó mi primera cana.

—

No rebajes al pobre,
pues te prevengo
que si por tosca arrojas
la concha al suelo,
tal vez suceda
que al choque producido
salte una perla.

—

Le voy á pedir á Dios
que llegue el fin de mi vida
cuando me encuentre soñando
que puedo llamarte mía.

—

Del amor en el cielo
son las hermosas,
las estrellas que brillan
esplendorosas;
mas tú, sol bello,
siempre las obscureces
con tu destello.

—

Con mis lágrimas reunidas
formé un río bien amargo,
y fué en el mar del olvido
cada gota por su lado.

—

En una cajita guardo
el corazón de una niña,
y la caja pesa igual
que cuando estaba vacía.

—

Por ser tan bienhechora,
quiero á la luna,
pues de noche ilumina
las sepulturas:
su luz tranquila
da esperanza á los muertos
de nueva vida.

—

Si adoro tu hermosura,
luz de mis ojos,
¡qué importan tus engaños
ni tus enojos!
¿No fuera vano
privarme de la rosa
por el gusano?

Yo aposté que al mundo entero
lograría resistir,
mas no digas lo que sabes,
pues se reirían de mí.

—

Has muerto mi corazón,
con él murió mi alegría:
como es eterna la muerte,
será eterna mi desdicha.

—

A un rico he despreciado
y un pobre me enamora;
que el cuerpo no lo vendo,
y el alma no se compra.

—

A consolar á mi pena
la alegría se acercó,
y al ver lo profunda que era,
llorando se separó.

—

Poco á poco se borran
los desengaños:
¡lástima que entretanto
pasen los años!

—

Pídeme cuanto tú quieras
mas no pidas que te olvide,
que aunque en ello te empeñaras,
no puedo hacer imposibles.

—

¡Hijos de la misma aldea
y tan distintos los dos!
¿Por qué una misma raíz
dará la espina y la flor?

—

Tu oración ante la Virgen
en vano estás elevando:
¿cómo ha de darte consuelos
mientras yo quedo llorando?

—

¡De un corazón tan pequeño
tantos y tantos desdenes!
¡Ay, con qué poco veneno
me estás causando la muerte!

—

Yo soy tan egoísta
de mis dolores,
que llega á darme envidia
de que otro llore.

Si tú me lo has inspirado,
¿por qué rechazas mi amor?,
¿por qué no coges el fruto
que tu belleza sembró?

—

Cuando mi amante murió,
todos consuelo me daban,
mi consuelo era llorar
y hasta el llanto me amargaban.

—

Delante de ti me puse
tu belleza á contemplar;
¡válgame Dios, y qué cara
pagué mi curiosidad!

—

Te abandoné, madre mía,
y á correr mundo me fuí;
y ahora que solo me encuentro,
ahora me acuerdo de ti.

—

No llores arrepentida
del daño que me has causado,
que en tu mano está el remedio
si quisieras aplicarlo.

—

Tu corazón, muy pequeño,
y tu belleza, muy grande:
¿por qué tan rica vivienda
para tan ruin personaje?

—

Te quiero aunque me aborreces,
y en eso imita mi alma
á las hojitas que aun secas
permanecen en la rama.

—

Nuestros cariños, hermosa,
nunca juntos logran ir,
que adonde se eleva el mío
no puede el tuyo subir.

—

Huye de tiernos halagos,
que bien puede, en tu perjuicio,
bajo una capa de flores
ocultarse un precipicio.

—

En una cosa igualitas
son mi sombra y mi esperanza:
en que siempre van conmigo
y nunca puedo abrazarlas.

Tú mataste mi querer
y ahora intentas recobrarlo;
¿para qué quieres la flor
después que la has deshojado?

M. Serrano de Iturriaga

—

Para hacer tus labios Dios
cogió corales y rosas,
mucha sal y mucha miel,
y fundió en el sol su obra.

—

Sentí frío al darte un beso
y tú sentiste calor;
me besaste con los labios,
yo á ti con el corazón.

—

Como la nave sin rumbo,
soy juguete de las olas:
unas por gusto me mecen,
otras por placer me azotan.

—

No me beses, no me beses,
déjamelo desear,
que es más dulce la ilusión
que la misma realidad.

—

En la cabeza claveles
y en el pecho violetas:
¡cómo llorarán las rosas
al ver que te olvidas de ellas!

—

¿Qué tienes, pastora?,
¡dímelo por Dios!,
las penitas tuyas no son sólo tuyas,
que son de los dos.

—

No sé qué pasa por mí,
serrana, cuando te veo,
que me dan ganas de huir
y sin saberlo me acerco.

—

Válgame Dios de los cielos,
cómo te vas acabando;
llevas la muerte por dentro
y la sonrisa en los labios.

—

Mira tú si te querré,
que porque sé que le quieres
le voy tomando querer.

Como loco, dando gritos,
voy rodando por las calles
en busca de un corazón,
y ya no lo tiene nadie.

—

Tus ojitos y los míos
se decían ayer tarde:
los míos: «¿Puedo pasar?,»
y los tuyos: «¡Adelante!»

—

Que eligiese entre ella y tú
ayer me dijo mi madre;
hoy vengo á vivir contigo:
¡mira qué infamia más grande!

—

Si las almas se compraran,
yo compraría la tuya
para que no la mancharas.

—

Este tronco fué aquel árbol;
esta piedra, aquella ermita;
este hastío, aquel amor;
esta pena, aquella dicha.

—

Yo tenía un corazón
y se lo dí á una mujer,
que lo tiene hecho pedazos
de tanto jugar con él.

—

Todos tenemos defectos,
pero los de los demás
son más gordos que los nuestros.

—

Todos al mundo venimos
llorando de una manera,
que parece que venimos
castigados á la tierra.

—

Que le diste de comer
cuando era un pobre mendigo;
pues si se llega á saber,
ya tienes un enemigo.

—

Si con mi suerte maldita
soy médico alguna vez,
al que le tome yo el pulso,
requiéscat in pace, amén.

Que te duele el corazón,
me dices..., ¡qué tonta eres!
¿De cuándo acá, vida mía,
tienen *eso* las mujeres?

ALFONSO TOVAR

———

Déjale al río que corra
por donde suele correr;
corazoncito, no quieras
cosas que no pueden ser.

—

Dígale usté al sacristán
que no toque las campanas,
que está durmiendo mi niña
y pudieran despertarla.

—

Me dicen que tu querer
me ha de costar el infierno,
y yo digo que te adoro
sin reparar en el precio.

—

A la mujer y al fusil
comparaditos los tengo:
si los coge el enemigo,
se disparan contra el dueño.

—

No te cases en marzo,
abril, septiembre,
enero, mayo, octubre,
junio ó diciembre;
pero tampoco
en noviembre, febrero,
julio ni agosto.

JOSÉ ESTREMERA

———

Yo no sé qué tengo
cuando no te he visto,
que la gente me dice en la calle
que no soy el mismo.

—

Tienes tan podrido el cuerpo,
que en la tierra los gusanos
no van á querer comerlo.

—

Tú la tienes en un nicho
y puedes ir á rezarla;
la mía murió en un barco
y me la echaron al agua.

El último aliento
que exhaló mi madre,
lo tengo en mi pecho tan hondo, tan hondo,
que no hay quien lo arranque.

—

La vi de cuerpo presente:
hasta entonces no sabía
lo triste que era la muerte.

—

No pidas lluvia sin lodo,
ni pidas vejez sin canas,
ni pidas acciones buenas
en mujer que ha sido mala.

—

La cajita en brazos
llevó al cementerio:
¡yo no sé cómo pudo aquel hombre
llevar aquel peso!

—

Mira mi cara sin vida,
mira sin sangre mis venas,
mira mis ojos sin brillo,
y aprende á querer, morena.

—

Eres mala como el tiempo:
como él robas juventudes,
como él quebrantas los cuerpos.

—

Mi mal no tiene remedio,
nadie mi dolor consuela,
dejadme todos solito,
¡quiero vivir con mis penas!

—

Permita Dios que la muerte
atraviese tus umbrales,
y allí la tengas metida
hasta que con todo acabe.

—

Has de seguir siendo mala,
puesta la argolla en el cuello,
sentada en aquel banquillo
y amarrada á aquel madero.

—

Pude decir «no te quiero,»
pude volverle la espalda,
y en cuanto me vi sin ella
se me saltaron las lágrimas.

—

Le pido á Dios solamente
que me dirija por sitios
en donde yo no la encuentre.

¡Qué triste es la calma
de los cementerios!
¡Los rumores del aire parecen
quejidos de muertos!

—

Dijo á la lengua el suspiro:
«Échate á buscar palabras
que digan lo que yo digo.»

—

Me dijo un preso en la cárcel,
que él hubiera sido bueno
con un mucho de cariño,
con un poco de dinero.

—

En el libro del delito,
página de la traición,
capítulo de la infamia,
allí está tu corazón.

—

Madrecita mía,
¡qué malo es el mundo!
¡Hay hombres que firman sentencias de muerte.
y existen verdugos!

—

A la sombra de aquel árbol,
allí me senté con ella
y la estuve contemplando.

—

Apura mucho el cigarro,
y verás cómo te quemas
los deditos de la mano.

ENRIQUE PARADAS

Me enseñastes á ser bueno
cuando me quisiste bien;
ahora que me has olvidado,
¡qué malo me vas á hacer!

—

Tu corazón quiere el rey
y es de otro tu corazón;
el rey manda en sus vasallos,
en los corazones no.

—

Nació un rosal en tu zanja
y de flores está lleno;
cuando beso aquellas rosas,
me parece que te beso.

Una gota de rocío
se despertó una mañana,
y al verse lejos de ti
se convirtió en una lágrima.

—

Cuando Dios formó tus ojos
hizo fundir en un beso
el resplandor de la luna
y la claridad del cielo.

—

Sentí la brisa en mi frente
al despertar de mi sueño;
por si tus suspiros eran,
la recibí con un beso.

—

Como es el bosque tan grande,
en el bosque me he perdido,
y necesito tus ojos
que me alumbren el camino.

—

Un vestido voy á hacerte
con el color que yo quiero:
celeste como tus ojos,
como el mar y como el cielo.

—

Una estrella del cielo
te cedería
por el lunar que llevas
en la mejilla.

—

A tu ventana mando
mis pensamientos:
cuando tú te despiertes,
les das un beso.

—

Cuando me besas, chiquilla,
y siente el alma tu beso,
nace una flor en la tierra,
nace una estrella en el cielo.

—

Un suspiro de mi pecho
se ha perdido por el mundo
buscando una perchelera
á quien contar lo que sufro.

—

Con tus desdenes me matas
porque lo manda tu madre,
igual que mata el verdugo
porque le mandan que mate.

Era más bella que tú
la rosa de aquel rosal,
y hoy la corta el jardinero
porque deshojada está.

—

Cuando tus ojos divinos
á formar empezó Dios,
tomó colores del cielo
y resplandores del sol.

—

¡Quién sabe las cosas
que oyó la ventana!;
pero no te inquietes,
las rejas no hablan.

—

Llegué á subir y á vencer,
pero nadie me ayudó;
cuando empezaba á caer,
todo el mundo me empujó.

—

Que no murmure el arroyo,
que los pájaros no canten,
pues tengo enferma mi alma,
¡está malita mi *mare!*

—

Quiero no verla y la veo,
quiero no hablarle y le hablo,
¡y vuelven las esperanzas
detrás de los desengaños!

—

Quisiera que me quisieses
lo mismo que yo te quiero,
para hacerte que bebieras
la misma hiel que yo bebo.

—

El valor para mentir
te fué muy fácil hallar,
y te falta ese valor
para decir la verdad.

—

Siempre en el mismo lugar
preparando la asechanza
y forjando las sonrisas
para arrancarme las lágrimas.

—

Madrecita, no me duele
la herida de aquel puñal;
¡las heridas de sus ojos
son las que me duelen más!

Ya me falta corazón
para sentir mis desdichas,
lágrimas para llorarlas,
y fe para combatirlas.

—

Firmamos una escritura
de no olvidarnos jamás,
yo por gusto de cumplirla,
tú por gusto de faltar.

—

Mira siempre aquella estrella
que luce en el cielo azul,
piensa que la estoy mirando
siempre que la miras tú.

—

Cuando pasa por el puente
que hay camino de su casa,
todas las aguas del río
se detienen á mirarla.

—

Quisiera tenerte siempre
donde ninguno te viera,
en casa sin miradores,
sin ventanas y sin puertas.

—

El beso que ibas á darme
envidiaron cielo y sol,
se ocultó el cielo entre nubes
y entre las nubes el sol.

—

Tres noches con sus tres días
siempre esperando aquel beso;
¡un siglo cada minuto,
un año cada momento!

—

Quiero alejarme de ti
para salvar á mi alma,
y á cada paso que doy
me acerco más á tu casa.

—

Un beso me has ofrecido,
y es prometerme ese beso
como prometer la gloria
á quien vive en el infierno.

—

Empezó por un capricho,
después por orgullo fué,
ahora va en ello mi vida,
¡ya ves si lo desearé!

Quiero ser fraile cartujo
y la soledad deseo;
viviendo en tu corazón,
¡qué más soledades quiero!

—

Ya ves tú si este cariño
será puro y será grande,
que mezclo en mis oraciones
con tu nombre el de mi madre.

—

Cuando paso por la pila
donde te hicieron cristiana,
pienso que te has vuelto hereje
desde que tan mal me tratas.

—

Para causar grandes daños
bajó un rayo desde el cielo,
pero se halló con tus ojos
y se deshizo al momento.

—

Los cantares que yo escribo
de ti recibieron nombre,
la inspiración de tus ojos
tan negros como mis noches.

¡Cantares donde se encierran
mis más dulces ilusiones,
que vagan en torno tuyo
y ni siquiera los oyes!

—

Cada flor y cada piedra
de las que cercan tu casa
son testigos silenciosos
del amor de nuestras almas.

Flores y piedras recuerdan
juramentos y palabras,
besos que en el aire flotan
y suspiros y miradas.

¡Ojalá que ese camino
no lo reguemos con lágrimas,
y cada flor, cada piedra,
no recuerde alguna infamia!

—

Una obscura golondrina
viene todas las mañanas
y rozando mis cristales
detiene su vuelo y canta.

En esa dulce avecilla
que se acerca á mi ventana
miro el alma de mi madre
que me despierta y me llama.

Mas no, que las golondrinas
emigran de playa en playa,
y las almas de las madres
de los hijos no se apartan.

—

Todos dicen que estoy loco
y por algo lo dirán,
mas cuando todos lo dicen
es cuando razono más.

Es cuando razono más,
pues he comprendido al fin
que no hay locura más grande
que no alejarse de ti.

—

Entre la hermosa y la fea
no me detengo á escoger,
que más tarde ó más temprano
con todas me reuniré.

Con todas me reuniré
en el lecho funeral,
y no podrán distinguirse
la belleza ó la fealdad.

La belleza ó la fealdad
no pasan del ataúd,
¡allí sólo se conoce
la maldad y la virtud!

—

Estaba el árbol gigante
cubierto de verdes ramas,
y el jilguero sobre el nido
cariñoso aleteaba.

Se elevaban las canciones
de las flores y las auras,
¡y tú esperándome siempre
alegre y enamorada!

¡El nido se halla vacío!,
¡no hay flores ni verdes ramas!,
¡ya no tengo en aquel valle
quien espere mi llegada!

Era tanta mi alegría
al ofrecerme aquel beso,
que supieron mi ventura
sol y luna, tierra y cielo.

Y tuvieron tanta envidia,
que reunidos se opusieron
cielo y tierra, sol y luna,
y me robaron tu beso.

—

En los amores del mundo
es regla que nunca miente:
¡cuando uno quiere, otro olvida!
¡cuando uno olvida, otro quiere!

Así consigo explicarme,
sin que á desmentirlo llegues,
el cariño que te tengo
y el olvido en que me tienes.

—

Serán esta primavera
más encarnadas las rosas,
porque se riegan los campos
con nuestra sangre española.

—

Colores de sangre y oro
lucen en nuestra bandera;
¡no hay oro para comprarla,
ni sangre para vencerla!

—

Canta, soldado español,
que tus cantares son gritos
que forma dentro del alma
el eco del patriotismo.

—

¡No he de luchar por mi patria
si tengo una madre allí,
cuyos ojos no se secan
desde que me vió partir!

—

El miedo no encontró sitio
en ningún pecho español,
que el valor y el entusiasmo
llenan cada corazón.

—

Cuando España grita: «¡Guerra!»
contestan cien corazones
en cada palmo de tierra.

En la bandera española
puso este letrero Dios:
«¡Ó la victoria ó la muerte
para el soldado español!»

—

Cuando agoniza un soldado,
no se halla solo jamás,
que está el alma de su madre
besándolo sin cesar.

—

El cantar del patriotismo
es el cantar de mi España,
y honran las glorias de un pueblo
á los hijos que las cantan.

—

Dame ese pañuelo rojo
con que adornas tu cabeza,
que al vencer al enemigo
lo llevaré por bandera.

—

Mi madre en su despedida
en mi frente puso un beso,
rozó aquel sitio una bala
y sin herir cayó al suelo.

—

Pasan cantando los moros
por las puertas de Melilla:
«¡Quien ofende á un español
tiene pena de la vida!»

—

Los moros tras de las rocas
acometen á traición;
¡los soldados españoles
presentan el corazón!

—

Tu escapulario en mi pecho
y tu lazo en mi fusil;
¡ya verá la morería
cómo me bato por ti!

—

La Virgen de la Victoria,
cuando parten los soldados,
les da consuelo á las madres
y á los hijos entusiasmo.

—

Adiós, patria de mi vida;
si defendiéndote muero,
guárdame un lecho de flores
para sepultar mi cuerpo.

Ya cuando rezan los moros,
viendo vencido á su Dios,
dicen: «¡Mucho puede Alá,
pero más un español.»

—

Las percheleras desean
combatir por la nación:
como los moros las vean,
se rinden á discreción.

—

Dentro de mi corazón
un altar tengo formado,
donde mi madre y mi patria
se funden en un abrazo.

—

España no ha de morir
mientras tenga patriotismo;
¡parece muerto el león
cuando sólo está dormido!

—

Si es que en el combate muero,
quiero tener por mortaja
un pañuelo de mi madre
y la bandera de España.

—

Cuando su tierra querida
abandona un español,
flotando entre mar y cielo
se deja su corazón.

—

Desde lejos me bendicen,
cuando la batalla empieza,
mi padre desde los cielos,
mi madre desde su aldea.

—

Con los jaiques de los moros
haré una alfombra muy larga,
para que al salir los pise
la morena de mi alma.

—

Al abrazar á mi madre,
me dijo antes de partir:
«Acuérdate de tu patria,
aunque te olvides de mí.»

—

Por otro blanco cambiaste
aquel mantón encarnado;
ya vas buscando las paces,
¡bastante guerra me has dado!

Cuando empezó este cariño,
¡quién nos dijera, chiquilla,
que las penitas de entonces
hoy fueran mis alegrías!

—

Es preciso que se borren,
si quieres verme feliz,
todas aquellas promesas
que no has podido cumplir.

—

No es fácil que se comprenda
el final de nuestra historia,
en que el vencido sonríe
mientras el que vence llora.

—

Ahora que á todos parece
que me has llegado á olvidar,
es cuando sube la lava
hasta el cráter del volcán.

—

Me has causado tanto daño,
que si yo hiciera las leyes,
á todos los ojos negros
pusiera pena de muerte.

—

Quieres que escoja, morena,
entre mi madre y tu madre:
al escoger he dudado,
¡mira tú si seré infame!

—

No cambio mi escapulario
por un millón de millones,
que allí me guarda tu rizo
la Virgen de los Dolores.

—

¡Quién pudiera como tú,
estrellita de los cielos,
al alumbrar su camino
irla mirando de lejos!

—

¡A esa calle y á ese sitio
cariño no he de tener,
si allí al alma de mi alma
la vi por última vez!

—

Me está diciendo al oído
una voz que mucho oí:
«No llores, y da al olvido
á quien ya te olvidó á ti.»

La rosa que más quería
fué la primera en secarse;
la mujer que más amaba,
la primera en engañarme.

—

Se dice que un campo santo
te propones construir
para que entierren á todos
los que se mueren por ti.

—

Guardo la flor que envidiosa
cayó desde tus cabellos
al ver unidas dos almas
en las cadenas de un beso.

—

Los cantares de mis labios
van saliendo poco á poco,
del mismo modo que salen
las lágrimas de mis ojos.

—

A la entrada de tu calle
he visto una cruz de piedra,
¡primera cruz que señala
el Calvario que me espera!

—

Cuando hay gente que nos mira,
tan lejos de ti me hallo,
como cercano me encuentro
cuando á solas nos hablamos.

—

Cuando dos que se han querido
se encuentran en una calle,
ni saben lo que decirse,
ni saben cómo mirarse.

—

No te acerques, mala sangre,
que ya me tienes esclavo
y besando las cadenas
que yo mismo me he forjado.

—

De la perdición que llega,
sin que se pueda evitar,
está teniendo la culpa
quien ha de sentirla más.

—

El pensamiento en amores
forma castillo muy alto,
y hace un santo de un demonio,
y hace un demonio de un santo.

Años de vida daría
sólo por mirar de nuevo
los colores que encendió
en tu rostro el primer beso.

—

La prudencia y el cariño
siempre viven en pelea:
cuando cariño me pidas,
nunca me pidas prudencia.

—

Me dijo una margarita:
«Con ella serás feliz.»
¡Hasta las flores del campo
nos enseñan á mentir!

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR

—

Ella á un lado y él á otro
y en medio de ambos el mar,
las olas que van y vienen
¡cuántos besos ahogarán!

—

¡Quién fuera campanero
cuando tú pasas,
para hacerte un saludo
con las campanas!

—

En vano me vas buscando
llorosa y arrepentida;
tu llanto lava la sangre,
pero no cura la herida.

—

Un lucero de la tarde
quitó Dios al cielo azul,
y le dió un cuerpo y un alma
y viniste al mundo tú.

—

De rodillas te pedí
que me quitaras mis penas,
y tú me las vas quitando
con el dolor de otras nuevas.

—

¡Tantos odios, tantos odios,
para que haya un cementerio
donde se acaban las luchas
y se confunden los cuerpos!

—

Octubre lleva las hojas,
mayo las trae otra vez;
la primavera del hombre
se va para no volver.

De ser tú tan religiosa
no estoy yo muy satisfecho,
porque á mí me estás robando
lo que á Dios le estás queriendo.

—

Cuando se nace hay sorteo
como para ir á la guerra,
y á unos les toca la blanca
y á otros les toca la negra.

—

Madre mía, me han herido,
me han herido al defenderte
de uno que pasó á mi lado
insultando á las mujeres.

—

Si tú quieres complacerme,
vístete siempre de negro,
para estar los dos iguales,
tú por fuera y yo por dentro.

—

Aquel clavel que me diste
me lo he prendido en la carne
para que vaya viviendo
con el jugo de mi sangre.

—

Te meten en una caja,
te cubren después de tierra,
y, por si acaso te sales,
ponen candado á la puerta.

—

Lucha una raza con otra,
un pueblo con otro pueblo,
y dentro de un hombre solo
luchan el alma y el cuerpo.

—

Mi madre se me murió,
yo lloro por ella á mares;
el día que yo me muera,
¡quién llorará por mi madre!

—

El agua la estaba ahogando,
á salvarla me eché al mar,
las olas que yo movía
la llevaban más allá...

—

Yo tuve un amor muy grande,
y otro luego y después otro;
de tantos amores juntos
he hecho para ti uno solo.

Murió la que á mí me amaba;
no quiero desengañarme
de que en tan poco terreno
cupo un cariño tan grande.

—

Se emboban ante la estatua
y la llenan de laureles,
y la modelo está viva
y la desprecia la gente.

—

A tus ojos van mis ojos
y á tus labios van mis labios,
no pongas en su camino
desdenes ni desengaños.

ANSELMO GUERRA

—

El cantar es el lenguaje
del amor y el sentimiento,
que un cantar encierra á veces
todo un poema en su seno.

—

Besaste una flor llorando
y en la flor cayó una lágrima:
desde entonces hay rocío
en las hojas de las plantas.

—

¿Cómo quieres que te olvide
si el olvidarte es mi muerte
y yo no quiero morirme?

—

Que Dios no te tenga en cuenta
lo que me has hecho sufrir,
porque entonces un infierno
será poco para ti.

—

Déjame beber tus lágrimas,
porque su amargura es dulce
en cuanto tocan tu cara.

—

Antes se borra la huella
del amor de una mujer
que la que deja en el agua,
cuando va nadando, un pez.

—

Tan cerca me hallaba de ella,
que con mis labios sentía
correr la sangre en sus venas.

Sólo son grandes las penas,
sólo son grandes y amargas,
cuando el que sufre no tiene
un amigo á quien contarlas.

—

Aquí que todo se acaba,
jurar un amor eterno,
si no es un grave pecado,
al menos debiera serlo.

—

Cuando te hagan declarar
ante el tribunal de Dios,
no digas que me has querido,
ó te acuso de traición.

—

La quería con el alma
y hoy estoy triste sin ella;
la separó de mi lado
sólo un puñado de tierra.

—

¿En dónde se encuentran
las dichas del mundo,
que yo no las hallo
por más que las busco?

—

Que Dios te haga tanto bien
como tú daño me has hecho,
porque entonces no te paga
ni con la gloria del cielo.

—

Un sabio me profetiza
que jamás llegaré á rico,
y no sabe ese profeta
que poseo tu cariño.

—

Si dices que no te quiero,
pecas más que si dijeras
que no está Dios en el cielo.

—

La práctica vale mucho,
pero es funesta en amor:
el que ama por vez primera
sabe amar mucho mejor.

—

Dos cosas quiero del mundo:
vivir bien aunque sea poco,
y al morirme, una persona
que amante cierre mis ojos.

En este mundo infernal
hay más de uno que se muere
por querer ser inmortal.

—

Yo no sé cómo hay quien llore
los desdenes de una ingrata
mientras haya en este mundo
varas de fresno baratas.

LUIS GONZÁLEZ Y LÓPEZ

—

Si la mar se desespera
porque tardo en embarcarme,
dile que amanse su furia,
que para ella no es mi carne.

—

Es un soldado muy viejo
y muy astuto el furriel:
mientras pague, me permite
hablar mal del coronel.

—

De los de Dánae hermanos
son mis cantares,
porque de su lamento
nadie caso hace.

—

Soñé que estaba luchando
en los profundos del mar
y al despertar me hallé preso
en tus labios de coral.

JUAN ROIG Y BALLESTA

—

La dicha dura un momento
y es eterno el padecer:
«que la rosa vive un día
y cien años el ciprés.»

—

Los contratiempos que sufro
aumentan mi pasión loca:
si no existiese el infierno,
valdría menos la gloria.

—

Los que me juzgan de hielo
conocen poco la vida
ó no saben distinguir
la nieve de la ceniza.

—

«Un clavo saca otro clavo,»
dice un antiguo refrán;
pero no añade palabra
de si queda la señal.

Mi cariño es más profundo
que el abismo de tus ojos,
y sabe Dios que en la tierra
como los tuyos no hay otros.

—

No me escuchas y te escucho,
no me ruegas y te ruego,
no me miras y te miro,
no me quieres y te quiero.

—

Las flores en el arroyo
doblan el tallo y se miran:
las mujeres y las flores
siempre fueron presumidas.

—

Cuando á convencerte llegues
de lo mucho que te quiero,
tú serás vieja, muy vieja,
yo seré viejo, muy viejo.

—

Lo mismo aquí que en la China
un ¡ay! denota pesar,
que el lenguaje del dolor
siempre ha sido universal.

—

Una tarde me embarqué,
perdí de vista la orilla,
el viento rompió las velas
y oí gritar: «Esa es la vida»

F. J. PÉREZ DE GRANDALLANA

—

No hay una cosa en el mundo
que me dé tanta alegría
como el dar una limosna
antes de que me la pidan.

—

En la calle te encontré,
del fango te recogí:
si tú no me lo agradeces,
tanto peor para ti.

—

Te olvidaste de tu madre:
vete á la iglesia á rezar
hasta que Dios te perdone,
¡que no te perdonará!

J. JACKSON VEYÁN

Hasta que llegué á este puerto
y vi estos barcos tan grandes,
creí que el palo mayor
era el que me dió tu padre.

—

Su historia en esta campaña
duró solamente un día;
comenzó en un «¡viva España!»
y acabó en un «¡madre mía!»

CELSO LUCIO

—

Con el pañuelo mi madre
me dijo adiós en la orilla:
¡cuándo veré aquel pañuelo
dándome la bienvenida!

G. PERRÍN

—

Igual que con las monedas
me ocurre con las palabras:
conozco por el sonido
la que es buena y la que es mala.

—

Voy á poner por las noches
un farol junto á tu puerta,
que quiero que sepan todos
que es sitio en que se tropieza.

—

¡Qué sabes tú de querer
si has arrastrado cadena
por culpa de una mujer!

CARLOS ARNICHES

—

Dios formó, niña, tu cuerpo
con perfección singular;
pero la hechura del alma
la encomendó á Satanás.

J. VALVERDE

—

Me distes agua á beber
en la cuenca de tus manos,
á mieles me supo el agua,
á gloria me supo el vaso.

PEDRO MARQUINA

El rey vive en un palacio,
San Pedro vive en el cielo,
y aun es mejor mi vivienda,
que vivo... en su pensamiento.

RICARDO SEPÚLVEDA

—

Dime que te vas con pena
aunque no sea verdad;
si la mentira no es buena,
¡es santa la caridad!

—

Yo nada entiendo de amores,
mas discurro que ha de ser
un fuego que abrasa el alma
y en los ojos se ve arder.

LEÓN DE LA VEGA

—

El que no quiera ver locos
en este mundo embustero,
debe encerrarse en su cuarto
y hacer pedazos su espejo.

—

Hizo Dios de rosa y nácar
los dedos de la mujer,
pero faltaban las uñas
y éstas las puso Luzbel.

MARIANO DE CAVIA

—

Ni eres mía, ni soy tuyo,
somos los dos del amor,
que volverá eterno al cielo
cuando á la tierra tú y yo.

MIGUEL DE UNAMUNO

—

¡Mal haya ese viento
que alza tu vestido
y á todos descubre tu pie, que quisiera
mirar yo solito!

—

Cuando la olearon
aún vi aquellos pies,
que siempre formaron mi ilusión, mi encanto,
¡por última vez!

ENRIQUE C. GIRBAL

Mi corazón es presidio
de mucha seguridad:
tristeza que en él se mete
ya no vuelve á salir más.

RAFAEL OCHOA

En todo somos iguales,
¡qué mala suerte te veo!;
tú á quien te quiere no quieres,
yo á quien me quiere no quiero.

—

No hay en este mundo llanto
más triste que el llanto mío,
¡me estoy muriendo de sed
á la verita del río!

ARTURO REYES

En la tierra que me cubra
no plantes una cruz negra,
que nadie turbe mi sueño
jurando amores por ella.

RICARDO GIL

Las almas caritativas
á los vientos se asemejan,
levantan á los caídos
como el aire la hoja seca.

ENRIQUE REDEL

Cuando por merced divina
nos reunamos en el cielo,
¡cuántas cosas que hoy callamos
muy juntitos nos diremos!

R. ALVAREZ

El cariño y el desprecio
siempre se encuentran unidos,
porque ambos son los peldaños
de la escala del olvido.

Yo lloraba, tú reías,
este es el contraste eterno:
muchas sombras en la tierra
y mucha luz en el cielo.

MANUEL PARDO

Rubilla del corazón,
permíteme que lo diga:
tu cinturita y tu liga
tienen la misma extensión.

A. F. DE MOLINA

Una lágrima vertí
por la traición de una hermosa,
la enjugué con mi pañuelo
y dejó una mancha roja.

VICENTE CAZORLA

El que no tiene dos reales
hace mal si lo publica,
pues ni le da nadie un duro,
ni le dan los buenos días.

CALIXTO NAVARRO

El corazón se me parte
cuando se me acerca un pobre
y me pide una limosna
por la Virgen de tu nombre.

—

Aunque te vayas muy lejos,
yo no dejo de mirarte;
para mí llenas el mundo
con ser el mundo tan grande.

—

A la madre de mi amigo
acompañé al campo santo,
y al volver, ¡con qué alegría
le dí á mi madre un abrazo!

ENRIQUE DE QUIRÓS

Tengo sed horrible,
no puedo apagarla,
pues en cuanto me acerco á una fuente
se queda sin agua.

—

Anda, ve y dile á tu madre,
si me desprecia por pobre,
que más pobres son las ratas
y el mejor queso se comen.

Si las gotas de agua
horadan las piedras,
tanto llanto he vertido en su tumba
que pronto he de verla.

—

Cada vez que otro te mira,
tiembla mi pecho afligido,
como tiembla entre la rama
el abandonado nido.

ANGEL R. DE OBREGÓN

——

Son como estrellas fugaces
los pobres cantares míos;
cruzan del amor el cielo
y mueren en el vacío.

—

Mira si despides lumbre
por esos ojazos negros,
que es verano, si los abres,
y si los cierras, invierno.

—

Me jurastes el quererme
más que á nadie en este mundo:
¡qué pronto te has olvidado
del mandamiento segundo!

—

Dentro de cuarenta siglos,
todo el mundo contará
que como yo á ti te quise...
no se ha vuelto á querer más.

—

No te enceles, no te enceles
porque á dos niñas adoro;
que esas niñas que yo quiero
son las niñas de tus ojos.

—

Un día que los querubes
quisieron ver *cosa buena*,
se asomaron por las nubes
para ver á mi morena.

—

Te he querido con locura,
con locura te querré,
porque el amor verdadero
sólo locura ha de ser.

—

Te extraña que, siendo joven,
tenga los cabellos blancos;
¡tú no sabes lo que nieva,
lo que nieva un desengaño!

Las horas que tiene el día
las he repartido así:
nueve, soñando contigo,
y quince, pensando en ti.

—

Cuando á mi amor se llevaban
camino del cementerio,
si ella en la caja iba muerta,
yo detrás me iba muriendo.

—

Mira, mira, mira, mira,
mira tú si era gallarda,
que cuando se fué á los cielos
hasta su espejo lloraba.

—

No se le pide cariño
á quien de veras se quiere:
mientras se tiene, se vive;
cuando se pierde, se muere.

—

Yo conocí al desengaño
en la puerta del querer,
y desde entonces vivimos
como la carne y la piel.

—

Sólo una ventaja tienen
los desengaños de amor,
que ponen una coraza
de diamante al corazón.

—

A la luz de una ilusión
he vivido mucho tiempo,
me la apagó el desengaño
y ahora entre tinieblas muero.

—

Mira tú si te conozco,
que te quise y no te quiero;
y eso que eras para mí
aire, tierra, mar y cielo.

—

Por amarme la insultaban,
y mira si la quería,
que me alejé de su lado
sabiendo que me moría.

—

Pídele á Dios el no amar
á quien no te ha de querer,
porque es muy triste sembrar
y luego no recoger.

Como soy contrabandista,
de noche te vengo á ver;
¡mira tú si serán negras
las horas de mi querer!

—

Si he de vivir para amarte,
pon los ojos entornados,
porque abiertos se me clavan
en el alma como rayos.

—

Al amor lo pintan ciego,
¡y ojalá que fuera así!
No hubiera visto tu engaño
tan claro como lo vi.

—

Los contratos del amor
con un abrazo se firman,
un beso ardiente los sella
y lágrimas los rubrican.

—

En las batallas de amor,
según por el mundo veo,
siempre la muerte le da
la Posesión al Deseo.

—

Desde que tú no me quieres
yo no sé lo que me pasa;
pero mis ojos se nublan
si cruzo frente á tu casa.

—

Morena, que eres mi encanto,
yo no puedo comprender
que, queriéndote yo tanto...,
no me llegues tú á querer.

—

Desde el día que el cariño
mataste en mi corazón,
llevo en él este letrero:
Cerrado por defunción.

—

Con el fuego de tus ojos
mira si me abraso yo,
que un día no me miraste
y el corazón se me heló.

—

Si el Padre Santo me echara
de penitencia el quererte,
antes que volver á amarte...
me condenaba mil veces.

Tengo un tesoro de amor
y no sé dónde esconderlo:
¡son tan traidoras las almas!,
¡son tan villanos los pechos!

—

En los infiernos de amor
son los demonios los celos,
las tinieblas son las dudas
y las brasas los deseos.

—

No sé qué me pasa,
no sé lo que siento;
sólo sé que al mirarme en tus ojos,
ni vivo, ni muero.

—

Bésame en la boca,
pero muy despacio;
que quiero quedarme con todas las mieles
que tienen tus labios.

—

Huyo de su vista
desde que me engaña,
porque si me mira con aquellos ojos...
voy á perdonarla.

—

Nadie me distraiga
de mis pensamientos,
que aunque tristes amores recuerdan,
no vivo sin ellos.

—

Las cosas del mundo
yo no las entiendo;
la mitad de la gente llorando...
y la otra riendo.

—

¡Mira si es mala mi suerte!,
que ahora que me estás queriendo
tengo que dejar de verte.

—

¿Dices que yo no te quiero?
Y un día que no te vi,
por poquito si me muero.

—

No quiero amor que se venda:
quiero un amor que no compre
todo el oro de la tierra.

—

Es cosa que no comprendo
el que un hombre haga sufrir
á la que le está queriendo.

Entablé lucha contigo
y saqué de la batalla
acribillada á desdenes
la bandera de mi alma.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

El desengaño y la pena
engendran el canto mío;
no te extrañe su amargura:
¡tales padres, tales hijos!

—

Al unirse, una cruz forman
los hierros de tu ventana,
cruz que al caminante indica
dónde mataste mi alma.

—

No extrañes no rían
mis labios ya secos,
que la risa se fué de mi boca
con tu último beso.

—

Es muy sencilla la historia
de aquel amor tan profundo;
fué mi corazón su cuna,
tu corazón su sepulcro.

—

Ilusiones que se pierden,
esperanzas que se alejan,
¡pompas de jabón que estallan
y en gotas de agua se truecan!

—

Me da horror siempre que alguno
me recuerda tu cariño;
después de una borrachera
repugna hasta hablar del vino.

—

Esas ilusiones
que á alentarnos vienen
son como las nubes: en el aire nacen
y en el aire mueren.

—

Huye, amor, huye ligero,
que el desengaño te alcanza,
¡y pobre de la paloma
si el halcón le echa la garra!

Te adornas con flores,
y yo no comprendo
cómo no se marchitan, estando
cerca de tu pecho.

—

Es mi corazón un templo
do sólo una imagen queda:
¡la imagen de tu cariño
sobre el altar de mis penas!

—

Tener en mi muerte
dos cosas deseo:
por caja tus brazos, y como sudario
tus negros cabellos.

—

Por tu parte, serranilla,
se han roto nuestros amores;
los amores y las cuerdas
por lo más débil se rompen.

—

Me arrebató su cariño
y me dejó la existencia;
¿para qué quiero la concha
si ya no guarda la perla?

—

Lástima me inspiran
los que mucho aman;
pero aquellos que nunca han amado
me inspiran más lástima.

—

Mis cantares son tan tristes
porque son gotas de llanto
que en vez de huir por los ojos
se desbordan por los labios.

—

Si toco una flor, se seca;
si cojo un ave, se muere;
serrana del alma mía,
no me pidas que te bese.

—

No puedo olvidarte;
desde que nos vimos
me parece que llevo tus ojos
dentro de los míos.

—

Para dos que bien se quieren
no hay ausencias ni distancias:
cuanto más lejos los cuerpos,
están más cerca las almas.

Cuando doblan las campanas
me pongo á pensar en ti;
no estás muerta para el mundo,
pero lo estás para mí.

—

La copa de mis cantares
te ofrezco, mas no la bebas;
¡es tan amarga!, ¡he vertido
tantas lágrimas en ella!

FRANCISCO VILLAESPESA

—

Yo creo, serrana,
que habrá poesía
mientras haya cantares gitanos
en Andalucía.

—

Soy el tren que está parado
y tú el tren que empieza á andar.
¡Parece que yo me alejo,
y eres tú la que se va!

—

Las dos frases que en España
hemos profanado más
han sido: «¡viva tu madre!»
y «¡viva la libertad!»

—

El amor que te tengo,
como la luna,
si todo lo entristece,
todo lo alumbra.

—

Si has llegado á general,
ha sido porque no tienes
nada de particular.

—

Para niñas de gracia
las de Sevilla,
que prenden corazones
en la mantilla;
que las mujeres
prenden los corazones
con alfileres.

—

Me diste una crucecita
al jurarme tu querer;
la crucecita se ha roto,
y el juramento también.

Piensan que no tengo penas
porque no me ven llorar;
yo conozco un millonario
que nunca gasta un real.

—

Llamó eterno á su querer,
y hablaba con propiedad:
¡todo lo que cansa pronto
parece una eternidad!

—

Cantares gitanos,
os llevo en el alma:
aquel angelito que ya se me ha muerto,
¡qué bien los cantaba!

—

La escala de mis dolores
¡qué difícil es de andar!
¡Cada peldaño que subo
me falta un peldaño más!

—

¿Quién tendrá la esperanza
de un amor cierto,
mientras haya campana
que toque á muerto?

—

Si el azúcar es muy dulce
y muy dulce la mujer,
una mujer con azúcar
¡qué dulce debe de ser!

—

Se burla de los que rezan.
¡Cuánta lástima me da
porque no ha tenido madre
que le enseñara á rezar!

—

Los cielos y los infiernos
están juntos en la tierra:
¡qué más infierno que amarla,
ni qué más cielo que verla!

—

La libertad y la patria
han de ser como la novia,
que cuanto más se la quiere,
tanto menos se la nombra.

—

Son las esperanzas mías
como las olas del mar:
¡si no rompen en la playa,
rompen antes de llegar.

Enterraron á mi niña,
y yo me quedé diciendo:
«¡Qué pequeña es esa tumba
para dos almas y un cuerpo!»

—

Cuando los enamorados
empezaron á llorar,
dicen que poquito á poco
iba formándose el mar.

—

Cuando vayas á olvidarme,
que me mates es mejor;
que á los muertos se les reza,
y á los olvidados no.

—

Para matarme las penas
salgo al bosque á pasear,
y voy mirando á los nidos
y pienso en el gavilán.

—

Las lágrimas que se lloran,
poco tiempo hacen sufrir.
¡Las malas son esas lágrimas
que no llegan á salir!

—

Un beso tuyo, otro mío,
perdiéronse en el espacio;
Dios los cogió en una estrella
y los ató con un lazo.

—

No te avergüences, niña,
porque en la tierra
ya ha pasado de moda
tener vergüenza.

—

Tras una nube de plata
se ocultó el sol á la tierra;
tras una nube de plata
se evaporó tu inocencia.

—

Los que desde el mundo al cielo
sólo sus ojos levanten,
verán los astros muy chicos,
verán los hombres muy grandes.

—

Pero los que con los ojos
levanten el pensamiento,
verán muy grandes los astros
y los hombres muy pequeños.

Por tres cosas te pareces
á la estatua de Colón:
por lo duro, por lo tieso
y por tu conversación.

—

En la corteza de un árbol
enlazamos nuestros nombres.
¡Si fué eterna la alianza,
díselo á los leñadores!

—

Yo escucho cantares
que bajan del cielo,
cantares que llegan al fondo del alma
y alumbran sus huecos.

Yo tengo cantares
que vienen de adentro,
cantares que salen del fondo del alma
y suben al cielo.

RICARDO J. CATARINEU

—

¡Mira tú si será buena
que debía de hacer Dios
otro cielo para ella!

—

Si no hubiera purgatorio,
mis culpas yo purgaría
viéndote querer á otro.

—

Para adorarla hubo muchos;
para defenderla, pocos;
para servirla hubo menos;
para rezarla..., ¡yo solo!

—

El caminito del cielo
es la calle donde vive
la mujer á quien yo quiero.

—

Su hermana murió sin honra,
su madre en el hospital;
¡qué dirá luego la gente
si se mete á criminal!

—

Por ella á un hombre maté,
y cuando cumplí el arresto
la vi viviendo con otro...
¡Qué pena me da del muerto!

MIGUEL DE SILES CABRERA

Soy lo mismito que el sol
con el amor de mi niña.
¿Que reñimos? Me separo,
pero vuelvo al otro día.

—

La calumnia es cual la hiedra:
basta un palmo de terreno
para que se arraigue y crezca.

—

Estoy malo, dame el lecho
que le das á la guitarra
cuando la tienen tus brazos
para cantar sevillanas.

J. Enrique Dotres

—

Tú encierras dulces amores,
yo siento angustias divinas;
tú eres un ramo de flores,
yo una corona de espinas.

—

Canta tu boca graciosa
como un jilguero en la rama,
da olores como una rosa
y besa como una llama.

—

No forjó ninguna espada
la fábrica de Toledo
que brille cual tu mirada,
ni cause, al brillar, más miedo.

—

Ser constante me has jurado
al despedirme esta noche:
lo mismo al viento le dijo
la veleta de la torre.

G. Belmonte Muller

—

Las flores tienen lenguaje
y el abanico también:
¡y no lo tienen, en cambio,
ni las penas ni el querer!

—

Mienten; no es el mal de muchos
el consuelo de los tontos;
que alivia el ver compartidas
nuestras desdichas con otros.

En el siglo del vapor
y de la electricidad,
nadie sabe del amor
de la misa la mitad.

—

Adondequiera que vaya
dos puntos de luz me siguen:
son los ojos de mi madre
para que no me extravíe.

—

Aunque al fuego le eches leña,
no me podré calentar;
que donde yo siento el frío
no puede el fuego llegar.

—

El pecho es una escopeta,
el corazón es la bala,
y los ojos los que apuntan
y por los labios disparan.

—

Es tu cara tan bonita,
que me ha dicho un serafín
que Dios no te lleva al cielo
porque no pequen allí.

—

Si fueran libros de texto
los ojillos de tu cara,
me daban sobresaliente
siempre que me examinara.

—

Cuando te mueras, serrana,
habrá alegrías y duelos;
mucho pesar en el mundo,
mucho júbilo en el cielo.

—

Cierra tú mis ojos
cuando yo me muera:
fíjate un poquito y verás en ellos
tu imagen impresa.

—

Por disimular mi pena
canto y canto sin parar;
otros cantan su alegría,
y yo canto mi pesar.

—

Ya vuelven las golondrinas;
mi tristeza se ha acabado;
ya tengo alegres vecinas
al borde de mi tejado.

No siento lo que he llorado,
eso lo he olvidado ya;
mucho más que lo pasado,
me aterra lo que vendrá.

—

Yo bien quisiera probarte
la grandeza de mi amor;
pero con nada del mundo
cabe la comparación.

—

No le eches agua, niña,
no le eches agua
al fuego que incremento
toma en mi alma;
no lo apagaron
ni miserias, ni penas,
ni desengaños.

—

Lo que yo por ti he pasado
y lo que por ti he sufrido,
en un momento de enfado
todo lo has dado al olvido.

—

Eres la casualidad:
cuando no te busco, vienes;
cuando te busco, te vas.

—

Llovía al morir mi madre,
y las gotitas heladas,
en vez de caer al suelo,
me caían en el alma.

—

No estoy quejoso por nada,
y sin embargo, estoy triste.
La felicidad soñada
nadie sabe en qué consiste.

JOSÉ IRUELA

Llevo en mi memoria muertos,
muertos sólo para mí,
que andan vivos por la calle
haciéndome sonreir.

—

Piensa en otros, piensa en otros,
que el pensamiento es muy grande
para emplearlo en ti solo.

Fíjate tú al despedirte
en el que se pone aparte,
pues casi siempre en la vida
es el amigo más grande.

—

A mí hay uno que me da,
mas con una condición:
que he de bajarme á pedírselo,
y así no lo quiero yo.

FERNANDO DE ARTEAGA

Deja, amor, que el amor mío
lo lleve el aire en sus ondas;
que lo sientan muchas almas
y lo canten muchas bocas.

—

Cuando me fuí de mi casa
dejé á mi madre llorando;
los hijos que más se quieren
son los que salen más malos.

—

¡Qué bien dijo un sabio
por una coqueta,
que no hay en el mundo ni cielo sin nubes,
ni amores sin penas.

—

Yo soy pájaro que vuela
sin saber adónde va;
las ramas donde me paro,
esas no florecen más.

—

Entre los cabellos
flores no te pongas;
mira tú que las flores contigo
son las que se adornan.

—

Amor como el amor mío
no existe sobre la tierra,
que es fuego que me consume
y esperanza que me alienta.

—

Tu desdén me hiere,
tu traición me mata,
pero ese sarcasmo que á tus labios sale
me destroza el alma.

—

Los ojos que me miraron,
¡qué ingratos conmigo fueron!
Cuando mi amor olvidaron,
pena de muerte me dieron.

La canción de los amores
es la canción que yo entiendo;
no tiene más que una escala
hecha con notas de besos.

—

Con una copa de vino
consuelo todas mis penas;
como la copa me quiere,
no encontraré quien me quiera.

—

«Luz, dijo un sabio al morir,
mucha luz, que si no, muero;»
y murió por no haber visto
la luz de tus ojos negros.

—

Yo no quiero que me quieras
más que como yo te quiero,
y quiero que si me olvidas,
tus ojos me lloren muerto.

—

Hay un milano que acecha
los cruces del palomar;
paloma que huya del nido,
¡quién sabe si volverá!

—

La musa de mis cantares
lleva la noche en el alma;
por eso lloran de pena
las cuerdas de mi guitarra.

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

—

Los que dicen que en el mundo
nada les pasma ni arredra,
es porque nunca supieron
lo que es una mala lengua.

—

Cuando voy al cementerio,
salgo llorando de allí,
porque á pensar llego entonces
que puedo perderte á ti.

—

Si hablara tu celosía
y alguno la preguntara,
¡cuántas cositas diría!

—

La carga del deshonor
debe ser la que más pese;
por eso el que está sin honra
lleva tan baja la frente.

Las amistades del mundo
no las pretendas probar
estando preso en la cárcel
ó enfermo en el hospital.

—

Dicen que el cielo es azul,
pero yo así no lo creo,
porque el cielo está en tus ojos
y tus ojos son muy negros.

—

Te regalé un pensamiento
y le arrancaste las hojas;
¡qué puedo esperar de ti
si hasta las flores te enojan!

—

Cuando te pregunte el cura
«si le quieres por esposo,»
permita Dios que te acuerdes
de lo que juraste á otro.

—

Tú dices que no me quieres,
yo digo que no te quiero,
pero nos venden los ojos
y pregonan el secreto.

—

Si te preguntan por mí,
contesta que me mataron
las penitas que sufrí.

—

No temas, niña, no temas
que vacile tu firmeza,
si sigues temiendo á Dios
y temiendo tu conciencia.

—

Para el viento hay un abrigo,
para el mar hay una playa,
para los desdenes tuyos
los sufrimientos del alma.

—

Buscar es en vano
alivio á mi duelo:
las heridas que llegan al alma
se curan... ¡muriendo!

—

Eres, mujer, libro obscuro
bien difícil de estudiar:
con penas sabes reir,
con dichas sabes llorar.

La cadena del amor
tiene eslabones muy duros,
los he querido romper
y no desgasté ninguno.

—

Mi corazón ya no es mío
porque tú me lo has robado;
¡ay, quién pudiera del tuyo
decir, serrana, otro tanto!

—

Quiero ocultar mi fatiga
y me vende mi tormento;
¡no caben dentro del alma
disimulo y sentimiento!

—

Todo te parece mal;
anda y ve y dile á tu madre
que te meta en un fanal.

—

¿Qué tiene el poeta
que arroba y halaga?
Tiene un alma que sueña, que siente,
que llora, que canta.

PACO PINTO

—

Gotas que de arriba caen
aquí abajo fructifican;
gotas de llanto aquí abajo,
dan sus frutos allá arriba.

—

El pecho humano es la puerta,
el corazón es la aldaba,
los bienes pasan de largo,
el mal se detiene y llama.

—

Sed divina y sed humana
se apagan de dos maneras,
con manantiales del cielo
ó con charcos de la tierra.

—

Mi corazón era bueno
y el mundo muerte le dió:
¡ahora sí que soy dichoso
viviendo sin corazón!

—

El novio y el cazador
corren los dos igual riesgo,
si desdichados confunden
la perdiz con el mochuelo.

Se pule el duro diamante,
el acero se moldea,
pero no hay buril que labre
los corazones de piedra.

—

Sobre las farsas del mundo
flota una sola verdad:
el amor de nuestras madres,
que ese no miente jamás.

—

Las pasiones son hogueras
que apaga, al pasar, la muerte,
y es el hombre el tronco que arde
y en pavesas se convierte.

—

Son dos notas musicales
el marido y la mujer:
si desafinan..., ¡qué mal!;
si van acordes..., ¡qué bien!

—

La falta fué igual en ambos
y no lo fué la expiación;
á él conquistador le llaman,
á ella mujer sin honor.

—

Un niño hambriento y desnudo
miraba un nido de aves,
y entre sollozos decía:
«¡Dichoso quién tiene madre!»

RICARDO GUIJARRO

—

Su gachó la dió una tunda
y ella fué á Roma á quejarse,
y en Roma, naturalmente,
la vieron los *cardenales.*

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

—

¡Cuánta gente en este mundo
anda enseñando las piernas,
unos por falta de medios,
otros por falta de medias!

VITAL AZA

—

Una mujer pa ser buena
dos cosas tié que tener:
muchas ganas pal trabajo
y muy pocas pa comer.

No t' importe que te pegue,
que el cariño es como el fuego;
cuando no hay leña abundante,
dura na más un momento.

—

No te apartes de tu madre
ni un cuarto de hora en to el día:
¡quiá Dios que, si ella se muere,
le hagas también compañía!

—

Igual que con las olivas
sucede con el cariño:
han de amarguear un poco
pa que abran el apetito.

—

No te extrañes que algún día
te pegue alguna morrada,
pues como te voy quisiendo,
voy tuviendo confianza.

—

De callos y sabañones
se me han de llenar las manos:
los sabañones, del frío;
de hacerte fiestas, los callos.

—

Las mujeres y los gatos
tien una condición mala:
¿les das de comer?, te siguen;
¿les acaricias?, te arañan.

—

De solteras las mujeres
tien dos onzas de güervenza;
dimpués que se casan, una,
y en cuantico enviudan, media.

—

Dijiste que me querías
y yo te entendí que no
y te batí cuatro muelas:
perdona la distracción.

—

No pases mucho la barca,
que la barca se pué hundir,
y aunque yo esté en la otra orilla,
no he de moverme de allí.

ALBERTO CASAÑAL

—

Ojos azules tenía
la mujer que me engañó,
ojos de color de cielo:
¡mira tú si fué traición!

¡Cómo quieres que la olvide,
cuando le he dado más besos
que recibe un relicario
al pasar de pueblo en pueblo!

—

«Que las olas me sepulten,
dijiste, si hablo con otro»
Olas del mar, perdonadla,
que yo también la perdono.

—

En las rosas de tu cara
un beso acaban de dar:
rosas que picó un gusano
presto se deshojarán.

—

Oí que quien siembra coge,
y no dí paz á la mano:
sembré dichas y esperanzas,
y recogí... desengaños.

—

Dijo un sabio: «Yo no paro
hasta encontrar la verdad:»
y en los brazos de la muerte
vino por fin á parar.

—

Soñé que el fuego se helaba,
soñé que la nieve ardía:
¡mira qué cosas soñé
que hasta soñé que eras mía!

—

De tanto mirarme en ti,
como tú me estoy volviendo;
que si el mar es tan azul,
es de mirar tanto al cielo.

—

De la mar en las playas,
junto á las olas,
te encontré, hermosa niña,
cogiendo conchas.
Entre la arena
tú una concha buscabas,
yo hallé una perla.

—

Río arriba, río arriba
nunca el agua correrá;
que en el mundo, río abajo,
río abajo todo va.

En el cementerio entré,
y dije al sepulturero:
«abre un hoyo pequeñito
para un corazón que ha muerto»

—

¡Pajarillo, tú que vuelas
por esos mundos de Dios,
dime si has visto en tu vida
un ser más triste que yo!

—

Como eres tan bondadosa
yo te comparo á las nubes,
que toman agua de mar
y van lloviendo agua dulce.

—

Para colores, la rosa;
para brillo, las estrellas;
para blancura, la nieve;
para firme, mi firmeza.

—

No me compadezcas nunca
por las lágrimas que vierto;
compadéceme más bien
por las que se quedan dentro.

—

Dios quiso que la vergüenza
fuese una flor encarnada:
para que la vieran todos
la hizo brotar en la cara.

—

¡Que no llore! Y ¿qué me importa
lágrima menos ó más?
¿Qué importa que llueva ó no
sobre las aguas del mar?

—

Tienes en la cara, niña,
lo mejor de cielo y tierra;
dos rosas en tus mejillas,
y en tus ojos dos estrellas.

—

En el sitio en que te hallé
mandé poner una cruz;
que allí murió mi alegría
donde me miraste tú.

—

Para ocultar un secreto
practiqué un hoyo en la tierra,
lo dije bajo, muy bajo,
pero lo oyó mi conciencia.

Como voy siempre con ella
y es tan hermosa su cara,
no falta quien la confunda
con el ángel de mi guarda.

—

Por encima de las aguas
vi una esperanza flotando,
y vi que la echaba á fondo
el peso de un desengaño.

—

Procura no despertarme
cuando me veas dormir;
no sea que esté soñando,
y sueñe que soy feliz.

—

Orillitas de la mar
voy á llorar sus desvíos,
porque me duele amargar
la corriente de los ríos.

—

Las lucecitas que brillan
de noche en el cementerio,
están diciendo á los vivos:
«*Acordaos de los muertos.*»

—

La ilusión nace con alas,
y apenas nacida, vuela;
el desengaño es de plomo,
y donde nace se queda.

—

Por una puñaladita
me tienen preso en la cárcel;
me has partido el corazón,
y andas suelta por la calle.

—

Siempre niño es el amor;
siempre joven la belleza;
la dicha está por nacer;
la experiencia siempre es vieja.

—

Te quiero si abres los ojos,
pero más si los entornas,
que á mí siempre los capullos
me gustan más que las rosas.

—

Las semillas del amor
que á un tiempo los dos cogimos,
yo en mi pecho las sembré,
tú en los campos del olvido.

Los anchos mares crucé
para lograr olvidarte,
y más veces pensé en ti
que gotas miré en los mares.

—

Caminito del deseo
me encontré con la verdad;
pero la vi tan severa
que me hizo volver atrás.

—

Del color de la violeta
deben ser tus ojos, niña:
yo nunca te los he visto,
pero esto mismo lo afirma.

—

Si lo que yo pienso en ti
colgara de mis cabellos,
cabellos me faltarían
para tantos pensamientos.

—

Viéndote rondar mi casa,
ayer mi padre me dijo:
«Desde que anda este espantajo
no se nos comen el trigo.»

—

Tu nombre grabé en un árbol
y de la herida murió:
murió de la misma muerte
que mi pobre corazón.

—

A los hierros de tu reja
les contaré mi pesar,
y se ablandarán de oirme,
y ancho paso me abrirán.

—

Toda dicha que se acaba
toma gigantesca forma,
que el sol se agranda al ponerse,
y agranda todas las sombras.

—

Para leer en los libros
he estado dale que dale;
para leer en tus ojos
me bastó sólo mirarte.

—

Por ver si te olvidaría
me llevaron á un jardín,
mas las flores, tus hermanas,
todas me hablaban de ti.

¡Cómo quieres que los aires
cruce un pájaro sin alas!
¡Cómo quieres que yo viva,
si me quitas la esperanza!

—

Yo planté una flor de bosque
en bien cuidada maceta,
y, viviendo en el regalo,
se me murió de tristeza.

—

Sólo una cosa, alma mía,
sólo una cosa te pido,
que no le cumplas á otro
lo que á mí me has prometido.

—

Fuiste piedra mal sentada
de mi vida en el arroyo;
en ti mi planta apoyé,
y sumergíme en el fondo.

—

Para volar nace el ave;
para perfumar, la flor;
para morir nace el hombre;
para amar, el corazón.

—

Morenita, que en los ojos
y en el traje llevas luto,
no vistas de color negro
la esperanza que en ti fundo.

—

A la luna contar quise
mis daños y desventuras;
mas callé, que me dió pena
hacer penar á la luna.

—

Tus ojos negros me llevan
derechito al cementerio,
pues si los abres me matan,
y si los cierras me muero.

—

Dios no la quiso en el cielo
y la transportó á la tierra,
porque temió que en los ángeles
la envidia nacer pudiera.

—

Mientras la vida nos dura,
la muerte estamos temiendo;
procuremos que al morir
la vida no nos dé miedo.

¡Y eres tú la que te quejas
de que es amargo mi llanto!,
¡tú, que has vertido en mi pecho
la hiel de los desengaños!

—

El cuadro de tus facciones
tan bello á Dios pareció,
que, por darle marco de oro,
cabellos de oro te dió.

—

Unas tierras he comprado
con una casita en medio,
mas le falta no sé qué
que siempre busco y no encuentro.

—

En mi corazón tu imagen
parece una salamandra,
pues no se consume nunca
ni aun en medio de las llamas.

—

Dios, con rodear de espinas
las rosas de los rosales,
nos enseñó que lo bueno
se logra á fuerza de sangre.

—

El suspiro dice: «Ansío,»
el beso dice: «Te quiero,»
el ay dice: «Sufro mucho,»
el llanto: «Ya no hay remedio.»

—

Estrellitas de los cielos,
no la dejéis subir más,
y decidla que me espere,
que poco puedo tardar.

—

Cuanto más tú me maltratas,
más aumenta mi cariño;
también se pisan las uvas
y pagan la ofensa en vino.

—

En la gloria de los cielos
¡cuán distinto será todo!
Hasta para ver los astros
habrá que bajar los ojos.

—

Sentada junto á la mar
iba diciendo sus penas,
y al preguntarle yo cuántas,
me señaló las arenas.

Consulté con las estrellas
para saber mi destino,
y noté que se movían
y formaban tu apellido.

—

Arroyo que presuroso
te diriges hacia el mar,
despacio caminarías
si supieras donde vas.

—

Yo te quisiera poner
junto al astro más brillante,
para que te vieran todos
y no te alcanzara nadie.

—

Hasta el sol voy á subir
y coger dos ó tres rayos
para atarte esos cabellos
que en el aire están flotando.

—

Pequeñita la quisiera,
pequeñita, y con razón,
pequeñita que cupiera
dentro de mi corazón.

—

Quieren, por ver si te olvido,
poner tierra de por medio:
hay poca tierra en el mundo
para el amor que te tengo.

—

Es un ave la calumnia
que, en cuanto sale del nido,
se echa á volar, repitiendo
las canciones que ha aprendido.

—

Mirando la de mi amada
me ha ocurrido un pensamiento,
que en las bocas más pequeñas
es donde caben más besos.

—

Bien desgraciado nací
en este mundo maldito:
hasta el vino tiene madre,
y yo no la he conocido.

—

Que en mi corazón viviste
no podré nunca olvidarlo;
vaso que tuvo perfume
queda siempre perfumado.

Desde que gimo en prisiones,
todos me dan que sentir:
que hasta los rayos del sol
se han olvidado de mí.

—

Bien se engañó aquel que dijo:
«Cuatro son los elementos,»
que más poder tiene amor
que aire, tierra, mar y fuego.

—

Mi corazón es de hierro:
en frío, nadie lo forja,
y estando rojo de amor,
se adapta á cualquiera forma.

—

– ¿Dónde vais, ojos, por agua
para llorar tanto y tanto?
– Vamos por ella á los mares
profundos del desengaño.

—

Mi querer y tu querer
se hallaron en un camino;
el mío le dijo al tuyo:
«¿Dónde vas, chiquirritito?»

—

La dicha es una ave errante
que en torno nuestro circula;
nos toca con sus alitas,
pero no se posa nunca.

—

Al cruzar el firmamento
abandonando la tierra,
sólo por verla pasar
se agrupaban las estrellas.

—

Cuando en la gloria penetres,
déjate la puerta abierta;
bien te seguirá en el cielo
quien te ha seguido en la tierra.

—

Cuando esté en el campo santo,
¿sabes lo que pediré?
Que venga el día del juicio
sólo por volverte á ver.

—

¡Cómo quieres que yo cante
si perdí mis ilusiones!;
en los árboles sin hojas
no trinan los ruiseñores.

Soñé anoche que robaba
para ti miles de estrellas;
de prisita, de prisita,
antes de que el sol saliera.

—

Si mi deseo se cumple
y en una tumba nos ponen,
el ángel que llame á juicio
tendrá que dar más de un toque.

—

Confíate á la fe ciega
y sabrá guiarte al cielo,
que el camino de su casa
lo saben siempre los ciegos.

—

Una cayó en una rosa,
de dos gotas que iban juntas;
otra en el lodo cayó,
¡mira lo que es la fortuna!

—

¿Sabes, niña, por qué el sol
está muy triste al ponerse?
Porque le duele pasar
toda una noche sin verte.

—

A la orillita del río
prometiste serme fiel;
y el río, que te conoce,
murmuró... no sé por qué.

—

No niegues tu pan al pobre
que de puerta en puerta llama;
quizá te enseña el camino
que tú seguirás mañana.

—

Yo quise á través del aire
mandarte mi pensamiento;
mas era tan puro y casto,
que se fué volando al cielo.

—

Gotas parecen mis lágrimas,
gotitas de agua de mar,
en lo amargas, en lo muchas
y en que al cabo me ahogarán.

—

Soy feliz cuando mis actos
con una mirada aprueba,
que mi amor la ha convertido
en mi segunda conciencia.

Claveles por labios
adornan tu boca.
¡Dios quiera que nunca tu llanto de pena
despinte sus hojas!

—

¡De qué sirven los civiles
(vayan, benditos de Dios),
si en la mitad del camino
me han robado el corazón!

—

Si un día á olvidarme llegas,
oye el favor que te pido,
mátame, y, después de muerto,
me lo dices callandito.

—

Dijo Dios: «Todo en el mundo
ha de acabarlo la muerte;»
y mirando á la Esperanza:
«Sólo tú vivirás siempre.»

—

Procura ser cual la nieve
del pico de las montañas,
que no baja nunca al llano
por no dejar de ser blanca.

Fiel dijiste que serías
y no has dejado de serlo;
mas eres fiel de balanza,
que se inclina al mayor peso.

—

Los labios de la que adoro
vió una mañana el coral,
y, avergonzado, escondióse
en lo profundo del mar.

—

Por toda una eternidad
que me amarías juraste:
¡válgame Dios y qué cortas
que son tus eternidades!

—

Orillas del mar soberbio
me puse á considerar
que las olas que más suben
son las que descienden más.

—

La campana de mi pueblo
sí que me quiere de veras:
se alegró cuando nací
y llorará cuando muera.

MELCHOR DE PALÁU

FIN

ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO 5

CANTARES POPULARES

Piropos y flores 21
Declaración 43
Finezas y juramentos 51
Cante y baile 75
Despedida 81
Ausencia 89
Constancia 99
Celos 107
Quejas 119
Desdenes 145
Amarguras y penas 159
Máximas y consejos amatorios 179
Madres é hijos 197
Religiosos 203
Virgen del Pilar 213
Sentenciosos y morales 217
Refraneros 229
Marineros 232
Históricos y tradicionales 233
Regionales y locales 235
Estudiantes 243
Soldados 245
Presos 249
Mineros 256
Contrabandistas y jaques 257
Pícaro-burlescos 263

CANTARES LITERARIOS

De Antonio de Trueba 287
– Gustavo Bécquer 287
– Augusto Ferrán 287
– Angel María Dacarrete 292
– Ventura Ruíz Aguilera 293
– Ramón de Campoamor 299
– Norberto Guiteras 304
– Terencio Thos 305

Páginas

De Isabel de Villamartín. 310
– Carlos Rubio. 310
– Manuel Castellano. 316
– José Zorrilla. 316
– Federico Balart. 317
– Antonia Díaz de Lamarque. 317
– Víctor Balaguer. 317
– Manuel Tamayo. 317
– Joaquín Asensio de Alcántara. 317
– Luis Montoto. 318
– Blanca Gassó. 319
– Eugenia N. Estopa. 320
– U. Segarra Balmaseda. 321
– Manuel del Palacio. 321
– Francisco J. de Hoyos. 322
– Teodoro Guerrero. 322
– Cayetano de Alvear. 323
– Angel Avilés. 327
– Constantino Gil. 328
– Salvador Rueda. 329
– Carlos F. Shaw. 334
– Luis Ram de Viu. 334
– Luis Royo y Vilanova. 335
– Blanca de los Ríos. 335
– Vicente Colorado. 336
– M. Serrano de Iturriaga. 337
– Alfonso Tovar. 342
– José Estremera. 343
– Enrique Paradas. 343
– Narciso Díaz de Escobar. 344
– Anselmo Guerra. 350
– Luis González y López. 351
– Juan Roig y Ballesta. 352
– F. J. Pérez de Grandallana. 352
– J. Jackson Veyán. 352
– Celso Lucio. 353
– G. Perrín. 353
– Carlos Arniches. 353
– J. Valverde. 353
– Pedro Marquina. 353
– Ricardo Sepúlveda. 353
– León de la Vega. 353
– Mariano de Cavia. 353
– Miguel de Unamuno. 353
– Enrique C. Girbal. 353
– Rafael Ochoa. 354
– Arturo Reyes. 354
– Ricardo Gil. 354
– Enrique Redel. 354
– R. Alvarez. 354
– Manuel Pardo. 354
– A. F. Molina. 354
– Vicente Cazorla. 354
– Calixto Navarro. 354

Páginas

De Enrique de Quirós. 354
– Angel R. de Obregón. 354
– Joaquín Alcaide de Zafra. 355
– Francisco Villaespesa 357
– Ricardo J. Catarineu 358
– Manuel de Siles Cabrera. 359
– J. Enrique Dotres. 360
– G. Belmonte Muller. 360
– José Iruela. 360
– Fernando de Arteaga. 361
– Salvador González Anaya. 361
– Paco Pinto. 362
– Ricardo Guijarro. 363
– Juan Pérez Zúñiga. 363
– Vital Aza. 363
– Alberto Casañal. 363
– Melchor de Talau. 364

CATÁLOGO

DE OBRAS PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL

DE MONTANER Y SIMÓN. – BARCELONA

SECCION DE HISTORIA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE, ARQUITECTURA, PINTURA, ESCULTURA, MOBILIARIO, CERÁMICA, METALISTERÍA, GLÍPTICA, INDUMENTARIA, TEJIDOS. – Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. – Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno y se envían prospectos á quien los solicite.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, por *D. Modesto Lafuente*, continuada hasta nuestros días por *D. Juan Valera*, con la colaboración de *D. Andrés Borrego* y *D. Antonio Pirala*. – Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección *numismática española*. – Seis magníficos tomos en tamaño folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino, y canto dorado. – Su precio, 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. – *Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuída en 25 tomos lujosamente encuadernados, á 5 pesetas uno.*

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.–EL CONSULADO Y EL IMPERIO, obras escritas por *M. A. Thiers* con un juicio crítico de la Revolución y sus hombres por *D. Emilio Castelar*. – Edición ilustrada con grabados intercalados en el texto y láminas tiradas aparte. – El precio total de los cinco tomos, que constituyen el completo de la obra, es de 120 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBINA, escrita por *D. Francisco Pí y Margall*. – Magnífica edición ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc. – Se vende encuadernada en dos tomos, de unas 1.000 páginas cada uno, al precio de 85 pesetas.

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA (SAVONAROLA-LUTERO-CALVINO Y SAN IGNACIO DE LOYOLA), por *D. Emilio Castelar*. – Edición ilustrada con láminas en colores y grabados en acero. – Esta obra consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados ricamente con tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales.

HISTORIA UNIVERSAL, escrita parcialmente por veintidós profesores alemanes bajo la dirección del eminente historiador *Guillermo Oncken*. – Historias generales de los grandes pueblos. – Estudios de las grandes épocas. – Monografías de los grandes hechos. – Biografías de los grandes hombres. – Traducción directa del alemán por reputados escritores, revisada por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. – Edición ilustrada espléndidamente con grabados intercalados, mapas, facsímiles rarísimos, monedas, armas, y el completo de las cromolitografías que constituyen la magnífica obra *Historia del traje en la antigüedad y en nuestros días*, publicada en alemán por el profesor FEDERICO HOTTENROT. – Consta de 16 tomos y se venden al precio de 317 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS, desde su primer período hasta la administración de Jacobo Buchanan, por *J. A. Spencer*, continuada hasta nuestros días por *Horacio Greeley*, traducida por D. E. Leopoldo de Verneuil. – Tres tomos ilustrados, que se venden encuadernados al precio de 90 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO, de CIENCIAS, ARTE Y LITERATURA, escrito por los más renombrados *hombres de ciencia y artistas de España y América*. – Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas; monedas y medallas de todos los tiempos, etc., etc., etc La obra consta de 25 tomos (26 volúmenes) encuadernados, y se vende al precio de 711 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales.

SECCIÓN DE OBRAS CIENTÍFICAS

EL MUNDO FÍSICO, por *Amadeo Guillemín*, traducción de *D. Manuel Aranda y Sanjuán*. – GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, LUZ, CALOR, ELECTRICIDAD, MAGNETISMO, METEOROLOGÍA y FÍSICA MOLECULAR. – Ilustrada con numerosas viñetas intercaladas en el texto. – Esta lujosa edición consta de cinco tomos ricamente encuadernados y se venden al precio de 60 pesetas

EL MUNDO ANTES DE LA CREACIÓN DEL HOMBRE. – ORIGEN DEL HOMBRE. – PROBLEMAS Y MARAVILLAS DE LA NATURALEZA Ó FORMACIÓN DEL UNIVERSO. – HISTORIAS POPULARES DE LA CREACIÓN Y TRANSFORMACIONES DEL GLOBO – Obras escritas por *L. Figuier* y *W. F. A. Zimmermann*, traducidas por *Enrique Leopoldo de Verneuil*. – Esta interesante obra está dividida en dos abultados tomos profusamente ilustrados. – Su precio es de 60 pesetas el ejemplar encuadernado, pagadas en doce plazos mensuales.

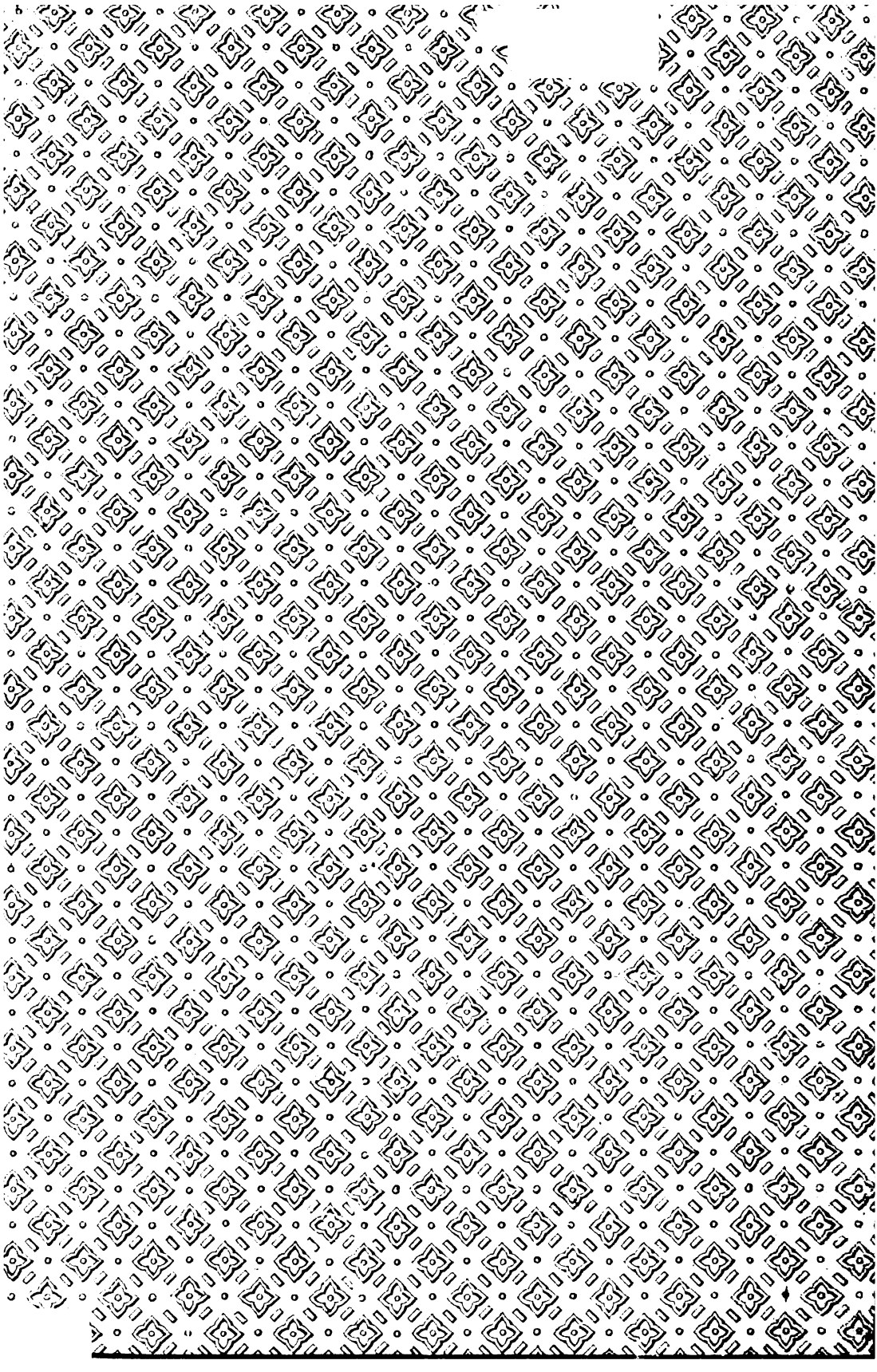
HISTORIA NATURAL, novísima edición cuidadosamente corregida y profusamente ilustrada. – División de la obra: *Antropología, por el doctor P. Topinard; Zoología, por el doctor C. Claus*, catedrático de Zoología y Anatomía comparada de la Universidad de Viena; *Botánica*, escrita por el catedrático de la Universidad de Barcelona *D. Odón de Buen; Mineralogía*, por el *Dr. Gustavo Tschermak*, profesor ordinario de Mineralogía y Petrografía en la Universidad de Viena; *Geología*, por *Archibaldo Geikie Ll. D., F. R. S.*, Director general de la Comisión geológica de Inglaterra é Irlanda. – Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su género han visto la luz en Europa, ilustrada con MILES de preciosos grabados: la obra consta de 13 tomos, que se venden al ínfimo precio de *cinco pesetas en toda España*.

Cantares Popl. de Castilla,
recogidos por M. A. Cortés.
RH, XXXII, 87 & 305

F. Rodríguez Marín, Juan del Pueblo (1880)
in Miscelánea de Andalucía (Madrid
1927, 125-154.
id. La copla, ibid., 207-254.
A. M. Espinosa, New Mexican Spanish "coplas
populares", in Hisp XVIII, 1935, 135-150
J. ma Sánchez Ballesteros, Sal y sol de Andalucía
prólogo de F. Rodríguez Marín. Sm 1935.

seguidillas of 7 90 91 95 98 99 101 etc.

... 26



U. C. BERKELEY LIBRARIES
C043580392